

**DAVID JIMÉNEZ «EL TITO»**

# **NO ES TIEMPO DE PEROS**



OFF  
VERSATIL

# Índice de contenido

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

[56](#)

[57](#)

[58](#)

[59](#)

[60](#)

[61](#)

[62](#)

[63](#)

[64](#)

[65](#)

[66](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Título: *No es tiempo de peros*

© David Jiménez, 2018

Cubierta:

Diseño: Ediciones Versátil

© Shutterstock, *de la fotografía de la cubierta*

1.ª edición: diciembre 2018

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© 2018: Ediciones Versátil S.L.

Av. Diagonal, 601 planta 8

08028 Barcelona

[www.ed-versatil.com](http://www.ed-versatil.com)

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

## Prólogo

*Viernes, 6 de noviembre de 2015*

Hoy hace un año.

Un año desde que alguien golpeó a Zoe y la dejó inconsciente.

Un año desde que ese mismo alguien torturó a Unai Miralles hasta la muerte.

Un año desde que el Cazador se escapó de la cochera donde Marcial lo retenía contra su voluntad.

El Cazador, Francisco Casanova.

El mismo que incrustó una bala en la sesera de Domingo Bernal justo antes de que el empresario cartagenero, presionado por Marcial y Zoe, estuviese a punto de confesar el nombre del verdadero artífice de la trama de blanqueo de capitales que la investigación de la muerte de Sasha había destapado.

Sasha, Viorica Serban.

Su musa, una prostituta rumana con la que Marcial compartía mucho más que cama. Una víctima del egocentrismo de un millonario que no entendió el significado de la palabra «no». Una madre a la que una sociedad hipócrita obligó a desprenderse del fruto de su vientre para no lastrar su existencia. Una mujer cuya muerte mostró a Zoe las dimensiones del verdadero Marcial.

Zoe, Zoe Ochoa.

La agente tímida y diligente que el comisario Lasaosa puso a su lado para investigar el regreso del asesino del café, una agente a la que él fue pervirtiendo con su particular forma de entender la vida. Una agente que, día a día, fue resquebrajando esa pétrea coraza con la que Marcial pasea por el mundo y que protege un corazón al que únicamente Sola, su galga, tiene acceso. La misma agente que descubrió que el verdadero Marcial no dudó en

usar a Sasha para chantajear a Miralles.

Miralles, Unai Miralles.

El inspector que siempre supo ponerse al abrigo del árbol que más sombra daba, el policía con el que Zoe mantuvo una relación que trató de ocultarle a Marcial y que acabó siendo el detonante de su amistad; el mismo cuya muerte a manos de un desconocido convirtió a Zoe en una policía con un único objetivo en la vida: la venganza.

# 1

Zoe echa un último vistazo al ramo antes de depositarlo sobre la tumba: está satisfecha con el resultado. Hace apenas unos meses, habría sido incapaz de distinguir unos crisantemos de unos claveles o de unos *lilium*. Ahora, en cambio, se permite el lujo de pedirle a la florista las variedades que más le gustan. Incluso sabe el significado al que se asocian los diferentes colores.

Las lágrimas velan sus ojos cuando lee el epitafio. No importa que lo conozca de memoria, el resultado siempre es el mismo. No ha conseguido desprenderse aún del sentimiento de culpa. No haber podido acudir a su entierro tampoco ayuda.

«Debiste sospecharlo cuando dejó de responder tus mensajes», se repite como un mantra desde el día de su muerte. Aún puede oír sus gritos desgarradores huyendo por el pasillo en busca de unos oídos que le prestasen auxilio.

Los suyos no pudieron.

Instintivamente, se lleva la mano a la cabeza, acaricia la zona donde el golpe le ahorró el mal trago de ser testigo de tanto sufrimiento y rememora con una cercanía que todavía le enhiesta los vellos todas las sensaciones de aquella trágica madrugada. Está a punto de salir corriendo, pero no lo hace.

Sabe por qué.

Necesita decirle lo que le ha repetido todos y cada uno de los días que ha ido a visitarlo.

No son pocos.

Ya ni siquiera mira en rededor para cerciorarse de su soledad. Ya no busca esa intimidad. Se acuclilla, agacha el rostro y musita:

—Lo siento. Te doy mi palabra de que encontraré al cabrón que te hizo esto, aunque sea lo último que haga en mi vida.

Deposita un beso en la palma de su mano y acaricia con delicadeza la lápida en la zona donde está grabado su nombre.

Una vez que se ha incorporado es cuando se percata de su presencia. Todavía está lejos, pero la oronda figura de Lasaosa es difícil de esconder incluso bajo el abrigo de paño sobre el que trata de ocultarla el comisario. Camina a paso lento y Zoe no tarda en comprender que está regalándole unos segundos más de intimidad. La sonrisa que cruzan pone fin a la concesión y el comisario recupera el paso raudo que tanto lo caracteriza.

—Un año ya. ¡Parece mentira! —dice al alcanzar la posición de Zoe.

Ella asiente: no hay mucho que matizar.

—¿Alguna novedad? —pregunta el comisario, dando muestras del verdadero motivo de su visita.

—Ninguna.

—¿Sabes algo de Marcial? ¿Hasta cuándo crees que...?

—Nada, comisario —lo interrumpe.

Miguel Lasaosa la mira con nostalgia. Se recrea en la coleta negra que alcanza la altura de sus hombros y que antes solía liberar de la esclavitud de la goma en su tiempo libre. Ahora, en cambio, desde la muerte de Unai Miralles, las jornadas laborales para ella son de veinticuatro horas. No hay descanso posible, al menos hasta que dé con una pista que la acerque a su objetivo. Después, sin que Zoe sea consciente de ello, el comisario continúa vagando por sus recuerdos, y ese camino lo invita a sumergirse en sus ojos azules: no halla rastro alguno de la agente tímida y precavida que presentó, casi dos años atrás, a Marcial. Representa el vivo ejemplo del peaje que hay que pagar por trabajar a su lado, por hacer frente a una manera de entender la vida que exprime hasta la última gota de humanidad.

Había tratado de ser su Bella y se había convertido en la Bestia.

Mira a su derecha y lee:

«No es la tumba la esperanza inerte donde hallar pudiera el corazón la calma, es el cielo sin dolor ni muerte donde vive en dicha con Jesús el alma».

Mientras, a su izquierda, una balda de hormigón delimita dos nichos roñosos y desgastados; a su espalda, un pequeño altar mugriento con un Cristo sepultado bajo varias capas de polvo, escoltado por dos pies de cirios de latón gastado, evidencia el abandono del panteón que ha escogido como escondite. Desde su interior puede observarla sin riesgo de delatar su presencia, o al menos eso cree Marcial, que con esa esperanza ha sometido la herrumbrosa cancela del mausoleo.

La ve marcharse acompañada de Lasaosa. Aunque desde su posición lo único que observa es su espalda, ambos parecen hacerlo en silencio o por lo menos sin movimientos gesticulares que acompañen a las palabras. Sus ojos no alcanzan a ver la puerta que da acceso al cementerio, así que mira su reloj y calcula diez minutos: suficiente para que ella se despida del comisario y abandone la explanada donde lo espera su Clio.

Una vez transcurrido ese tiempo, deja su escondite y se dirige a la tumba en la que ha visto llorar a Zoe, un gesto que otrora hubiese pasado por normal, pero que ahora resulta llamativo. Nunca supo a ciencia cierta si entre ellos hubo amor o un mero encoñamiento, pero eso ya le da igual a Marcial. Zoe ha decidido que su incredulidad en ese asunto ha sobrepasado toda lógica, y puede que lleve razón.

O no.

Tanto da.

Cuando atraviesa la puerta del cementerio hace más de quince minutos que la perdió de vista. Su coche no está en la explanada. Marcial empieza a deshacer el camino que emprendió a primera hora de la mañana, después de haber atendido a Sola. No vive muy lejos de allí, pero andando es posible que le lleve algo más de veinte minutos regresar a casa. Camina por el arcén, porque

en ese primer tramo de calzada no hay acera para hacerlo. Lo acompaña, en esos primeros pasos, la persona que ocupa su cabeza desde hace un año: Francisco Casanova. O lo que es lo mismo: el Cazador. Está tan inmerso en sus pensamientos que no se percata del vehículo que se acerca por su retaguardia hasta que el sonido del claxon lo alerta. Se gira con la intención de acordarse de alguno de sus progenitores, pero reconoce el coche.

Y a la conductora.

—¿Me espías? —pregunta Zoe después de bajar la luna del acompañante.

—Te vigilo —precisa Marcial.

—No veo la diferencia.

—Pues no seré yo quien te la explique: ya no soy tu jefe. Que lo haga el enano calvo que han traído de Castellón.

—Se llama Salvador Torán y es subinspector, aunque doy por hecho que ya lo sabes. Escucha, Marcial —Zoe hace una pausa que invierte en comprobar si se aproxima un vehículo y en colocar las luces de emergencia—, no necesito una niñera. Ya no —precisa—. Sé cuidar de mí misma.

—Eres un cabo suelto..., como Miralles —pronuncia su nombre con la certeza de que nada bueno se desencadenará a continuación—. Tarde o temprano irán a por ti.

Sorprendentemente, Zoe no ha reaccionado al oír mentar el apellido de Unai. Tan solo ha levantado la vista buscando en el retrovisor el reflejo de la puerta de entrada al camposanto. Cuando la vuelve al frente, tiene la intención de hablar, pero Marcial se le adelanta:

—¿Has descubierto algo?

—Nada. ¿Y tú?

Niega con la cabeza. En realidad, hace meses que ha dejado de buscar. Está cansado de recorrer diferentes caminos para acabar en los mismos callejones sin salida, aburrido de zarandear confidentes, de darles la vuelta con la intención de que se les caiga algo de lo que callan, porque nadie puede desaparecer sin más. No en su ciudad. No en Cartagena. Sabe que más pronto

que tarde ha de retomarlos, pero no por ella ni por Miralles, sino por Santi. No puede permitir que unos miserables ensucien su nombre. Por suerte, la muerte de Domingo Bernal, el emprendedor cartagenero que fundó Mariscos Bernal de la nada y la llevó a competir con las grandes sociedades del sector, impidió que aquellas acusaciones que ensuciaban el nombre de su difunto amigo vieran la luz. Confía en que Zoe sea más persistente que él. Dar con el Cazador es el primer paso para alcanzar la cumbre de una cima inexplorada, para conocer quién la ha coronado y ha abanderado desde allí una trama de blanqueo de capitales que de cara a la luz pública ha quedado desmantelada con el asesinato del magnate cartagenero. Únicamente Lasaosa, Zoe y él conocen la identidad del francotirador que atravesó con una bala salida de un rifle de caza la cabeza de Domingo Bernal.

—¿Cómo lo lleva Lasaosa? —pregunta Marcial para romper el silencio.

—Le preocupa no saber nada de ti.

Marcial enarca sus labios en lo que trata de ser una sonrisa irónica.

—No se fía de mí.

—No me extraña.

—¿En serio? ¿De verdad crees que si supiera dónde está el Cazador no os lo diría?

Si en algún momento había olvidado que los silencios son capaces de herir más que las palabras, el de Zoe sirve para recordárselo.

—Dije la verdad. Cuando regresé no estaba, tan solo...

—Solo estaba el cuerpo sin vida de la camarera del Baros —completa Zoe, dando muestras de que recuerda a la perfección la versión de Marcial—, que se encontró la pobre mujer de Fandiño en la cochera cuando el juez Cueto le devolvió las llaves.

—Así es. Esa es la verdad.

—Pero...

—Aún no es tiempo de peros.

Marcial reanuda el camino sin volver la vista atrás. No tarda en comprobar

cómo el Clio lo sobrepasa y desaparece tras la primera curva. No quiere retomar una conversación fiscalizada por la desconfianza. Camina durante diez minutos hasta llegar a la Urbanización Mediterráneo; allí decide que ha llegado la hora de acallar al demonio que habita en su interior, ese que despierta cada vez que Zoe saca a relucir que ya no se fía de él. Entra en un bar que no conoce y cuyo nombre ni siquiera se ha molestado en mirar, y pide una cerveza. Mira con devoción a la rubia embotellada. Con ella nunca discute.

Consigue introducir la llave al tercer intento. Durante el lapso transcurrido desde el tintineo hasta la estocada final, Sola lo ha alentado con sus ladridos desde el otro lado de la puerta. Cuando entra, se desprende de las llaves como si fueran un lastre; sin embargo, la danza de bienvenida de la galga le impide acertar en el plato que hay sobre el recibidor y van a parar al suelo. Marcial ni las mira, solo arrastra los pasos hasta el salón. Después de liberarse de la chaqueta de cuero, que tampoco acierta a colocar en el respaldo de la silla, se desploma sobre el sofá de tres plazas, bocabajo. Estira la mano en busca del mando a distancia, no quiere ver nada; necesita que un ruido exterior, a ser posible monocorde, lo distraiga de los pensamientos tan aciagos que lo asedian en ese momento. Ha tratado de disolverlos en cerveza, pero su experimento ha fracasado, así que ahora no queda otra que intentarlo con el manido recurso de la caja tonta. Elige Telecinco (o Telecirco, como le gusta llamarla): siempre lo pone de mala hostia. Y eso es justo lo que le pide el cuerpo. No necesariamente enfadarse con los televidentes de este país por permitir que semejante inmundicia cope los índices de audiencia; le basta cualquier sensación intensa que expulse la amargura de la derrota que carga en la mochila del fracaso. No puede quitarse a Santi de la cabeza.

Ni a Zoe.

Necesita dar con el paradero del Cazador para eliminar el monopolio que está ejerciendo sobre sus pensamientos.

Sola parece comprender por lo que está pasando y, a su manera, que no es otra que introduciendo el hocico a la altura de la barbilla, le hace ver que está a su lado. Marcial le corresponde con una suave caricia en la cicatriz que surca su cuello y que se encarga de recordarle que el mundo es un lugar donde la especie humana no debería tener cabida. De repente, su pabellón auditivo capta una conversación que lo obliga a mirar a la televisión. Se trata de un chico musculado que, en su afán por parecer más culto, más honrado o simplemente por dar a entender que su tediosa existencia tiene un fin loable, le dice a una chica despampanante, de las que en mitad de la calle provocarían tortícolis grave en el noventa por ciento de la población masculina, que está preparándose las oposiciones para ser policía. Se trata de uno de la más de media docena de pretendientes que han acudido al programa para ayudar a la desafortunada chica a encontrar el «amor», que, por lo visto, le es esquivo en el difícil mundo de la noche donde ejerce de camarera, tal y como le ha confirmado al saco de músculos de ojos azules y cabello de anuncio de champú. Marcial nota que el demonio interior se retuerce de nuevo en su guarida. No hace nada por contenerlo: esta vez tiene que darle la razón. Se incorpora y lanza el mando por los aires, que termina estrellándose contra la televisión. El ruido asusta a Sola, que abandona el salón a toda prisa. Milagrosamente, la pantalla no ha sufrido daño alguno.

Por desgracia, Telecirco sigue emitiendo.

## 2

Sale del vestuario dándole los últimos estirones a la coleta para tensar bien la goma; después se dirige hacia la mesa sin poder evitar sentirse objeto de todas las miradas de sus compañeros. Zoe sabe que ese interés nada tiene que ver con el hecho de que hoy no haya sido puntual, como de costumbre, sino con una fecha que hay marcada en rojo en el calendario de todos los miembros del departamento de Homicidios de la comisaría de Cartagena. Le habría encantado que la investigación de la muerte de Unai Miralles no hubiese sacado a la luz la relación que con tanto celo se habían preocupado de mantener en secreto, pero tuvo que dar muchas explicaciones, y a demasiadas personas, para que así fuese. De manera que, una vez destapado que el inspector y ella habían compartido cama durante algo más de un mes, fue imposible no convertirse, a todos los efectos, en la desdichada viuda de un policía caído en acto de servicio.

Gira la cabeza de forma inconsciente hacia el despacho de Marcial. Él fue el verdadero motivo por el que trató que lo suyo con Unai no trascendiese. La relación entre ambos inspectores siempre fue tensa, a pesar de que trabajaron codo con codo en un caso del asesino en serie más famoso del país: el asesino del café.

No puede precisar cuánto tiempo lleva absorta en sus miserias cuando la voz del subinspector Torán la rescata:

—¿Todo bien?

—Todo lo bien que cabe esperar, dadas las circunstancias.

—¿Necesitas tomarte el día libre?

La conmiseración con la que formula la pregunta delata que lo que le interesa

a Salvador Torán es su vertiente humana. Ha pasado tanto tiempo a las órdenes de Marcial que ha olvidado que la gente es capaz de preocuparse de los problemas ajenos por mera empatía. Valora la propuesta, pero encerrarse en casa no va a ayudarla a encontrar al Cazador, y esa es ahora su prioridad; también el motivo por el que un cuerpo a medio corromper y sin signos de violencia que apareció días atrás en un descampado de Los Barreros no consigue acaparar su atención, al menos la que se estima preceptiva para el esclarecimiento del macabro suceso.

—No, gracias —responde al fin.

—En ese caso, ve preparándote. El hijo, el que estaba de viaje, ha regresado. Nos espera dentro de una hora.

Torán da por finalizada la conversación cuando ella hace un leve asentimiento que ratifica que sabe de quién le habla. Zoe espera a que el subinspector Torán desaparezca de su campo de visión y comienza a trabajar en lo que le interesa de verdad; accede al programa que lleva consultando cada mañana desde que se reincorporó al trabajo a los pocos días de abandonar el hospital. Sus dedos se mueven con soltura sobre el teclado, haciendo que las pantallas se sucedan frente a ella a una velocidad endiablada. Por fin algo de suerte. Un año después de que su vida se pusiera patas arriba, parece que se le abre la posibilidad de empezar a voltearla.

Aprieta el botón de la cisterna y regresa a su despacho. Es el único con cuarto de baño. Nunca imaginó que aquel privilegio se convertiría en algo imprescindible para desarrollar su trabajo con cierta normalidad. Su tripa, desde que aceptó la propuesta de Marcial para investigar en secreto la muerte del inspector Miralles, no ha vuelto a ser la misma. Para alguien como él, con más de treinta años de servicio en el cuerpo, acostumbrado a no abandonar el redil sin permiso, a acatar órdenes sin cuestionarlas, no existe nada peor que convivir con la incertidumbre de que lo que ha labrado con tanto esfuerzo durante toda su carrera pueda irse al garete si alguien descubre que le ha

concedido patente de corso al inspector con peor fama de toda la comisaría de Cartagena.

Y, sin embargo, su ojito derecho.

Miguel Lasosa siempre ha sentido admiración por la personalidad de Marcial. Ve reflejado en él todo lo que le habría gustado tener: valor, tesón, principios, fe en sí mismo. Se ha ocupado de que en su departamento imperen el orden y el respeto a la cadena de mandos; por ello, siempre se ha rodeado, desde el mismo día en que tomó posesión del cargo, hace ya varios siglos o eso al menos se le antoja, de las personas adecuadas que lo exoneren a él de hacer una labor para la que, lo sabe, no está muy bien dotado. Si ha escalado hasta esa privilegiada posición dentro del Cuerpo Nacional de Policía no ha sido gracias a sus dotes de mando, sino a costa de hacer siempre lo que se espera de él. Exactamente lo contrario de lo que ha hecho Marcial a lo largo de su vida. Sin embargo, y a pesar de esa suerte de amor paterno que ha idealizado, ahora no puede evitar pensar que se equivocó haciéndole aquella concesión, máxime cuando a los pocos meses el inspector le dio la noticia que tanto había temido desde que dio luz verde a su petición: Francisco Casanova se había escapado. Desde aquel momento, sus problemas intestinales se habían acuciado, pero, sin duda, la gota que colmó el vaso de su salud gástrica fue que Marcial le solicitase por el cauce legal, dejándolo a él sin margen de maniobra, una excedencia. Lasosa no pudo evitar pensar que quizá el inspector quisiese solventar a su manera, y sin testigos, el asunto de la muerte de Miralles.

Agallas no le faltaban.

Fue en ese momento cuando no tuvo más remedio que encomendarse a Zoe para tratar de dar con el paradero del Cazador, saltándose para ello, por primera vez en su vida, una orden directa de un superior en la que se le decía, de forma clara y concisa, que estaba apartado del caso y que serían ellos, desde Madrid, los que se encargarían de la investigación de la muerte del inspector Miralles. Nueve meses habían transcurrido desde entonces y seguían

sin una pista que le permitiese al comisario reconciliarse consigo mismo.

De pronto, un retortijón recorre su vientre de norte a sur y Lasaosa deja a un lado todos esos pensamientos para ocuparse de un asunto más perentorio.

—¡Estás demasiado borracho!

—Define *demasiado*.

Nahia se levanta y golpea con suavidad su miembro flácido como respuesta.

—Insiste —dice Marcial mientras empuja su cabeza hacia abajo para arrodillarla de nuevo.

Nahia obedece. No olvida que con él prevalecen los cien euros que deposita en el aparador nada más entrar en casa. Es su manera de marcar la distancia, de recordarle que, ante todo, aquello es una transacción. De nada vale que lleve más de un año frecuentándola, en ocasiones, como estos últimos meses, con demasiada asiduidad; tampoco que haya estado a su lado desde la madrugada en la que el Cazador se convirtió en su horizonte, en el destino de todos sus viajes. Ella sabe que esos dos billetes de cincuenta son una barrera insalvable, así que claudica e introduce su polla en la boca sin rechistar.

Después de varios minutos vuelve a desistir.

—Vamos a dejarlo. Acuéstate un rato si quieres. Hoy no tengo más clientes. Podemos intentarlo más tarde.

Marcial contempla sus ojos anaranjados como si los viese por primera vez. Se pone en pie y despeja el rostro de Nahia colocándole tras las orejas dos mechones rubios. Le desabrocha el sostén y clava la mirada en los enormes pechos que, gracias a la silicona, permanecen erguidos. Los tacones la sitúan en las proximidades del metro ochenta, un poco por debajo de la altura de Marcial, que tan solo tiene que agacharse levemente para saborear uno de sus pezones. Ella arquea la espalda y desplaza la cabeza hacia atrás para facilitarle la maniobra. Acompaña la succión con cadentes apretones de nalgas que no tardan en provocar el efecto deseado. Aún con su miembro en proceso de erección, la voltea con brusquedad y la obliga a apoyar las manos sobre el

colchón. Aparta el tanga hacia un lado y la penetra con violencia. Ella gira la cabeza para mirarlo a los ojos: sabe que eso le gusta. Las embestidas van ganando en intensidad a medida que su erección se hace más consistente. Ella comienza a gemir. No finge. Con él hace tiempo que no necesita hacerlo. Apenas unos minutos después se desencadena la reacción. Las manos de Marcial cercan el cuello de Nahia sin permiso. Sus ojos terregosos pierden el fulgor y delatan que recuerdan lo que viene a continuación.

Ocurrió en su primer encuentro y, aunque desde entonces no se ha vuelto a repetir, Nahia no lo ha olvidado. Alguna vez ha sido el tema de conversación poscoital: sudoroso y vacío le parece más dócil. Él siempre rehúye la respuesta.

Todos esos pensamientos se difuminan conforme aumenta la presión sobre su tráquea. La vía de acceso a sus pulmones es cada vez más exigua. Trata de revolverse, de escapar, pero Marcial la aprisiona con su cuerpo haciendo la penetración más profunda y ocluyendo más aún su garganta. La visión de Nahia comienza a nublarse y siente dificultad para enfocar bien. Cuando parece que va a desvanecerse, siente cómo Marcial descarga la ira en su interior y, de inmediato, las fuerzas abandonan los brazos que la atenazan y le permiten a Nahia insuflar el aire justo para no desmayarse. Boquea un par de veces para recobrar el aliento mientras Marcial sale de ella. Lo maldice con la mirada, pero no dice nada, no verbaliza su ira. Nahia deja la habitación mientras Marcial se limpia con el paquete de toallitas que hay sobre la mesilla y se viste. Antes de salir, lanza otro billete de cincuenta sobre el aparador para acallar su conciencia.

### 3

Desconoce cuándo el tapiz gris que ha otoñado el día ha dado paso al manto negruzco que opaca el cielo y que Zoe contempla con indiferencia desde que decidió que el móvil no tenía más entretenimiento que ofrecerle.

Lleva en el mismo banco del tramo central de La Alameda de San Antón algo más de tres horas. Justo desde que el subinspector Torán le dio permiso para regresar a casa. No sabe cuándo, pero sabe que vendrá. Está convencida. Y por ahora le parece suficiente incentivo para permanecer ahí y para regresar cuantos días haga falta hasta dar con él. No tiene nada mejor que hacer.

Hace un año que no.

Se levanta y gira trescientos sesenta grados sobre sus pies para comprobar qué hay a su alrededor. Su coleta la sigue, fiel, con algo de retardo. Pega un par de estirones para apretarla y recupera la posición original. No hay rastro de su objetivo, así que vuelve a sentarse.

Está a punto de desistir cuando cree verlo a lo lejos. Camina jovial, ajeno a su suerte. Viste un traje gris que se entrevé bajo el tres cuartos de paño negro que lo protege del frío. Zoe deja que cruce la carretera antes de seguirlo. Le concede unos metros, los suficientes para no levantar sospechas y los necesarios para poder entrar en el edificio antes de que la puerta se cierre tras él.

Y eso hace.

Sus miradas se cruzan en el rellano, mientras él espera al ascensor y ella afronta el primer tramo de escaleras. No se conocen. Mejor dicho: él no la conoce. Zoe está cansada de contemplar su fotografía a diario, de buscar sus apellidos en el listado de personas que acceden cada día al país. Cruzan un

«Buenas noches» forzado y continúan cada uno a lo suyo: él, esperando; ella, apretando el paso para llegar al cuarto piso antes que él.

Vuelven a coincidir arriba, cuando él sale del ascensor. Su rostro evidencia que intuye que algo malo va a ocurrir. Y no se equivoca. Zoe lo encañona en el costado y lo conduce hasta la puerta de su casa.

—Abre y estate calladito hasta que yo te lo diga. ¿Entendido? —Acompaña la pregunta de una comedia presión sobre su H&K que repercute en los michelines de su rehén.

Él asiente y obedece. Una vez en el interior de la vivienda, en el salón principal, lo obliga a sentarse en el sofá mientras ella permanece en una silla a una distancia prudencial, mostrando su arma en todo momento.

—¿Dónde está Francisco Casanova? —pregunta al fin.

Ricardo Forte, uno de los asesores fiscales de Domingo Bernal, el empresario asesinado por el Cazador, es un tipo de estatura media que frisa el medio siglo, cuya coronilla amenaza con seguir ganando terreno a su hirsuto cabello marrón. Sus rasgos faciales son increíblemente pequeños para el tamaño de su cara, lo que da una sensación de alarmante desproporción que Zoe no sabe disimular.

—No sé de quién me habla, señorita.

Ricardo responde con voz trémula. A Zoe le parece que el miedo que exuda es real, lo cual confirma su teoría de que sabe más de lo que pretende aparentar.

—No tengo intención de perder el tiempo. —Zoe echa hacia atrás, en un gesto peliculero e innecesario, el martillo de su H&K, y dirige la boca de fuego hacia Ricardo—. Sé que trabajabas para Domingo, que extorsionasteis a Lucas Crespo, el dueño de Ensasana —precisa—, así que, sin duda, debes de estar al tanto de quién era Francisco Casanova.

—Le prometo que...

Zoe se levanta de golpe y la silla se precipita contra el suelo, generando un inesperado estruendo que Ricardo, asustado por el arma que apunta

directamente a su cabeza, confunde con el de un disparo y enmudece de forma súbita. Zoe aprovecha la coyuntura para avanzar hasta él y colocar el cañón sobre su frente.

—No lo estás entendiendo, Ricardo. Sé que saliste del país, con destino Berlín, a los pocos días de que Francisco Casanova incrustara una bala en la sesera de Domingo Bernal y que no has regresado hasta hoy, justo cuatro días después de que se haya aparcado el caso por falta de pruebas. Llámame loca si quieres, pero no creo que sea una coincidencia. Así que dime cómo puedo encontrarlo o me encargaré de que lo lamente el resto de tus días.

Ricardo cierra los ojos. Parece sopesar sus posibilidades, aunque en realidad desconoce que solo tiene una: colaborar. Al final, verbaliza su decisión:

—Está bien, le diré todo lo que sé.

Marcial la contempla desde lejos, la cercanía a una farola le permite hacerlo con cierta nitidez. Sola parece haber descubierto algo tras unos matorrales y lleva varios minutos merodeando por la zona, inquieta, al acecho. Decide acercarse hasta ella para ver qué está ocurriendo. La galga fija su atención en Marcial cuando este alcanza su posición.

—¿Qué pasa, Sola?

Una rata de tamaño considerable aprovecha el descuido de la galga para iniciar su huida hacia un lugar más seguro.

Comienza la persecución.

Sola disminuye su desventaja en pocas zancadas, mientras el roedor, en un acto de supervivencia innato, comienza a zigzaguear con la vana esperanza de despistar a su perseguidora. La agilidad de la galga mengua la distancia en poco tiempo hasta que por fin, con un fugaz golpe de la pata delantera, consigue desestabilizar a su objetivo. La rata comienza a rodar por el suelo levantando una nube de polvo que no le impide a Sola quebrar su cuello de una única dentellada.

Marcial, incrédulo, lo ha contemplado todo desde la distancia. Ahora, Sola regresa, orgullosa, con su presa entre las mandíbulas y la deposita a sus pies. Es la primera vez que hace algo así, y él no puede más que verse reflejado en ella el día en que le ofreció en bandeja a Zoe la cara oculta de Miralles. El resultado, tal y como acababa de ocurrirle a Sola, no surtió el efecto deseado y desde entonces comenzó a levantarse una barrera entre ellos que solo supo detener huyendo. Pedir la excedencia había sido el mayor acto de empatía que Marcial recordaba haber hecho jamás por nadie. Una persona como él, solitaria por pura convicción, abandonando por la puerta de atrás para frenar la caída libre en la que se había convertido la relación con su compañera. Aún no se explica por qué la antepuso a su trabajo, por qué no cortó por lo sano, como tantas otras veces. Por primera vez se planteó de forma seria que quizá se equivocó con Miralles, que quizá su relación con Sasha no tuvo nada que ver con que ella ejerciese la prostitución, que quizá tenderle una trampa no fue una decisión muy acertada.

Quizá.

Y esa simple disquisición fue motivo suficiente para poner tierra de por medio, para apartarse y dejar que el aire viciado que ambos respiraban a diario en su despacho se renovase. Trató de convencerse de que sin la atadura de un horario laboral la búsqueda del Cazador sería más sencilla, su dedicación más exclusiva.

Pero no fue así.

Los primeros meses sí, pero la ausencia de resultados fue mitigando sus ansias de respuesta hasta que un día, sin saber precisar con exactitud cuál, se apagaron por completo. Se convenció de lo innecesario de ir más allá, de conocer la verdad del asunto de Santi, de quitar la careta al asesino de Miralles, de dar con el titiritero que había manejado a Domingo Bernal.

Un ladrido lo devuelve al presente. La rata yace inerte a sus pies y su compañera parece esperar alguna muestra de gratitud por su hazaña. Marcial se aleja unos pasos del cadáver del roedor y Sola lo sigue sin perder de vista

su trofeo. Se agacha, le coloca el arnés y acaricia la cicatriz de su cuello. A ella parece bastarle esa muestra de afecto como recompensa y no pone objeción cuando Marcial la insta a emprender el camino de vuelta. Ninguno puede evitar echar la vista atrás. Sola para ver a su presa y Marcial para rememorar la conversación que ha tenido con Zoe a la salida del cementerio. Intenta desligar la frustración que le supone verla así —tan cambiada, tan aguerrida, tan echada hacia delante..., tan como él— con lo que ha ocurrido en casa de Nahia, pero le resulta imposible. Intenta descifrar el mensaje que trata de transmitirle su demonio interior, ese que tan famoso lo ha hecho en el departamento de Homicidios, ese que ha abocado su existencia a la burda tarea de la subsistencia; sin embargo, no puede evitar pensar que, en realidad, lo que hace es buscar una excusa para retomar lo que abandonó hace meses, lo que debería ser su objetivo y no su lastre. Necesita, aunque le cueste reconocerlo, que algo o alguien lo espolee. Demostrar la inocencia de Santi debería bastar; sin embargo, en el fondo, sabe que el verdadero motor que lo empuja a ir tras el Cazador es reconciliarse con la única persona que de verdad le ha importado en toda su vida: Zoe.

Ha terminado de colocarse el pijama, uno de dos piezas de franela, cuando se queda observando su rostro en el espejo que hay sobre el tocador. Constata que su cabello sobrepasa en más de un palmo los hombros, una longitud que hacía años que no alcanzaba. La mirada resbala por el cristal y cae hasta el retrato que hay justo debajo: una fotografía de ella con Unai en la que ambos sonrían abiertamente. Recuerda ese momento con meridiana claridad. Ella se había empeñado en preparar la cena, nada del otro mundo: una tortilla de patatas. Cuando Zoe trató de darle la vuelta se le escurrió y fue a parar al suelo. En un primer instante, ella se había enfadado consigo misma por su torpeza, pero cuando Miralles entró en la cocina y vio el panorama no pudo reprimir una carcajada que terminó por contagiarla. Durante algunos minutos les fue imposible recuperar la seriedad y cuando lo hicieron creyeron que era

un momento digno de inmortalizar; a lo que no accedió Zoe, bajo ningún concepto, fue a que quedase constancia visual de la prueba del delito, así que Miralles tuvo que conformarse con una foto de ambos.

Cuando regresa al presente, una lágrima huye furtiva hacia la comisura de sus labios. La deja escapar. Se enjuga los ojos con el dorso de la mano y por inercia saca la goma que lleva en la muñeca. Está a punto de estrangular su melena con ambas manos cuando las palabras de Ricardo Forte resuenan en su cabeza: «Tan solo sé que las órdenes se las daba un tal Pílonga. Nunca lo vi ni sé nada de él».

«No es mucho, pero al menos tienen por dónde empezar», piensa Zoe. Por lo pronto, motivo suficiente para darle la noche libre a su pelo. Devuelve la goma a su muñeca y se dirige a la cocina. La información conseguida le ha dejado un buen sabor de boca y quiere refrendarlo con algo sólido de verdad. De repente, se le ocurre que una tortilla de patatas estaría bien como cena, como homenaje.

Ha terminado de pelar las patatas cuando por primera vez se plantea qué ha pasado en el edificio de La Alameda, quién era esa mujer que había esperado a Ricardo Forte para coaccionarlo, quién era la que había posado el cañón de su arma reglamentaria en la frente de un hombre muerto de miedo. El aceite y la sangre bullen a la par cuando recuerda qué está empujándola a actuar de una forma tan impulsiva, y se redime cuando la imagen de Unai acude a su encuentro. Mientras bate los huevos y los mezcla con las patatas, comprende que todo aquello de Marcial contra lo que había luchado es lo que ahora la mantiene con vida. Una pizca de sal ayuda a aderezar el sentimiento de culpa que ha surgido cuando le ha enviado un wasap con una única frase. Está a punto de voltear la tortilla cuando el tono particular que ha instalado en la aplicación para los mensajes del exinspector la sobresalta, con tan mala fortuna que la tortilla vuelve a caer al suelo.

Esta vez no alberga esperanza alguna de que el mohín de disgusto mute a sonrisa.

## 4

Aún no ha decidido qué va a cenar, pero sabe que sea lo que sea lo acompañará con cerveza. Abre el frigorífico y lo contempla con la esperanza de que una lucecita ilumine su cerebro y le muestre cómo combinar un paquete de salchichas con un blíster a medio gastar de chorizo y unos tomates Kumato que se niegan a madurar a pesar de llevar casi quince días en el cajón de la verdura. Sola lo observa, impertérrita, sentada a su lado. Marcial cierra la nevera, acaricia el enjuto cráneo de su compañera y se dirige al armario donde guarda el saco de pienso. «Qué sencillo lo tienes, cabrona», piensa. Abre la puerta del frigorífico otra vez, como si esperase que en su interior se hubiera materializado algo nuevo. No es así. Se centra en la última balda, a rebosar de cervezas, y extrae una. Se dirige al salón. Tiene la firme intención de engañar al hambre y esa puede ser una forma tan buena como cualquier otra.

Está a punto de terminar el segundo botellín cuando su móvil vibra. Tiene un mensaje:

«El que pasaba la información a Domingo Bernal es un tal Pilonga».

Deja el teléfono sobre la mesa. Apura la rubia y va a por otra. Se concede un par de tragos más ante de sacar una conclusión sobre por qué Zoe le envía esa información, por qué no la gestiona ella misma. Resuelve que la placa es una rémora para según qué quehaceres. La conciencia también. Se tumba en el sofá, con la mano de la que pende la cerveza colgando, y cierra los ojos para visualizar la jugada.

—Pilonga —dice en voz alta—. No me suena. —Se incorpora para dar un trago y vuelve a tumbarse.

Hasta donde averiguaron Zoe y él, Mariscos Bernal era una tapadera para

blanquear dinero por un método bastante novedoso, según le explicó Gustavo Salmerón, el inspector de la UDEF de Murcia. Al parecer, la empresa les prestaba dinero a otras que se encontraban en una situación difícil, pero sin riesgo real de quiebra, para luego recuperarlo junto a un plus, en concepto de intereses, que dotaba de verosimilitud la operación. El paso intermedio, para que los empresarios se avinieran a firmar los préstamos, consistía en extorsionarlos como hiciese falta: con cartas amenazadoras, con grabaciones que demostraban que estaban vigilando a los miembros de su familia o con secuestros exprés; todo valía con tal de formalizar el acuerdo. Como pudo averiguar Marcial la noche en la que interrogó al Cazador, la misma en la que un energúmeno torturó hasta la muerte a Miralles, Domingo Bernal tan solo era un eslabón más de una cadena en la que, al parecer, estaban involucrados peces mucho más gordos.

Lo cierto es que, tanto a Zoe como a él, esa parte ha dejado de importarles hace mucho tiempo.

Ella quiere saber quién mató a Miralles, y a él lo único que lo mueve es limpiar el nombre de su amigo Santi, quien, según Domingo, estaba al tanto de todo, pero había decidido guardar silencio por un módico precio. A Marcial le cuesta creerlo. Santi siempre había sido un tipo legal, falto de agallas para plantarle cara a un grupo de extorsionadores, mucho menos a uno cuya cabeza visible contase con la solvencia social de Domingo Bernal. Sin embargo, son las palabras de Villanueva, el inspector jefe que los formó a Santi y a él, y que en la actualidad permanece encerrado a la espera de juicio por homicidio, las que dan credibilidad a las del empresario cartagenero. Según le contó a Marcial, el inspector Salmerón le había pedido el favor de que investigara a Domingo Bernal, que, al parecer, había movido los hilos adecuados para alejar a la UDEF de Murcia de sus negocios, así que se organizó una operación secreta, con escuchas telefónicas sin judicializar y otro sinfín de ilegalidades, que terminó por revelar que Santi había descubierto a qué se dedicaba Domingo y, en lugar de delatarlo, había decidido poner precio a su

silencio.

Marcial termina lo que le queda de cerveza de un trago para contrarrestar el sabor amargo del recuerdo. No lo consigue. Está convencido de que solo lo logrará si descubre la verdad. Coge el móvil y busca a Zoe entre sus contactos. Después, escribe:

«Yo me encargo, pero necesito saber de dónde sacaste la información».

A los pocos minutos el móvil vuelve a vibrar:

«Ricardo Forte».

Marcial sonríe. Siempre supo que bajo esa apariencia de agente tímida y obediente que el comisario puso a su lado para encontrar al asesino del café se escondía una gran policía. Teme, sin embargo, que la muerte de Miralles y su mal ejemplo sean un lastre demasiado pesado.

Recorre con el 308 la avenida principal de la barriada sabiéndose escrutado por miradas invisibles. Aunque a esas alturas tanto la policía secreta como los aguadores ya sabrán de quién se trata, Marcial ha decidido dar un rodeo para evitar cruzar la zona de garitos donde a esas horas de la noche se concentra la mayor actividad de Lo Campano. Su rostro no es el de un desconocido. Todo el mundo sabe quién es, igual que saben que sus visitas no tienen nada que ver con la droga ni con las redadas que de cuando en cuando nutren las estadísticas policiales sobre la aprehensión de estupefacientes. Una vez en sus entrañas, el panorama se recrudece. Si las fachadas de las viviendas que dan a la calle principal aún conservan algo de la dignidad con la que se construyeron, todo eso se desvanece a medida que Marcial va ganando las calles aledañas, donde en realidad transcurre la vida, a veces también la muerte, de unos vecinos, en su gran mayoría gitanos, cuyas rutinas poco tienen que ver con las del resto de la población cartagenera.

Aparca junto a una farola, una de las pocas que aún conservan la bombilla. Lo hace en las proximidades de un edificio en ruinas donde espera encontrar a la persona que busca. A pocos metros de allí, varios grupos de adolescentes

cantan y bailan en torno a hogueras. Camarón, Los Chichos, Los Chunguitos, El Junco y varios más que Marcial no sabe reconocer ponen banda sonora a la madrugada en Lo Campano. Siente cómo decenas de ojos se le clavan en la espalda cuando encara la puerta de la finca, una puerta que quedó encajada hace décadas y jamás cierra. Antes de dejarse engullir por un mundo en el que la vida humana cotiza a la baja, Marcial vuelve la vista atrás para comprobar que nadie se ha acercado al 308. Accede al portal. La imagen que capta su retina es desoladora: contadores de agua a los que se les han arrebatado las tapas para venderlas por unos miserables euros, restos de cobre, azulejos pisados y resquebrajados en el suelo, escalones desportillados convertidos en amenazadoras cuchillas, buzones desvencijados donde no llega la correspondencia, escaleras sin barandillas, cucarachas campando a sus anchas por los escombros de una habitación que en algún momento debió de servir como lugar de almacenaje. Sube el primer tramo de escaleras y se asoma por la ventana que da al exterior para comprobar que su coche sigue fuera de peligro. Ha intentado encender la luz, pero no hay bombillas que acudan a la llamada del interruptor, así que continúa el camino hasta la tercera planta con la mano derecha en las cachas de la Glock. La excedencia lo ha obligado a devolver su H&K reglamentaria, pero él no está dispuesto a buscar al Cazador con las manos desnudas. Por suerte, dispone del arma que Santi compró años atrás y que escondió en la cochera, bajo una losa suelta, para no asustar a Marga y los niños. La descubrió durante la investigación del asesinato del café y desde entonces pasó a ser de su propiedad, a pesar de no disponer de la documentación pertinente para hacerlo de forma legal. La tercera planta tiene dos puertas; una de ellas, la que a Marcial le interesa, está abierta. La golpea con los nudillos para alertar de su presencia.

—Pase, inspector —oye decir.

## 5

Una luz mortecina que desprende una lámpara de pie es toda la iluminación del salón. Marcial se ha sentado en una silla, frente al Hierros, que permanece desparramado en el sofá como si hubiese caído ahí desde un quinto piso. Va puesto hasta las cejas de polen; al parecer ahora hay uno iraní de gran reputación, o eso ha creído entenderle. Aún quedan restos de la elaboración del porro sobre la mesa. Su aspecto desaliñado lo hace parecer más vulnerable que de costumbre. Su cuerpo, enclenque de por sí, ha perdido vigor a causa de la relajación muscular; sus ojos entreabiertos impiden contemplar el marrón de su iris y el pijama de cuadros termina por crear una estampa patética de uno de los colaboradores más fieles que Marcial se granjeó en sus primeros años como miembro de los Zetas.

Hace más de medio minuto que el Hierros vadea por su memoria en busca de respuestas. Parece naufragar en un mar de recuerdos, así que Marcial decide acudir a su rescate. Se levanta y, zarandeándolo por las solapas, lo obliga a ponerse en pie.

—¿Lo conoces o no?!

El Hierros parpadea a dos mil revoluciones por minuto, como si acabase de despertar o peor aún, como si acabase de descubrir que Marcial está allí.

—¿Que si sabes quién cojones es el Pilonga?!

—Ah, el Pilonga —responde el Hierros, que acto seguido vuelve a callar de forma repentina.

Marcial lo arroja de nuevo al sofá y él se precipita sin resistencia alguna. Está casi en la puerta cuando lo oye balbucear algo. Regresa frente a él y lo exhorta a que repita lo último que ha dicho:

—Pregunta en Los Mateos —consigue decir antes de ser engullido por una irrefrenable somnolencia.

Marcial baja la escalera a toda velocidad, ni siquiera se detiene en los descansillos para comprobar cómo está el 308, pero la ausencia de música ambiental es un mal augurio. Cuando alcanza la salida, y tras pisar una cucaracha de proporciones considerables, emprende el camino hacia la farola, ahora sin luz. Una vez junto al coche comprueba que ha ocurrido lo que tanto temía.

—¡Me cago en mis muertos! —reza.

Un rayajo con la letra «M» adorna la puerta del conductor. Gira sobre sí mismo en busca de los adolescentes que holgazaneaban minutos antes en torno a las hogueras: no ve a nadie.

—Hijos de puta —maldice al tiempo que le propina una patada a la farola que los vándalos han cegado.

—Me debe una, jefe —dice una voz que no reconoce—. Aquí. —El desconocido, situado en un banco artesanal formado por dos bloques y un tablón de madera, alza el brazo para hacerse visible a los ojos de Marcial, que continuaban escudriñando la oscuridad.

— ¿Se puede saber qué es lo que te debo?

El tipo se pone en pie. Mide algo más de metro setenta, tiene el pelo largo, entrecano y sucio, le faltan casi todos los dientes de la parte central de la boca y carga con una mirada de resignación que el desengaño y la experiencia han hecho pender de sus ojos.

—Iban a poner «madero», pero yo les di el agua para que se abrieran, jefe —dice.

—¿Quién lo hizo?

—¿Qué más da, jefe? Son zagales.

Marcial da un paso y lo agarra del astroso chaquetón. La mirada del desconocido no se altera. Hace tiempo que el miedo no tiene cabida en unos ojos anegados de miseria e indolencia. Marcial lo suelta, un botón se

desprende y rebota contra el suelo. Ninguno lo mira. Es el desconocido quien reanuda la conversación:

—Seguramente los padres de algunos de ellos acabaron en la trena por su culpa, jefe. Es normal. Aquí la pasma no es bienvenida.

—¿Dónde puedo encontrar al Pilonga?

Resulta que los ojos del desconocido también saben expresar asombro, o al menos eso interpreta Marcial cuando los desorbita.

—Muerto, jefe. Lo mataron un par de calles más allá. —Señala.

—¿Cuándo? —pregunta contrariado.

—Hace unos veinte años o así, jefe.

Marcial resopla. No alcanza a entender nada. Si la información de Zoe es buena, es evidente que no hablan del mismo Pilonga, teoría que también avala, a pesar de su estado, el Hierros, que lo sitúa en Los Mateos. Tras reflexionar unos segundos, decide sacar su cartera y deposita un billete de diez euros en el bolsillo del chaquetón del desconocido.

—Para que arregles el botón.

Sopesa mandarle un mensaje, pero Zoe ni siquiera está segura de que Marcial haya tratado de averiguar algo esa misma noche. Es consciente de que los mueven diferentes pretensiones, también de que este asunto está afectándoles de diferente manera.

Se incorpora y se dirige a la cocina para beber un trago de agua directamente de la botella. No tiene por qué guardar las apariencias: nadie más va a compartir ese envase con ella. Unai ya no está y a sus padres los mandó de regreso a San Sebastián a las pocas semanas de abandonar el hospital. La herida exterior cicatrizó pronto, la interior permanece fresca, un poco menos desde que el asesor de Domingo Bernal escupió el nombre del Pilonga.

El reloj que hay en la pared de la cocina marca las cinco y veinticinco cuando su teléfono emite el sonido que ha seleccionado para distinguir los mensajes de Marcial de los del resto de sus contactos. Es el único diferente.

Así tiene la oportunidad de no atenderlo si no quiere. Por lo general, no quiere. En realidad ha colocado ese obstáculo desde que murió Unai. Ahora, sin embargo, sube los escalones de dos en dos como si llevase esperando ese sonido toda la vida. Cuando abre el WhatsApp, lo primero que observa es que Marcial continúa en línea. La conoce: sabe que está esperando algo de carnaza. En realidad, la nueva Zoe, la que ha dejado de hacer lo correcto para hacer lo que toca, la ha creado él. A Marcial le debe la vista al frente, el tesón, la indiferencia... y también las lágrimas que humedecen su almohada cada noche. Lee el mensaje:

«Todavía nada. Mañana espero poder concretar más».

Ella se queda mirando la pantalla con el convencimiento de que debe responder algo.

No lo hace.

Cierra la aplicación y regresa a la cama.

Después de contemplar ensimismado el móvil durante más de cinco minutos, Marcial busca la compañía silenciosa de un par de cervezas. Son las seis y dieciocho cuando, por temor a que la tercera rubia le nuble la razón, se deja caer sobre el colchón. Lo hace sin desvestirse. Sola no tarda en arremolinarse a su costado y él la recompensa con un par de caricias mientras deja que su cerebro volatilice varios pensamientos, todos en torno al Pílonga. La confesión de Ricardo Forte podría ser falsa, pero que el Hierros, a pesar de su estado de trance, haya sido capaz de relacionar ese nombre con Los Mateos le hace ser optimista en cuanto a las aptitudes policiales de su excompañera.

Se revuelve en la cama mientras trata de recordar quién puede abrirle las puertas de Los Mateos. Acuden varios rostros a su cabeza, pero hace años que no recurre a ellos y no termina de fiarse de que alguno, más que ayudarlo, sirva para levantar la liebre antes de tiempo. Toma la decisión de jugársela, de ir a pecho descubierto a un barrio depauperado que poco tiene que envidiarle a Lo Campano. De hecho, son barrios hermanos donde la venta de drogas ha

ido cincelando la arquitectura urbanística y a la población residente con idéntica crueldad. Pero si quiere dar con el Cazador, ayudar a Zoe a descubrir quién mató a Miralles y conocer la verdad sobre Santi, no le queda otra que tratar de dar con el Pílonga.

Vuelve a mirar el reloj. Las divagaciones lo han llevado hasta las proximidades de las siete de la madrugada y el peso de los párpados comienza a ser mayor que el de la responsabilidad, así que baja el telón con el anhelo de que su siguiente actuación sea más fructífera que la de esa noche.

## 6

Es el tercer café con leche de la mañana. Los dos primeros apenas han servido para abrirle los ojos después de una noche en vela. En este, Fornet y Rubio la acompañan. Zoe ha aprovechado que el subinspector Torán está reunido con el comisario para dedicarles algo de tiempo a sus amigos, los únicos, desde la muerte de Unai, con los que mantiene algo de relación más allá de lo laboral. Desde que Marcial se fue de excedencia, apenas han vuelto a trabajar juntos y empieza a echar de menos las bromas de ambos por su peculiar relación con el inspector. De ellos, concretamente de Fornet, que es algo más mordaz, sospecha que surgió la idea de llamarlos la Bella y la Bestia. Incluso le pusieron ese nombre al grupo de WhatsApp que comparten. Los ve distendidos, como siempre. Ya no la cosen a preguntas sobre qué ha motivado a Marcial a cerrar la puerta de su despacho y tragarse la llave. Ninguno sabe que el Cazador es el causante de toda la inestabilidad que desde hace un año sacude los cimientos de la segunda planta de la comisaría de Cartagena. Para ellos la ausencia del inspector no representa un gran cambio: solo eran el apoyo al que acudir cuando ambos no daban abasto. Para ella, en cambio, ha sido como pasar de la noche al día. Se había amoldado tanto al carácter hosco y distante de Marcial que se le hace insoportable la condescendencia con la que la trata el subinspector Torán. Recuerda perfectamente cuando el comisario la llamó a su despacho para presentárselo. En su rostro leyó que aquello no era un simple formalismo, sino la manera menos traumática de oficializar un cambio de compañero que se veía venir desde que recibió el alta hospitalaria tras lo de Unai. La confianza con el inspector ya había empezado a deteriorarse un poco antes de la fatídica madrugada en la que su

vida cambió para siempre. No puede borrar de su memoria la frialdad con la que Marcial le relató cómo había contratado los servicios de Sasha para tenderle una trampa a Unai con la que poder tenerlo cogido por los huevos. Le molestó tanto aquel acto de premeditada maldad que la noticia de que Unai había seguido viendo a la rumana después de aquello le pareció intrascendente.

—Yo creo que Bella es masoca.

El comentario de Fonet la ha pillado por sorpresa.

—¿Por qué? —responde Zoe.

—Joder, se te veía mucho más feliz cuando trabajabas con el ermitaño — contesta Rubio, haciendo referencia al apodo por el que es más conocido Marcial en Homicidios.

—Cada vez que el subinspector Torán te llama para salir de comisaría parece que vas al matadero, hija —confirma Fonet.

—Sois unos exagerados.

En el fondo no puede más que darles la razón. El trabajo sin Marcial cada vez se le hace más cuesta arriba; sin embargo, no olvida que el tiempo que compartieron desde la muerte de Unai hasta la excedencia del inspector estuvo plagado de desencuentros y reproches.

Recuerda las miradas inquisidoras, la desconfianza que espesaba la atmósfera, los diques, las pocas ganas de escalarlos, como también recuerda lo vacía que quedó la segunda planta de la comisaría el primer día que Marcial se ausentó. Ni siquiera se había molestado en decirle que abandonaba. Tuvo que hacerlo el comisario. Aún hoy, nueve meses después de aquello, sus ojos buscan la puerta de su despacho cuando sale del vestuario, un despacho que nadie se ha atrevido a ocupar por miedo a las consecuencias si Marcial decidiese regresar. Algo parecido ha ocurrido con el de Unai, aunque esta vez el motivo es bien diferente: deferencia, tributo. Fue la manera en la que Salvador Torán trató de ganarse a la gente del departamento.

—En fin, Bella, nosotros tenemos que irnos. Aquí hay gente que aún curra,

¿sabes? —Fornet tira el vaso de cartón a la papelera que hay a los pies de la máquina del café y le guiña un ojo a su amiga. Rubio simula un saludo militar antes de alejarse junto a su inseparable compañero.

Zoe está a punto de proponerles tomar una cerveza al acabar el turno, pero a última hora se arrepiente y de su boca solo sale un «hasta luego» impregnado de un aire de ausencia.

Hay pocas cosas que Marcial tenga que agradecerle al asesino del café, pero una de ellas es la de haber dejado una ingente cantidad de dinero a su disposición. Gracias a eso no le resultó difícil tomar la decisión de irse de excedencia, de apartarse del camino empedrado que transitaba cada día con Zoe. Saber que el dinero no sería un problema, que no tendría que ingeniárselas para buscarse otro trabajo, le había permitido dar un portazo y salir sin mirar atrás.

«Yo siempre cuido de los míos», rezaba la carta en la que había introducido la llave del apartado de correos que en ese momento blande Marcial.

—De los míos —repite en tono quedo mientras abre la cerradura.

Odia esa frase, como odia todo lo que tiene que ver con él, pero que lo considere uno *de los suyos* es lo que más le repugna. Se siente sucio cada vez que esas seis palabras campan por sus meninges. El recuerdo de Sola aferrándose a la vida mientras una cuerda abrazaba su cuello es la peor experiencia que ha tenido que soportar. Él no es así. No es uno de los suyos, se recuerda cada vez que está frente a frente con los fajos de billetes.

Coge dos de quinientos a sabiendas de que cambiarlos sin pasar por un banco puede llevarle un par de días. Es la única manera de no levantar sospechas. Para ello cuenta con un expresidiario del barrio, el Kiki, quien, a cambio de un pequeño porcentaje, convierte los billetes lilas en naranjas y azules. A veces en rosas y verdes, depende del día. Después, y sin ninguna necesidad de volver a verse, este los introduce en un sobre y los desliza por el hueco de la ventana que hace las veces de buzón y que siempre permanece abierta. Sabe el

riesgo que corre al depositar mil euros en las manos de un yonqui, pero confía en que él recuerde lo que le ocurrió la última vez que trató de jugársela.

Se agacha para confirmar de manera visual que el *pendrive* con las grabaciones que Villanueva le hizo a Domingo Bernal sigue en el interior. Está ahí, al fondo del todo. Lo palpa como si necesitase verificar que sus ojos no le mienten. No es para menos. Esa es la prueba irrefutable de que el empresario tenía que rendir cuentas a alguien, que el asunto del blanqueo era solo la punta del iceberg. También es la evidencia de que Villanueva y Santi, a petición del inspector Salmerón, habían infringido la ley y habían llevado a cabo escuchas ilegales. Marcial aún no comprende por qué el ex inspector jefe se arriesgó tanto. Confía en que la búsqueda que ha emprendido con Zoe le aclare todas esas incógnitas.

No es el fin, pero intuye que es el medio.

Cierra la pequeña puerta y devuelve la llave al bolsillo interior de la chaqueta de cuero. Al salir a la calle puede ver la decrepita figura del Kiki derrengada sobre el capó de un coche en el aparcamiento público del hotel Manolo. Camina hasta él sin que el toxicómano más conocido de San Antón se moleste en salir a su encuentro. Viste un chaquetón azul marino con algunos rotos que hacen que la espuma de su interior haya ido mermando de forma considerable. El pantalón de chándal debe de tener unos veinte años; aun así, conserva la dignidad de la ropa fabricada antaño, antes de que el consumismo compulsivo las convirtiese en prendas de usar y tirar. Marcial le da un bofetón cariñoso a modo de saludo, que el Kiki encaja con estoicismo. Aprovechando la cercanía, introduce los dos billetes en el bolsillo del chaquetón con la otra mano mientras le susurra:

—Van mil. Si lo tienes listo para mañana por la mañana te puedes quedar con el doble de tu comisión.

Los ojos del Kiki se desorbitan con la posibilidad.

—Lo tendrá, señor policía, lo tendrá.

El cuerpo desgarrado del yonqui se aleja sin esperar respuesta alguna.

Marcial le da la espalda y regresa al 308.

Ha pasado el resto de la mañana en casa tratando de valorar si las palabras del Hierros merecen credibilidad, intentando discernir si el que hablaba era su antiguo confidente o la carcasa vacía en la que convertía su cuerpo cuando iba puesto hasta las cejas. La rotundidad con la que el desconocido le aseguró que el Pilonga había muerto un par de décadas atrás tampoco lo ayudan a decidirse. Finalmente, después de comer, opta por dejar a un lado ese asunto y se centra en otro mucho más real, más palpable. Hace quince días que no ve a Marga y a los gemelos, y, aunque podrían pasar otros quince sin problema alguno, no le gusta faltar a su palabra. La palabra que le dio a Santi frente a su féretro. Marcial no es amigo de cementerios; el camposanto se le antoja el mayor síntoma de debilidad que la especie humana ha patentado, así que no va a visitarlo allí, como tampoco visita a Germán Lisón, su padre adoptivo, ni a Sasha, su musa.

Aparca frente a la casa. Ha esperado a que la tarde avance para asegurarse de que los niños también estén: no le apetece enfrentarse inerme a los silencios de Marga. Alfredo tiene academia los sábados y no regresan hasta las siete y media, por lo menos, así que ha esperado a que den las ocho para plantarse allí. Mientras camina hacia la puerta enrejada del jardín, percibe las risas de los niños. También se filtra algún grito de Marga, que reconviene la actitud de los gemelos. «A saber de qué se ríen esos dos», piensa Marcial. Toma aire y pulsa el timbre. Durante los segundos que tarda en escuchar el sacudido eléctrico que permite la apertura de la cancela desea que sean ellos los que salgan a su encuentro para evitar el frío recibimiento que le dispensa Marga últimamente. No siempre ha sido así. Al principio, tras la muerte de Santi, sus visitas eran para ambos el antídoto perfecto contra la nostalgia. Se sentaban en el salón o en la cocina y pasaban horas rememorando vivencias, hasta tal punto que, por momentos, parecían olvidar que su ausencia no era temporal. Todo se torció el día que ella quiso mediar en su relación con

Dolores. En un absurdo intento por recomponer la unidad familiar, Marga le preparó en su casa una encerrona para forzarlo a hablar con su madre adoptiva. Aquello acabó peor que el rosario de la aurora. Desde entonces, Marcial no ha vuelto a saber nada de Dolores y la amistad con Marga ha terminado deviniendo en compromiso ineludible. El tiempo que pasan ahora juntos está lleno de reproches silentes, de explicaciones pendientes, de dudas acuciantes, de manera que solo Alfredo y Ana dan sentido a su presencia allí.

La vetusta puerta de entrada se abre justo cuando Marcial sube el último escalón. Marga está bajo el dintel. Va especialmente arreglada. A pesar de no ser muy observador, Marcial aprecia en un primer vistazo que sus rizos naturales han sido sustituidos por unas ondas alargadas, algo más claras que su castaño natural, y que resaltan las facciones de su cara, en especial sus ojos negros, que esa noche parecen dueños de un misterioso brillo. Va maquillada de forma discreta, pero eso hace que por primera vez desde que falleciera Santi vuelva a verla como lo que es, una mujer atractiva de cuarenta y cuatro años que ha asumido su viudedad. Va vestida de un modo más elegante que de costumbre, sin caer en el exceso. Ha dejado a un lado los tejanos y se ha enfundado un pantalón de raso negro y una camisa vaporosa de un verde oliva que la hacen parecer una persona diferente a la que Marcial visita con cierta periodicidad. Por primera vez, después de casi tres años, siente que Marga ha superado la muerte de Santi.

Y le duele.

Entra, besa su frente y deposita la cazadora de cuero en el perchero de la entrada. Al poco aparecen los gemelos y se abalanzan sobre él, haciéndole olvidar por un instante el rechazo que le ha supuesto encontrar a Marga de esa guisa. Ella aprovecha la ocasión para pedirle que entretenga a los niños mientras ultima sus cenas. Le ofrece una cerveza que no rechaza. Veinte minutos después, la cerveza es historia, los gemelos están cenando en la cocina y ellos se dirigen al salón sin apenas haber cruzado una palabra todavía. La televisión hace menos doloroso el silencio que se interpone entre

ellos mientras toman asiento uno frente al otro. Al poco, los ojos de Marcial viajan de forma automática hacia la esquina donde solía estar el sillón ergonómico que Santi bautizó como su trono. No lo ve.

—¿Dónde está? —pregunta señalando al lugar que ahora ocupa una pequeña mesa redonda.

—Lo he puesto en el garaje, junto al resto de sus cosas.

Marga lee en su rostro la incredulidad y decide explicarse:

—Nadie lo usaba.

—¿Y eso qué importa? Era su sitio.

—Era, Marcial. Tú lo has dicho. Ha llegado el momento de...

—Ni se te ocurra decirlo. —Marcial se pone en pie y le dedica una mirada adusta—. Me voy, ¿necesitáis algo?

Marga niega con la cabeza al tiempo que Marcial se dirige a la cocina para despedirse de Alfredo y Ana. Al regresar, pasa de largo la puerta del salón y se dirige hasta el perchero de la entrada. Se está colocando la chaqueta de cuero cuando aparece Marga.

—Pero...

—No es tiempo de peros —dice a la vez que abre la puerta y pulsa el interfono que franquea la del jardín.

Una vez en el interior del 308, golpea el volante con violencia para combatir la frustración. Al cabo de unos segundos se siente mejor. A su cabeza acude la imagen de Nahia.

Piensa que visitarla le vendría de fábula para calmar los ánimos.

Piensa también que su último encuentro terminó con sus manos aprisionándole cuello.

Piensa, definitivamente, que a partir de ahora dejará ciento cincuenta euros en el aparador, por si acaso.

Aún está sudoroso cuando ella regresa. Viene de darse una ducha rápida. Es norma de la casa. Apenas independizan sus cuerpos, ella se marcha al baño al que se accede desde la misma habitación. Según Nahia, solo usa ese cuarto con él. Marcial no juzga la mentira: le da lo mismo. Los billetes que deposita a la entrada le hacen mantener la perspectiva. Hace muchos años que aprendió a meter entre paréntesis todo lo que mete entre dos piernas, como si fuera una puntualización, una nota al pie de página de su existencia.

Marcial la observa en silencio mientras ella coge un par de toallitas húmedas y, tras tumbarse a su lado, comienza a limpiar su miembro con esmero. En su quehacer, la toalla que circunda su torso se ha soltado y ha dejado sus pechos al aire. Húmedos, voluptuosos, sugerentes. Marcial empieza a reaccionar ante los estímulos visuales y táctiles, y resuelve que no hay tiempo para más. La aparta sin preocuparse por la sutileza de su gesto y se encamina, medio erecto, al baño del que acaba de salir Nahia.

—¿Puedo? —pregunta señalando la puerta.

—Tú mismo —responde ella con desencanto.

El agua casi hirviendo ha creado una cortina de humo que le impide a Marcial detectar su presencia hasta que oye su voz:

—¿Trabajo?

—Ya no tengo trabajo.

—Del otro, me refiero.

—Algo así.

Nahia se acerca, aparta una hoja de la mampara y se echa un poco de gel en las manos; después, comienza a enjabonarlo.

—¡Joder! —exclama al entrar en contacto con el manto de agua—. Podrías abrir un poco la fría: ¡te vas a achicharrar!

—Me gusta así —dice, mientras finaliza la tarea que Nahia se ha visto obligada a abandonar.

Una vez fuera, le entrega una toalla y ambos regresan a la habitación. Nahia se ha puesto el tanga blanco con encajes negros que tanto le gusta a Marcial; sin embargo, él no hace ningún comentario, a pesar de que no puede evitar quedarse mirando más de lo recomendable, algo que ella aprovecha para acercarse. Acto seguido, desliza la mano por su pecho hasta ganar su entrepierna, donde empieza a recrearse.

Llevan viéndose más de un año, no siempre para practicar sexo, así que la conoce lo suficiente para leer entre líneas lo que representa toda esa lisonja, y opta por cortar por lo sano:

—Ni tú eres Sasha ni yo soy ese Marcial.

Nahia se separa con premura, como si una sacudida eléctrica de cien mil voltios recorriera su cuerpo. Él comienza a vestirse. Ni siquiera invierte un segundo en comprobar el efecto devastador que sus palabras han provocado en ella. Acaba y sale de la habitación. Nahia no lo acompaña. Al llegar a la altura del aparador, se queda mirando los tres billetes de cincuenta. Valora la situación.

Al final, coge uno y lo mete en su cartera justo antes de salir.

Se detiene frente al cartel luminoso y observa uno de los actos sociales más absurdos y más repetidos a lo largo de la historia del ser humano: hacinarse en torno a un objeto. Da lo mismo que sea un monolito, una hoguera, un templo, una imagen o, como es el caso, el *pub* donde treintañeros y cuarentones tratan de convencerse de que no cualquier tiempo pasado fue mejor.

La cola para acceder al bar Baros alcanza varias decenas de metros a esa hora de la noche. Marcial sopesa si buscar otro sitio en el que malgastar su dinero y su tiempo, pero la curiosidad es más potente que la razón y termina a

la retaguardia del redil, aguardando su turno con la misma resignación que una oveja sumisa se presta a ser esquilada una primavera más. La misma indolencia que lo convierte en miembro del rebaño lo lleva a relativizar la espera con asociaciones de ideas que resultan, en su gran mayoría, poco halagüeñas. Lo primero que evoca su cerebro, inspirado en el estratégico parpadear de las letras del Baros, es la ingente cantidad de cerveza que tomó la última madrugada que estuvo allí; inmediatamente después, tras sus párpados, se sitúa el cuerpo inerte de Sasha en el salón de su casa, justo enfrente de donde se encuentra en ese momento. La consecuencia directa de ese último pensamiento lo conduce hasta Domingo Bernal, Francisco Casanova y Ricardo Forte: su paso por ese mismo bar le demostró que la muerte de su musa escondía una trama de corrupción mucho más siniestra de lo que jamás habría sospechado. Tampoco puede obviar el cadáver que el Cazador dejó en la cochera de Fandiño la madrugada en que huyó. Pero el recuerdo más vivaz, y quién sabe si el verdadero motivo que ha conducido a Marcial hasta allí, es el de la camarera rubia que le hizo romper, después de más de cinco años de abnegado cumplimiento, la promesa de interponer un reguero de billetes entre él y el cuerpo desnudo de una mujer.

Una vez en el interior se abre paso a empujones para ganar la barra. Le lleva menos de lo previsto alcanzar su objetivo y apenas ha tenido que granjearse un par de miradas torvas de los cabestros que gobiernan la manada. Hace un primer barrido en busca de la chica rubia cuyo nombre escapó de su memoria junto al semen de la última eyaculación que depositó en su interior. No la ve. Un camarero joven con poco más de dos décadas de insulsa existencia se coloca delante de él y le hace llegar, por encima del ensordecedor ruido ambiental, la misma pregunta que realizará a todo el que se le cruce en el camino a lo largo de su jornada laboral. Marcial pide una cerveza. Con su bebida en la mano y maldiciendo por no haber especificado una marca en concreto, vuelve a cruzar la sala de baile para llegar a la periferia, donde las pocas mesas que hay sirven de improvisados guardarropas. Aparta un puñado

de chaquetones y deposita el botellín en el trozo de mesa que ha habilitado; después, se sienta. Los propietarios de las prendas lo observan con desconfianza y desprecio antes de concluir que no representa ninguna amenaza para el bienestar de sus pertenencias. Al cabo de un rato la ve pasar. Lleva un top blanco que refulge con los haces de luz que proyecta la bola del techo. Sus pechos parecen suplicar que alguien alivie la presión a la que se encuentran sometidos, y los ojos cargados de lascivia que la desnudan a cada paso indican que más de la mitad del aforo estaría dispuesto a ello. Cuando pasa a su lado, levanta la cerveza vacía para llamar su atención. Ella, al principio, hace un gesto autómatas con la cabeza, que viene a significar «oído» o algo por el estilo, pero pronto cae en la cuenta de que es él y se aproxima:

—Dichosos los ojos... —dice.

Marcial esquiva el reproche. Pronto, la camarera vuelve a la carga:

—Podrías haberte pasado a dar el pésame, por lo menos.

—No la conocía.

—Pero sabías que era mi compañera.

—A ti tampoco te conozco.

Ella sacude la cabeza mientras deja que una sonrisa irónica modele sus labios. Sin mediar palabra, se da la vuelta y se dirige a la barra.

Marcial la observa con atención. Le parece buena chica, pero no es la primera vez que da síntomas de no entender que lo que pasó entre ellos solo fue sexo. Es al menos quince años menor que él, de una generación que se vanagloria de haber patentado el sexo sin compromiso y la liberación del cuerpo de la mujer, así que Marcial cree que debería entenderlo, pero, al parecer, eso es poco más que un eslogan que blandir en público. No ha terminado de pensar en ella cuando la ve regresar con una cerveza en la mano. Esta vez sí es de la marca que le gusta. La deposita en la mesa y se da la vuelta con arrogancia, dando muestras de la herida que las palabras de Marcial han hecho en su orgullo. Este la toma de la muñeca y la acerca hasta su posición. Cruzan la mirada en silencio.

—¿Ha vuelto a pasar por aquí?

—¿Quién?

—El Cazador, el del retrato robot que te enseñé aquella noche.

—Vete a la mierda.

La camarera rubia se pierde entre la grey justo cuando Marcial empieza a sopesar que quizá no haya sido tan buena idea acudir al Baros.

Lo ha intentado con todas sus fuerzas, pero no ha podido evitarlo. En el fondo piensa que Marcial no está todo lo implicado que debiera, así que se siente obligada a hacer algo más que permanecer de brazos cruzados en casa esperando a que suene el teléfono. No tiene tantos recursos como él, pero espera saber hacer valer sus dotes de persuasión.

Con esa esperanza ha acudido al Rey de Copas, un bar con tufo a clandestinidad y contrabando consentido que se ubica en una de las calles olvidadas del casco histórico; una que no tiene salida, que no conduce a ningún yacimiento romano ni desemboca en el Mediterráneo, y que al gobierno de turno no le pareció que mereciese el mismo trato y las mismas remodelaciones que las aledañas por las que, cada pocas semanas, circula la horda de turistas que invade la ciudad a lomos de un crucero. Allí se ha citado con Charly, del que solo recuerda su edad (próximo a los cuarenta), su metro ochenta y pico y el inexplicable optimismo con el que capea las cornadas que le da la vida. Ha conseguido concertar la cita gracias a Fonet y Rubio, aunque el precio puede resultar muy caro. Ha visto en sus rostros que la mentira arrojada no ha calado, así que corre el riesgo de que Charly les cuente la verdad si le aprietan un poco o si le sirven en bandeja un par de picos que le hagan más livianas las molestias estomacales sin diagnosticar, pero con un inequívoco hedor a cirrosis grave, con las que malvive desde hace años.

Lleva como media hora junto a la barra, alargando la segunda cerveza ante la atenta mirada de una parroquia que por lo común no acepta de buen agrado las visitas inesperadas.

Y ella lo es.

Se aprecia su desconcierto a kilómetros y sus constantes consultas al reloj delatan su impaciencia. Por suerte, cuando uno de los grupos situados en el fondo del tugurio comienza a percibir cierto tufo a agente de la ley que está poniéndolos nerviosos, la puerta se abre, arrojando un chorro de luz que hace inevitable que todos se giren. Charly hace su aparición como si fuese una epifanía. Se dirige hasta ella con paso cansino. Zoe lo mira y constata que el rostro desvaído de ojos embolsados que se esconde bajo un sombrero negro no le evoca ningún recuerdo. Durante un instante duda de que sea él, pero la incertidumbre se disipa en cuanto abre la boca, y deja entrever un diente de oro.

—Hace mucho tiempo que no veía alegrarse tanto a una mujer con mi presencia —pronuncia Charly al llegar a la barra.

Zoe hace una mueca que expresa con rayana claridad el motivo de su actitud.

—Joder, chica, es que apestas a poli, y aquí mi colega —señala en dirección al que parece llevar la voz cantante del grupo del fondo—, el Cabezón, no es muy amigo de la pasma.

—La idea de quedar aquí fue tuya —replica ella.

—Es que vivo justo encima, así que, si te parece y no crees que es muy atrevido por mi parte —ironiza—, podemos continuar el encuentro allí.

Ella deja el importe exacto de su segunda consumición y, haciendo gala de toda la hipocresía que almacena, coge el brazo de Charly para encaminarlo hacia la salida.

## 8

Efectivamente, la casa de Charly está justo encima del Rey de Copas, tanto que su balcón podría servir de marquesina a los fumadores en los días de lluvia.

Podría.

Pero no lo hace, porque en el Rey de Copas, como ha podido comprobar Zoe, todos fuman en el interior. Saben que el día que la policía entre la ley antitabaco será la menor de sus preocupaciones.

Charly la ha conducido por unas escaleras cochambrosas a cuyo pasamanos era imposible agarrarse sin arrancarle un quejido herrumbroso; sin embargo, la casa está impoluta, como si todo el tiempo que el heroinómano pasa alejado del jaco lo dedicase a la limpieza del hogar. Él parece adivinar sus pensamientos.

—Mi madre viene un par de veces a la semana y se encarga de la limpieza..., entre otras cosas —dice, con un tono de resignación que evidencia que esas cosas a las que se refiere no son algo de lo que vanagloriarse.

El piso es pequeño. Apenas cuenta con una cocina americana, un pequeño salón que desemboca en un balcón, un aseo al que le sobra el lavabo o el bidé para poder entrar con cierta comodidad, y una minúscula habitación donde aún se pueden apreciar los restos de la última dosis que Charly ha usado para apaciguar su malestar.

O para evadirse.

Tanto da.

—¿Quieres beber algo? —pregunta Charly cuando la ve acomodarse en el tresillo que hay frente al televisor.

—No, gracias.

Él coge una silla de las que rodean la mesa redonda que hay junto a la puerta acristalada y la arrastra hasta situarla frente a Zoe. Después, la mira y deja que sea ella la que marque el tempo.

—¿Conoces al Pilonga? —pregunta al fin.

—¡Vaya! No te andas con rodeos.

Zoe sonríe. Sabe que gran parte de su éxito radica en trasladarle a Charly una imagen de seguridad que no es real. Hasta ahora, las dos veces en las que han coincidido siempre ha sido en presencia de Marcial, lo que le había permitido permanecer en ese segundo plano en el que tan a gusto se encontraba la otra Zoe.

—¿Dónde has dejado al pitbull? ¿Es cierto eso que dicen de que ha dejado la pasma? —pregunta el confidente antes de que la agente pueda replicar.

Zoe asume que tendrá que esforzarse bastante más de lo que pensaba para arrancarle algo de interés. Contaba con una mentira prefabricada en la que Marcial era el protagonista, pero, al parecer, la excedencia del inspector no es ningún secreto en los suburbios cartageneros. Decide no amilanarse y reacciona con naturalidad pese al contratiempo:

—Así es. Ahora soy yo la que se ocupa de sus casos.

—Y, por lo visto, piensas que sus *socios* —le dice, entrecomillando con las manos— vamos en el lote.

La respuesta ha generado un silencio incómodo, uno de esos en los que la antigua Zoe habría quedado atrapada como una mosca posada sobre un hilo de seda de una sutil telaraña. En cambio, esta vez, sin saber exactamente de dónde surge esa fuerza ignota que la hace ponerse en pie, dedo índice en ristre, tiene la certeza de que no caerá en la trampa, de que la araña se quedará con las ganas.

—No te equivoques, Charly —dice mientras termina de recortar la distancia que los separa—, te interesa colaborar.

La cara de desconcierto del confidente de Marcial al ver el índice

apuntándole a la cara hace que no demore la explicación:

—¿Acaso crees que no sé dónde pillas esa mierda? —Señala con el mentón hacia la habitación donde aún pueden apreciarse, sobre la mesita de noche, una aguja y el elástico que usa para definir sus castigadas venas—. Solo tengo que apretarle un poco los huevos a tu camello y te garantizo que no vas a necesitar ninguna clínica de desintoxicación para rehabilitarte.

—Ya veo que aprendes rápido. La última vez que nos vimos apenas asomaste la cabeza por detrás de tu perro de presa y ahora estás aquí, a menos de dos palmos de mi careto, amenazándome. —Charly se pone en pie. La diferencia de altura es considerable y la proximidad de sus cuerpos obliga a la agente a retroceder unos pasos para no tener que alzar la cabeza de forma incómoda—. Pero te equivocas —dice mientras dirige los pasos a la mesa donde se desprende del sombrero—. ¿Sabes por qué no tuve reparo en trabajar para Marcial? Si es que se le puede llamar así a contarle lo que todo el mundo sabe.

Ella no contesta. Parece que empieza a atisbar la génesis de su error. Ese no es el típico yonqui pedigüeño y andrajoso de los ochenta.

—Marcial no necesitó darme dos hostias ni amenazarme para que fuese a muerte con él, ¿sabes? Si decidí echarle un cable fue porque cuando no tenía un puto duro para dar de comer a estas —Charly golpea enérgicamente las proximidades de su bíceps izquierdo con la palma de la mano derecha— nunca me faltó mi dosis.

—¿Marcial te proporcionaba...? —Zoe ni siquiera se atreve a acabar la frase. El Marcial que ella conoce no es un tipo al que suele preocuparle la vida de los demás. A veces parece que ni su propia vida le merece consideración.

—Eran otros tiempos —puntualiza.

Es la primera vez que tiene una evidencia palpable de lo que tantas veces le ha repetido el comisario durante los últimos años: hubo un Marcial antes del caso del asesino del café y otro después. En ese momento, si tuviese a Miguel

Lasaosa delante, ella apostillaría que hay un tercero, uno que nació el día en que descubrió que toda su vida se sustentaba en una mentira que Dolores Herce y Germán Lisón, sus padres, habían fraguado en connivencia con una monja que jugaba a ser Dios por un módico precio. Sin embargo, el que está delante es Charly, no el comisario, y espera una reacción por su parte. Decide ir hasta el final, ser consecuente con su primer movimiento, así que procura que su tono de voz no refleje la incertidumbre que las palabras del confidente le han suscitado:

—Me da lo mismo cómo lo hiciera Marcial. Necesito saber quién coño es ese Pilonga y dónde se mete.

Charly sonríe y deja entrever su diente de oro. Regresa a la silla y vuelve a sentarse. Zoe permanece de pie, a unos pocos pasos.

—Siéntate, por favor —dice en un tono neutro que huele a tregua. Ella obedece y toma una pose relajada en el tresillo, dando a entender que acepta el armisticio—. Voy a decirte lo que sé, que no es mucho, pero no voy a hacerlo porque tenga miedo de tus amenazas. Es cierto que sigo enganchado, pero hace algo más de un año que controlo bastante bien lo que me meto. A veces, incluso puedo llegar a estar más de cuarenta y ocho horas sin tocar el caballo. Con ayuda de metadona y Valium, claro. Estoy tratando de dejarlo, pero no soy tonto, ¿sabes? Sé que nunca podré desengancharme del todo de esa mierda, no mientras no desaparezca este dolor que me está matando. —Charly se lleva la mano a la barriga y la estrangula con desprecio—. Nada me haría más feliz que ver cómo cumples tus amenazas, créeme, pero los dos sabemos que en cuatro o cinco días todo volvería a la normalidad: ni tú tienes tiempo de controlar a mi camello ni yo fuerza de voluntad para dejarlo.

Zoe siente, por primera vez después de mucho tiempo, una procelosa sensación de culpa por haber obrado sin empatía, por ser un poco menos ella y un poco más Marcial. Sin embargo, no hace nada que revele ese sentimiento y se limita a guardar silencio y dejar que Charly siga su discurso.

El confidente parece inmerso en una batalla contra sus recuerdos que, a

juzgar por su rostro, se salda con una pírrica victoria. Al final habla:

—El Pilonga era uno de los lugartenientes del Nene.

—¿El Nene?

—Uno de los que controlaban Los Mateos en la década de los noventa.

—¿Controlaba? ¿Está muerto?

—En prisión.

—¿Drogas?

—Homicidio: mató al Pilonga.

Charly se fija en el rostro de Zoe. Tiene la sensación que la información que le da no es la que esperaba, pero no tiene otra, al menos más actual. Hace poco más de un año que su madre tomó las riendas de su vida y, aunque no ha conseguido sacarlo de la mierda, sí que ha abierto un hueco por donde respirar algo de aire puro de vez en cuando. Ahora vive alejado de todo lo que se cuece en el campo de batalla. Ha hecho de su casa una trinchera. Ni siquiera va a pillar: se encarga el Cabezón. Es como un hermano para él. Su madre dice que es mejor así, que corre menos riesgo si no frecuenta a la gente de siempre, a su otra familia. Por eso si hay un nuevo Pilonga él no es el más indicado para saberlo.

—Siento no poder ser de más ayuda —pronuncia cuando está seguro de que el gesto de Zoe denota decepción.

## 9

La madrugada le ha dado caza a Marcial en el Baros sin conseguir que la camarera rubia se avenga a prestarle más atención que la que compete a su puesto de trabajo.

Y eso que hasta en seis ocasiones la chica ha tenido que llevar un botellín a su mesa, las mismas que Marcial ha aprovechado para intentar paliar la falta de tacto de su primera conversación. Ni con esas ha conseguido arrancarle ni una palabra que no formara parte de un reproche. En realidad, le importa bien poco que se sienta ofendida, pero le jode haber tirado por el retrete la mejor baza que tenía para saber si Francisco Casanova seguía merodeando por la zona.

Aunque, en el fondo, duda que siga haciéndolo.

Que el equipo de la científica que peinó la azotea desde donde le voló la cabeza a Domingo Bernal no consiguiese dar con ninguna evidencia que condujese hasta él podría darle pie a pensar que está a salvo, pero Marcial sabe que el recuerdo de unos alicates jugueteando con su polla han hecho que el Cazador sepa que va en serio, que se la juega con alguien que tiene muy poco que perder y que no atiende a razones.

Se levanta y recoge la chaqueta de cuero del respaldo de la silla antes de dirigirse a la salida. A esas horas alcanzar la puerta se convierte en una misión ímproba, en especial si el sentido del equilibrio se ha desactivado a base de cerveza. Está a punto de ganar el pasillo cuando nota que alguien lo sujeta del brazo izquierdo. Se gira con dificultad para encarar al dueño de la mano que ha interrumpido su huida y completa el recorrido del brazo, con ojos vidriosos incapaces de enfocar con destreza, hasta alcanzar su rostro. Se trata de ella: la

camarera. Sus enormes ojos de pestañas retorcidas parecen brindar una concesión de última hora.

—Si quieres que te cuente lo que sé debes ganártelo primero. Y hoy no has hecho méritos.

La chica se separa ligeramente y se vale de su mano libre para girar la cara de Marcial y depositar un beso cariñoso en sus labios. Después, regresa por donde ha venido sin poder evitar que los ojos del exinspector se pierdan en el contoneo de sus nalgas.

Marcial llega a la calle sin haberse molestado en analizar si las palabras de la camarera obedecen a una suerte de proposición indecente o a un burdo juego cuyas reglas desconoce. Ya se dejó engatusar una vez por su lengua viperina y no tiene intención de volver a hacerlo. No mientras haya otra alternativa.

Y de momento la hay.

Esta vez ha dejado el 308 a buen recaudo en el aparcamiento de la estación de autobuses. Ha recorrido a pie, bordeando la muralla de la calle Monpeán, el medio kilómetro que lo separa de Los Mateos. Tiene intención de acceder a la barriada por donde más llama la atención un extraño: el cerro de Los Moros. No busca a nadie en concreto, así que confía en que su presencia, incómoda en esa parte, despierte la intriga de los residentes.

Al girar, ya en la calle Santa Bárbara, una vez dejadas atrás las primeras viviendas, la barriada que antaño fue el epicentro de la venta de droga de Cartagena se desprende del disfraz de cotidianidad que las fachadas de ladrillo visto y cemento enlucido le confieren, y da paso a un lugar inhóspito donde las entrañas de lo que un día fue el hogar de algunas familias que invirtieron ahí sus ahorros y plantaron la semilla de su idealizado porvenir quedan expuestas, al igual que las vergüenzas de un gobierno local incapaz de revertir una situación que se vio venir de lejos. A cada paso, las ventanas tapiadas y las puertas metálicas van ganando protagonismo junto a

improvisadas escalinatas azulejadas que sirven para paliar el desnivel del terreno. Al final, Marcial alcanza el camino pedregoso que lo conducirá a la fortificación abaluartada de finales del siglo XVIII. Mira el reloj: las cuatro y catorce. La oscuridad lo envuelve todo y tan solo una raquítica luz que proviene de un alumbrado público le otorga unos metros de visión. No hace frío, o quizá sí. Marcial no lo sabe porque tiene todos los sentidos puestos en el siguiente paso, en no tropezar. El terreno es desigual, incómodo por momentos. Tan pronto se enfrenta a una abrupta pendiente como, acto seguido, debe mantener el equilibrio en un corto descenso. Por fin la ve. Lo hace cuando casi puede tocarla con las manos, porque allí, después de un intrincado recorrido, la luz que lo acompañaba en sus primeros pasos ha desaparecido en su totalidad. Marcial se detiene de espaldas a la muralla. Instintivamente lleva la mano a la parte trasera del pantalón donde debería estar la Glock, pero allí solo está el michelín que ha comenzado a adueñarse de esa parte de su cuerpo. Por un instante ha olvidado que el arma permanece en la guantera del coche, tal y como le aconsejan los años de experiencia, para no hacer más peligrosa su osadía en un lugar donde las explicaciones se piden *post mortem*. Comienza a bordear la muralla. Su objetivo está al otro lado. La basura que circunda el muro exterior le confirma que está en el buen camino. Hay restos de comida, de bebida, alguna que otra cucharilla y varios trozos de papel de aluminio que le sugieren que el caballo le gana, en ese microhábitat, la partida a la coca. Él hace mucho que ha desconectado de ese mundo, más o menos desde que comenzó en Homicidios. En su época en los Zetas sí que tuvo que bailar con la más fea, de ahí su red de contactos. Sin embargo, en Homicidios, ese era el terreno de Miralles; con Villanueva al principio; con Brau cuando el inspector jefe cometió el mayor error de su vida. Ahora son Zoe y el nuevo subinspector los que se encargan de ese terreno abonado con tanta sangre como restos de heroína.

La iluminación que se filtra a través de las ventanas de las viviendas convertidas en garitos hace un juego de luces y sombras que sirven de faro a

Marcial.

Ha llegado.

El estado de las construcciones unifamiliares —todas diferentes, todas decadentes, todas de colores llamativos— evidencia que su uso no es el de dar cobijo a una familia ni albergar un rutinario día a día. Las rejas que protegen todos los accesos y las chapas metálicas que forran las puertas de entrada son la muestra de que en su interior se cuece algo. La policía lo sabe, pero les interesa mirar hacia otro lado, evitar que los puntos de venta se diseminen por toda la ciudad. De cuando en cuando, una redada reivindicativa les recuerda que están ahí porque ellos se lo permiten. Es parte del juego, entra dentro del código deontológico de polis y cacos. Marcial duda si llamar o esperar a que alguien salga. Le sorprende que, a diferencia de lo que ocurre en Lo Campano, los aguadores no hayan alertado ya de su presencia a todo el vecindario. Al final se decide y se aproxima hasta una puerta que en otra vida debió de ser verde y por la que huye un exiguo haz de luz. Está a punto de llamar cuando una voz lejana lo sobresalta:

—¡Qué sorpresa! ¡Marcial Lisón! Así que usted también anda buscando al Pilonga.

—No soy Lisón —acierta a decir antes de darse la vuelta y comprobar de dónde surge esa voz que le resulta tan familiar.

A pesar de que lo conoce hace más de veinte años, nunca ha estado en su casa. Al igual que a Zoe, le ha sorprendido el orden reinante, así que Charly se ha visto obligado a repetir la misma explicación. Por el tono y la abulia parece cansado de darla, aunque sabe que, en el fondo, eso lo ayuda a ser más creíble, sobre todo con la policía. Y Marcial, a pesar de haber abandonado el cuerpo, siempre será un policía para Charly. Llevan compartidas dos cervezas —calientes y de una marca impronunciable— cuando Marcial decide recapitular:

—Así que Zoe ha pasado por aquí buscando información sobre el Pilonga. —

El confidente asiente—. Y tú le contaste toda la película esa del Nene que me acabas de largar a mí. —Otro asentimiento—. Por eso fuiste a Los Mateos: querías comprobar si se había quedado conforme o buscaba una segunda opinión.

—Pero apareció usted —concluye Charly.

—¿Y qué cojones te importaba a ti si ella te había creído o no? Tú estabas allí para pillar, no me vengas con cuentos chinos.

—Le juro que no, inspector.

Marcial duda si aclararle que ya no pertenece al cuerpo. Al final, decide no hacerlo: no cree que tenga importancia con él.

—Hace mucho que no lo hago —continúa.

—¿Y eso? —Marcial señala la misma aguja y el mismo elástico que unas horas antes condujeron a Zoe a una impresión errónea de Charly.

—No he dicho que no consuma, aunque me controlo bastante.

—¿Entonces?

—¿Entonces, qué?

—¿Que qué hostias hacías escondido en Los Mateos?!

Marcial se levanta del sofá y, sin esperar respuesta ni mediar palabra, se dirige a la nevera y saca otra cerveza que abre haciendo palanca con el poyo. Después retoma la posición de partida y lo apremia con un alzamiento de mentón para que dé una respuesta.

—Conocía al Pilonga y al Nene en aquella época —dice, sin poder evitar apocarse ante el gesto inquisitorio de Marcial—, así que sentí curiosidad por saber por qué tu compañera estaba removiendo la mierda ahora.

—¿Y?

—¿Cómo?

—Joder, Charly, estás espeso hoy. ¡Que qué conclusión sacaste!

—Ninguna. Solo vi a los mismos camellos de siempre en los mismos garitos, y a los mismos compañeros de fatigas de los últimos años. Hasta que apareció usted.

—Pues estamos jodidos —asevera Marcial.

Charly no se atreve a preguntar y se dedica a mitigar la inquietud que le produce la compañía de Marcial jugueteando con el sombrero. El exinspector, en cambio, disfruta con ese silencio tenso que se engendra en los interrogatorios y torna la atmósfera crasa, pesada, irrespirable. La mayoría de los policías no lo reconocerán nunca, pero esa posición de supremacía, de dictador de reglas del juego, de capo en disposición de dirigir el pulgar hacia abajo o hacia arriba es adictiva, y su síndrome de abstinencia, tan psicológico como el de la mismísima cocaína. Marcial, por suerte, aún no lo padece. La búsqueda del Cazador lo ha mantenido activo a pesar de haber depositado su placa y su arma en el despacho de Lasaosa hace ya muchos meses.

Después de unos segundos de incertidumbre decide ponerse en pie y finiquitar la cerveza, la única que ha disfrutado a una temperatura decente. Ya sabe que tendrá que visitar a Ricardo Forte: necesita saber si a Zoe le dijo la verdad o simplemente está jugando con ellos. En el fondo, desea que sea la opción B, pero algo le dice que no es sencillo engañar a Zoe. A la nueva Zoe, se corrige. Deja el botellín en la mesa y abandona la casa sin despedirse de Charly. Intuye que el confidente lo prefiere así.

La esperanza de disfrutar de unas horas de sueño se desvanece en cuanto Marcial abre la puerta de casa y Sola lo recibe, eufórica, correteando de un lado a otro con ansia descontrolada. Es la manera de demandar su paseo. Marcial sonríe, jovial, y se agacha para abrazarla, recreándose en la cicatriz que contornea su cuello y que le recuerda que estuvo muy cerca de perderla. No reprime el impulso de besar su cabeza y recibe como propina un lengüetazo.

Una vez en el descampado, Marcial comprueba que un gran cartel ha profanado el refugio de Sola. Se aproxima para leer el mensaje mientras la galga aprovecha para dar las primeras zancadas. Se trata de una valla que publicita la licitación para la construcción de un nuevo consultorio médico. El actual está a menos de veinte metros y no tiene más de quince años. Lindando pared con pared, por el lado más cercano al descampado, están las ruinas del primero, el último al que Marcial entró aquejado de una fuerte gripe hace ya decenas de años. Pronto habrá tres centros médicos en la misma calle. No entiende por qué, al igual que no entiende que no adhieran el viejo al nuevo para ganar los metros cuadrados que necesitan en vez de construir otro. Según reza el texto que ha leído, las obras comenzarán a principios del 2016. Prefiere no pensar en quién sale ganando con todo eso ni a qué obedece dicha decisión, pero sí sabe qué perjuicios va a ocasionarles a Sola y a él. Hace menos de una década había varios descampados por la zona, el *boom* inmobiliario y el afán especulativo acabaron con ellos. El que van a ocupar ahora es el último reducto para evitar que las aceras de San Antón queden anegadas de desechos caninos por culpa de unos animales de dos patas que no

merecen, siquiera, que la especie porcina les preste su nombre.

Marcial se reconviene por dilapidar el tiempo de Sola con disquisiciones absurdas cuya resolución se le escapa de las manos y trata de centrarse en su amiga. Pero que la resaca esté llamando a su puerta tampoco ayuda. Entre las cervezas del Baros y las de casa de Charly, el dolor de cabeza ha acumulado suficiente combustible para ser su fiel compañero el resto del día. Sin embargo, sabe que no puede faltar a su cita. No lo ha hecho ni una sola vez desde que dio con él.

Hoy tampoco fallará.

Desde hace aproximadamente un año, los domingos han dejado de ser un día más para Marcial. El parque es inmenso. Está sitiado por un ejército de pinos y, mimetizados entre ellos, como si fuesen una parte más de ese hábitat, se intercalan columpios, toboganes, areneros y estructuras diversas a las que se encaraman los niños en función de su edad. Sin embargo, nada de eso le interesa a Gica. El chico prefiere jugar en un campo de fútbol improvisado que ha hecho suyo aprovechando un rodal terregoso en la pineda y cuatro piedras de dimensiones considerables.

Todos los domingos, rondando las nueve de la mañana, acude allí junto a cinco amigos del cole, y mientras los adultos dan forma a aviesos debates nacidos de las trivialidades más cotidianas, ellos juegan a ser Messi y Cristiano, Iniesta e Isco. Son seis niños normales (ni gordos ni flacos, ni altos ni bajos), de unos diez años, que dan patadas a un balón y discuten sobre faltas, altura de las porterías y fueras de juego. Y, efectivamente, tan solo acapararían la atención de un transeúnte el tiempo necesario para dejar atrás aquel estadio donde el sueño de ser un futbolista famoso se hace realidad durante unas horas.

No es el caso de Marcial.

Para él, Gica no es un niño más. Sus ojos grisáceos de mirada transparente son el recuerdo lacerante de una pérdida irremplazable, la herida abierta que

se niega a cicatrizar, el certificado de defunción de una vida pasada. Hace casi diez meses que dio con él y sabe que parte de la culpa de que su interés por encontrar al Cazador se haya ido disipando lo tiene esa mirada límpida que atravesó sus ojos el día que le devolvió el balón que la «ley de la botella» — el que la tira va a por ella— obligó a Gica a recoger en el interior de la pinada. Pero no todo lo que evoca Gica en Marcial libera un aroma embriagador. Ese niño espigado y de ademanes vivaces también es motivo de turbación. Sasha, una prostituta a la que lo unía algo más que el sexo, con la que además de fluidos compartió confidencias, le había ocultado que tenía un hijo. Y sin quererlo —o queriendo, lo mismo daba ya— le había dado otro argumento de peso para levantarse en armas contra la humanidad, contra el sobrevalorado concepto que para Marcial encierra la palabra amistad. Aun así, se siente en deuda con esa mujer que le abrió mucho más que sus piernas. Priman las historias contadas, el recuerdo de la primera Nochebuena alejado de Dolores, los silencios compartidos, sus ojos marmóreos suplicando justicia, una justicia que otro se encargó de administrar por él y que lo ha conducido hasta ese niño que, casi una década atrás, cambió la vida de Sasha. Por eso, una vez confirmado que Gica desconoce sus verdaderos orígenes, Marcial se halla en una disyuntiva que el paso del tiempo se niega a solventar. Y cada domingo por la mañana se enfrenta a ella desarmado, con la firme intención de postrarla en la lona y erigirse vencedor de su particular combate contra la justicia poética; sin embargo, nada de eso ocurre. Sus ojos —alegres, ajenos a cualquier tiempo pretérito—, lo embrujan y le arranca una concesión de siete días más. Y así lleva casi un año: esperando a la semana siguiente para cruzar nuevamente la mirada con él y contarle que su madre fue una mujer que dio a luz en el sitio equivocado y en el momento menos oportuno.

Pero el tiempo no se ha escapado entre sus dudas sin más. Marcial ha aprovechado para investigar a Lucía, la madre adoptiva de Gica. Todo parece en orden. La mujer enviudó dos años después de estrenar maternidad y, desde entonces, complementa una pensión de viudedad más que aceptable con una

academia que regenta durante las tardes, donde Gica pasa gran parte de su tiempo cuando no está en ninguna tarea extraescolar. La mujer, de cuarenta y un años, se desvive por su hijo, y Marcial no sabe hasta qué punto la historia de Sasha puede trastocar esos vínculos. Lo que sí sabe es que a él le habría gustado saber quiénes eran sus padres, y no haberlo descubierto de una manera tan desgarradora y sin margen de maniobra. Y aunque su caso y el de Gica están en las antípodas, Marcial se siente en la obligación de no dejar que el recuerdo de Sasha caiga en el olvido, que su hijo crezca ignorando el sacrificio que ella hizo y los intentos vanos por recuperarlo.

Un pinchazo en la sien le recuerda que la resaca no ha dicho su última palabra y lo sitúa de nuevo en el parque. Gica acaba de meter un gol y lo celebra efusivamente. Sus compañeros lo abrazan con complicidad y Lucía, desde un banco cercano, ha detenido la conversación que tiene con otro adulto para aplaudir la gesta de su niño. Ambos parecen felices.

Marcial concluye que se va a dar siete días más para hablar con el chico.

Un estruendo lo ha despertado. Alcanza la ventana intentando sacudirse la somnolencia y cree haberlo conseguido hasta que, apoyado en el alféizar, comprueba que aún es incapaz de focalizar con nitidez. Está todo muy oscuro. Sumamente oscuro. Mucho más oscuro de lo habitual. Pronto comprende que la farola que baña de luz esa zona de la calle está fundida. Cuando las pupilas se han adaptado, reconoce de dónde proviene el ruido que lo ha despertado, inmisericorde, en mitad de la madrugada. La luna delantera del 308 se ha convertido en una telaraña acristalada presidida por un canto del tamaño de un puño.

—¡Hijos de puta! —atina a decir.

Sale a toda velocidad a la calle. Va enfundado en un pijama de cuadros que podría escribir gran parte de su biografía. Ha olvidado coger las llaves del coche, así que no aprecia nada diferente de lo que ha observado desde la ventana de la habitación. Se ensimisma mirando la «M» que hay trazada sobre

la puerta del conductor y le da por pensar que quizá no se trate de hechos aislados. Decide caminar por las calles adyacentes en busca de no sabe qué, como si regresar a casa fuese una aceptación tácita de la derrota, un sonrojo que evitar. Apenas ha doblado la esquina y ya sabe que su decisión ha sido un error. Un desgarrador aullido rasga el silencio imperante y le hace regresar a todo lo que dan sus pies. Está a menos de veinte metros cuando escucha chirriar unas ruedas sobre el asfalto. No puede saber de qué vehículo se trata, porque la calle presenta un acodamiento y la casa está situada fuera de su campo de visión. Tarda pocos segundos en regresar al punto de partida. Las gotas de sangre que motean el pavimento son un amargo presagio que se confirma cuando ve el reguero del pasillo.

Chilla.

Se desgañita.

Pero Sola no aparece.

Sopesa cómo actuar. Ni siquiera ha tenido tiempo de moldear un sospechoso en su cabeza cuando escucha *Tú sin braguitas y yo sin calzones* sonar en el piso de arriba. Sube las escaleras dando saltos y gana la habitación en un instante. La canción de Forraje aderezada con la voz cazallera de Kutxi Romero continúa anegando todo el habitáculo, pero él es incapaz de dar con el móvil. Ya suena la segunda estrofa y él sigue sin dar con el teléfono. El estribillo danza en el aire cuando un extraño torpor lo sacude. Marcial comienza a verlo todo desenfocado de nuevo, la música suena de forma subrepticia, aunque aún es del todo reconocible la voz de Lülu. Las energías lo están abandonando y nota que una fuerza invisible lo atrae hacia el colchón. Se embute en él y se siente cada vez más pesado, más lejos de allí.

De repente, la música vuelve a percibirse nítida. Abre los ojos, pero al instante tiene que cerrarlos: el sol explota contra la ventana de la habitación con virulencia, así que trata de girarse para darle la espalda al fognazo. No lo consigue del todo, porque Sola, situada en el lado de la cama hacia el que pretende voltearse Marcial, no atiende a sus sutiles empujones. La imagen del

pasillo ensangrentado lo asalta de pronto. Mira el reloj, ya de lado, y comprueba que son las tres y media de la tarde. El móvil sigue sonando sobre la mesilla. Estira el brazo, salvando el cuerpo de la galga, y lo coge. Es en ese momento cuando empieza a comprender.

Todo ha sido una pesadilla. Ni es de noche ni cuando salga a la calle encontrará ninguna piedra sobre la luna del 308. Por supuesto, Sola tampoco ha sufrido daño alguno. Y cuando Marcial parece convencido de ello, un nuevo suceso le hace dudar: es Zoe la que está al otro lado.

Apenas median dos segundos entre el momento en el que lee el nombre de su excompañera y desliza el dedo para descolgar; sin embargo, en la cabeza de Marcial parecen horas. Horas invertidas en discernir si aquello forma parte de la realidad o ha vuelto a sumergirse en un sueño, uno agradable esta vez. No en vano, desde que solicitó la excedencia no han tenido ninguna conversación telefónica. Todo lo que Zoe ha tenido a bien comentarle lo ha hecho a través de mensajes.

—¿Marcial? ¿Estás ahí?

—Estoy —dice.

—¿Te acuerdas de Charly, el heroinómano?

Marcial sonríe, lo hace sin que ella pueda percibirlo al otro lado del teléfono.

—Mi confidente —responde enfatizando el posesivo.

—Así es. Está ingresado en el Santa Lucía.

Se incorpora presuroso y Sola, esta vez sí, pega un bote y le da total libertad de movimientos. Intenta convencerse de que solo se trata de una casualidad y busca un motivo en su cerebro que apoye aquella tesis. Lo halla. Precario, pero lo halla:

—¿Sobredosis?

—No. Le han dado una paliza en su propia casa.

Encara la tercera planta conteniendo el repudio que le causan los hospitales. Lo incomoda tanta asepsia, tanto silencio artificial. El mundo que él conoce, donde transcurre la vida real, está plagado de máculas, de ruido innecesario y de agentes tóxicos, pero aquel sitio parece una oda a la pulcritud.

Se dirige, sin hacer ruido, tal y como reza uno de los carteles del pasillo, hacia la habitación 313. Pasa frente a un mostrador donde un par de enfermeras cuchichean al amparo de una pantalla de ordenador. Sigue con paso firme y solo cuando la voz de una de ellas lo alcanza detiene su caminar:

—¿Me podría decir adónde va, señor?

El exinspector hace el amago de buscar su placa en el bolsillo derecho, pero en menos de lo que transcurre un parpadeo recuerda que la depositó en la mesa de Lasaosa. Hace nueve meses de aquello y es la primera vez que la echa en falta de verdad. De llevarla, le habría bastado con mostrársela a la enfermera con aspecto de ángel custodio para esquivar una conversación intrascendente, eludible. Hay pocas cosas que irriten más a Marcial que dar explicaciones. Vuelve a mirar a la enfermera, esta vez con el rostro endurecido, y dice escueto:

—A la 313. —Y le da la espalda.

—¿Podría identificarse?

Marcial se voltea con lentitud. Lo hace en dos fases: primero la cara, que lleva prendida una mirada incendiaria y un gesto enconado que no pasa inadvertido para la enfermera; después el resto del cuerpo, como si este tuviese miedo de no seguir a esa cabeza sulfurada, preñada de aversión. En tres zancadas está frente al ángel custodio. Le saca algo más de una cabeza y

de buena gana ajustaría la diferencia de altura tirando de ella, pero se contiene. Se traga las ganas de decirle que el tipo que está en la habitación 313 se ha ganado una mano de hostias por su culpa (quizá por la de Zoe, pero eso no le conviene decirlo). Tampoco verbaliza que si Charly está en disposición de recibir una visita el que más lo puede ayudar en ese momento es él, y no el par de policías novatos que a buen seguro habrán mandado para tomarle declaración. Sin embargo, no hace nada de eso y, en su lugar, echa mano de la cartera que guarda en el bolsillo trasero del pantalón de corte chino, de un color intermedio entre el marrón y el verde, y saca el DNI. La enfermera lo mira por ambas caras y canta, como si fuera una niña de San Ildefonso el día del gordo de Navidad, la filiación que reza su carné y del que él tan solo asume el nombre y el número. Su compañera comprueba un listado que Marcial no alcanza a ver desde su posición, pero que intuye a la perfección por el ruido de las hojas cortando el aire.

—Sí, aquí está —dice.

Y agrega:

—Marcial Lisón Herce: inspector.

Los dos apellidos retumban en la caja de resonancia de su cerebro componiendo una melodía de rechazo con la que lleva años malviviendo, pero no tiene tiempo de dejarse embaucar por ella. En su orden de prioridades acaba de colarse algo más perentorio: el motivo por el que él, un inspector en excedencia, aparece en un listado oficial de la Policía que lo habilita para visitar a la víctima de una agresión. Intuye que la mano de Zoe anda detrás. Piensa, y está convencido de que piensa bien, de que la visita que ella le hizo a su confidente ha removido su conciencia y ha despertado a la Zoe que él conoció, al menos una porción de ella. Y sonrío. Sonrío justo cuando la enfermera le está devolviendo su documento, así que el gesto queda enmarcado en una altivez artificial que Marcial aprovecha para ahorrarse la despedida.

Ha recorrido el pasillo casi sin darse cuenta. Se detiene frente a la puerta,

pero no entra. No sabe por qué. No tiene la certeza, aunque parece bastante obvio que Charly está ahí porque a alguien le han incomodado las preguntas sobre el Pilonga. Que esas preguntas las haya hecho él o Zoe carece de importancia. El caso es que llegado a ese punto no sabe muy bien qué lo ha impulsado a visitarlo. No se siente culpable por lo que puedan haberle hecho: es el riesgo que asume todo confidente. Tampoco cree que Charly pueda ni quiera decir nada acerca de los autores de la agresión: en el mundo en el que él se maneja, el silencio es dueño de infinidad de vidas. De repente, la voz de Zoe le sorprende y entonces asume cuál es el verdadero motivo que lo ha llevado hasta el hospital Santa Lucía, hasta la tercera planta: ella.

—Para esto sí te das prisa —dice Zoe cuando alcanza su posición—. Lo del Pilonga no parece importarte tanto —remata.

Es en ese momento cuando Marcial cae en la cuenta de que ella desconoce la visita que le ha hecho a Charly. También comprende que el único motivo por el que ha hecho la llamada y lo ha incluido en el listado de visitantes ha sido para disfrazar ese encuentro de fortuito.

—Entiendo que te importe un pepino quién mató a Unai, pero te recuerdo que son los mismos que han tirado el nombre de Santi por los suelos y lo han pisoteado —añade, ante la ausencia de respuesta de Marcial.

—¿Qué es lo que quieres?

—¡¿Que qué quiero?! Que vuelvas a tu puesto de trabajo de una puñetera vez y que encuentres al malnacido que mató a Unai.

Nunca la ha visto así. Por eso Marcial, en vez de decir nada, se queda mirándola fijamente. Sus ojos azules parecen haberse opacado, como su corazón; su coleta sigue ondeando como antes, a cada gesto, aunque ahora puede apreciar un aumento de longitud desde la última vez que la vio en acción; sus brazos danzan en vaivenes vehementes a diferente compás que las palabras; parece descontrolada, visceral, fuera de sí. Es consciente de que habla con el corazón. La cabeza de Zoe hace tiempo que sabe que lo que más le conviene es que Marcial permanezca alejado. Por eso ni siquiera lo llama;

por eso, cuando lo ha necesitado, se ha limitado a mandarle un mensaje; por eso, él fue perdiendo el interés.

Por eso y porque encontró un nuevo objetivo: Gica.

—¿Quién fue? —dice, obviando las palabras de Zoe.

—¿El qué?

—¿Quién le dio la paliza? —Marcial señala a la puerta de la habitación.

Zoe deja escapar un bufido de hastío, un soplo de resignación. Después, aceptando la derrota, responde:

—Dice que no los conoce y que no sabe por qué ha sido.

—Miente.

—Lo sé —asevera Zoe, mientras sopesa contarle al exinspector la visita que le hizo a Charly.

—Estuve anoche con él. —Marcial, que ha leído a la perfección su rostro, decide sacarla del atolladero—. Le pregunté por el Pilonga. Alguien nos vería juntos.

Ella calla. Valora la información que Marcial acaba de darle y resuelve que no cambia en absoluto la situación. Quienquiera que le haya puesto la cara a Charly como un poema puede haberlo hecho porque la viera a ella o a él, indistintamente. Ambos, a pesar de la excedencia de Marcial, siguen siendo policías por esos lares. Así que Zoe, algo más sosegada, retoma el tema que de verdad la ha llevado hasta allí:

—¿Qué sabes del Pilonga?

—Nada. Parece ser que murió hace muchos años a manos de un tal Nene, que desde entonces está en prisión. O el asesor de Domingo Bernal te engañó o hay un Pilonga que mi gente no conoce.

—¿Por dónde seguimos? ¿Una visita al Nene?

Marcial vuelve a tomarse unos segundos. Por un momento disfruta de la sensación de normalidad, del olor a pasado que rezuma la conversación. Sabe que la actitud de Zoe está condicionada por la posibilidad de avanzar en la búsqueda que ahora es el epicentro de su existencia; no obstante, a él le da

igual. Prefiere prolongar un poco más ese estado que le recuerda tiempos tan placenteros, así que juega a ser ambiguo:

—Aún no tenemos la certeza de que tenga nada que ver con lo que buscamos, así que no deberíamos malgastar esa bala. Dame un par de días: sabré si ese Pilonga existe o no.

—¿Vas a...?

—Mejor que no lo sepas: eres policía, ¿recuerdas?

Una sonrisa está a punto de perfilar su boca cuando el sonido del teléfono le muta el gesto. Zoe se aparta con delicadeza tras comprobar que el nombre que refleja la pantalla es el del subinspector Torán y atiende la llamada. Cuando cuelga, con algo de insatisfacción por tener que regresar al caso que debería estar copando todas sus preocupaciones, vuelve a dirigirse a Marcial:

—Tengo que irme. Prométeme que no vas a dejar de lado lo del Pilonga.

Recorta la distancia y planta un beso en la mejilla de Marcial. No espera a ver qué cara ha puesto y abandona, dándole la espalda, el largo pasillo que la conducirá hasta la sala donde se encuentra el ángel custodio.

Marcial, incrédulo, pasa la mano por donde hace un instante estaban los labios de Zoe y se queda contemplando los dedos como si a través de ellos pudiese alcanzar el significado de ese beso. Cuando alza la vista, la agente ha desaparecido, de manera que se gira para enfrentar la puerta de la habitación. Está a punto de asir el pomo cuando concluye que hablar con Charly en ese momento no merece la pena. Se da la vuelta y sigue la estela de Zoe, imaginando durante unos segundos que todo vuelve a la normalidad.

Le da el último mordisco al bocadillo de anchoas con tomate sin apartar la vista de la luna delantera y se limpia las manos con la servilleta pringosa que sirve de envoltorio. Después, comprobado lo absurdo de su maniobra, frota la mano contra el pantalón y se deshace del trozo de papel. Mantiene la mirada en la puerta enrejada que da a la calle Trafalgar. Antes se ha asegurado de buscar una posición que le proporcione la discreción necesaria. No ha sido fácil: las calles de Ciudad Jardín son de las pocas en las que el Ayuntamiento de Cartagena aún no ha metido sus pezuñas en forma de parquímetros y líneas azules, así que están muy cotizadas. Por suerte, tras varias intentonas, en una calle perpendicular, al cobijo de un Opel Frontera con más de veinte años, encontró el lugar perfecto. Desde allí puede contemplar la casa de Marga con todo lujo de detalle sin miedo a que la viuda de Santi le eche el ojo al 308, ahora tatuado con una «M» que lo hace inconfundible.

No tiene muy claro qué lo ha impulsado a robarle horas a Sola para estar allí, pero la visita de la noche anterior le ha dejado un poso amargo y un mal presagio que necesita corroborar antes de que sea demasiado tarde.

Lleva apostado en ese lugar dos interminables horas y apenas ha habido movimiento en la casa, más allá de la entrada de una chica joven, de unos veintipocos, y que aún permanece en el interior. Desde su posición, Marcial no ha apreciado ningún rasgo familiar en ella; no obstante, ser buen fisonomista nunca ha estado entre sus aptitudes. Tampoco es que pueda presumir de conocer muy bien a las actuales amistades de Marga, así que ha decidido no invertir ni un gramo de masa gris en buscar una explicación a la presencia de la joven en la casa, porque sabe muy bien que su cerebro tiene

tendencia a pensar mal, y cuando piensa mal termina por actuar, y cuando actúa la cosa no suele acabar bien. De manera que ha optado por centrarse en el bocadillo y dejar que la sangre que había empezado a bullir recupere su temperatura basal.

Y cree haberlo conseguido. Lo cree firmemente hasta que un vehículo, uno que Marcial no distingue bien porque le ha pillado desprevenido, ha estacionado frente a la puerta enrejada y un hombre de mediana edad y vestido de forma elegante, como si fuese un testigo de Jehová solitario, se ha apeado. Por un instante parece dudar, lo que hace dudar también a Marcial, pero enseguida pulsa el timbre. El hombre trajeado casi no ha accedido al jardín cuando Marcial divisa la silueta de Marga bajo el quicio. No puede verla bien hasta que no da un paso y deja que la luz del aplique que hay sobre la puerta la acaricie. En ese momento Marcial puede apreciar que se ha cambiado de ropa. Ha sustituido los vaqueros gastados y la camiseta blanca con la que recibió a la joven por una falda ajustada de un color grisáceo, quizá marrón, incluso marengo, como ha oído mentar alguna vez a Zoe en una de esas conversaciones intrascendentes que se gestan durante las jornadas de trabajo en las que no hay nada mejor que hacer que hablar de la vestimenta de los transeúntes. La parte de arriba es, ahora, negra. Y de tirantes. El pelo, al igual que la otra noche, mantiene esa onda alargada fruto de una visita a la peluquería. No puede apreciarlo bien desde donde está, pero parece que va maquillada en consonancia con el atuendo. Durante una fracción de segundo valora la posibilidad de abandonar el coche y aproximarse hasta ellos haciéndose el encontradizo, pero Marga lo conoce lo suficiente para deducir que no ha mediado ventura en ese encuentro, así que aborta el pensamiento. Lo que no puede evitar, en cambio, es arrancar el coche y ponerse al acecho.

El tiempo parece detenerse mientras el testigo de Jehová sube los escalones que lo separan de Marga. Esta lleva cosida una sonrisa estúpida que Marcial no ha visto nunca, ni siquiera cuando Santi estaba vivo. Tan solo se desprende de ella para volverse hacia el interior de la casa y decir algo que, por

supuesto, él no alcanza a oír. Después regresa la mirada al frente, con esa coqueta sonrisa de adolescente presidiéndole el rostro. Lo inevitable ocurre: ambos confluyen bajo el quicio y comparten un beso furtivo que Marga completa con un nuevo giro para comprobar que los niños no han visto nada. Vuelve al interior de la vivienda y al rato aparece con un chaquetón oscuro que cubre la desnudez de sus brazos y cierra la puerta. Después, con la ayuda innecesaria de la mano del hombre trajeado, caminan hasta la acera. En ese momento, Marcial comienza a sacar el coche de detrás del Opel Frontera para ganar la calle Trafalgar. Lo hace en sentido contrario al que el vehículo del desconocido llevará en breve. Cuando eso sucede, apenas han pasado diez segundos. Sin embargo, al cruzarse, Marcial no se fija en el conductor, sino en la matrícula, y la anota mentalmente. De hecho, la va repitiendo una y otra vez hasta que, a la altura del semáforo que confluye con La Alameda de San Antón, detiene el 308 y la anota en un papel que saca de la guantera.

Está sentado en el bordillo del descampado. Lleva así más de cuarenta minutos. Antes, al menos durante una hora, ha estado jugueteando con Sola, haciéndola correr, perseguir piedras, dentellear palos. Ahora ambos están exhaustos; de hecho, Sola está acostada a pocos centímetros de él. Podría levantarse y marcharse a casa.

Podría.

Pero no quiere.

Y no quiere porque sabe que lo que ha presenciado en la calle Trafalgar sigue revoloteando por su cabeza sin haber encontrado aún dónde posarse. Y eso, en casa, él lo soluciona anegando ese pensamiento con litros de cerveza. También sabe que esa no es la solución, que cuando despierte, el recuerdo seguirá ahí, a flote, y el lastre se quedará durante horas hundido en su cabeza, a modo de insufrible resaca.

Faltan pocos meses para el tercer aniversario de la muerte de Santi y todo ha cambiado demasiado en tan poco tiempo. Marga no es Marga, al menos la

Marga de los últimos meses no es la Marga de los últimos años; los gemelos han crecido y ya no son esos niños que lloriquean por las esquinas las ausencias de su padre, y él...

Marcial no entiende nada.

No sabe si el Santi con el que compartió media vida, el que ha usado como baremo para medir la amistad, es el verdadero Santi, o si por el contrario el de verdad es el policía corrupto que Villanueva protegió y que se libró, gracias a una bala que el Cazador incrustó en la cabeza del empresario, del escarnio público al que Domingo Bernal pretendía someterlo.

Una vez más, y ha perdido la cuenta de cuántas, la especie humana ha vuelto a defraudarlo arrojando el concepto de lealtad por la borda, sumergiéndolo en un océano de egoísmo y desatando un tsunami de odio irracional.

Marcial mira a Sola: sigue acurrucada sobre las patas delanteras en un apacible duermevela. La sonrisa acude sin que nadie la requiera; las ganas de acariciarla, también. Lo hace. Pasa la mano por su cabeza y la galga eleva el rostro para buscarle los ojos. Cruzan las miradas y, sin necesidad de palabras, ella comprende lo que necesita. Se yergue, apenas avanza unos centímetros y se postra sobre sus pies.

—Lealtad —dice Marcial en voz alta.

Los pabellones auditivos de Sola giran para captar mejor las ondas sonoras, aunque esta vez no despega la cabeza de los cuartos delanteros.

—¡Qué sabrán ellos de lealtad!

Se incorpora de forma brusca, provocando que la galga tenga que rehacer su postura, y vuelve a recrear en su cabeza el momento exacto en el que Marga y el testigo de Jehová se besaron. Apenas un roce de labios, un contacto carnal ínfimo.

Pero con significado mayúsculo.

La sangre le hierve. Un dolor lacerante abarca todo su corazón cuando el recuerdo se repite, descontrolado, en su cabeza. Trata de mitigarlo paseando por el descampado. Sola lo observa con extrañeza, como si tratase de

discernir en qué momento se invirtieron los papeles. Marcial resopla, expulsa el aire de los pulmones con la ilusoria esperanza de eliminar también la amargura. No lo consigue. La traición ocupa el centro de sus meninges. No entiende cómo Marga puede haber destronado a Santi tan pronto. Siente repulsa al imaginarla con el desconocido en la intimidad, fuera del alcance de la mirada de los gemelos, lejos de su fiscalizador escrutinio. Ha degustado antes esa sensación. Hace poco más de un año, cuando descubrió que Zoe y Miralles mantenían una relación a sus espaldas. El recuerdo lo detiene en seco. Sola, en la distancia, se percata de que a Marcial le pasa algo y se dirige hasta él con su trote alegre, pero él parece no darse cuenta de nada: está ausente.

Lo nota. Siente que está a punto de brotar. El sabor rancio del paladar siempre le anticipa su presencia. Sin embargo, esta vez no lo ve como un enemigo, sino como aliado. Alguien más poderoso que él para luchar contra la injusticia, contra el olvido.

Él no olvida.

Marcial no lo olvida.

Y no entiende que su mujer, la madre de sus hijos, lo haga. Que borre de un plumazo los años compartidos, los recuerdos indelebles, las promesas de amor eterno.

Ya no siente rabia, ni siquiera esa impotencia gélida que a menudo lo coarta. Ahora lo tiene a él. Sabe que su compañía le ha ocasionado demasiados problemas en el pasado, pero por una vez lo ve como parte de la solución. Necesita saber quién es ese desconocido, cómo ha llegado hasta ella. No sabe qué hará cuando lo descubra, aunque confía en que su demonio interior sí.

—Perdón —Miguel Lasaosa se disculpa justo después de salir del cuarto de baño que hay en su despacho—. Últimamente estoy fatal del estómago.

Zoe asiente. Es un movimiento mecánico que poco tiene que ver con las palabras que el comisario acaba de pronunciar. De hecho, en realidad, ni siquiera está segura de haberlo entendido del todo. La agente está tratando de digerir aún la noticia, de asimilar el impacto y de discernir si Marcial tiene algo que ver con lo ocurrido. Está tan inmersa en sus propias cavilaciones que no se da cuenta de que el comisario ha continuado hablando hasta que lo oye preguntar si se encuentra bien.

Parece una pregunta fácil. No lo es. No se trata de todo o nada, de blanco o negro. Es algo mucho más complejo. La escala de grises es demasiado amplia. Asiente para evitar las suspicacias de Lasaosa, aunque sabe que lo que ha ocurrido esa madrugada puede cambiar su vida por completo. Quizá la del comisario también. No en el mismo sentido. Miguel Lasaosa por fin ve la luz al final del túnel. Con el Cazador muerto, su concesión a Marcial puede quedar impune.

Puede.

Pero para eso necesita asegurarse de que la investigación de su muerte no saque a relucir ningún fleco que lo deje con el culo al aire.

Por la cabeza de ambos, aunque no lo expresan, circula una incertidumbre que se estrella contra las paredes del cráneo reverberando como un incesante eco: ¿tiene Marcial algo que ver con la muerte de Francisco Casanova?

Lo conocen, saben que es capaz de todo, pero ese no es su estilo. No les cuesta imaginarlo impartiendo su particular justicia arrastrado por el recuerdo

de Santi; sin embargo, no creen que dejar la evidencia de su descontrol colgada de un puente que cada mañana atraviesan cientos de cartageneros se ajuste a su afán de notoriedad. Si de algo carecen los actos de Marcial son de exhibicionismo y de pulcritud. Y el cuerpo que dos transeúntes que se disponían a empezar el día haciendo un poco de ejercicio han encontrado en el puente que sirve de acceso al estadio Cartagonova, balanceándose por el cuello, carecía, según el forense, de ningún indicio de violencia. A decir verdad, y también desde el punto de vista del forense, todo apunta a un suicidio. Pero tanto Zoe como Lasaosa saben que eso es muy poco probable.

—¿Quién va a llevar el asunto? —pregunta ella para acallar los pensamientos y dar paso a la acción.

—Torán y tú, por supuesto.

—¿Y lo de Los Barreros?

Lasaosa se queda pensativo. Va escaso de personal y encontrar sustitutos es una tarea complicada, pero es consciente de la importancia de que sea ella la que se encargue de ese asunto. Necesita cerciorarse de que Marcial no anda detrás de la muerte del Cazador. Sabe que si el exinspector no tiene nada que ver, su meta estará un paso más cerca. También tiene la certeza de que, si algo sale mal, todo puede irse al traste: su carrera, su jubilación.

Y si se tuerce mucho la cosa, hasta su libertad.

—No hay gente disponible —responde la agente ante el dilatado silencio del comisario.

—Entre la excedencia de Lisón, la baja de Abelardo, las vacaciones de Brau y la nueva política de rotaciones del departamento, estamos en cuadro.

—¿Qué tal Fernet y Rubio?

—Imposible: los llevo muy pasados de horas. Además, el departamento se quedaría cojo. —Lasaosa se sienta en su silla y permanece unos segundos meditabundo. Zoe lo mira sin discreción alguna hasta que el comisario reanuda el diálogo—. No se preocupe por lo de Los Barreros ahora. Hable con Salvador y comiencen con este asunto. Ya veré cómo resuelvo lo otro.

Zoe sale de prisa, como si temiese que el comisario pudiese cambiar de opinión en el último momento.

Mientras tanto, Lasaosa trata de encajar mentalmente las piezas del puzle que el nuevo cadáver ha colocado sobre su mesa.

Adolfo Morales les ha recibido en su despacho, donde lo único que diferencia al forense de un abogado son los títulos que decoran la pared que queda a su espalda y la bata blanca que pende, impoluta, del perchero que hay junto al ventanal que da a Ángel Bruna.

A pesar de que Zoe lo conoce mucho mejor que Salvador, es el subinspector quien ha llevado las riendas de la conversación sobre el cuerpo que ahora mismo yace, despiezado, sobre la mesa de acero inoxidable de la primera planta del Anatómico-Forense. Las conclusiones distan poco de las avanzadas por el comisario. Según las palabras del forense no hay indicios que sugieran violencia alguna. No existen hematomas *perimortem* que inviten a pensar en un enfrentamiento previo; tampoco se han hallado fibras ni restos epiteliales bajo las uñas del cadáver, y tan solo la falta de la típica nota de despedida lo priva de ser el suicidio estándar que se ve en cualquier película de Antena3 a media tarde.

—La verdad, y se lo digo con toda sinceridad —dice Adolfo Morales después de que el silencio haya reinado en el despacho el tiempo suficiente para pensar que no hay nada relevante que añadir—, no creo, salvo que el análisis de tóxicos diga lo contrario, que este caso tenga mucho recorrido en Homicidios.

Zoe sonríe. No lo hace hacia el exterior. Es una sonrisa silente que no tiene expresión facial. Ella tiene la certeza de que el forense se equivoca. Y no piensa, precisamente, en cuánto se va a dedicar de forma oficial el departamento de Homicidios a investigar lo sucedido, sino en cuánto van a tardar en relacionar ese muerto con otro que tiene un agujero en el cráneo y que hace un año que está pudriéndose bajo tierra. Es obvio que ella parte con

ventaja. Y le gusta. Se siente cómoda conociendo los pormenores que en ese instante se le niegan a sus acompañantes.

—Ni yo tampoco, señor Morales —contesta el subinspector Torán—, pero es mi obligación investigar hasta dar con los motivos que sustenten su tesis. Para eso me pagan —apostilla.

Esta vez la sonrisa de Zoe sí ha dejado secuelas en su rostro. Por suerte el subinspector y el forense no la miraban en ese momento y han desaparecido sin dejar testigos. Lo que esta vez ha provocado ese gesto que tan poco la visita últimamente han sido las palabras tan profesionales de su superior. Llevan poco tiempo trabajando juntos, pero el suficiente para saber que Salvador Torán siempre guarda las formas. Usa un vocabulario tan académico que lo hace parecer docto en casi cualquier campo. Podría mantener una conversación con un astrofísico y parecer un experto en la materia.

Pero el asunto, fuera de esos términos, no tiene ninguna gracia. Más bien al contrario. Cuando Lasosa le informó de la aparición del cuerpo, lo que realmente invadió a Zoe fue una inquietud inmensa que, por un instante, amenazó con sumirla en una crisis existencial. Que Francisco Casanova, el Cazador, el hombre que podía conducirlo hasta el autor material de la muerte de Unai Miralles, colgara de un puente truncaba el único camino que Zoe recorre cada día desde que salió del hospital. Como si la carretera por la que había decidido transitar el resto de sus días acabase de forma abrupta sin una señal previa que alertase de tal circunstancia. Le había llevado unos minutos recomponerse, recordar que existen varios caminos para un mismo destino y, aunque el más directo, la línea recta, ya no era una posibilidad, estaba segura de poder hallar otros que le condujesen hasta su objetivo. No obstante, no había podido evitar que un pujo de llanto ascendiese hasta sus lagrimales cuando la llamada del comisario hubo finalizado. Ninguno de los dos había mencionado nada, pero en el ambiente flotaba una pregunta que ambos prefirieron no verbalizar: ¿Tendría Marcial alguna relación con el suceso?

—¿Te pasa algo, Zoe? Te veo ausente —la pregunta la ha realizado el

forense, al que el paso del tiempo le ha granjeado cierta confianza con la agente.

—No..., nada. Se me ha ido el santo al cielo. —Zoe decide aprovechar su turno de palabra para indagar un poco más sobre la muerte del Cazador—. ¿Cuánto tiempo llevaba muerto cuando lo encontraron?

—Ya sabes que en el informe seré más preciso, pero estoy casi seguro de que la hora de la muerte rondará las cinco de la madrugada. Poco antes de que lo encontraran un par de *runners*.

Zoe no dice nada.

Torán tampoco.

Ambos parecen pensar lo mismo: desde los edificios colindantes se tiene una perspectiva inmejorable del puente, si es que en pleno mes de noviembre te apetece estar asomado a la ventana a las cinco de la mañana. Es cierto que cosas más extravagantes han visto a lo largo de su carrera, pero si nadie ha denunciado nada, ese mismo bagaje policial, esa convicción que otorga la experiencia, les dice que ir preguntando puerta por puerta es un trabajo ingrato con poco recorrido, lo cual no es óbice para desechar la tarea.

—Habrá que pedirles a Fornet y a Rubio que se pasen por los edificios próximos —sentencia el subinspector a sabiendas de que Zoe cavila sobre el mismo asunto que él.

La agente asiente. En cierto modo agradece tenerlos cerca otra vez. Eso dota a la situación de cierta normalidad, de vuelta a un pasado de donde nunca eligió salir.

El subinspector se incorpora y tiende la mano al forense a modo de despedida. Zoe lo imita, pero cuando aún no ha finalizado el contacto con Adolfo, este realiza una pregunta personal que coge por sorpresa a la agente:

—¿Qué tal está el inspector Lisón?

Los dos policías cruzan una mirada de desconcierto. Torán, que ha sido el último en incorporarse al departamento, da por sentado que todos los del gremio conocen que la situación entre Zoe y Marcial se ha ido enrareciendo

con el paso de los meses, hasta convertirse en el detonante de la excedencia del inspector. Intuye que la respuesta de la agente requiere de cierta dosis de privacidad, así que, antes de que medie palabra entre ambos, le dice a la agente:

—Te espero fuera.

La repentina despedida del subinspector ha puesto en modo alerta al forense, que teme haber metido la pata. Espera a quedarse a solas con ella para confirmar sus sospechas.

—¿He dicho algo inapropiado?

—En absoluto. Simplemente es que Marcial y yo no nos vemos mucho desde que se fue.

—Si se trata de un asunto personal...

—No, qué va. Digamos que se cansó de estar rodeado de muertos —dice Zoe tratando de destensar un diálogo que no conduce a ningún lado.

—Cualquiera lo diría. Yo habría jurado que era con los que mejor se llevaba. Zoe vuelve a sonreír. Es la tercera vez en poco tiempo. La primera con público. Decide que es buena excusa para poner el broche final a la visita y se despide del forense, esta vez con dos besos en sus mejillas.

Ya han abandonado el Anatómico-Forense y se dirigen de regreso a comisaría. Van en silencio. El subinspector ha interpretado, de forma errónea, que la conversación en la que él no ha sido partícipe ha tenido un hondo calado en su compañera y ha decidido no perturbar el ensimismamiento que esta parece arrastrar.

La realidad es que Zoe se siente extraña. La muerte del Cazador ha supuesto un cambio radical en sus planes de vida. Aún no sabe si a peor. Lo cierto es que la frase de Adolfo le parece muy acertada y le sirve para recordar que tiene que ponerse en contacto con Marcial para hablar del nuevo horizonte que se abre con la muerte de Francisco Casanova. También quiere saber si él tiene algo que ver con esa nueva situación, por eso tiene que ser cara a cara. Coge el móvil y escribe:

«Tenemos que vernos».

Las llamadas telefónicas de los lunes a primera hora no presagian nada bueno. Eso lo sabe Miguel Lasaosa desde el mismo día en el que se consumó su ascenso a comisario. No había sido una llamada grata la que, poco después de las nueve, cuando supo que el muerto del puente del Cartagonova era el Cazador, había tenido que hacerle a Zoe, como tampoco lo era la que, hacía escasos minutos, le había hecho a él a la delegada del Gobierno.

Ahora se encuentra sentado en su despacho, despojado de las gafas y de las ganas de hacer una nueva llamada que también será portadora de malas noticias. Maldice en silencio el día que dio vía libre a Marcial para interrogar a Francisco Casanova; se lamenta por creer su teoría de que la muerte de Domingo Bernal encerraba algo mucho más gordo, por no haber puesto condiciones a aquel chantaje con disfraz de propuesta. Se justifica arguyendo que lo pilló con la guardia baja, con la cabeza más pendiente de la salud de Zoe que de sus palabras, aunque sabe que en el fondo no le quedó otra alternativa.

O sí.

Pero eso sería echarlo a los pies de los caballos. Y él siempre ha sentido una admiración incondicional, casi paternal, por Marcial. Sin embargo, ahora, con la perspectiva de los meses, está convencido de que se equivocó al concederle esa licencia. Marcial siempre se ha dejado llevar por su temperamento, y poner al alcance de su mano, con la excusa de descubrir una trama de crimen organizado que a ninguno de los de arriba parecía interesarle, al único testigo que podía arrojar luz sobre la muerte del inspector Miralles había sido uno de sus mayores errores de cálculo. En el fondo, Lasaosa sabe que la decisión de

dar luz verde a esa investigación secreta estuvo salpicada de algo de egocentrismo, de ansias de cosechar un último triunfo en los estertores de su carrera, de salir a hombros por la puerta grande.

De repente nota la boca seca. En su imaginación se perfila una copa de coñac con el líquido oscilando por sus paredes al son que dicta su muñeca; sin embargo, la sensatez dirige sus pasos hasta el dispensador de agua que hay en la esquina de su despacho y llena uno de los vasos de plástico que hay amontonados sobre la botella. Su estómago está para pocas tonterías, piensa mientras bebe.

Regresa a su mesa y abre la carpeta que contiene el expediente del caso de Domingo Bernal. Lo ojea sin detenerse en ningún párrafo en concreto: lo conoce de memoria. Lo ha leído tantas veces que tiene la sensación de enfrentarse a unas galeradas. Se pregunta, una vez más, por qué no obligó a Marcial a poner a disposición judicial a Francisco Casanova como autor material de la muerte del empresario. Está convencido de que el Cazador habría asumido toda la culpa sin delatar a ninguno de sus jefes, si es que Marcial estaba en lo cierto y había alguien más moviendo los hilos en la sombra. De haber sido así, ahora el caso estaría visto para sentencia; su conciencia, tranquila; su jubilación, asegurada, y su estómago seguiría tolerando una copa de coñac de cuando en cuando. Sin embargo, pesó más su fe ciega en Marcial que el sentido común. El único consuelo que le queda al comisario es que el inspector jefe Brau haya decidido aparcar la investigación por falta de pruebas. No se trata de un caso cerrado oficialmente, pero sí de esos que quedan a la espera de nuevas evidencias que ofrezcan vías de investigación alternativas. Ahí es donde cobra vital importancia la muerte del Cazador. Es consciente de que está a pocos días de poner fin a una pesadilla, por eso la llamada que ha recibido a primera hora de la mañana lo tiene sumido en una angustia permanente.

No puede dejar de darles vueltas a las palabras de la delegada del Gobierno. No entiende el interés que tiene por alejar a Zoe de la investigación. No el que

ha esgrimido oficialmente y que hace referencia a la información que los agentes de la Unidad Central le han hecho llegar acerca de la investigación del asesinato de Miralles y que podrían ocasionarle un verdadero conflicto de intereses. Ahí la lógica resulta aplastante, pero no más que otras tantas veces en las que nadie ha metido las narices en sus decisiones. Tampoco le ha gustado oír cómo exigía que fuese el subinspector Torán quien se hiciese cargo del caso. Apenas lo conoce y, aunque las referencias y su expediente son inmejorables, preferiría a alguien de mayor confianza llevando el asunto. Es imposible alejar el halo de sospecha que la delegada cierne sobre el subinspector con esa orden. Lasaosa recuerda la última llamada que recibió de ella. También era para ordenarle algo, también referente al empresario. Concretamente pidió que Marcial dejase de investigarlo, algo que, por suerte, el inspector no hizo. Y no porque él no se lo transmitiese, claro, sino porque Marcial solo obedece a su instinto. Miguel Lasaosa concluye que la honorabilidad de la delegada está más que en entredicho con esas dos decisiones. Está seguro de que si lo pusiera en conocimiento de sus superiores jerárquicos, si llegase hasta el ministro, aquello acabaría sacudiendo los cimientos de la comisaría de Cartagena. Precisamente por eso, lo único que hace es cerrar la carpeta y colocarla en el montón del que acaba de extraerla. Sabe que sacar a Zoe de la investigación es quedarse a oscuras, pero él siempre ha sido un empleado dócil, nunca ha mordido la mano que le da de comer y eso le ha permitido encaramarse en lo más alto de la cúspide policial. Le quedan unos meses para jubilarse y cree que su minuto de gloria, su acto de heroísmo absurdo, se finiquitó con la concesión a Marcial un año atrás, así que decide coger el teléfono y marcar el número de Zoe. Prefiere darle la noticia cara a cara, a pesar de todo, así que la emplaza para la tarde. Ya ha tenido más disgustos de los que su estómago es capaz de resistir, por lo que decide retirarse y descansar de forma voluntaria antes de que su cuerpo le obligue a hacerlo.

Es Sola la que lo ha despertado. En realidad ha sido la vejiga de Sola, pero eso Marcial no lo descubre hasta que sube la persiana de la habitación y consulta la hora en su reloj de pulsera. Le sorprende haber dormido tanto. Solo cuando ha pasado la noche de la mano de varias rubias su día empieza pasadas las doce. Al parecer, compartir parte de la madrugada con su demonio interior lo ha dejado exhausto. Recuerda perfectamente cómo se sintió domeñado por completo por esa fuerza interna a la que lleva toda una vida evitando. También que anoche su compañía fue diferente, como si por primera vez ambos viajasen en la misma dirección, con un mismo destino.

Decide posponer la ducha hasta haber atendido las necesidades de su inseparable amiga, pero no perdona el café, solo y sin azúcar, que bebe de un sorbo.

El paseo transcurre sin más novedad que la confirmación de que el instinto cazador de Sola parece haber llegado para quedarse. Esta vez su víctima ha sido un ratón de campo que ha cometido el error de creerse la mirada inofensiva de la galga. Hasta que no está en casa con una toalla que lo cubre de cintura para abajo y con el pelo aún húmedo, no cae en la cuenta de que no ha mirado el móvil en todo el día. Lo normal es que nadie se haya acordado de él, pero la despedida de Zoe frente a la puerta de la habitación de Charly ha avivado una estúpida duda que se dispone a disipar, teléfono en mano.

Tiene un mensaje.

Es de Zoe.

El corazón comienza a bombear cada vez a más ritmo, el cuerpo se activa como si tuviese que hacer frente a alguna amenaza. Se trata de una sensación muy parecida a la que experimentó en el descampado la pasada noche; sin embargo, no tiene nada que ver. Esta está llena de incertidumbre, de anhelo, de necesidad. Por un momento, idealiza que ese «tenemos que vernos» es un peldaño más en la escalera de la redención. Envalentonado por un juicio exento del poso pertinente y obviando los nuevos protocolos de comunicación establecidos, Marcial se aventura a llamarla. En el quinto tono, cuando el

exinspector está a punto de darse por vencido, su voz se materializa a través del auricular:

—Ahora no puedo —dice a modo de saludo—. Cuando me deslíe te mando un mensaje y quedamos.

Marcial ni siquiera tiene tiempo de contestar. Los pitidos que anteriormente resultaron agónicos regresan de forma lapidaria para concluir el conato de conversación.

La esperanza ha dado paso al desconcierto; el anhelo, al desasosiego. Marcial sabe a qué está jugando Zoe: él inventó las reglas. Respira hondo un par de veces para recobrar la compostura y, sin darse cuenta, se sorprende sonriendo. No debería hacerlo, pero su gesto obedece a que ha empezado a comprender su metamorfosis. Zoe ha dejado de ser esa mujer que transforma toda la porquería del mundo en prosa para convertirla en verso. Y como ocurre con los grandes poetas, para tan ardua tarea es preciso dejar al descubierto las entrañas, los miedos más viscerales, el odio más carnal. Y él se ha encargado de alimentar todo eso durante casi dos años. Ese y no otro es el motivo por el que, cuando Zoe ha decidido mudar la piel, ha comenzado a escupir la misma mierda que Marcial lleva vomitando toda la vida. No debería sentirse orgulloso por ello, pero se siente incapaz de borrar la sonrisa ante la contemplación de la criatura que ha creado.

Aún tiene el móvil en la mano. No sabe por qué ha tardado tanto en descolgar ni por qué no ha quedado con él antes de su reunión con Lasaosa a primera hora de la tarde. En realidad solo necesita cinco minutos a su lado. Mirarlo a los ojos. Preguntarle si lo hizo, si el miedo a conocer la verdad lo ha devorado, si es más plácido vivir ignorando. En el fondo sabe que lo complejo no será averiguar si el que ha segado la vida del Cazador fue él, sino qué ha sacado antes de convertirlo en su presa. Porque a Zoe, en realidad, solo le interesa lo que Francisco Casanova pudiera saber sobre el energúmeno que torturó a Miralles, no su vida.

Se deja caer en la cama con la apatía de quien no tiene nada mejor que hacer. Ni siquiera se ha planteado qué va a comer y el hambre comienza a acecharla. Está demasiado ocupada dilucidando qué es lo que el comisario va a decirle esa tarde. La conversación ha sido breve, casi tanto como la suya con Marcial. Tan solo ha tenido tiempo de confirmarle que irá. Nada de ruegos y preguntas. Tampoco sabe si Salvador Torán estará presente o si se trata de una reunión clandestina en la que podrán hablar con toda libertad de lo que ambos saben y que los demás no son capaces siquiera de intuir. Para el resto del mundo, Francisco Casanova es un desgraciado que, sin motivos aparentes, ha decidido poner fin a su vida. Un hombre soltero, sin descendencia y sin más patria ni bandera que su afición a la caza. Un hombre solitario con una casa de campo a las afueras de la ciudad, donde un par de podencos y un setter irlandés son los únicos que podrían llorar su ausencia.

Podrían.

Pero Zoe está convencida de que los tres animales, ahora en manos de una protectora, no van a echar en falta a una persona que tan solo se encargaba de abastecerlos de comida y bebida y con los que apenas cruzaba una caricia, siempre con un rifle o una escopeta como testigos mudos de aquel acto remunerativo.

Para ellos, Marcial, Zoe y Lasaosa en menor medida, Francisco Casanova es el Cazador, el chico para todo de algún capo que había usado a Domingo Bernal como un títere en su negocio de blanqueo de capitales; el mismo que no había dudado en usar su rifle para atravesar la sien del empresario cartagenero cuando este, acosado por Marcial y Zoe, estuvo a punto de hablar más de la cuenta.

La agente, arrastrada por un molesto y ruidoso movimiento intestinal, se yergue y pone rumbo a la cocina en busca de algo precocinado que no le robe demasiadas energías: intuye que las necesitará.

Zoe sale del ascensor y dirige los pasos al encuentro de los del subinspector. Confluyen a la altura del despacho de Miralles y a Salvador Torán se le escapa una mirada hacia la placa que aún conserva su nombre. Él es el primero en hablar:

—Buenas tardes, Zoe. Lasaosa te está esperando.

La agente detecta algo extraño en la forma de decirlo, en la textura de sus palabras, en la mirada huidiza de Salvador.

—¿Ocurre algo?

El subinspector pasa la mano por su cabeza pelada en un gesto que Zoe, con el tiempo que llevan trabajando juntos, ya es capaz de asociar a un estado de inquietud. Salvador Torán no es un hombre de altos vuelos, de disputas innecesarias ni de guerras insustanciales, así que a la agente no le cuesta mucho deducir que su silencio esconde algo.

—¿No vamos a llevar la investigación del ahorcado? —dice para hacerle ver que ha interpretado correctamente las señales.

—Escucha, Zoe. Yo solo soy un mandado más. Ninguna de las decisiones la he tomado yo. Ya sabes cómo funciona esto: los de arriba mandan y los de abajo obedecemos.

—¿Decisiones? ¿Hay más de una?

Los ojos del subinspector vuelven a dirigirse a la placa con el nombre del inspector Miralles. Un mal augurio invade a Zoe, que opta por no dilatar más su incertidumbre y se encamina, a paso ligero, hacia el despacho de Lasaosa. Antes de alcanzar su objetivo, Salvador Torán, con ese tono condescendiente que gasta con ella desde que la catalogó como la viuda del departamento, la

llama por su nombre. La agente se detiene y gira la cabeza:

—Lo siento. De verdad, te prometo que yo no he tenido nada que ver.

Zoe entra en el despacho del comisario sin llamar y con el rostro desencajado.

—¿Qué cojones está pasando, comisario?!

Miguel Lasaos emite un suspiro quejumbroso, más cargado de hastío que de indignación, y al tiempo que niega muy despacio con la cabeza la observa con gesto circunspecto.

—Siéntese.

—No necesito sentarme. Necesito saber qué cojones está pasando, por qué no vamos a encargarnos nosotros de la muerte... —Antes de pronunciar su nombre se asegura de que la puerta esté cerrada. Así es. No recuerda haberlo hecho, pero por lo visto, cuando entró hecha una furia mantuvo algún rescoldo de cordura que le aconsejó hacerlo—. Del Cazador —completa.

—Son órdenes.

—Desobedécelas.

—No puedo. —Lasaosa se pone de pie y se aproxima hasta ella. Le posa la mano en el hombro con la esperanza de que el contacto surta un efecto sedante en la agente, pero Zoe gira la cabeza y le propina una mirada hosca, así que Lasaosa la retira—. Me ha llamado la delegada del Gobierno exigiendo que la aparte del caso por un posible conflicto de intereses, así que seguirá con lo de Los Barreros y el subinspector se hará cargo de lo del Cazador.

—¿Conflicto de intereses?

—Manejan más datos que nosotros, Zoe.

—¿Qué quiere decir que manejan? ¿Acaso saben algo extraoficial, comisario?

Zoe formula la pregunta con un tono lo suficientemente capcioso como para que Miguel Lasaos entienda que lo cree capaz de haber filtrado alguna información de la que solo ellos dos y Marcial son conocedores.

—En absoluto, pero le recuerdo que la muerte del inspector está siendo

investigada por los de la Unidad Central, en Madrid.

Zoe deja que su dentadura anuncie una sonrisa irónica, cuasi altanera.

—¿Se refiere a los dos mindundis que pulularon por aquí un par de semanas?

En realidad estuvieron casi un mes, pero la memoria de Zoe ha decidido ocultar en un rincón recóndito aquellos desagradables días, y cuando trata de echar mano de aquel recuerdo lo rescata difuminado.

Lasaosa no se molesta en matizar su imprecisión. En cierto modo entiende que haya tratado de borrarlo todo de su cabeza. Su vida cambió de forma radical en cuestión de días. Sufrió una agresión brutal; perdió a su novio; su relación con Marcial voló por los aires; unos polis con aires de grandeza, venidos de Madrid ex profeso, la cosieron a preguntas y la obligaron a revivir una y mil veces las mismas escenas. Pero la puntilla, lo que convirtió ese noviembre de 2014 en el peor mes de sus treinta y dos años de vida, fue no poder asistir al entierro de Miralles por expresa petición de la familia, condenada, seguramente, por el secretismo con el que Zoe había llevado su relación con el inspector. El propio Lasaosa abogaba por una teoría en la que no haber presenciado cómo el ataúd era engullido por la tierra y la ausencia de una última despedida eran los principales axiomas que explicaban cómo una agente tímida y diligente como ella había terminado, con la inestimable ayuda de los años de convivencia con Marcial, transformándose en la mujer que en ese momento le sostiene la mirada con un gesto displicente colgado del rostro.

—Que no pasen por aquí a saludar no quiere decir que no sigan trabajando en ello.

—Ya —responde con desgana—. ¿Y quién va a ser nuestros ojos en esa investigación, comisario? —El sonsonete con el que Zoe realiza la pregunta es evidente.

—Me temo que estaremos a ciegas, como hasta ahora.

—Como hasta ahora no, comisario. Hasta ahora solo los de Madrid, que no saben de la misa la mitad ni parece que vayan avanzando mucho, iban detrás

del Cazador. Ahora tendremos al subinspector Torán metiendo las narices en la vida de un hombre al que usted permitió que se retuviera de forma ilegal... Yo no estaría muy tranquila si fuese usted.

Lasaosa es preso de una sensación ambigua, agridulce. Por una parte, verla recuperar el usted lo convence de que el corazón de Zoe va recobrando las pulsaciones normales; por otro, las palabras de la agente recordándole que sus últimos meses en activo pueden verse manchados por una mala decisión hacen que se sienta incómodo. Se ajusta el nudo de la corbata y regresa a su asiento con paso parsimonioso, ganando tiempo. Invita a Zoe, con un gesto, a que lo imite. La agente lo hace. Una vez sentados frente a frente, comienza a exponer sus conclusiones:

—No queda otra que seguir trabajando en la sombra, Zoe. Asumo que deberé estar más encima que de costumbre en la investigación de Salvador Torán; no obstante, como bien refleja el informe preliminar del forense, todo parece confirmar el suicidio.

—No se lo cree ni usted, comisario.

—No importa lo que yo crea. Importa lo que crea el subinspector, que es quien ha de investigarlo.

Zoe asiente con aire de incredulidad, masculla para sus adentros una réplica, pero se la guarda porque sabe que en el fondo no tiene visos de prosperidad. Está fuera de la investigación y conoce lo suficiente a Lasaosa como para tener la certeza de que la de Marcial fue la última vez que infringió las normas. No hay nada que hacer. Sin embargo, en ese instante recuerda que el subinspector Torán ha hecho referencia a las decisiones tomadas por el comisario. De momento solo le ha comunicado que ella seguirá con la investigación del cadáver encontrado en Los Barreros. Recuerda los vistazos de Salvador Torán al despacho de Unai y decide romper su silencio:

—¿Qué pasa con el despacho de Unai?

A Lasaosa la pregunta lo coge desprevenido. Había decidido alargar un poco más la conversación, dejar que Zoe continuase recobrando la calma antes de

afrontar el segundo asalto. No le queda más remedio que enfundarse los guantes de nuevo y lanzar su mejor directo:

—Le he ordenado al subinspector que lo ocupe.

Zoe se pone en pie como una exhalación. Lo hace tan rápido que la silla sale disparada hacia atrás emitiendo un quejido. La agente deja caer ambas manos sobre la mesa y mira fijamente a Lasaosa, pero no dice nada. Aprieta los dientes con fuerza y termina por cerrar los ojos. Cuando los abre, las lágrimas comienzan a resbalar por sus mejillas, sin control. Se yergue y hace un par de respiraciones profundas para sosegar.

Miguel Lasaosa ha permanecido inalterable en su silla durante el leve periodo de enajenación de Zoe. Siente una profunda pena por ella. La muerte de Miralles y el mal ejemplo de Marcial han terminado por convertirla en una desconocida. Es evidente que necesita un descanso, alejarse, visitar a su familia, no pisar a diario las calles plagadas de recuerdos. Pero Lasaosa no puede permitírselo. Tiene el departamento en cuadro, así que no puede prescindir de ella en este momento. Deja que la agente coloque la silla en su sitio y se siente. Ya no llora. Su rostro refleja resignación.

—Me gustaría ser yo la que recogiera sus cosas.

Lasaosa asiente. Cree que es un error, que de poco la ayudará encontrarse de frente con los recuerdos más palpables de su ausencia, pero no lo dice.

Marcial y Sola llevan ya un buen rato en el descampado cuando Zoe aparece. Viste un pantalón vaquero oscuro y una torera de cuero que Marcial nunca le ha visto, pero que le confiere un aire aguerrido que no desentona nada con la nueva Zoe. El pelo, como siempre, es prisionero de una goma. Por un instante, lo que dura el recorrido desde que baja del Clio hasta que gana el centro del descampado, Marcial cree vislumbrar un gesto apacible en su rostro, como si se hubiese desprendido del velo de rencor con el que lo cubría en cada uno de sus anteriores encuentros. El efecto placebo, piensa, mientras recorta la distancia para saludarla.

—Llegas tarde. —Marcial opta por un acercamiento a la defensiva.

—No he podido venir antes.

Las palabras de Zoe suenan vacías, a excusa barata. Y en realidad lo son. Lo cierto es que la necesidad de mirarlo a la cara y descubrir si tiene algo que ver con la muerte del Cazador es el único motivo que la ha llevado hasta allí.

—¿Algo nuevo de Charly?

A Zoe la pregunta la coge con la guardia cambiada. Contaba con ser ella quien llevase la batuta de la conversación; no obstante, prefiere responder y dejar que la tensión del ambiente se atenúe.

—Está sedado. Las lesiones internas parecen graves.

—¿Pudo decir algo nuevo del Pilonga o de los que le dieron la paliza antes de que lo sedasen?

—Nada.

El primer silencio de la noche es casi una realidad cuando Sola, que ha acudido a toda velocidad al reconocer la voz de Zoe, se encarga de

postergarlo. La galga salta, ladra y hace acrobacias alrededor de la agente, que, al final, consigue abrazarla y acariciar su lomo atigrado hasta apaciguarla por completo.

Marcial siente que su cuerpo se estremece. Sola, después de la dura experiencia vivida a manos del asesino del café, se ha vuelto temerosa hasta lo inimaginable, desconfiada. No permite que nadie, salvo el propio Marcial, se aproxime lo más mínimo. Por eso, verla jugar con ella es una de las sensaciones más maravillosas que puede experimentar. Una buena señal, piensa.

Otra más.

Está convencido de que ella es el único ser humano con el que se encuentra a gusto, con el que ser Marcial no es lidiar con el juicio y la reprobación constantes. No la Zoe obcecada en una venganza inútil que no paliará un ápice su dolor, sino la que se oculta bajo el sayo de inquina con el que ha decidido pasearse por el mundo tras la muerte de Miralles.

Zoe se incorpora y Sola no tarda en dirigirse a los hierbajos que bordean el perímetro del descampado para olisquearlos. Marcial aprovecha para acercarse a su excompañera.

—¿Estás segura de que Ricardo Forte no te mintió? —Marcial ha soltado la pregunta con naturalidad, pero pronto comprende que Zoe no la encaja de la misma manera.

—¿Acaso dudas de mi capacidad para interrogarlo?

—Por supuesto que no. Pero no es lo mismo interrogar a un detenido en comisaría que en cualquier otro sitio e incumpliendo una decena de leyes. No puedes apretarlo igual.

—¿Ves como dudas? Te doy mi palabra de que se meó y se cagó encima. No tuvo cojones a mentirme, te lo aseguro. Si te digo que detrás del Cazador está el Pilonga es porque está el Pilonga.

Marcial firma las tablas: la partida que pretende ganar no es esa. Alza las palmas de las manos, como si alguien le estuviese apuntando con un arma, en

señal de rendición. Sin embargo, está lejos de aceptar sus palabras como válidas y resuelve que más pronto que tarde le hará una visita a Ricardo Forte.

—¿Has visto las noticias? —Zoe pregunta buscando su mirada. Marcial no la esquiva.

—No veo la tele.

—¿En serio no sabes nada de lo que ha pasado esta madrugada?

—¿Debería?

—El cuerpo del Cazador ha aparecido colgado del puente del Cartagonova.

Marcial no puede creer lo que oye. Se siente desnortado, a la deriva. Como si el océano se presentase ante él con toda su inmensidad sin saber hacia dónde dirigir el rumbo. Lleva tanto tiempo con su nombre incrustado en la cabeza que ha olvidado lo que hacía antes de que el Cazador ocupase sus pensamientos.

—¿Cuándo?

—Sobre las cinco.

—¿Quién ha sido?

—Dímelo tú. —Zoe envida a la grande.

—Cojonudo. —Marcial ve su envite y sube dos más—. Así que piensas que soy tan imbécil de cargármelo y colgarlo a la vista de todos como si fuera una guirnalda. Pensaba que me tenías por más inteligente.

—¿Lo mataste? —El órdago de la agente no se hace de rogar.

Marcial niega con un movimiento enérgico de testa. «Necesito verte», rememora. Se siente como un estúpido por creer que algo había cambiado, por creerse el beso en la mejilla. Zoe continúa su cruzada y necesita espadas. Él es una más, un mercenario que se conforma con parte de la recompensa, con una insignificante porción del botín, con una mísera verdad. El exinspector se da la vuelta y comienza a caminar. Da un silbido corto, estridente y repetitivo que Sola, en la distancia, interpreta a la perfección emprendiendo una galopada hasta su posición. Mientras le está poniendo el arnés, Zoe reacciona:

—No debería preocuparte que te vea capaz de hacerlo.

—¿Y qué debería preocuparme, agente Ochoa?

—Debería preocuparte... preocuparnos —precisa— que la delegada del Gobierno le haya ordenado a Lasaos que me saquen de la investigación y sea el subinspector Torán quien se encargue en solitario.

—Me importa una mierda —miente, herido aún en su orgullo.

—Pero...

—No es tiempo de peros —la interrumpe y se marcha con Sola sin volver la vista atrás.

Lleva sentado en las escaleras algo más de una hora. No le ha resultado difícil acceder al edificio. Tan solo ha hecho falta un poco de paciencia para que los currelas que tiran de las riendas de un nuevo día le franqueen el paso.

Después del decepcionante reencuentro con Zoe, Marcial había regresado a casa algo crispado. Tras dos cervezas y media *pizza* congelada resolvió que, si no quería acabar la noche abrazado a su frustración y ajustando las cuentas con la madrugada, debía hacer algo más productivo que verter sus miserias en el interior de una botella, así que decidió poner rumbo a casa del asesor de Domingo.

Faltaban veinte minutos para las tres de la madrugada cuando se apostó frente al edificio en cuyo cuarto piso dormía plácidamente Ricardo Forte. Rondando las seis y media, las luces del edificio sirvieron de incentivo para combatir el sueño. A las siete menos cuarto ya había conseguido acceder. Recordaba el piso exacto porque, tras el regreso de Zoe a comisaría, habían centrado gran parte de sus esfuerzos en localizar al asesor fiscal de Domingo Bernal para tratar de llegar al Cazador a través de él. Por desgracia, Ricardo Forte había salido del país a los pocos días de la muerte del empresario.

Y en ese punto se halla Marcial ahora: sentado en las escaleras a las ocho menos cuarto de la mañana y con la esperanza de que tras la puerta del cuarto A se encuentre el antiguo asesor de Mariscos Bernal.

No tarda en percibir sonidos en el interior de la vivienda, de manera que se

aproxima hasta la puerta y pega la oreja: efectivamente, dentro de la casa la vida comienza a fluir. Marcial está tan absorto tratando de descodificar los ruidos que no se percata de que de la puerta de enfrente, la del cuarto B, acaba de salir una mujer de unos setenta y muchos. Luce el pelo gris, cardado, y un rostro con sobredosis de maquillaje, en especial en la zona de los labios, que la asemejan al payaso de *It*.

—Va a tener usted suerte, joven: hace unos días que Ricardo ha regresado de viaje. Si llega a pasar una semana antes no lo pilla —dice la vecina.

Marcial se yergue de forma súbita, como si hubiese sido sorprendido en un renuncio. Después asiente sin saber muy bien por qué mientras la mujer, que parece haber perdido todo el interés, llama al ascensor. En ese momento ronda una idea por la cabeza de Marcial. Debe ejecutarla antes de que la sigilosa vecina de Ricardo desaparezca, así que se apresura a hacerla partícipe:

—Perdón...

—Florinda —apunta el payaso de *It*.

—Florinda —repite Marcial, que vuelve a asentir sin sentido—. Soy un viejo amigo de Ricardo y quiero darle una sorpresa. ¿Te importaría llamar al timbre? Así cuando mire no me verá a mí.

—Claro, hijo.

La mujer se aproxima y se deja ubicar por Marcial, que calcula que, con su altura, un metro cincuenta escaso, no debe acercarse demasiado a la puerta para que pueda verla a través de la mirilla. Después es él quien pulsa el timbre y se aparta del campo de visión.

Puede oír a la perfección los pasos de Ricardo acercándose, incluso cómo retira la tapa que obstaculiza el orificio de la puerta.

—Un segundo, doña Florinda, enseguida le abro.

Marcial intuye que su aspecto no debe de ser muy decente, a tenor del tiempo que lleva despierto y de que ha decidido arreglarse antes. Aprovecha para agradecerle a la anciana su colaboración y la ve desaparecer engullida por el ascensor. Cuando termina el concierto de pestillos, cadenas y vueltas de llave,

la puerta se abre. Para asombro de Ricardo Forte, no es su enclenque vecina la que espera tras el vano, sino un fornido Marcial al que ya tiene la desgracia de conocer de cuando el exinspector investigaba la muerte de Sasha, en la que él era el principal testigo de la coartada de Domingo Bernal.

Marcial no es un buen fisonomista; sin embargo, está convencido de que jamás en la vida podrá olvidar la cara que puso Ricardo Forte cuando abrió la puerta. Esa es la mayor garantía de que no lo ha olvidado, a pesar de que hace más de un año que lo interrogó en el L'altro Peccato.

Era un mal mentiroso.

El asesor también es consciente de ello, así que Marcial confía en que esta vez no intente engañarlo. Ambos permanecen sentados. Marcial no lo sabe, pero están en idéntica disposición que cuando Zoe lo visitó. Marcial ha ubicado la silla un poco más cerca y no exhibe su arma, pero el resto parece una réplica exacta de algo que Ricardo Forte no creyó que le tocara revivir jamás.

Llevan unos minutos en sus asientos. En silencio. Un olor a café recién hecho se ha adueñado de toda la cocina y parte del salón. El asesor va en zapatillas y lleva puesto un pijama de raso rojo que cubre hasta sus rodillas con un batín azul marino que ha remangado para amoldarlo a la escasa longitud de sus brazos.

—Sabes por qué estoy aquí, ¿verdad? —Ni siquiera lo mira a la cara.

Ricardo niega con la cabeza. Lo hace con ímpetu y agigantando sus diminutos rasgos faciales. Por un momento, a Marcial le recuerda a uno de los emoticonos del WhatsApp.

—El otro día recibiste la visita de mi compañera —Marcial se detiene más de lo preciso. No sabe si lo hace para que el asesor analice la afirmación o por el simple hecho de paladear una frase que ha usado durante mucho tiempo sin degustarla como se merece—, de eso sí que te acordarás...

Esta vez el interpelado asiente.

—¿Has oído la historia esa del poli bueno y el poli malo?

Un nuevo asentimiento, este acentuado por un mohín de incompreensión.

—Pues ella es la buena.

Las lágrimas que cristalizan sus ojos confirman que Ricardo comprende en qué situación se encuentra. Opta por hablar antes de que Marcial tase su hombría:

—Ya le dije a su compañera todo lo que sé. Alguna vez le oí al señor Bernal mentar a un tal Pilonga, decirle que trasmitiera esta o aquella información a John Wayne.

—¿John Wayne?

—Es un tipo con una cara que da pavor. Al parecer se le da bien lo de la escopeta, de ahí el apodo. Yo no he hablado en mi vida con él, pero apareció por las oficinas de Mariscos Bernal infinidad de veces para charlar con el señor Bernal.

Marcial se incorpora. Su metro ochenta y pico coacciona al asesor, que procura no perderlo de vista mientras se le aproxima. Lo hace sin prisa, como si en realidad caminase sin un destino concreto. Cuando llega a su altura descarga un bofetón a mano abierta que estrella al hombre contra el suelo.

—Empezamos mal, Ricardo. —El exinspector lo iza agarrándolo de la pechera y lo devuelve al sofá—. ¡¿Cómo tienes los santos cojones de decirme que no has hablado en la vida con él cuando la noche en la que asesinaron a Sasha estuvisteis sentados en la misma mesa?!

—Yo no... Yo no... —Ricardo Forte mantiene la mano izquierda sobre la mejilla mientras frunce el ceño para manifestar su dolor—. Él fue al Baros a hablar con el señor Bernal. No creo ni que sepa mi nombre. Le juro por lo más sagrado que solo he cruzado con él unos saludos, la mayoría de ellos ni siquiera fueron correspondidos.

El asesor llora en silencio. Las lágrimas empapan sus mejillas, una pálida por el miedo, la otra enrojecida por la ira de Marcial, que lo contempla con

desprecio, censurando su falta de arrojo. Tras unos segundos de cortesía se acuclilla para ponerse a su altura y retoma la palabra:

—El Pilonga murió hace veinte años. ¿Estás seguro de que no te confundes?

—Completamente.

—¿El nombre del Nene te dice algo?

El desconcierto que asoma a su rostro responde por él. Marcial se incorpora y regresa a su asiento.

—¿Sabes por qué no estás en la cárcel?

—Yo no he hecho nada, inspector —balbucea.

—Claro, por eso en cuanto mataron a Domingo Bernal saliste del país por patas.

El asesor mantiene la cabeza gacha. Es consciente de que si han estado controlando su regreso a España es porque intuyen su implicación en el asunto del blanqueo. No obstante, se cuida de mencionar nada.

—Me fui tras prestar declaración. Cuando dispararon al señor Bernal yo estaba...

—Lo sé —lo interrumpe el exinspector—. Pero creo que eres tú el que no entiende por dónde voy. —Marcial se frota las manos antes de continuar—: Ya es mala suerte trabajar para dos empresas y que tus dos jefes mueran atravesados por una bala del mismo calibre y salida del mismo rifle —ironiza.

El asesor está a punto de replicar, pero Marcial alza la mano a tiempo y le exige silencio.

—Ya sé que no tienes nada que ver con sus muertes, por eso Brau te dejó libre. Lo que no sabe el inspector jefe —miente, consciente de que el asesor desconoce que fue el propio Marcial quien condicionó, a través de sus informes, la decisión de aparcar la investigación sobre el blanqueo de capitales— es a qué ha estado dedicándose Mariscos Bernal, contigo a la cabeza de sus libros de contabilidad, desde finales de 2011. Y puede seguir siendo así. O no. Depende de ti.

El exinspector comprueba el efecto de sus palabras. Parece que ha captado el

mensaje; aun así, se aviene a aclarárselo:

—Si me entero de que me has mentido, me encargaré de que pases el resto de tus días en la sombra.

Después del farol, Marcial se levanta y le da la espalda con el ánimo de abandonar la casa. Percibe cómo Ricardo se incorpora y da algunos pasos hacia él; entonces, decide girarse. Cuando están frente a frente, es el asesor el que habla:

—Se le fue de las manos —empieza—. La idea surgió del señor Bernal, pero en algún momento debió de irse de la lengua o tocar la puerta equivocada.

Marcial le presta toda su atención. No sabe muy bien qué es lo que está diciéndole, aunque intuye que es mejor no interrumpirlo, ahora que se ha decidido a hablar.

—Al poco tiempo, él no era más que un mandado que se llevaba parte del pastel a pesar de ser el que más riesgos asumía. Traté de decírselo, que si alguien tiraba de la manta el nombre que aparecería sería el suyo. Pero no me hizo caso. —Ricardo Forte se apaga, como si en vez de hablar de un empresario corrupto estuviese relatando las pobres desventuras de un hidalgo caballero. Tras el leve receso, remata sus palabras—. Se convirtió en un simple testafarro.

—¿De quién?

—No lo sé. Pero debía de ser alguien con mucho poder para que el señor Bernal se plegara ante él: era muy presuntuoso y egocéntrico, así que si agachó la cabeza debe de ser alguien con mucho poder o que lo tenía bien cogido de los huevos.

—¿Cuál era tu papel exactamente?

—Yo solo echaba una mano con la contabilidad B de la empresa. El verdadero artífice de todo era Matías Jairo, un...

—Sé quién es —lo interrumpe Marcial.

Matías Jairo era un abogado especializado en Derecho Penal que Marcial y Zoe se habían cruzado por primera vez durante la investigación de la muerte

de Enma Novoa, la mujer de Alfonso Villanueva, y que a la postre había resultado ser amante de la finada. Pero su nombre volvió a salir a relucir cuando la muerte de Sasha los puso tras la pista del asunto del blanqueo de capitales que estaba llevando a cabo Domingo Bernal. El mismo vis a vis en el que Villanueva le había revelado a Marcial la corruptela de Santi también había servido para descubrir que Domingo y Matías eran amigos de la infancia, de ahí que, a pesar de no ser su especialidad, el abogado fuese el encargado de dar sustento legal a todo el andamiaje delictivo.

—Lo mío eran los números —prosigue Ricardo—. Hacer que todo cuadrara. Siempre siguiendo las instrucciones que el señor Jairo me dictaba, por supuesto. Él no figuraba en ningún lado, pero lo controlaba todo.

—Así que tú hacías que todo pareciese normal —apuntó Marcial, más para él mismo que para Ricardo.

—No era difícil, porque en realidad desde el punto de vista contable todo era cierto.

—Si no fuera por el pequeño detalle de la coacción...

Ricardo Forte vuelve a retirar la mirada, avergonzado.

—Por eso he especificado: desde el punto de vista contable. Los préstamos, aunque con intereses algo elevados, cumplían todos los requisitos legales. Otra cosa era cómo se gestaban.

Marcial se aproxima hasta el asesor con el índice elevado y este retrocede unos pasos, asustado.

—Se gestaban matando gente —dice Marcial con tono sosegado—, así que ahora no vengas de niño bueno, porque tú eres tan culpable como los demás. Que no estés cumpliendo condena no quiere decir que seas inocente. No lo olvides —concluye golpeándolo con el dedo en el pecho.

Ricardo asiente. Está aterrado. El exinspector siente unas ganas tremendas de abofetearlo, pero se abstiene y sale de la casa con el nombre del abogado pululándole por la cabeza.

Ha estado en ese mismo lugar decenas de veces, pero esta es la más especial. Ni siquiera se ha molestado en encender la luz. Ella permanece inmóvil frente al escritorio. Lleva así varios minutos. Todo está como lo recuerda. Desde su muerte solo los dos agentes que enviaron de Madrid han estado dentro del despacho. Incluso ellos parecen haberlo tratado con el respeto que Zoe estima conveniente, conscientes de que ese habitáculo es algo más que un lugar de trabajo. No sabe qué objetos personales encontrará, aunque escudriñando entre la oscuridad observa la figurita de un policía cuyos músculos, caricaturizados, han hecho ceder los botones de su camisa. Conoce su historia: ella se la regaló a las pocas semanas de comenzar su aventura. Porque Zoe ya no se engaña. Lo que hubo entre Unai y ella no puede catalogarse de amor. El amor nunca se mantiene en secreto cuando ya no hay nada que ocultar, no entiende de terceras personas ni busca aprobación alguna. Se querían, disfrutaban juntos, planeaban el futuro, pero siempre pesaba la sombra de Marcial; su personalidad, el mal concepto que tenía de Unai...

También estaba Sasha.

Si ya fue complejo para Zoe asumir que Marcial era un asiduo a la entrepierna de la prostituta rumana, descubrir que la había usado para seducir a Unai y así tener algo con lo que chantajearlo había terminado de descolocarla por completo.

Fue la gota que colmó el vaso. Tan culpable como el resto, las que lo habían ido llenando poco a poco, pero siempre más estigmatizada. Saber que Unai había vuelto a llamarla provocó un momento de zozobra, de bandazos sin pasamanos a los que asirse, de amenaza inminente de naufragio. La sed de

venganza, ahora lo sabe, nació aquel día, mucho antes de que un animal moliese a palos a Unai y la dejase a ella inconsciente. Esa era la excusa fácil, la bandera que ondear para evitar miradas admonitorias.

Por un instante baraja la idea de salir de allí, de dejar que sea otro el que se encargue de sacar los objetos personales del despacho. Ya no está segura de ser la más indicada. Solo sabe que lo quería, no cuánto ni hasta dónde, mucho menos por qué. Al final, decide quedarse, pero enciende la luz. En cuanto los objetos se materializan nota la atmósfera pesada, como si los recuerdos la empujasen hacia abajo y estrechasen la capa de oxígeno. Se afana en descolgar de su hombro el bolso grande que ha traído y lo deja sobre la mesa. Introduce la figura del policía y una ristra de fotos de ellos dos que ha encontrado dentro de un cajón, sepultadas por una montaña de carpetas, y que recuerda que se hicieron en un fotomatón de la plaza de España. Ambos salen esgrimiendo muecas absurdas, manos entrelazadas en posturas inverosímiles y lenguas al aire. Lo pasaron muy bien, recuerda.

Lleva un rato guardando cosas en el bolso, algunas tan absurdas e impersonales como un folio sobre el que Unai, a buen seguro mientras hablaba por teléfono, ha garabateado algunos dibujos y palabras que para ella resultan vacuas e inconexas. No hay más motivo que un: «Por si acaso».

Quizá sí.

Quizá también haya un «Quién sabe» o un «A lo mejor».

El caso es que a simple vista no queda nada que le sirva de coartada para seguir allí; sin embargo, permanece sentada en la silla desde donde tantas veces Unai la observó, girando hacia un lado y al otro como si fuese una niña de cuatro años que acabase de descubrir semejante invento. Es en uno de estos giros cuando algo llama su atención. Se trata de la estantería que hay a su izquierda, donde Unai acumulaba expedientes de casos resueltos. Pero no es el interior lo que le interesa, sino la parte inferior, entre la última balda y el suelo. Apenas hay diez centímetros, pero es fácil intuir que hay un objeto allí abajo, uno que hace que esos diez centímetros pasen a ser la mitad junto a la

pata derecha. Podría ser perfectamente la caja de un puzle o de un juego de mesa. La curiosidad vence la batalla y se arrodilla para despejar sus dudas. Cuando trata de sacarlo, se da cuenta de que la superficie inferior del objeto es antideslizante y ha de usar las dos manos para separarlo del suelo. Es entonces cuando descubre de qué se trata, incluso antes de sacarlo del todo. No tiene sentido guardar eso en un lugar tan inaccesible, tan incómodo, salvo que lo que se pretenda sea precisamente eso: dificultar el acceso a dicho objeto. Lo lleva hasta la mesa y lo observa con mirada interrogante.

—¿Por qué guardabas un portátil ahí, Unai? —pregunta en voz alta.

Recuerda haber visto durante el registro, en el armario que ahora queda a su espalda, una caja llena de cables, transformadores y cargadores de diversos tipos. Imagina que ahí estará el del ordenador; no obstante, prueba a ver si le queda batería: así es. Deja que Windows arranque sin poder eludir un hormigueo en el estómago durante todo el proceso. No imagina por qué Unai puede haber escondido un ordenador en un lugar tan extraño, pero deduce que debe contener información valiosa; como mínimo, delicada; con suerte, esclarecedora. Su impaciencia se frustra cuando aparece un cuadro de diálogo en el que se exige una contraseña. Musita un «Mierda» con hedor a derrota y que apesta a fracaso. Se sienta, presa de la impotencia, y vuelve a girar la silla de un lado a otro mientras trata de evocar algo que pudiera servir para rellenar el espacio en blanco que la mira, provocador, desde la pantalla. Es ese momento cuando cae en la cuenta de que no sabe casi nada de él. Tan solo conoce a su padre, el catedrático Gonzalo Miralles, que los ayudó a descubrir que Dolores Herce y Germán Lisón no eran los padres biológicos de Marcial. Apenas ha vuelto a verlo un par de veces desde aquello, pero sus palabras pidiéndole que no acudiera al entierro de Unai, al que querían dar sepultura en la más absoluta intimidad, aún permanecen vagando por su cabeza y, de cuando en cuando, arrastran fuera algunas lágrimas.

Prueba con Gonzalo: nada.

Prueba con Gonzalo Miralles: tampoco.

El resultado, predecible, no le afecta: la relación padre-hijo no era especialmente fluida para pensar que Unai hubiera decidido homenajearlo de esa manera. Prueba lo mismo con Antonia Sánchez, su madre, con idéntico desenlace. Tampoco la pilla por sorpresa. Cavila un rato. Constata su desconocimiento de la persona por la cual ha puesto su vida patas arriba. No sabe si hubo perro, gato o hámster, ni amigo de la infancia ni primer amor. Nada de nada. Se siente torpe al hacerlo, pero introduce la fecha de nacimiento de Unai: 13 de noviembre de 1978. Sería muy necio por su parte ocultar un portátil bajo un mueble y colocar como contraseña su fecha de nacimiento, pero prefiere agotar todas las posibilidades. Efectivamente, Unai no ha caído en esa contradicción. Se retrepa en la silla, apesadumbrada. No porque la fecha no haya sido la solución que necesita, sino porque acaba de darse cuenta de que solo faltan tres días para que vuelva a ser 13 de noviembre. Aún le duele el primero, tan solo siete días después de su muerte. Lo pasó en el cementerio, junto a su tumba, rodeada de reproches y de preguntas retóricas, cubierta por un manto de indiferencia y abrazada a una promesa que aún no ha cumplido.

Está a punto de darse por vencida cuando una punzada de amor propio mezclada con una absurda esperanza pueril la lleva a intentarlo de nuevo. Esta vez escribe «Zoe». El tiempo de procesamiento parece lentificarse. Seguramente sea cosa de su imaginación, pero tiene la percepción de que el ordenador ha sido más rápido en descartar las opciones anteriores. Su apuesta vuelve a ser perdedora. Lejos de amilanarse, introduce su propia fecha de nacimiento: 1 de julio de 1984. La espera vuelve a parecerle larga; sin embargo, no malgasta el tiempo en ilusiones estériles.

Tampoco funciona.

Libera un suspiro largo y tedioso. No se le ocurre nada más que poner, así que lo apaga y, como puede, lo introduce en el bolso junto con el cargador que ha localizado entre la maraña de cables que hay en el armario del fondo. Se congratula por haber elegido el grande, el de mimbre, el mismo que usa para ir

a la playa y poder llevar la toalla de dos metros que tanto juego le da.

Sale y cierra con llave. Frente a ella, a la altura de sus ojos, está el cartel con el nombre de Unai Miralles. Empuja la placa rectangular a través de las guías hasta sacarla por el otro lado. La guarda en el bolso. No puede evitar dirigir los ojos hacia el despacho de Marcial, también sin placa en la puerta, no porque haya pedido la excedencia, sino desde mucho antes, cuando comprendió que Lisón era un apellido que no le pertenecía, cuando descubrió, como ella, que un desconocido había puesto su vida patas arriba.

Lleva toda la tarde sentada en el sofá con la televisión encendida, en silencio.

Ambas.

La televisión y ella.

Sobre la pequeña mesa que tiene delante está el portátil, ahora enchufado a la corriente para recargar la batería, y el resto de los objetos que ha rescatado de caer en el olvido. Ha llorado, reído y buceado en su memoria en busca de una palabra, una frase o un número que Unai pudiese haber usado como contraseña sin resultado alguno. Ha probado incluso con las palabras y nombres sueltos que aparecen en el papel que recogió de su escritorio, donde hay vocablos tan dispares como «regleta», «centollo», «pimentón dulce» y «Picasent». También hay nombres. Y números. Ha probado hasta la combinación de varios elementos. Nada. Las posibilidades son infinitas.

Su paciencia no.

Mira el reloj: las 20:13. Debería haber trabajado algo en el caso del que ahora es la máxima responsable, pero no ha encontrado el ánimo. Una frase cruel le ha servido de pretexto: «Si a nadie le preocupa la muerte de Los Barreros, por qué debería preocuparme a mí». Cierra la pantalla del ordenador y se dirige a la cocina a preparar la cena. No tiene hambre, pero mientras cocina, su mente está distraída y alejada de Marcial, del Cazador, del Pilonga, de Lasaosa y de Unai.

Del mundo, concluye.

Está escrutando la nevera cuando el móvil comienza a sonar. Está en el salón. Sobre la mesa. Descuelga cuando Lasaosa, que está al otro lado, está a punto de desistir.

—¿Comisario?

—¿Puede pasarse por mi despacho?

—¿Ha ocurrido algo?

—Puede ser.

—¿Puede ser?

—Por teléfono no.

—Voy para allá.

Es Zoe quien cuelga. No es propio de Lasaosa tanto secretismo, así que deduce que lo que quiere contarle es lo suficientemente importante para no esperar a primera hora de la mañana, cuando se supone que volverán a verse. Sin poder evitarlo y sin entender muy bien por qué, la imagen de Marcial acude a su encuentro para recordarle que fiscaliza todos sus pensamientos.

Tarda en llegar poco más de veinte minutos. Zoe sube los escalones de dos en dos y se planta en la puerta del comisario sin perder un segundo en saludar a nadie. Antes habría resultado extraño.

Antes.

Desde el interior de su despacho, el comisario le hace un gesto para que entre y se sienta frente a él. Zoe solo acepta la primera propuesta.

—¿Ocurre algo?

—Me lo acaba de dar Salvador Torán hace menos de una hora.

El comisario le entrega un informe de un par de folios que ella lee en silencio antes de hacer ningún aporte.

—Esto puede ponerse muy feo —sentencia la agente.

Lasaosa asiente, percibe una sacudida estomacal que lidia en silencio y después da su parecer:

—Si ha llegado hasta aquí en un día... Es bueno el hijo de... Perdón. —El comisario recula a tiempo.

—O tiene muy buenos contactos o alguien le ha dicho de qué hilo debe tirar —resuelve Zoe, conocedora de las sospechas de Lasaosa sobre la designación del subinspector para investigar la muerte del Cazador por decisión explícita de la delegada del Gobierno.

—¿Y si lo saben, Zoe?

Los peores presagios del comisario parecen hacerse realidad. Por un instante, cuando descubrió que el cadáver que pendía del puente del Cartagonova era el de Francisco Casanova, sintió que el destino se había puesto de su lado, que su último año en activo sería esa balsa de aceite con la que tantas veces había soñado. Sin embargo, alguien parece dispuesto a que sus últimos meses al frente del departamento de Homicidios de la comisaría de Cartagena sean una pesadilla.

—No nos pongamos nerviosos, comisario. —Zoe vuelve a repasar el informe antes de proseguir—. Lo único que ha descubierto es que en mayo de 2012 Francisco Casanova salió absuelto de un juicio por homicidio imprudente tras matar a un hombre en una montería, y que el abogado que llevó el asunto es Matías Jairo.

Miguel Lasaosa niega en silencio. Después rebusca entre los papeles que hay sobre su mesa, y cuando encuentra el que busca, lo pone al alcance de la mano de Zoe.

—El muerto era Simón Palazón, hijo de Simón Palazón. —El rostro de la agente le confirma al comisario que el nombre no le evoca ningún dato de interés, así que prueba otra alternativa—: A lo mejor si te digo SIMPASA te suena más.

Los ojos de Zoe navegan por el papel que tiene entre las manos. Se trata de la lista que ella y Marcial confeccionaron y donde se pueden leer las empresas que, tras coacciones de diferente índole, han sucumbido al chantaje en forma de préstamo que les ofrecía Mariscos Bernal. La encuentra en cuarto lugar, atendiendo al orden en el que fueron solicitados. Aquello cobra otro significado. Si el subinspector Torán sigue hurgando en la herida no tardará en

descubrir que la muerte de Domingo Bernal no es cosa de un loco envidioso, como se les vendió desde la segunda planta de la comisaría de Cartagena a los medios de comunicación. Si da con la trama de blanqueo de capitales la cosa se complicará. Si ya fue difícil convencer al inspector jefe Brau de que una vez muerto Bernal carecía de sentido seguir investigando ese delito, sería imposible aducir ese mismo argumento si el subinspector Torán hallaba algún nexo entre la muerte del Cazador y la del empresario. Lo peor de todo es que lo tiene frente a sus narices: Matías Jairo.

Es la primera noche que hace frío de verdad. El verano lleva décadas ninguneando al otoño en la ciudad portuaria y este, con ejemplos como el de esa noche, trata de reivindicarse de tanto en tanto. A Marcial lo ha cogido por sorpresa y solo cuenta con su inseparable chupa de cuero para hacer frente a un viento helado que corta como cuchillas recién afiladas. A Sola, en cambio, no parece preocuparle lo más mínimo aquel imprevisto descenso de las temperaturas y campa a sus anchas, olisqueando, sin prisa ninguna, cada esquina que encuentra en su camino hasta el descampado.

La galga se percata mucho antes que él. Un par de estirones de la correa alertan a Marcial de la ansiedad de Sola por ser liberada. Es en ese instante, al agacharse para abrir el mosquetón, cuando la ve. Está sentada en el bordillo que pone lindes al descampado, pero se coloca en pie para recibir a la perra. Marcial vuelve a recrearse en la misma estampa que presencié hace menos de veinticuatro horas, en ese mismo lugar, mientras termina de deshacer la distancia que los separa. Cuando llega hasta ella, Zoe ya está esperándolo y Sola pasea alegremente, ajena a la tensión que preña el ambiente.

—La cosa se ha puesto fea. —Zoe obvia el «buenas noches» protocolario y va al meollo de la cuestión. Marcial parece no inmutarse, así que decide ser más explícita—. El subinspector Torán está muy cerca de poder relacionar la muerte de Domingo y la del Cazador.

Ahora sí ha llamado su atención. Lo nota en sus ojos.

—¿Y cómo lo lleva Lasaosa?

La pregunta de Marcial dice mucho más de lo que aparenta. Zoe lo sabe y lee a la perfección entre líneas. Es cierto que los tres eran conocedores del

secuestro del Cazador, tan cierto como que una vez muerto Francisco Casanova el que queda más expuesto es el comisario. Si bien el brazo ejecutor de todo aquello había sido Marcial, quien *motu proprio* decidió retenerlo, el beneplácito obtenido por parte de Lasaosa y la imposibilidad de que el Cazador contase cómo se había gestado todo dejan como principal responsable del delito al superior jerárquico. Así que, con esa simple pregunta, Marcial le deja claro que no es él quien debe estar más preocupado con todo ese asunto.

—Ya lo conoces. No ha nacido para estar en primera línea de batalla.

—Ni en segunda.

—Ni en segunda —ratifica Zoe.

—¿Qué sabe tu nuevo jefe?

Zoe hace caso omiso al nuevo dardo de Marcial. No ha acudido allí a discutir, sino a buscar una solución, así que comparte toda la información que el comisario le facilitó en su despacho sin guardarse detalle del informe de Torán ni de la lista de empresas en la que aparece SIMPASA.

Marcial madura la respuesta. Parece hacer cábalas, analizar todas las posibilidades. Al cabo de unos segundos, da su veredicto:

—No tiene nada.

—Pero...

—No es tiempo de peros, Zoe.

Sola regresa en ese momento, como si hubiese percibido que ambos pisan un terreno pantanoso y necesitan ayuda para no calarse hasta las cejas. Marcial la acaricia y coge una piedra del suelo. La lanza con bastante fuerza y, mientras la galga se aleja, retoma la palabra:

—No hay ningún documento que relacione a Domingo Bernal con Matías Jairo. —Marcial está seguro, porque Ricardo Forte así se lo ha confirmado; no obstante, no le da ese detalle a Zoe—. Solo están las grabaciones, y las tengo yo a buen recaudo.

Zoe recapitula en silencio. El papel de Matías en el blanqueo de capitales no

va más allá de dar asesoramiento a un amigo de toda la vida. El abogado no consta en ninguna nómina ni firma documento alguno. Si ellos fueron capaces de establecer una relación entre ambos fue gracias a las grabaciones que Marcial encontró en la casa de Villanueva. Aun así le cuesta asimilar la asepsia con la que Marcial parece llevar la que hasta hace poco fue su mayor empresa. Es como si hubiese arrojado la toalla, como si hubiese decidido que ya no necesita conocer la verdad. La muerte del Cazador ha sido un varapalo, ha de reconocerlo, pero quizá seguir por el abogado no sea tan mala opción como sopesaron en un principio, cuando, tras abandonar Zoe el hospital, ambos se sentaron en el despacho de Marcial y acordaron seguir ocultando a Lasaosa que no tenían ni la menor idea de dónde estaba Francisco Casanova, que la única pista fiable para dar con el agresor de Unai se había esfumado, y con ella el único argumento que había esgrimido Marcial para convencer al comisario de que podía desenmascarar a la cúpula de la organización del empresario cartagenero. En aquel entonces, si hablaban con el abogado corrían el riesgo de que este emprendiese acciones legales, a sabiendas que sin el Cazador no tenían más que pruebas circunstanciales. Sin embargo, ahora, con el cuerpo de Francisco Casanova en el depósito de cadáveres, quizá Matías Jairo fuese algo más colaborador.

Las conjeturas de Zoe han durado demasiado, por lo que es Marcial quien vuelve a hablar:

—¿A qué has venido, Zoe?

—¿Cómo?

—¿Por qué no me has mandado un mensaje, como siempre?

—Había demasiado que contar.

—Ya.

Marcial quiere entender que esa es la manera de disculparse de la nueva Zoe, la forma de decirle que lo de la noche anterior, lo de cerner un halo de sospecha sobre su implicación en la muerte del Cazador, estuvo mal. Pero no puede estar seguro. En realidad, hace tiempo que no está seguro de nada

relacionado con ella.

—¿Y si le haces una visita al abogado? Quizá sea el hilo que necesitamos. — Zoe decide no diseccionar el monosílabo de Marcial y opta por dar forma a sus cavilaciones.

—¿Que necesitamos? Yo no necesito nada, Zoe. Eres tú la que quiere saber quién ordenó que le dieran una paliza a Miralles.

La agente acusa el golpe. Toma algo de distancia respecto a Marcial y se defiende:

—¿Qué hay de Santi?

—Me da igual lo que dijeran Domingo y Villanueva. Santi es inocente.

—¿Desde cuándo estás tan seguro de eso?

—Desde siempre.

—¿Por eso pediste la excedencia? —Zoe ha impregnado la pregunta con un deje de incredulidad sazonado de ironía.

Es Marcial el que ahora se distancia unos centímetros. Por un momento, valora decirle que si decidió salir por la puerta de atrás, que si se orilló, no fue porque su fe ciega en Santi se hubiese resentido, sino porque no podía convivir con el rencor de su mirada, con los reproches contenidos en cada ademán, con la sensación de que lo único bueno que había ocurrido en su vida en los últimos años se le escapaba entre los dedos. Sin embargo, de su boca sale algo bien diferente:

—¿Por qué no le haces tú la visita?

—¿Con qué motivo? Es abogado especializado en Derecho Penal. No puedo plantarme allí sin más y decirle que sé a qué se dedicaba con Domingo, pero que no lo estamos investigando de manera oficial porque mi compañero tuvo la genial idea de secuestrar a uno de los implicados —dice con un evidente sonsonete.

—Ex —puntualiza Marcial.

—¿Cómo?

—Excompañero.

Zoe niega con frustración. Está a punto de expresar ese sentimiento con palabras, pero Marcial toma la delantera de nuevo:

—Así que quieres que yo le lea la cartilla...

—¿Lo harás?

Marcial duda. En el fondo sí que necesita confirmar que Santi es la persona que conoció, no la que le venden Villanueva y Domingo Bernal. No reconocerlo ante Zoe no es más que otro acto de cobardía que añadir al de no haberle dicho nunca la verdad de por qué salió corriendo, por qué cerró la puerta de su despacho para siempre.

—Está bien —acepta.

El chico de la barra lleva un buen rato mirándolo con desprecio, pero a él le importa una mierda. En el cartel que hay en la fachada reza que la hora de cierre entre semana son las dos de la madrugada, y Marcial no piensa moverse de ahí ni un minuto antes.

Lleva cinco tercios, el último abierto hace apenas unos segundos. Los cuatro anteriores, a pesar de las reticencias iniciales del camarero de pelo estafalario y cuerpo cultivado en el gimnasio, siguen sobre la mesa.

Vacíos.

Son su única compañía. La mejor posible, dada la situación.

Después de haber aceptado la propuesta de Zoe, Marcial había regresado a casa domeñado por la impotencia. Reencontrarse con el abogado no era plato de buen gusto. Le resultaba imposible disociar la imagen de Matías Jairo de la de Enma Novoa, de la de Villanueva, de la investigación que terminó con los huesos del ex inspector jefe en una cárcel de Alicante, de la del asesino del café, de la agonía de Sola. Demasiada frustración almacenada en un mismo recipiente, demasiado odio en el debe, demasiadas cuentas pendientes, demasiados recuerdos.

Demasiados demasiados.

Así que Marcial, que no quería enfrentarse a todos ellos inerme, decidió

subir al 308 y poner rumbo a la calle Príncipe de Asturias, donde, a pesar de ser martes, siempre había un lugar para la gente que bebe sin sed.

La Strada.

Lleva el tercio a la boca y da un sorbo. Este, como sus cuatro predecesores, tiene nombre propio: Enma Novoa. Con ella empezó todo. Con el líquido aún deslizándose por su garganta acude el recuerdo de su cuerpo desnudo postrado en la silla frente a una taza de café. Lo golpea, también, la confesión de Matías diciendo que él y la mujer del ex inspector jefe tuvieron una relación desde finales de 2012 hasta principios de 2013. Es con el segundo trago, este mucho más largo, mucho más amargo, cuando las grabaciones encontradas en la casa de Villanueva entran en acción. De nuevo la voz del abogado pone banda sonora a los recuerdos vaporosos evocados al abrazo de la quinta rubia de la noche. Otra vez una mujer es la protagonista. Una mujer y la sospecha de una mentira caduca. Cruza la cabeza de Marcial la posibilidad de que Matías le hubiese mentado y lo que él dijo que empezó a finales de 2012 empezase un año antes, a la par que todo el tejemaneje que montó junto a Domingo Bernal. Aún conserva en la caja negra de su cerebro las palabras del empresario advirtiéndole al abogado: «Tienes que dejar a esa mujer o acabaremos metidos en un lío». Pero ¿quién coño es la mujer de las grabaciones? Es el tercer sorbo el que lo pone frente a sí una hipótesis que jamás ha sopesado y que, ahora, seguramente empujado por la incipiente embriaguez de sus pensamientos, parece cobrar sentido. ¿Y si fuera Marga? ¿Y si todo fuese parte de un chantaje para tener a Santi de su lado? Las dudas lo apremian. Necesita saber quién es esa mujer, al menos saber quién no es.

Sin darse cuenta, con la consciencia entretejida en las reminiscencias de un pasado que nunca acierta a catalogar de mejor, Marcial ha liquidado la mitad del botellín. Eleva la vista y comprueba que el camarero ha bajado la persiana hasta la mitad. Su mirada sigue enconada.

Le importa una mierda.

Apura la cerveza, mira el reloj, comprueba que aún faltan diez minutos para

la hora del cierre y le pide un nuevo tercio. El chico masculla un «hijo de puta», que Marcial prefiere no escuchar por miedo a que su pequeña bestia se lo tome como algo personal, y decide que la sexta de la noche no tendrá nombre propio ni remembranza alguna. Simplemente será una loa al olvido.

Es la lengua de Sola la que lo trae de vuelta. Cuando abre los ojos se descubre desvencijado sobre el sofá, asediado por un ejército de latas de cerveza del que lo separa un foso de vómito y con el desconcierto propio del que pierde una batalla que creía ganada de antemano.

La noche se había torcido para Marcial al abandonar La Strada. Nahia se había negado a tener sexo con él. El periodo había sido la mentira que sus ojos anaranjados no supieron encubrir. Ambos conocían las alternativas para salvar aquella vicisitud y a la que tantas otras veces habían recurrido, sin embargo, ninguno dijo nada, corrieron un tupido velo y aparcaron los embustes en doble fila con la esperanza de encontrarles un lugar mejor con el paso de los días. Marcial regresó al 308 y condujo hasta casa con la firme intención de acabar lo que había comenzado en la calle Príncipe de Asturias.

Al parecer lo había conseguido.

Y con creces.

Baja del sofá con cuidado de no pisar sus propias miserias y va hasta la cocina. Se refugia tras una botella de agua para hacer menos pastoso el paladar mientras observa que Sola va detrás de él reclamando su atención. Es entonces cuando se percata de lo tarde que es. Hace un rápido cálculo mental y concluye que no tiene tiempo ni ganas de cumplir con la promesa que le ha hecho a Zoe. El abogado tendrá que esperar. Pone la televisión de la cocina mientras comienza a preparar el café. No elige el canal, así que cuando la voz de Antonio Ferreras copa la estancia se sorprende y no le queda más remedio que alzar la vista. Pronto es lo que dice y no quién lo dice lo que acapara su atención:

—A ver, señores —dice el presentador dirigiéndose a sus contertulios—, el próximo lunes arranca el juicio contra el ex inspector jefe de policía acusado de hacerse pasar por el asesino del café para matar a su esposa...

A partir de ahí las palabras se hacen inaudibles. Los recuerdos, en cambio, se convierten en explosiones pirotécnicas que, junto con la incipiente resaca, amenazan con hacerle estallar la cabeza. Marcial apaga la televisión y prepara un espidifen para apuntalar sus defensas. Con las trincheras forjadas a base de café —dos tazas— y armado de indiferencia hasta los dientes, se aventura a cumplir con Sola antes de invertir un solo cartucho en una guerra a la que le restan demasiadas batallas.

En el descampado comprende al fin que su cabeza no puede evitar embarrancar de nuevo en aquel diciembre de 2013; que no es capaz de aparcarse el recuerdo de Villanueva confesando en su despacho que un arrebató lo llevó a cometer la mayor locura de su vida; que las infidelidades de Enma lo superaron por completo; que todos tenemos esa criatura en nuestro interior que bien alimentada se torna incontrolable.

Y la de Marcial lo está.

Lo ha estado desde que él tiene uso de razón o más bien desde que comprobó que la razón poco tenía que hacer frente a esa fuerza demoníaca que emergía de su interior. Por eso sabe que revivir todo lo ocurrido, remover la mierda otra vez, conlleva un gran riesgo que no debería asumir. Al fin y al cabo, Santi y Miralles están muertos y eso no va a cambiar por mucho que él y Zoe tiren de la manta.

Y, sin embargo, sabe que lo hará, que tirará de la manta.

Miguel Lasasosa es un hombre de costumbres, así que después de veinte años compartiendo planta en la comisaría de Cartagena, Marcial no desconoce ninguna de sus rutinas.

Es miércoles, y como todos los miércoles el comisario ha abandonado su despacho a eso de la una del mediodía y se ha dirigido al restaurante

Sacromonte, en La Vaguada, apenas a unas calles de donde vivía Sasha y, por ende, de donde vive Nahia.

El Sacromonte es un bar-restaurante que posee una terraza cubierta desde la que se observa el interior del local con meridiana claridad, así que Marcial ha preferido esperarlo allí, donde es más sencillo pasar inadvertido a los ojos de los comensales. No es que le preocupe que el comisario lo vea, pero no hay necesidad alguna de estropearle el ritual. Además, eso le da la posibilidad de comer en condiciones, algo que no suele hacer muy a menudo.

Se ha decantado por el chuletón de buey con guarnición de verduras y, a pesar de la insistencia del camarero por recomendarle un tinto de la casa del que parecía enorgullecerse como si él mismo hubiese pisado la uva, ha optado por regarlo con cerveza, como de costumbre.

Veinte minutos más tarde y dos botellines después, aparece el camarero con su plato. Casi sin tiempo para que este se gire y acuda a la llamada de otro de los clientes de la terraza, Marcial reclama su atención.

—Está crudo.

—Al punto, señor —puntualiza el veterano camarero.

—Lo quiero muy hecho. —Marcial coge el plato y lo eleva para llevarlo hasta las manos de su interlocutor.

—Está bien, pero esta carne si se hace demasiado...

—Muy hecha.

El camarero asiente y cuando ya lleva el plato a la cocina vuelve a escuchar la voz de Marcial:

—Dile al cocinero que cuando crea que está muy hecho lo deje cinco minutos más.

El camarero cierra los ojos y ahoga un suspiro.

Marcial invierte el tiempo de espera en observar a Lasaosa a través del cristal. Siempre elige la misma mesa, por eso el exinspector se ha colocado en la parte de la terraza desde donde tiene la mejor panorámica del comisario. Ha vuelto a pedir pescado. Parece lubina, pero no tiene tan buena perspectiva

como para asegurarlo. Lasaosa maneja los cubiertos con precisión quirúrgica, apartando a un lado las espinas y la piel. Ese es uno de los motivos principales por los que Marcial odia el pescado. Como hombre impulsivo que es, no entiende de aburridos preliminares cuando de llenar el buche se trata. Prefiere atacar la pieza obviando todo cortejo innecesario. Cortar y comer, cortar y comer. Diferentes formas de entender la vida, metodologías opuestas, piensa. Comedores de carne y comedores de pescado. La pulsión frente a la planificación. Marcial frente a Lasaosa.

El camarero regresa antes de lo que Marcial había calculado, lo cual cierra una sospecha que trata de constatar mientras el cuchillo desgarrar el tejido muscular vacuno ante la sonrisa bobalicona del camarero, que ha decidido esperar el beneplácito de su comensal. El marrón de la parte interior del chuletón es suficiente garantía para Marcial, que asiente para poder comer solo. Aun así, el camarero parece necesitar oír de su propia voz que ha cumplido a la perfección con su cometido:

—¿Así está bien, señor?

—Perfecto.

Marcial ya ha pagado cuando el comisario abandona el restaurante. Deja que se distancie, que se acerque hasta su coche, antes de salir tras él. Con un pequeño acelerón se pone a su altura.

—Buenas tardes, comisario. —Marcial apoya la mano en el hombro de Lasaosa para que se percate de su presencia.

—¡Lisón!

—Marcial, comisario, Marcial.

—Perdone, es la costumbre.

Ambos se miran en silencio durante un instante efímero pero suficiente para que Lasaosa, que lo conoce de sobra, se percate de que aquel no es un encuentro fortuito.

—¿Ocurre algo, Marcial?

—No sé, dímelo tú. —Lasaosa tuerce el gesto, así que Marcial decide

explicarse mejor—. Aparece el cadáver del Cazador colgado de un puente y tú le das la investigación al enano calvo y apartas a Zoe...

—Son órdenes, yo no...

—¿Sabes cuál es tu problema, comisario? —Lasaosa traga saliva mientras aguarda la respuesta que sabe que obtendrá, diga lo que diga—. Siempre haces lo que debes.

—Siempre no —se apresura a apostillar.

Marcial capta el mensaje. En cierto modo le agrada que el comisario haya decidido contraatacar, que no sea ese elefante indolente que ha asumido su destino y que camina sin remisión al encuentro con sus antepasados.

—Necesito ver a Villanueva. Es urgente.

—¿A Villanueva?

—Imagino que no querrás que el enano descubra la verdad sobre el Cazador.

—¿Qué tiene que ver Villanueva en todo esto?

Lasaosa contempla el gesto abismado de Marcial. Lo imagina escogiendo las palabras, cincelandó el argumento que necesita oír, disfrazando la verdad. Segundos después, comprende que a veces vivir en la ignorancia es un privilegio que suele ponderarse a la ligera. Él no lo hará.

—¿Sabe qué le digo? —continúa antes de que Marcial pueda aducir nada—: Que no me importa. Le conseguiré ese vis a vis. Lo único que le pido es que mantenga informada a la agente Ochoa de cualquier noticia de interés.

Marcial sabe descifrar lo que significa «noticia de interés» en el argot del comisario. Es obvio que se refiere a todo dato que permita salvar su culo de la quema. Le parece un trato justo. Al fin y al cabo, el comisario siempre lo ha protegido, siempre ha sido el dique de contención ante los numerosos embates que sus recurrentes salidas de tono le han granjeado.

—Está bien.

Lasaosa le tiende la mano. Marcial la estrecha. Cuando el comisario estima que no hay nada más que decir, deshace el apretón y se gira en dirección a su vehículo. Marcial opta por precisar un dato de última hora:

—Mejor mañana que pasado.

Ya debería haber salido.

Son más de las ocho de la tarde y las luces del despacho de la calle Juan Fernández aún permanecen encendidas. Marcial ha llegado hace poco más de una hora. No había planeado nada, así que aprovechando que un Altea abandonaba la zona azul que quedaba justo enfrente de la puerta decidió apostarse allí y aguardar a que la secretaria, a la que conocía de su última visita al abogado, terminase su jornada laboral para abordar a Matías Jairo sin testigos.

Pero la chica no ha salido todavía.

A Marcial no le cuesta imaginársela en el cliché de secretaria que se gana un sobresueldo a costa de pelarse las rodillas. La recuerda frívola, con un par de capas de maquillaje de sobra y con un inoportuno rumiar de chicle que invitan a pensar que no está allí por sus aptitudes administrativas. Por todo eso decide esperar un rato más. Pero esta vez se baja del coche y se dirige a un banco del parque de Los Juncos. Está justo al lado. Se pertrecha con la cazadora de cuero y un gorro de lana negro. Hasta que no lleva un tiempo sentado no se percata de que está en el mismo lugar que ocupó Zoe un par de años atrás, cuando se hizo pasar por Enma Novoa con la intención de tenderle una trampa al abogado. Esa fue la primera vez que la vio reducir a alguien. Aún recuerda la cara de asombro de Matías Jairo. En ese mismo lugar se formó una primera impresión del letrado, una impresión que corroboraría días más tarde en su despacho. Se trataba de un tipo engreído, con grandes dosis de altanería y acostumbrado a que la moneda cayese de cara.

Marcial le enseñó que había una cruz.

Vuelve a mirar el reloj. Empieza a creer que quizá la presencia de la secretaria pueda ser beneficiosa, sobre todo si la sorprende con las bragas fuera de sitio. Avanza hasta la puerta del edificio y llama a un timbre al azar. Cuando suena una voz al otro lado preguntando quién es, usa el santo y seña más universal del mundo:

—Yo.

No funciona a la primera.

Tampoco a la segunda.

Pero a la tercera un sacudido eléctrico le permite acceder a la finca. Se dirige al entresuelo por las escaleras. Cuando llega comprueba que la puerta está entornada. La empuja con sigilo y entra.

No le llama la atención la ausencia de la rubia en su puesto de trabajo.

No le llama la atención que el cuarto de baño esté abierto.

No le llama la atención que el despacho de Matías Jairo esté cerrado.

Sí que lo hace el silencio.

Antes de formarse ninguna opinión sobre qué puede estar ocurriendo, decide echar el pestillo para evitar visitas inesperadas. Después se dirige hasta la puerta del despacho y la abre con la intención de sorprender al abogado con la guardia baja.

O con los pantalones abajo, lo mismo da.

Sin embargo, es él quien no puede desprenderse del gesto de asombro que ha poblado su rostro al presenciar una escena para la que no está preparado.

No recuerda haber tocado nada excepto los pomos de las puertas y el pestillo, así que introduce la mano en el gorro, igual que ha hecho antes para registrar cajones y estanterías, y trata de eliminar su rastro usándolo como un trapo.

Sabe que debe darle parte de lo que ha hallado a Zoe, por si acaso, pero primero necesita entender qué ha pasado allí dentro.

Abandona el despacho dejando la puerta tal y como la encontró: entreabierta. Baja las escaleras con mucha cautela, mirando desde la baranda para anticipar

encuentros indeseados que puedan desbaratar la coartada que ha de preparar por si no ha conseguido limpiar las evidencias de su presencia. Sale al exterior cuando está seguro de que nadie puede verlo; aun así, ha tomado la precaución de volver a colocarse el gorro y cruzar la calle con la cabeza gacha. Una vez dentro del 308, deposita en el asiento del acompañante la carpeta que ha encontrado sobre la mesa del abogado y arranca el coche para alejarse de allí.

Mientras conduce no piensa en nada.

O sí.

Piensa que no debe pensar en nada, porque si deja de pensarlo no puede evitar pensar en lo que ha encontrado en el despacho de Matías Jairo. Sin premeditación alguna, a los pocos minutos, se sorprende entrando en Los Molinos Marfagones, la barriada donde vive Zoe. Para frente a su puerta. Solo ha estado una vez en el interior y sirvió para constatarle lo que ya suponía: Zoe era una desconocida. No la que acudía a su puesto de trabajo con puntualidad y el pelo recogido en una coleta, sino la otra, la que permitía ondear en libertad su melena, la que tenía una familia, unas inquietudes, una relación. Deja escapar la mirada en busca de signos que delaten actividad en el interior de la casa. No los halla, lo que no quiere decir que no esté allí. Si mal no recuerda, ni la cocina ni su habitación tienen ventanas hacia ese lado de la calle. Echa mano de la carpeta con el dibujo de la deidad de ojos vendados —espada y balanza en mano— a cuyos pies, de forma manuscrita, reza la palabra SAPO. Ha sido el título el que lo ha incitado a ojearla durante el registro. La sorpresa al averiguar su contenido le había hecho olvidar ese detalle hasta ahora que ha vuelto a tenerlo frente a sus ojos. La abre, esta vez sabiendo a lo que va a enfrentarse. Extrae las doce fotografías y las observa con detenimiento, casi con fruición. Son la prueba de que están en el buen camino o al menos cerca de saber por dónde transita el malo. Todas tienen al mismo protagonista, pero una de ellas es especialmente dolorosa para Marcial.

Más para Zoe.

Aparta esa y la devuelve a la carpeta. Con las once restantes en la mano sale del coche. Pulsa el timbre un par de veces consecutivas. Ante la ausencia de respuesta, repite la maniobra. O Zoe no está o no quiere abrirle.

Marcial no apostaría el dinero que el asesino del café le legó a ninguna de las dos.

Por un instante está tentado de usar la copia de la llave que Zoe le dio en un gesto que sellaba una amistad que había estado a punto de romperse por culpa de su terquedad. La misma que luego estallaría en mil pedazos. De aquello hacía ya una eternidad.

Quizá más.

Saca el llavero del bolsillo y se ensimisma contemplando el pequeño trozo de metal serrado. Un objeto carente de valor material y de incalculable tasación sentimental. Sopesa qué pasaría si al abrir la puerta descubriera que Zoe está dentro, que no le ha abierto porque no quiere verlo allí, porque no lo considera digno de profanar su lugar sagrado. Ante tal tesitura, decide enviarle un mensaje:

«Estoy en la puerta de tu casa. Necesito hablar contigo. Es urgente».

La respuesta no se demora mucho:

«Imposible. Acabo de comprobarlo: no hay nadie».

Marcial observa con desconfianza la mirilla. Deja pasar unos segundos de cortesía antes de volver a escribir en la pantalla de su móvil un escueto:

«¿Ahora?».

«No».

Marcial contempla atónito la pantalla de su teléfono. Se hipnotiza con el parpadear del cursor sin saber muy bien qué contestar. Por suerte para él, Zoe toma la iniciativa:

«¿Estás en Los Molinos?».

«Claro».

De nuevo un incómodo lapso se antepone al mensaje de Zoe. Cuando este

llega, cae de forma lapidaria sobre Marcial:

«Hace siete meses que no vivo allí».

Aunque la actual está en pleno paseo Alfonso XIII, a pocos minutos de la comisaría, el interior tiene un asombroso parecido a la de Los Molinos Marfagones. Ambas son casas acogedoras de unos setenta metros cuadrados decoradas con sobriedad y con un estado de pulcritud que a Marcial le hace imposible evitar la comparativa con la suya, donde lleva meses sin hacer una limpieza a fondo. El salón en el que se encuentran apenas tiene un par de sofás, una mesa redonda pequeña y un mueble tradicional repleto de estantes vacíos.

Ni una foto de ella.

Ni una foto de Miralles.

La televisión está encendida, pero con un volumen tan bajo que hace que ninguno de los dos sepa realmente lo que está contando el presentador del canal de noticias.

Tampoco les importa: tienen algo mucho más perentorio entre manos.

Las de Zoe sujetan, en ese preciso momento, las once fotografías que Marcial le ha entregado a modo de saludo nada más cruzar el umbral de la puerta. No ha hecho falta que le diga de dónde las ha sacado. Ella las ha recibido con un suspiro silente y se ha limitado a pasarlas una tras otra, con paciencia franciscana, mientras conducía a Marcial desde la entrada hasta el lugar donde ambos permanecen ahora en silencio.

Enfrentados.

—Tengo que hablar con él. —Zoe arroja las fotos sobre la mesa redonda y clava la mirada en Marcial.

—Solo hay un problema.

—¿Cuál?

—Está muerto.

La agente no es capaz de disimular su asombro. En su rostro se dibuja un

interrogante que Marcial se apresura a solventar:

—Cuando entré en su despacho ya estaba así —aclara. El silencio de Zoe le hace seguir detallando la situación—. Estuve esperando frente a la puerta del edificio durante algo más de una hora. Ninguno de los que entraron a la finca salió después, así que doy por hecho que viven ahí. El que lo matara tuvo que hacerlo antes de que yo me apostase frente a la puerta del edificio. Lo único que me llamó la atención cuando entré es que la secretaria no estuviese; claro que no tengo ni puta idea de si sigue trabajando allí o no.

—Sigue trabajando —afirma Zoe, que aún no ha mutado la expresión del rostro. El que sí lo hace, ante la firmeza de su aseveración, es Marcial, de forma que la agente se siente obligada a precisar más—. Yo también he hecho los deberes.

Marcial duda un instante. No logra entender qué ha querido decirle con aquellas palabras, ni siquiera sabe si catalogarlas de reproche o de puntualización, así que prosigue:

—El caso es que, cuando entré, Matías Jairo estaba sentado en su silla y con un boquete en la frente.

—Y en vez de llamarme te pusiste a registrarlo todo —glosa Zoe.

—Alguien está borrando sus huellas —continúa Marcial, haciendo caso omiso al desplante—. Primero el Cazador, ahora el abogado... Nos estamos acercando, Zoe.

—¿Acercando? —La agente se pone en pie, apaga el televisor y recoge las fotografías de la mesa—. ¿Qué quiere decir esto? ¿Por qué estaban en el despacho de Matías Jairo?

Marcial comprende en ese instante que están comunicándose por canales diferentes. La frecuencia de emisión de Zoe tiene como objetivo Miralles, la suya va mucho más allá. Marcial no se conforma con saber quién le dio una paliza de muerte al inspector: necesita saber por qué. Y sobre todo quién.

Quién movía los hilos de Domingo Bernal.

Sin el cuadro completo intuye que no podrá ubicar a Santi; saber si Domingo

y Villanueva decían la verdad.

Es consciente de que la necesita, así que asume que primero debe darle lo que pide, solventar sus dudas. Ya habrá tiempo para convencerla de que lo acompañe hasta la cima.

—Lo tenían controlado —dice Marcial, en alusión a las imágenes de las que Zoe no es capaz de apartar la mirada—. Lo que no sabemos es por qué a él y no a nosotros.

—¿Quién te asegura que no nos controlaban a nosotros también?

Zoe arroja con abulia las instantáneas al sofá en el que está sentado Marcial, que las recoge y las amontona. El azar ha querido que quede en primer lugar la fotografía que muestra a Miralles frente a la casa de Los Molinos Marfagones.

—Quizá esa no es la pregunta correcta.

—¿Y cuál sería?

—¿Por qué tenía Matías Jairo un reportaje de Miralles?

Zoe regresa al sofá, pero esta vez lo hace al mismo que ocupa Marcial. Están cerca, tan cerca que el exinspector puede descifrar todos y cada uno de los gestos de sus facciones mientras pasa las fotografías a toda velocidad.

—Es curioso —dice al fin, cuando ha terminado de ojearlas por enésima vez.

—¿El qué?

—Todas corresponden al principio de nuestra relación, cuando..., cuando tú no...

Marcial está tentado de terminar la frase, porque sabe a qué obedece aquel titubeo; sin embargo, no puede evitar recrearse en la voz trémula que evoca tiempos pasados, tiempos mejores.

—Todas son de cuando Unai y yo nos veíamos en secreto —completa Zoe.

—¿Y?

—Por aquel entonces Sasha aún vivía.

Sus ojos grises y su cuerpo níveo aparecen bajo los párpados de Marcial, que se han cerrado automáticamente al escuchar su nombre. No tarda mucho en abrirlos y comprender adónde quiere llegar Zoe. Él, además, juega con

ventaja: guarda una foto en el 308 que corrobora ese hecho.

—Eso quiere decir que seguían a Miralles mucho antes de que nosotros empezásemos a investigar a Domingo Bernal —remata Marcial.

Guarda todas las fotografías dentro de la carpeta. Todas menos la que no ha querido mostrarle a Zoe.

Está tumbado en la cama, con Sola a su lado. Ha elegido su compañía porque no se fía de las mentiras que usan las rubias embotelladas para agasajarlo. Mira fijamente a Miralles. El rostro está distendido y manifiesta una pose neutra, dando muestras de que la compañía le es grata. La cámara desde donde fue tomada debe de ser buena, a juzgar por la nitidez del resultado. A Marcial no le cuesta reconocer la ubicación.

Tampoco la compañía.

Ha estado demasiadas veces en ese jardín y con esa persona. Lo que le sorprende es descubrir que Miralles también.

Ahora se fija en Sasha. Volver a apreciar su belleza es doloroso, incómodo, casi demoledor. Necesita unos segundos para aceptar la idea de que ella le ocultara que había seguido viendo a Miralles. Incluso se plantea la posibilidad de que ya se conocieran cuando le pagó para que se acostara con él y que el chantaje no fuese más que una gran representación teatral. Pronto desecha la idea. No porque tenga un argumento sólido para hacerlo, sino por pura higiene mental, para autoconvencerse de que no toda la especie humana está corrompida, de que aún quedan salvavidas con los que salir a flote. Concluye que después de que descubriera que todo era una treta para mantenerlo al margen durante la investigación del asesinato de Enma Novoa, Miralles debió de investigarla, incluso amenazarla. Prefiere creer que de ahí sembraron una relación de colaboración cuyos frutos debieron de ser jugosos para ambos, a tenor de la fotografía que descansa sobre las sábanas. Vista con objetividad,

fuera del filtro de inquina del que Marcial no sabe desprenderse, es una simple conversación nocturna entre dos amigos en el jardín de una casa. Por la ropa, por la ausencia de prendas de abrigo, se colige que debe de ser finales de verano o principios de otoño, poco antes de que Sasha fuese asesinada. La vivienda es la de la Vaguada, donde Sasha volvía a ser Viorica, lo que le confería al encuentro un estatus personal y no profesional. El nombre de Nahia acude nuevamente a su cabeza. Ella tiene su casa a poca distancia y quizá sepa algo. Mira el reloj: casi medianoche. Coge el teléfono y busca su número. Una voz mecanizada da credibilidad a la excusa que Marcial no quiso asumir la pasada madrugada. Al menos, es el único motivo que se le ocurre en ese momento para que tenga el móvil apagado, porque sabe que es imposible que a Nahia se le haya olvidado cargarlo. A ella no. Es demasiado meticulosa como para descuidar un detalle así. Tan solo cuando su estado de salud no la acompaña es cuando se toma el día libre.

Vuelve a dirigir los pensamientos a la fotografía. Las palabras de Zoe confirmando que todas son anteriores a la muerte de Sasha abren una puerta a la esperanza. Fuera cual fuera el motivo por el que alguien decidió darle una paliza a Miralles, era obvio que no tenía nada que ver con el hecho de que él hubiese metido las narices en el asunto de Domingo Bernal. Y, aunque poco le importa ese detalle, sabe que el matiz es de vital importancia para Zoe, y puede abrir un nuevo camino a la redención. Pero Marcial no se engaña: si quiere zurcir ese descosido tiene que ofrecerle mucho más: un nombre, un rostro, unas iniciales, algo sobre lo que verter todo el rencor acumulado, algo que role el viento de la culpabilidad y que, por ahora, sopla en su dirección.

De repente, y por una asociación de ideas de dudosa honorabilidad, el recuerdo de las palabras susurradas por la camarera del Baros acude a su cabeza: «Si quieres que te cuente lo que sé, debes ganártelo primero. Y hoy no has hecho méritos».

Marcial resuelve que ha llegado el momento de hacer esos méritos.

Cierra el portátil hastiada, domeñada por la impotencia y abatida por la convicción de que está caminando en círculos alrededor de un imposible. No encuentra una sola palabra que le dé acceso a la información que Unai tiene almacenada en el disco duro. Ha hecho un último intento con «cobarde». Ha sido un burdo y absurdo castigo, una manera de autoflagelarse impelida por las sensaciones experimentadas al observar las imágenes que Marcial ha encontrado en el despacho de Matías Jairo, y que la han hecho ser consciente de cuánto había sacrificado por obtener su beneplácito, por complacer a la persona con la que, por primera vez, había empezado a sentirse importante, valorada.

Se dirige al mueble-bar y saca una botella de *whisky* mediada. Se sirve un culo y lo liquida de un trago. Prepara un segundo asalto, pero esta vez, en lugar de embestir a su adversario nada más sonar la campana, opta por alargar la contienda. Se moja los labios, después deja que el líquido tapice el interior de su cavidad bucal antes de ingerirlo. Aunque aún perdura el calor del primer trago, sus papilas son capaces de discriminar el sabor de la cebada malteada antes de que el líquido se desplace por su tráquea con destino a un estómago sin algo sólido que digerir desde hace demasiadas horas. Regresa al sofá con el vaso en la mano. Trata de hacer memoria, pero no consigue acordarse de la última vez que beber sola le pareció una buena idea. Sin embargo, ahora mismo está convencida de que lo es, de que no hay mejor manera de enfrentarse a la derrota que asumiéndola desde todas sus perspectivas. Las fotos han sembrado la incertidumbre en Zoe, la sensación de que todo lo que había asumido como un axioma no es más que un aforismo probabilístico que se desmorona. Descubrir que alguien iba detrás de Unai mucho antes de que Marcial hubiese decidido emprender su particular cruzada contra Domingo Bernal amenaza con debilitar los argumentos que ha usado como escudo.

Y tiene miedo.

Miedo de sucumbir a los rescoldos de un pasado que no consigue aplacar por completo.

Miedo a acodarse en la barra de la rutina y dejarse embriagar por los efluvios de la derrota.

Miedo a tener miedo.

Liquida de un único trago lo que resta de *whisky* y, aunque no consigue aquietar las dudas, al menos las arrincona. No puede echarse atrás ahora. No lo va a hacer. Agarra el móvil que hay junto al ordenador de Unai y busca el número del comisario. Pulsa el botón verde sin importarle que esté a escasos diez minutos de ser alcanzada por la medianoche.

Ella aún no ha terminado de limpiarse el semen de los pechos cuando a Marcial ya le apetecería estar en cualquier otro sitio.

Pero un trato es un trato.

—¿Quieres uno? —La camarera del Baros sostiene entre sus dedos un cigarro rubio que ha extraído del paquete que hay sobre la mesita cuadrada.

—No fumo.

—Ni yo. Solo lo hago cuando tengo algo que celebrar.

Marcial no pregunta. No quiere saber qué motivos son los que convierten cuarenta minutos de sexo sucio y visceral en un evento que festejar. Se levanta del sofá y comienza a buscar su ropa. Lo primero que encuentra es lo último que se quitó: la camisa. Está junto al mueble del televisor. Se la pone y continúa paseando por el salón en busca del resto de las prendas que parecen haberse desintegrado.

—No encuentro mis pantalones ni mis calzoncillos. —Marcial se dirige a ella, que lo observa, enigmática, mientras sigue disfrutando del cigarrillo.

—A mí me gustas así.

Marcial agacha la cabeza y se escanea. No cree que un tipo de su edad, con una incipiente barriga conquistando el terreno donde antaño habitaban sus abdominales, en calcetines y con una camisa a cuadros pueda resultar nada apetecible; no obstante, no dice nada. Está a punto de reanudar su búsqueda cuando ella, que parece haber leído sus pensamientos, hace una

puntualización:

—Bueno, estarías mucho mejor sin los calcetines. —La chica rubia sube los pies descalzos al sofá y abraza sus rodillas con la mano libre—. ¿Nunca te han dicho que es muy poco sexi follar con ellos puestos?

—No me ha parecido que te molestara mientras te comía el coño.

La chica le muestra una sonrisa pueril al tiempo que se pone en pie y se acerca hasta él. Después de firmar unilateralmente la tregua con un beso en la mejilla, se dirige al exinspector:

—Mira en la cocina.

Marcial se encamina hacia allí y ni siquiera necesita entrar para divisar los pantalones de corte chino y los zapatos negros de estilo clásico con los que se atavió a primera hora de la mañana. La ropa interior aparece sobre la mesa, junto a un bol repleto de plátanos que maduran de aburrimiento. Una vez vestido, regresa al salón donde la chica del Baros ha terminado el cigarrillo. No se ha molestado en cubrir su desnudez. Marcial la observa de hito en hito, calibrando la balanza de los pros y los contras. Ganan claramente los últimos. El desequilibrio es tal que amenaza con lanzar por los aires a los primeros.

Pero no es tiempo de peros.

Es tiempo de recabar información, y si el precio a pagar es no pagar por el sexo, ofrecer su cuerpo a coste cero, está dispuesto a hacerlo.

Solo es eso.

Solo es sexo.

Por un momento se pone en la piel de Sasha.

Y en la de Nahia.

Y en la de tantas otras a las que ni siquiera les preguntó el nombre de batalla. Ha vendido su cuerpo por dos orgasmos y una supuesta información que no sabe si le servirá de algo. La transacción se selló en el Baros, tras consultarlo con un par de rubias embotelladas de su total confianza. Les prometió no reprochárselo.

Y lo cumplirá.

No porque sea un hombre de palabra, que no lo es, sino porque no se siente sucio por ello. Un trato es un trato, se repite. No siente que haya roto su promesa de interponer un reguero de billetes entre él y el cuerpo desnudo de una mujer. Esta vez la barrera pecuniaria la sustituye otra en especies, algo menos sólida, pero igualmente efectiva. Si la recompensa es buena, no dudaría en volver a hacerlo. No cuestiona que vaya a serlo. La chica lo conoce lo suficiente como para saber que no es recomendable engañarlo.

Mucho menos cabrearlo.

Son las palabras de ella las que lo sacan de la disertación:

—¿Cómo me llamo?

A Marcial la pregunta lo coge con la cabeza en otro lugar.

—Ni puta idea.

Ella sonríe. No parece ofendida.

—P asame las bragas. —La chica señala a alg un lugar del suelo entre la espalda de Marcial y la pared.

—¿No me lo vas a decir? —Marcial le entrega la prenda.

—No. Si de verdad te interesa no te resultará difícil averiguarlo.

La camarera del Baros est  colocándose el sostén con cierta dificultad. Cuando consigue aprisionar sus voluptuosos atributos regresa al sofá y se surte con un nuevo cigarrillo.

—¿Algo más que celebrar?

—Dos orgasmos, dos cigarros.

Marcial se sienta a su lado y le sostiene la mirada. Valora la posibilidad de apremiarla, pero finalmente decide que sea ella la que administre el tiempo. Un par de caladas después, la chica comienza a dar sentido a la estancia del exinspector en aquel piso de la calle Cartagena de Indias:

—Volv  a verlo hace unos meses.

—¿Al Cazador?

—Al hombre del retrato robot, al de los ojos hundidos y los pómulos marcados.

—¿Cuántos?

—¿Cuántos qué?

—¿Cuántos meses hace?

—No lo sé con exactitud. Pongamos tres, como mucho cuatro. Era verano —precisa—. Seguramente un viernes o un sábado, cuando la mayoría de la gente suele ir de fiesta a La Manga, ya sabes. Como había poca clientela, decidí salir a fumar.

—Y lo viste.

—En realidad no. Había olvidado el paquete de tabaco en el coche y fui a buscarlo. Lo tenía a un par de calles del Baros. Cuando llegué, vi a un hombre hablando por el móvil. Era un tipo de unos sesenta y pocos, quizá cincuenta y muchos mal llevados. Tenía los ojos oscuros y saltones, muy separados... Así.

—La chica forma dos círculos con los dedos índice y pulgar de cada mano y los lleva hasta su rostro para hacer una descripción gráfica que, a estas alturas, es totalmente prescindible para Marcial—. También llevaba perilla... Ah, y era calvo.

—¿Por qué piensas que ese tipo puede interesarme?

—Muy fácil: minutos después llegó el hombre del retrato robot y se pusieron a discutir como dos energúmenos.

Marcial no necesita más. Sabe quién es ese tipo de ojos saltones y desconcertantemente separados. También sabe qué tiene en común con Francisco Casanova y con Domingo Bernal. Se pone en pie y, con un discreto gesto, le agradece a la camarera rubia el orgasmo y la información. Después, abandona la casa.

Por suerte, la construcción no dispone de garaje. Desconoce si Zoe tiene alquilada alguna plaza de las numerosas que se ofertan —a precio de oro— en los carteles que tapizan las farolas y las paredes próximas. El caso es que la ve aparecer andando mucho antes de que llegue a la puerta del edificio. Marcial abandona el 308 y sale a su encuentro. Se cruzan cuando Zoe está a punto de alcanzar su destino. La coleta danzando al compás de sus pasos delata de dónde viene.

—¿Marcial? —A pesar de la sorpresa, la agente continúa con su maniobra para sacar las llaves del bolso—. ¿Cómo sabías que no estaría durmiendo a estas horas?

Marcial consulta el reloj: las 6:28 de la mañana.

—Imaginaba que no habrías resistido la tentación de visitar a Matías Jairo.

Zoe no dice nada que confirme o desmienta las palabras del exinspector. Sí hace, en cambio, un ademán para invitarlo a entrar. Ambos se dejan engullir por la mole de doce plantas, aunque no van más allá del vestíbulo.

—Espero que sea importante. Estoy muerta. Necesito una ducha y dejarme caer en la cama un par de horas. Sobre las diez he de reunirme con los de la científica.

—Lo es.

Zoe asiente en silencio y se dirige hacia uno de los ascensores. Marcial la sigue como un perro faldero, sin poder evitar constatar cómo han cambiado las tornas. No cruzan ni una palabra hasta que ambos están en el salón, él ocupando el mismo sofá en el que unas horas atrás le confirmaba que el abogado había sido asesinado, y ella de pie, sin quitarle el ojo de encima. Es

Zoe la que inicia la conversación:

—¿Te importa si me ducho primero? No soporto el hedor a muerte en la ropa.

Marcial eleva los hombros y los deja caer. Ella lo interpreta como un «Lo que tú prefieras» y, sin apostillar nada más, desaparece por un largo pasillo flanqueado por dos puertas a cada lado. La ve entrar en la segunda de la derecha para, un rato después, reaparecer y perderse en la que hay justo enfrente. Pasados unos minutos, el soniquete del agua impactando contra la loza le ratifica que este segundo habitáculo se corresponde con el baño. Marcial se incorpora y comienza a deambular por el salón como si estuviese en la sala de espera de un hospital. Va y viene sin apenas alejarse del punto de partida. Decide buscar un sentido a lo que la camarera del Baros le ha confiado hace unas horas, pero pronto se da por vencido. Por eso ha acudido hasta allí. Necesita que Zoe le confirme que no se está volviendo loco, que no vive anclado en un caso que, tiene que reconocerlo, trastocó su forma de entender la vida.

Y la muerte.

Antes de que otros lúgubres pensamientos tomen posesión de su cerebro, oye que a su espalda se abre una puerta. Su imaginación dibuja a Zoe con una toalla circundando su cuerpo desde el torso hasta el pubis, mientras con otra, algo más pequeña, va secando su cabello al tiempo que se aproxima hasta él. Sin embargo, cuando se da la vuelta para hacer frente a la realidad, lo que ve es a su antigua compañera enfundada en un pijama de franela de dos piezas. El cabello ni siquiera ha entrado en contacto con el agua.

Zoe avanza hasta la zona donde Marcial aún permanece de pie. Cuando están uno junto al otro, es la anfitriona la que vuelve a iniciar la conversación:

—¿Quieres tomar algo?

—No.

—Está bien. —Zoe se sienta en el sofá. Marcial la imita—. El que mató a Matías Jairo no se molestó ni en recoger el casquillo. Tampoco parece que falte nada, más allá de lo que te llevaste tú —precisa—. Cuando los de la

científica terminen su trabajo y me hagan partícipe de sus hallazgos, visitaré a la secretaria: necesito conocer su agenda en la tarde de ayer.

—¿Te ha dado el caso? —Marcial no lo mienta, pero ambos saben que hablan de Lasaosa.

—Se lo exigí —dice, ufana—. Él es el primer interesado en que sea yo quien aclare la muerte del abogado. Cualquiera otro podría levantar la liebre. Pero imagino que si has estado esperándome hasta esta hora es porque lo que tú traes es mucho más importante.

Marcial acomoda la postura antes de proceder.

—Tengo un testigo que afirma haber visto al Cazador reunirse con Eduardo Reyes hace unos tres meses o así —suelta, sucinto.

Los ojos de Zoe se desorbitan. Tiene que hacer un violento movimiento de testa, una negación a la velocidad de la luz, para sacudirse los recuerdos, para sacar de su cabeza la primera vez que fue cómplice de alimentar a la alimaña que habita en Marcial.

Fue en 2013. Diciembre agonizaba. Ella apenas se atrevía a mirar a Marcial a la cara por aquel entonces. La búsqueda del asesino de café era lo único que tenían en común. Hasta aquel día. Hasta que su forma de proceder la convirtió en algo más que en una simple compañera para Marcial.

Eduardo Reyes era, en aquella época, un homicida confeso que disfrutaba de un permiso penitenciario el día en el que Enma Novoa fue asesinada. Que Matías Jairo, amante confeso de la mujer de Villanueva, fuese el abogado que lo había tramitado los puso tras su pista. Lo condujeron a un lugar apartado, fuera de miradas indiscretas, y allí fue donde ella, después de comprobar que las respuestas de Reyes habían hecho emerger la mirada demoníaca de la que tanto había oído hablar, tomó la decisión de ser cómplice. Cómplice de una manera de actuar que poco tenía que ver con lo que enseñaban en la Academia; cómplice de una persona que cuando se fijaba un objetivo no cejaba en el empeño hasta conseguirlo; cómplice de la sangre que Reyes derramó aquella noche.

—¿Qué tiene que ver él con todo esto? Creo que quedó bastante claro que lo suyo solo fue fruto de la casualidad.

—Las casualidades no existen, Zoe. Si dos asesinos como Eduardo Reyes y Francisco Casanova se conocen y tienen como nexos a Matías Jairo es que dejamos pasar algo. No sé el qué, pero seguro que, a poco que escarbemos, aparecerá el nombre de Domingo Bernal para hacer que todo encaje.

—¿Insinúas que Eduardo Reyes puede estar detrás de la muerte del abogado?

—Yo solo digo que Domingo Bernal, Francisco Casanova y Matías Jairo están muertos y que Eduardo Reyes sigue vivo.

—Comprobaré si está disfrutando de algún permiso en este momento. Si es así...

—Está con el tercer grado —interviene Marcial—. Se lo concedieron a finales del año pasado.

Zoe lo observa con detenimiento. Sabe de su meticulosidad, pero no puede evitar extrañarse de que haya seguido la pista de Eduardo Reyes después de haber desechado su implicación en la muerte de Enma Novoa. Prefiere no averiguar qué motivos lo han llevado a interesarse por su vida carcelaria, así que se limita a decirle lo que quiere oír:

—En ese caso lo interrogaré.

—Si prefieres que lo haga yo...

La imagen de la bota de Reyes estrellándose en el rostro de Marcial la asalta en ese momento. Deduce que Marcial quiere saldar viejas deudas. Incluso llega a convencerse de que ese puede ser el motivo por el que está al tanto de la vida del presidiario.

Por venganza.

Trata de expulsar esa idea de su cabeza, pero el recuerdo del chantaje a Unai lo hace imposible. Responde en consecuencia:

—No. Lo haré yo.

Zoe se levanta y Marcial entiende que está dando por finalizada la conversación, así que la secunda. Ambos se dirigen hacia la salida en silencio,

pero justo antes de que la agente abra la puerta, Marcial le hace una última petición:

—Necesito saber a quién pertenece esta matrícula. —Saca de la cartera el trozo de papel donde apuntó los datos del coche del testigo de Jehová y se lo entrega a Zoe, que lo mira con recelo—. Es un asunto personal —precisa.

Está a punto de negarse, no porque no quiera echarle una mano, al fin y al cabo están juntos en el asunto de Unai, sino porque sabe la connotación que la palabra «personal» tiene en el lenguaje de Marcial y teme volver a ser su cómplice. Aun así, coloca el papel en el recibidor, junto a las llaves de casa, y se despide con un «Veré lo que puedo hacer».

Sola no entiende de noches en vela ni de *vendettas*, por eso apenas le ha dado tiempo a traspasar el umbral de la puerta cuando la galga ha comenzado a demandar su paseo mañanero a base de saltos y danzas varias.

Marcial se sienta en el escalón que hay junto a la entrada y trata de tranquilizarla acariciando su enjuto cráneo. Una vez más, de forma irremisible, termina surcando con el dedo la cicatriz de su cuello donde el pelo se niega a ocultar el logotipo de la iniquidad humana. Sola se coloca frente a él y proyecta sus pupilas color avellana en la opacidad de las de Marcial, como si quisiera atravesarlas y adentrarse en su interior, leer sus pensamientos. De repente, una sensación de desnudez lo invade. Por primera vez en su vida siente pudor de que alguien lo vea tal como es, así que aparta la mirada y se incorpora para colocarle el arnés.

Durante los tres cuartos de hora que dura el paseo, es incapaz de desprenderse de la sensación de que Sola ha sido la primera en ver más allá de sus ojos, en localizar la guarida de su demonio interior.

Y a pesar de todo sigue ahí, a su lado.

Lo de dormir se ha convertido en poco más que una quimera. Ni la imagen del abogado ni las fotografías de Unai han desaparecido de su mente al cerrar los

ojos. En cambio, no ha dedicado ni un segundo de desvelo al rostro rapaz de Eduardo Reyes. En el fondo desea que la confidente de Marcial se equivoque. O que lo haya engañado.

Allá ella.

La simple idea de regresar al pasado la aterra. Teme introducirse en un bucle que lo arremoline todo, que impida que su vida avance en línea recta.

La línea recta siempre es el mejor camino, también el más difícil de encontrar.

Después de media hora de infructuosos intentos por reconciliarse con Morfeo, ha optado por levantarse y doparse con varias tazas de café. En los posos vuelve a ver los ojos azules y el cabello rubio de Unai. También vuelven los alaridos que desgarraron su garganta la última noche. Y las palabras de Marcial cuando lo sorprendió espiándola en el cementerio. Quizá lleve razón. Quizá ella también sea un cabo suelto. Por primera vez se plantea que su vida puede estar en peligro. Le resulta insólito, pero no tiene miedo. Quien no tiene nada que perder nada tiene que temer, concluye. Y ella hace mucho tiempo que lo perdió todo. La inocencia, la fe en la justicia divina, el futuro, las ganas de seguir hacia delante sin mirar atrás. Recoge la taza y la deja en el fregadero. Una vez en la habitación, comienza a vestirse sin dejar de mirar la H&K, que reposa sobre la mesita de noche. Intuye que pronto tendrá que usarla.

Y no siente miedo.

Al contrario: sueña con incrustar una bala en la frente del que acabó con Unai.

Salvador Torán, en un gesto que lo honra, le ha ofrecido el suyo, pero ella no se encuentra con las fuerzas suficientes para afrontar su primer caso en solitario (al menos el primero que toma en serio) entre esas cuatro paredes.

No es que la alternativa sea mucho mejor, simplemente es que no hay otra.

Hace acopio de todos los documentos que necesita y recorre el pasillo de mesas hasta enfrentarse a la puerta tras la que tantas veces esperó la venia de Marcial. Usa la llave que le ha dado el comisario. La nueva. La que abre la cerradura que pusieron cuando la excedencia temporal comenzó a tener visos de indefinida. Fue lo único que tocaron. Ni siquiera se molestaron en apartar los informes que Marcial estaba consultando la última vez que estuvo allí. No puede evitar sentirse una impostora, una usurpadora. Nota los ojos inquisidores del exinspector clavados en su nuca y se ve impelida a emitir una disculpa sonora, una justificación verbalizada en una estancia henchida de él. Hasta el más mínimo objeto desprende esa fragancia tan característica que ella ha inhalado durante tanto tiempo. Apenas ha apilado los papeles que hay esparcidos por la mesa cuando unos nudillos golpean la puerta.

—Adelante —dice al tiempo que se coloca junto a una silla que sabe que no le pertenece; que nunca pertenecerá a nadie que no sea Marcial.

El que entra y se sienta frente a Zoe es Mario Brey, el inspector de la Policía Científica que han enviado desde Murcia para supervisar el escenario del crimen de Matías Jairo. Se trata de un veterano de sesenta y tres años que no ha sabido echarse a un lado a tiempo. Un gallego ahíto, cansado de la monotonía, con falta de tacto y poco dado a dar explicaciones. Las malas lenguas que frecuentan los mentideros de la comisaría de Murcia insinúan que

lo colocaron al mando de su grupo por ser bastante maleable, por no poner en entredicho nunca a un superior y porque no dudaría ni un segundo en arrojar a los leones a un currante para salvar el culo de un oficial. Tiene una barba entrecana y una peculiar pronunciación de la «s» que lo convierten en un personaje característico.

—¡Buenos días, inspector! —Zoe le ofrece la mano, pero en ese momento Mario Brey está hurgando entre los papeles de su maletín y no le corresponde, así que la agente decide sentarse sin más—. Usted dirá.

—*Verash*, joven. Hay poco que decir. —Mario Brey coloca los papeles que ha sacado del maletín sobre la mesa—. *Tenemosh* un montón de *huellash* para analizar y poco *másh*.

Zoe asiente. Se queda con ganas de decirle que se dirija a ella como agente Ochoa, no como joven, pero no tiene intención de alargar una conversación que intuye no va a aportarle ninguna información trascendental para averiguar quién mató al abogado.

—El *cashquillo esh* de una nueve *milímetrosh*. El proyectil *eshtá* alojado en la cabeza de la víctima, de forma que no resultará complejo averiguar qué arma lo *dishparó*. —El inspector empuja los folios que hay sobre la mesa hasta acercarlos a Zoe—. Aquí *eshtá* todo. Cuando *tengamosh* los *resultadosh*, llamaré al comisario para informarlo. —Pronuncia la última frase al tiempo que se coloca en pie para anticipar su despedida.

—Mejor pregunte por la agente Ochoa: soy la encargada de la investigación. La sonrisa grotesca que se abre paso entre la maraña de vello facial es todo lo que Mario Brey da por respuesta antes de salir del despacho.

Lleva siguiéndola desde que dejó a los gemelos en Franciscanos. Aún hoy, le sorprende que Santi y Marga optaran por un colegio de curas.

Se ha mantenido a una distancia prudencial, aunque está seguro de que ella no imagina ni por un momento que alguien pueda estar vigilándola. Es dueña de un caminar alegre y hace gala de una ausencia de preocupaciones que a

Marcial se le antoja inapropiada, indecente. Dos años y nueve meses son, para él, a todas luces, un duelo insuficiente. Insultante.

Una afrenta a la lealtad.

En ese instante está frente al escaparate de una tienda de lencería en la calle San Fernando. Marcial está a unas decenas de metros, al amparo de la marea humana de turistas que pasean por el casco histórico de la ciudad. Aunque da la sensación de que se trata de un simple paseo, prefiere comprobarlo con sus propios ojos. Aún le duele verla aparcar a los gemelos en casa, junto al recuerdo de Santi, para salir con el hombre trajeado.

Aún no ha borrado la prueba de la deslealtad de a su memoria.

No es capaz de precisar cuándo Marga le ha cerrado la puerta a su pasado para abrirla a su futuro a costa de su presente. Aunque sabe que eso ya da lo mismo, que no hay vuelta atrás. Por eso ahora le interesa mucho más saber quién es él, qué busca de ella, qué piensa de los gemelos; pero hasta que Zoe no le proporcione información de la matrícula, la única forma que tiene de llegar hasta él es a la vieja usanza.

Marga da media vuelta y comienza a desandar sus pasos, lo que obliga a Marcial a buscar refugio en el quiosco que preside la plaza Juan XXIII para evitar que lo descubra. Ella encara Santa Florentina sin dar síntomas de haberlo visto; Marcial incrementa la distancia de seguridad, por si acaso. La ve adelantar con presteza a los viandantes que, como ella, caminan en dirección a la calle del Carmen. Cuando Marcial alcanza la famosa fuente del Icue es cuando vuelve a sentir esa punzada de dolor lacerante en el estómago. Esta vez, el testigo de Jehová lleva un abrigo azul marino de amplias solapas cubriendo el traje. Está fundido con Marga en un abrazo que Marcial intuye que ha ido precedido de un beso apasionado. Necesita agachar la cabeza, mirar al suelo. No puede, a pesar de las inspiraciones profundas, evitar que las manos se conviertan en puños. El sabor agrio ha colonizado hasta el último rincón de su paladar y las pulsaciones se han desbocado cuando la voz de Lülu y Kutxi Romero entonando *Tú sin braguitas y yo sin calzones* aborta lo que

hasta hace un instante le parecía inevitable. La pantalla refleja el nombre de Lasaosa. Marcial descuelga.

—Comisario —dice en un tono ambiguo que transita entre la pregunta y la afirmación.

—El mismo. Ya está: mañana a primera hora podrá visitar a Villanueva.

—De acuerdo.

—Una cosa, Lis..., Marcial. —El comisario hace una pausa que no es interrumpida—. No mencione que he sido yo quien le ha conseguido el vis a vis.

—Descuide.

Marcial cuelga sin esperar despedida alguna de Lasaosa. Guarda el móvil en el bolsillo delantero del pantalón y alza la vista en busca de Marga y su novio, porque ya no queda duda de que lo es.

No hay rastro de ellos.

Sabe que no le sería difícil volver a encontrarlos, pero prefiere darse media vuelta. No quiere tentar la suerte. No quiere plantarse frente al testigo de Jehová sin saber antes quién es, cómo se llama, a qué se dedica y cuánto hay de verdad en sus besos.

Abre la puerta sin llamar. Previamente, por la oquedad que quedaba, se ha asegurado de que Zoe estuviese sola. Entra y da un pequeño portazo para llamar su atención. La agente no puede evitar sobresaltarse.

—¡Joder, Fornet! Casi me da un infarto.

—Y eso que aún no sabes lo que he venido a contarte —dice el agente mientras toma asiento—. Por cierto, te sienta bien tu nuevo trono.

Zoe sonríe. Hay algo en él que saca lo mejor de ella. Es la típica persona que siempre viste una sonrisa, que no le busca cinco pies al gato y al que la tostada nunca le cae por el lado de la mantequilla. Uno de los que ven el vaso medio lleno, uno para los que el infortunio solo es el hermano rebelde del karma.

—Es circunstancial. Tenía que reunirme con el inspector Brey y el comisario

ha preferido que lo hiciéramos en un lugar privado. No me apetecía hacerlo en el del subinspector Torán y no quedaba más opción que hacerlo aquí.

—Joder, Bella, al final le has robado el castillo a la Bestia.

—Vete a la mierda, Fonet. Anda, salgamos de aquí: necesito aire fresco.

—Será mejor que no. —Fonet vuelve la vista atrás para asegurarse de que la puerta ha quedado cerrada. Cuando lo confirma, continúa hablando—: A Charly le quitaron la sedación hace un par de días. Imagino que con el jaleo que has tenido últimamente se te ha pasado llamar al hospital...

Pronuncia la frase con un deje de acritud que no es propio de él, pero que Zoe asume, ya que fue a través de él y de Rubio como dio con el paradero del heroinómano.

—Yo... —trata de excusarse.

—Da igual, Zoe. El caso es que Rubio y yo fuimos a hacerle una visita... Ya sabes: hay que cuidar a los confites. —Fonet torna el gesto serio y le mantiene la mirada durante unos segundos—. Nos mentiste. Tu visita a Charly no tenía nada que ver con la mujer que apareció muerta en Los Barreros.

La agente cierra los ojos y suspira. No le queda otra que asumir su derrota. No puede decirle que eran los pasos del Cazador los que iba siguiendo, mucho menos ahora que su cuerpo se encuentra en el depósito de cadáveres. Opta por permanecer en silencio hasta que Fonet retoma la palabra.

—¿Para qué querías saber quién era el Pílonga? —Antes de darle tiempo a responder prosigue—. ¿Tiene algo que ver con la muerte del inspector Miralles?

Zoe, ahora sí, levanta la vista y busca los ojos de su amigo. La entonación de la pregunta lleva impresa una condescendencia que en boca de otros resulta molesta, impostada, pero en la suya desprende un embriagador aroma a amistad, a pide lo que necesites, a aquí tienes mi hombro. Está a punto de contestar, de empuñar una disculpa por no haber ido de frente con ellos, sin embargo, Fonet vuelve a dejarla sin opción a réplica:

—Charly nos dijo que te contó lo de la muerte del Pílonga a manos del Nene,

a finales de los noventa. —Zoe continúa impasible, como si fuese una niña escuchando los argumentos que su progenitor esgrime para reprenderla—. Si necesitabas información solo tenías que pedirla: ya sabes que somos buenos en eso.

Es obvio que tiene razón. De hecho, él y Rubio son el muro de carga del departamento de Homicidios, a los que acudir cuando las tareas se desbordan, cuando hay interrogatorios pendientes. Son los que más acostumbrados están a escarbar entre la miseria humana para encontrar algo de humanidad, los que llevan años tejiendo una red de confidentes que atrapa toda la información que se cuele por los sumideros de la sociedad cartagenera, los que saben qué se esconde bajo la alfombra. Lo que no intuye Fonet es que la necesidad de venganza de Zoe no entiende de protocolos policiales ni de derechos de los detenidos, que el hecho de que Marcial hubiese secuestrado al Cazador lo condicionó todo, que la implicación del comisario lo hizo más complejo aún. Ha mamado demasiado tiempo de los pezones del odio y conoce bien las consecuencias como para implicar a terceras personas. Solo Marcial es capaz de digerir tanto veneno. Ni siquiera Lasaosa ha podido eludir las consecuencias, al menos no su estómago.

—Es un asunto personal —resuelve, sabiendo que eso no será suficiente para Fonet.

—Por eso mismo, Zoe. ¿Para qué cojones están los amigos si no es para darles por culo con los asuntos personales?

La agente vuelve a sonreír. Por primera vez en muchos meses siente ganas de abrazar a alguien, de irse de cañas, de volver a ser la que era. El efecto de las palabras de Fonet es fugaz y enseguida vuelve a poseerla la sed de venganza.

—En fin, que después de hablar con Charly...

—¿Cómo está? —lo interrumpe Zoe, que siente un leve remordimiento por no haber formulado la pregunta un poco antes.

—Bien. Es probable que mañana le den el alta. A lo que iba. Después de que nos largara toda la historia aquella del Pilonga y del Nene decidimos...,

bueno, en realidad la mayoría del curro lo ha hecho Rubio, pero eso ahora no es lo importante. Como te decía, nos metimos en faena para ver si podíamos sacar algo en claro de todo esto.

—¿Y?

—No sé si te servirá o no, pero hasta donde hemos podido saber nosotros, en aquella época el Nene era un confite nuestro.

No lleva ni dos minutos en la cama cuando Sola da un brinco y se coloca a su lado. Lo hace después de repetir su ritual: da un par de vueltas sobre sí misma para acabar hecha un ocho, con la cabeza descansando sobre sus patas traseras. Marcial, que aún permanece apoyado sobre el cabecero y con el teléfono móvil en la mano, la acaricia para darle las buenas noches.

No siempre fue así. No siempre ocupó el lado izquierdo de esa cama. Hubo un tiempo en el que su sitio estaba en un pequeño almohadón ubicado junto a la mesita de noche. Y seguramente habría continuado en ese mismo lugar si el asesino del café no hubiese estado a punto de acabar con su vida.

Aquel fue el punto de inflexión.

Aquel día, por primera vez, tuvo miedo de que el único ser que lo había amado incondicionalmente, el único que nunca blandió un pero, desapareciese de su vida y convirtiese su existencia en un errabundo vagar. Fue tal el sufrimiento que durante su convalecencia se prometió no apartarse de ella nunca más, salvo lo imprescindible. Aquel 26 de diciembre de 2013 fue la primera vez que compartieron colchón, la primera vez que alguien que usurpaba un trozo de su cama era digno de ello.

Marcial lleva la mirada a la cicatriz de su cuello como si quisiera constatar que nada ha sido fruto de su imaginación, que aquella zona donde el pelo se niega a crecer existe más allá de su cabeza. Deja el móvil sobre la mesita y se acuesta de lado para poder abrazarla. Ella se estira y acomoda el cuerpo para facilitar la maniobra.

Lealtad.

Una palabra que inexorablemente acude a su mente cuando Sola está a su

lado, un vocablo que representa una cualidad humana casi extinta, al menos en términos absolutos, sin condición ni rédito mediante.

Son los ronquidos de la galga los que lo sacan del dulce duermevela en el que está sumido. De repente, vuelven a adueñarse de sus pensamientos los mensajes que ha intercambiado con Zoe antes de que Sola acaparase toda su atención. Al parecer, la secretaria de Matías Jairo no había acudido a su puesto de trabajo por expresa petición de su jefe, algo que abre la posibilidad de que él supiese que quien iba a visitarlo necesitaba preservar su anonimato. Era muy probable que se tratase de alguien de la organización y que, premeditadamente o no, había decidido poner fin a la vida del abogado. Marcial está convencido de que la primera opción es la más probable. Alguien se está poniendo nervioso y parece dispuesto a acabar con todos los cabos sueltos.

No deben quedar muchos.

Zoe es uno, se recuerda.

El nombre de Eduardo Reyes vuelve a materializarse ante él. ¿Víctima o verdugo? De una forma u otra empieza a ser prioritario dar con su paradero. Y solo se le ocurre una manera de hacerlo. Pero antes necesita resolver algo más importante.

El día ha amanecido plomizo. Una panza de burra ha cubierto el cielo de Cartagena desde primera hora de la mañana expandiendo su color metálico hasta donde alcanza la vista. Marcial y Sola apenas han podido disfrutar del paseo matutino por culpa de una porfiada llovizna que no ha desistido en su empeño de convertirse en tormenta.

El trayecto a la cárcel de Alicante tampoco ha sido placentero. Los limpiaparabrisas del 308, por momentos no daban abasto para evacuar el agua y lo han obligado a reducir la velocidad de forma ostensible. Pero lo que de verdad preocupa a Marcial es cómo va a recibirlo Villanueva después de más de un año de su última visita, después de haber dejado en los huesos una

amistad con más de dos décadas de fraguado cultivo.

Es la tercera vez que está en esa habitación donde, amén de una triste bancada para sentarse, no hay más que un par de máquinas expendedoras para saciar sed y hambre a costa de la salud. Aunque le moleste reconocerlo, está nervioso. Villanueva es de las pocas personas que han conseguido impresionarlo a lo largo de su dilatada carrera profesional dentro del cuerpo. Lo acogió cuando no era más que un bisoño con la mochila repleta de sueños absurdos y de idealizadas promesas. Le enseñó cuanto sabe. El policía que es, con independencia de que en este instante carezca de una placa que lo acredite, se lo debe a Villanueva, a su intachable concepto de la solidaridad y a su afán de hacerle digno del uniforme que vestía a diario. Sin embargo, aquel ejemplarizante concepto ha ido diluyéndose con el paso de los meses, en especial desde la última vez que el ex inspector jefe pisó su despacho. Con aquella confesión que lo había condenado a prisión preventiva se cayó mucho más que un mito para Marcial. Desde entonces, con cada nueva visita, con cada nuevo encuentro, esa reputación que tanto había idolatrado ha ido desdibujándose entre la multitud de certezas que ensombrecen las escasas dudas.

La puerta se abre de repente.

—Por aquí. —Un funcionario señala, en un gesto absurdo e innecesario, la salida.

Marcial no dice nada. Lo adelanta y sigue el único camino posible. Cuando alcanza la primera puerta, se detiene y vuelve a esperar instrucciones.

—La siguiente —escucha Marcial—. Tiene diez minutos. Ni uno más. ¿Entendido?

Marcial lo mira a los ojos. Las mismas palabras con otra entonación habrían resultado ofensivas, pero el gesto delata que son puro protocolo, uno más de los innumerables que aquel hombre ha de repetir a diario, así que decide entrar sin más. La puerta se cierra incluso antes de que él vea a Villanueva sentado en una de las dos sillas que hay enfrentadas a una pequeña mesa y que

son todo el mobiliario de aquella estancia.

—¡Buenos días, Lisón!

—¡Buenos días, jefe!

Un par de años han bastado para que ambos vocativos hayan quedado desfasados: ni él es Lisón ni Villanueva su jefe. Sin embargo, los dos expolicías parecen sentirse más cómodos disfrazando el presente con ropajes de otra época.

—¿A qué debo el honor? —pregunta Villanueva sin molestarse en ocultar la capciosidad de sus palabras.

Marcial no responde enseguida. Prefiere invertir unos segundos en analizar a su mentor. Los ojos marrones parecen haber recuperado el fulgor de antaño, las bolsas sobre las que se erigían han desaparecido por completo y el cabello sigue manteniendo el color negro del tinte que Villanueva lleva años usando. Incluso parece haberse desprendido de la carga que lastraba sus hombros en los anteriores encuentros y que apocaba sus 175 centímetros. Es un hecho que el ex inspector jefe está, después de veintitrés meses, totalmente adaptado a la vida carcelaria. Ni siquiera la proximidad de su sexagésimo cumpleaños parece hacer mella en su vitalidad.

Tampoco en su carisma.

Casi sin pretenderlo, sigue poseyendo un aura que lo envuelve todo a su alrededor y que relega a un segundo plano a quienquiera que comparta estancia con él.

Marcial no es una excepción.

—Me gustaría hacerle unas preguntas.

—Ya no eres policía.

Marcial es consciente de que el hecho de estar recluido no le impide a Villanueva saber qué ocurre en el exterior casi a tiempo real. Ya se lo demostró en su primer vis a vis (no hizo falta explicarle quién era Sasha ni qué relación tenían), así que no se deja impresionar porque esté al tanto de su excedencia, aunque lo cierto es que su estrecha relación con Miralles daba una

explicación plausible que ahora, tras su muerte, queda huérfana de respuesta. El ex inspector jefe parece leer sus dudas y se apresura a solventarlas:

—De vez en cuando hablo con Rodrigo.

Villanueva se pone en pie y comienza a caminar por la sala. Se trata de un automatismo que Marcial ha presenciado desde su ingreso en Homicidios; no en vano es una de las señas de identidad de Villanueva. Pasea cuando piensa, cuando está echando una bronca, cuando pretende arredrar a un detenido. No por conocido ni por esperado Marcial deja de sentir la misma incomodidad que cuando era su discípulo y se enfrentaba a una de sus famosas reprimendas.

—Le costó hacerlo —continúa el ex inspector jefe—, pero mi hijo al fin me ha perdonado. No me visita tanto como querría, pero confío en que con el paso del tiempo seamos capaces de normalizar nuestra relación.

—Me alegro —miente Marcial, al que no le importa lo más mínimo si padre e hijo han retomado la relación paternofilial.

Un silencio se abre paso entre ambos y, como siempre, Villanueva lo destierra:

—Siéntate, Lisón.

Marcial obedece. No sabe por qué, pero lo hace.

—Supongo que vienes a hablarme de las muertes de Casanova y Jairo.

Marcial no se deja impresionar. Dos asesinatos en menos de cuatro días en una ciudad pequeña como Cartagena son difíciles de ocultar incluso para un recluso.

—¿Conocía a Francisco Casanova?

—Estuvimos mucho tiempo investigando a Domingo Bernal, ya lo sabes. — Por un momento, el ex inspector jefe parece meditar si seguir explicando cómo llegó a conocer de la existencia de Casanova. Traga saliva y cambia la entonación a una mucho más cercana, casi paternalista—. ¿Estás seguro de que quieres saber cómo descubrí que trabajaba para Domingo?

—No trabajaba para él —acota Marcial—. Y sí, quiero saber cómo lo descubrió.

—¿Y para quién trabajaba, según tú?

—Aún no lo sé, pero Domingo no era más que un mindundi, un títere, una marioneta en manos de alguien. Por eso, cuando estaba a punto de irse de la boca, lo mató...

Las dudas asaltan a Marcial en ese momento. No quiere decir más de la cuenta.

—Lo mató Casanova, ¿no es así, Lisón?

Marcial sopesa por un instante negar la evidencia, ajustarse a la versión oficial, pero sabe que si Villanueva ha pronunciado su nombre es porque conoce la respuesta. El ex inspector jefe no es un hombre de faroles. Al final asiente y dibuja una pregunta en su rostro.

—Ya te he dicho que lo conocía. De lo que no estoy tan seguro es de que quieras saber por qué.

—Quiero.

—Está bien.

Villanueva retoma el deambular que había abandonado. Pasea por los doce metros cuadrados de la sala con un aparente rumbo errático mientras escoge las palabras. Se sabe el centro de atención, pero no le importa; al contrario, se siente cómodo.

Tras unos minutos de silencio consensuado, regresa a la silla y se sienta frente a su pupilo. No puede evitar que la máquina del tiempo lo lleve hasta 1995. Los rasgos de la persona que en ese momento lo mira con expectación han cambiado mucho. Sus ojos negros, vívidos, ávidos de experiencias parecen haber espesado su mirada tornándola impenetrable; su rostro apacible es ahora críptico, imperturbable, y su pose de antaño, solícita, es ahora defensiva, la de un guerrero impávido.

—Fue a finales de 2011, cuando el inspector Salmerón me pidió el favor de que investigara de forma extraoficial a Domingo Bernal. —Marcial ya conoce esa parte de la historia, también intuye lo que va a continuación; no obstante, prefiere dejar que siga con su preámbulo—. Como ya sabes, le pedí a

Santibáñez que me echara una mano.

—¿Aun sabiendo que ibas a poner su carrera policial en juego?

Villanueva lanza un suspiro con el que trata de expulsar las malas vibraciones que la actitud de Marcial le está provocando. Después continúa:

—No le dije que estábamos haciendo escuchas ilegales para que no le salpicase la mierda: su carrera nunca estuvo en peligro. Pero nos estamos desviando del tema. ¿Quieres o no saber cómo supe quién era Francisco Casanova? —Marcial asiente—. De acuerdo. Lo recuerdo perfectamente. Estaba en casa, supervisando las grabaciones que habíamos obtenido ese día, cuando la voz de Santibáñez apareció por sorpresa. Estaba telefoneando al empresario para alertarlo de que habíamos descubierto cómo estaba blanqueando dinero a base de la concesión de préstamos ficticios. —No era la primera vez que Marcial escuchaba esas palabras abandonar la boca de Villanueva; sin embargo, eso no las hacía menos dolorosas. El Santi que él había conocido, con el que había compartido anécdotas y confidencias, jamás se habría vendido. Tampoco dice nada esta vez: prefiere esperar a que el relato llegue a su fin antes de apostillar algo—. A cambio de su silencio, exigió una parte del pastel. —Villanueva calla de forma abrupta. Desplaza la vista al techo, como si allí estuviese a salvo de los malos recuerdos, y vuelve a ponerse en pie. Camina dándole la espalda a Marcial y así, sin querer mirar a los ojos de su pupilo, continúa la narración—: Lo quería... Os quería como a unos hijos, por eso hice lo que tenía que hacer: salvarle el culo. Al inspector Salmerón le envié unas transcripciones falsas en las que justificaba el fin de la investigación y así se lo hice saber a Santibáñez.

—Todo eso ya me lo había contado.

Villanueva se gira y encara a Marcial. Regresa a su lado y, apoyando ambas manos sobre la mesa, continúa como si la interrupción de su pupilo no hubiese existido:

—Por supuesto empecé a vigilarlo más de cerca. Fue ahí cuando Francisco Casanova entró en juego. Santibáñez y él se reunieron para tratar los

pormenores de su acuerdo.

»Traté de impedirlo sin levantar sospechas, sin comprometer a Santi. Investigué a Casanova durante meses en busca de algo que me permitiese enchironarlo y meterle así el miedo en el cuerpo a Santibáñez, que sintiese que era vulnerable, pero no encontré nada relevante, y al final preferí mirar hacia otro lado, Lisón.

—No lo creo, jefe. —Marcial se pone en pie y obliga a Villanueva a erguirse por completo—. Hay demasiadas cosas que no cuadran.

El ex inspector jefe cierra los ojos y mueve lentamente la cabeza de un lado a otro en un gesto de negación difícil de interpretar.

Quizá hastío.

Quizá indiferencia.

Marcial no espera respuesta alguna, por lo que procede a explicarse:

—Sigo sin entender por qué cojones arriesgó tanto por hacerle un favor al inspector Salmerón. Una cosa es vigilar de forma extraoficial a Domingo, otra bien diferente es pinchar teléfonos y consentir delitos sin orden judicial. Tampoco me creo que dejara que Santi se vendiera sin más, que no lo cogiera de la pechera y lo zarandease hasta hacerlo entrar en razón. Lo conozco, jefe. Demasiado. Ese no es su estilo. —Marcial salva la mesa que los separa y se pone junto a Villanueva—. Míreme a los ojos, jefe, y dígame a la cara que dejó que Santi se corrompiera sin hacer nada.

Villanueva clava las pupilas en las de Marcial. Efectivamente, no tienen nada que ver con las del policía ingenuo que entró en su despacho a mediados de los noventa. Son más oscuras, mucho más oscuras, de un negro opacado a base de inquina, de golpes de vida, de heridas de muerte. Una ausencia de luz casi perfecta que apaga cuantas miradas osan cruzarse.

La de Villanueva no es una excepción.

—¿Quieres saber toda la verdad, Lisón? Pues siéntate.

—Corría el año 92. Me acuerdo por lo de las Olimpiadas de Barcelona. Gustavo y yo estábamos en Estupecientes en aquella época.

—¿Salmerón estuvo destinado en Cartagena? —Marcial se siente torpe por no haber investigado una cosa tan sencilla como la trayectoria del inspector de la UDEF.

—Fuimos compañeros muchos años. En realidad, todos los que estuvo aquí, hasta que se fue a Murcia. —En el rostro de Villanueva se aprecia que los recuerdos que evoca son agradables—. A lo que iba: un día tuve un pequeño follón con un camello...

—¿Cómo de pequeño?

—Se me fue la mano. —Villanueva se percata del gesto de incredulidad de su pupilo y se apresura a excusarse—: Eran otros tiempos.

Marcial está atónito, tanto por la confesión como por la justificación. Si bien han pasado más de veinte años, la década de los noventa no era la época franquista, ni siquiera la de la Transición, donde las hostias aún volaban sin necesidad de facturar el equipaje. Villanueva no lo sabe, pero acaba de cerrarse la última puerta a la esperanza que Marcial todavía mantenía entornada por deferencia. Se siente idiota, engañado, timado, como si todo el tiempo que ha convivido con él hubiera sido una estudiada farsa, un envoltorio que ha servido para ocultar al verdadero Villanueva, ese que emergió de las entrañas del ex inspector jefe el día en que encontró a su mujer masturbándose mientras hablaba por teléfono con un desconocido; ese que le arrancó a golpes la vida a Enma Novoa; ese que quiso cargarle el muerto al asesino del café.

—No sé de qué te extrañas, Lisón.

—¿Dónde quedó eso de respetar el uniforme, jefe?

—Tiene gracia que te escandalices por eso cuando, precisamente a ti, no se te conoce por tu respeto al prójimo. —Villanueva vuelve a sentarse y le indica con un gesto a Marcial que lo imite. Este vuelve a obedecer—. Debes ponerte en situación. En Homicidios trabajamos con muertos, a toro pasado. En Estupefacientes, la mayoría de las veces hay que tratar con gente que está al límite, con personas que matarían por un pico o una papela. Las pulsaciones van a mil. Lo que vale para un departamento no tiene por qué ser lo correcto en el otro.

—Así que le rompiste la boca a un desgraciado —concluye Marcial, que pretende ir al grano.

—Más o menos.

—Y el inspector Salmerón te salvó el culo.

—Lealtad, Lisón, se llama lealtad. Te lo he dicho mil veces: somos un equipo y debemos comportarnos como tal. Hoy por ti, mañana por mí.

Marcial tamborilea con los dedos sobre la mesa. Puede entender que Villanueva saldara su deuda con Salmerón investigando a fondo a Domingo Bernal cuando este movió los hilos para desembarazarse del inspector de la UDEF, pero sigue sin comprender lo de Santi. En realidad, lo que le ocurre es que no es capaz de imaginar que Santi cambiase de bando por un puñado de euros.

Tampoco es eso.

Lo que en realidad le ocurre es que no puede creer que Santi y Villanueva hayan estado engañándolo durante años sin que él sospechase lo más mínimo, que las dos únicas personas que habían traspasado la barrera de compañeros para situarse al otro lado, al de los amigos, lo hubiesen ninguneado de esa manera.

Marcial traga saliva y acerca el gesto. Su mirada incendiaria levanta un muro y lanza una pregunta para asegurarse de que Villanueva tiene muy claro que, a partir de ahora, una gruesa línea los separa.

—¿Por qué no me contó lo de Santi? Yo lo habría hecho entrar en razón.

Antes de escuchar la respuesta es consciente de que ha asumido que su mejor amigo, su único amigo de verdad, es un auténtico desconocido. Como Villanueva, como Dolores, como Germán, como todos aquellos que alguna vez han formado parte de su día a día. Un día a día plagado de mentiras, de embustes camuflados en lisonjas y de falsas compañías.

De repente acuden las imágenes de Sola y Zoe a su cabeza.

Solo apostaría por Sola.

—Creí que lo había hecho entrar en razón, Lisón. Hablé con él. —Villanueva hace una pausa, cierra los ojos durante un par de segundos, como si tratase de rescatar algo que permanece escondido en su memoria, y continúa hablando—: Me dijo que había sido un momento de debilidad, que estaba muy agobiado con la reforma de la casa y que el dinero le venía muy bien. Me juró que no aceptaría ni un euro más. Yo inventé unas transcripciones que me permitieran justificar ante Gustavo que no había nada que rascar en el asunto de Domingo y zanjamos el caso sin que quedara constancia de lo sucedido. ¡Hasta destruí las grabaciones en las que Santibáñez aparecía! —Vuelve el silencio. Este es más denso e incómodo que su predecesor. Se alarga unos segundos, pero Villanueva vuelve a ponerle fin—. Una madrugada, después de una larga jornada de curro, de camino a casa, vi a Francisco Casanova. La curiosidad me pudo, Lisón. No creas que no me he arrepentido cientos de veces de aquella decisión. Aparqué y lo seguí. Al rato apareció Santibáñez en su coche. Apenas cruzaron unas palabras cuando el cabrón aquel metió un sobre por la ventanilla... Y sí, entonces sí decidí mirar hacia otro lado. ¿Qué más podía hacer? ¿Detenerlo? Hay momentos en la vida en los que uno debe elegir. Yo lo hice... ¿Sabes una cosa, Lisón? —Villanueva no da tiempo para una respuesta: en realidad se trata de una pregunta retórica—. No me arrepiento de haber antepuesto mi amistad con Santibáñez a mi deber como policía.

Marcial no sabe cuándo, pero una lágrima ha escapado de su ojo derecho y huye por su mejilla. No quiere creerlo. Necesita no creerlo.

Sin embargo, lo cree.

Se siente vacío. Sin ambiciones. Por un instante valora la opción de echarse a un lado, de abandonar a Zoe a su suerte.

No sería la primera vez.

Nada parece tener importancia ahora, ni quién movía los hilos de Bernal ni quién ha acabado con las vidas del Cazador y del abogado; mucho menos qué pinta Eduardo Reyes en todo esto.

Marcial se pone en pie y se dirige a la salida. No se ha molestado en despedirse de Villanueva porque le importa una mierda lo que sea de su vida a partir de ahora. Su silencio es un «adiós» cansado de «hasta luego». No un «hasta nunca», pero tampoco un «nos veremos». La voz del ex inspector jefe lo detiene cuando está a punto de alcanzar su objetivo:

—Eso no es todo, Lisón.

Marcial se vuelve, aunque no emite palabra alguna.

—Voy a declararme inocente de la muerte de Enma.

Marcial deja escapar una risa nerviosa, fruto de la incredulidad. Lleva casi dos años en prisión preventiva por una confesión que él mismo le arrancó en su despacho. Apenas faltan tres días para que se celebre el juicio. Definitivamente, o Villanueva ha perdido la cabeza por completo o Marcial no entiende nada. Aunque una cosa sí tiene muy clara: no va a permanecer allí ni un segundo más. Abre la puerta y sale en busca del aburrido funcionario.

Lleva el ramo de flores tan pegado al pecho que ha recorrido todo el camino abstraída, ajena al suelo que pisa e hipnotizada por una fragancia que hace tiempo que impregna el aire de dolorosos recuerdos. Cuando llega a la tumba de Unai retira las flores mustias que dejó el viernes anterior y las sustituye por las que acaba de comprar en la floristería que hay a la entrada del cementerio. Esta vez se ha decantado por un ramo sencillo: margaritas y gladiolos blancos dispuestos en vertical.

—Felicidades —musita.

Zoe mira al cielo. La tregua concedida no parece que vaya a durar mucho, a juzgar por el color ceniza que presenta, aunque a ella le da igual: ha venido equipada con el paraguas, por si acaso. No sabe cuánto tiempo va a estar allí, pero no será una tormenta la que lo decida por ella. Se sienta a los pies de la tumba. Relee por enésima vez el epitafio.

Sonríe.

Siempre lo hace.

No sabe de quién fue la decisión de colocar aquella frase a la que tantas veces ha deseado aferrarse, sin éxito, durante este año.

Tampoco tiene a quién preguntárselo.

—Estamos cerca, Unai. Alguien se está poniendo nervioso y ha decidido limpiar todo lo que huele a Domingo Bernal.

Zoe percibe unos pasos a lo lejos y calla. Se da la vuelta y comprueba que se trata de una mujer mayor que avanza apoyada en su bastón. Viste un traje negro que tiene pinta de ser el uniforme de diario y luce un moño grisáceo que, intuye, no tiene nada de excepcional. La sigue con la mirada, hasta que la ve perderse por uno de los infinitos pasillos que conforman las hileras de tumbas y panteones. Entonces torna la mirada al frente y avanza en su monólogo:

—Te prometo que voy a encontrarlo. Marcial me está ayudando. En el fondo sé que no lo hace por ti, pero da igual.

Vuelve a callar, sobresaltada por otro ruido. Esta vez procede del cielo. Un premonitorio estruendo desata la actividad oculta del camposanto: los operarios aparcan su faena y se apresuran para buscar cobijo al amparo de algún voladizo, los pocos visitantes que han acudido esa mañana se despiden de sus seres queridos con apremio, y hasta las cotorras que han colonizado en poco tiempo las copas de los árboles de Cartagena buscan refugio para la inminente descarga de agua que se avecina.

Zoe no.

Ella permanece inmutable con la vista nuevamente al frente y la cabeza muy lejos de allí. Las primeras gotas parecen inofensivas, las siguientes son algo

más virulentas. Echa mano del paraguas para protegerse, pero la ventisca que arrecia ha dotado al chaparrón de un ángulo del que es complejo escapar. Pronto el rostro de Zoe está empapado. Inclina el paraguas para protegerse mejor, pero el viento amenaza con dejar al descubierto su esqueleto y ella no tiene ganas de luchar también contra los elementos.

Su batalla es otra.

Lo cierra y deja que el agua la bañe por completo mientras retoma su discurso:

—¿Qué significan las fotos, Unai? ¿Por qué te controlaba Matías Jairo? ¿Acaso metiste las narices donde no debías? ¿No tendrá nada que ver con que se acostara con la mujer de Villanueva? Sé que erais muy amigos, pero aquello ya se aclaró, ¿no es así, Unai? —Hace una pausa breve para apartar las gotas de agua de su rostro—. Te prometo que voy a investigar tan a fondo a ese abogado que descubriré hasta con quién perdió su virginidad.

Zoe se pone en pie. La ropa chorrea y el agua ha comenzado a filtrarse hasta su piel. El aire hace que la sensación térmica sea mucho más baja de lo que es en realidad. Zoe tiritita, se estremece: está aterida. Sin embargo, no sopesa en ningún momento regresar a casa, aunque la tentación de un baño de agua caliente es grande.

«Es su cumpleaños. No puedo dejarlo solo», se repite mentalmente.

Se está abrazando a sí misma para combatir el frío cuando una voz familiar le hace dar un respingo:

—Ya está bien, Zoe: no se trata de una penitencia.

La agente se gira y bajo la inmensidad de un paraguas negro intuye la figura de Lasaosa. Su gesto denota la sorpresa que la presencia del comisario le ha suscitado.

—Sabía que estarías aquí. —Lasaosa da un paso, se pone junto a Zoe y eleva el paraguas para cubrirla a ella también—. Vamos, es hora de regresar.

No replica. Se deja abrazar por el comisario y abandonan el cementerio acompañados. Solo cuando el sabor salado alcanza sus papilas es consciente

de que está llorando.

Lleva algo más de media hora conduciendo. Va en absoluto silencio. Ni siquiera ha encendido la radio. Por su cabeza aún rondan las palabras de Villanueva: «Voy a declararme inocente de la muerte de Enma». Está contrariado. No entiende nada. Tampoco sabe por qué ha asumido con tanta facilidad la traición de Santi.

O sí.

Está cansado, agotado, aburrido de pelear en su nombre.

Es el recuerdo de Zoe, el de su abnegada lucha, el que le impide arrojarlo todo por la borda.

Saltar él mismo.

Tiene que reconocer que ya no es tan atractivo seguir desenrollando la madeja. Descubrir quién ponía la música que Domingo Bernal bailaba.

No sin la recompensa de un Santi inocente.

Comienza el descenso del puerto de la Cadena cuando, sin saber por qué, toma el desvío que lo conduce a la venta El Puerto; la venta de la Virgen, como se la conoce popularmente. Deja el coche en la explanada que hay habilitada a tal efecto y se adentra en un recinto donde el olor a embutido lo colma todo. Reina un desorden estructurado, un caos familiar donde camareros de camisas blancas y pantalones negros sortean clientes y mesas mientras sostienen platos cargados de morcillas, longanizas, chorizos y hogazas de pan troceadas. Marcial ocupa un lugar en la barra en el que aún están los restos del anterior inquilino. Incluso la esponja desgastada del taburete conserva su calor. Un hombre con apariencia de haber rebasado la edad de jubilación en, al menos, un decenio le hace un gesto mientras sale de la barra con una bayeta

que tiene tantos restos de comida que podría servir de primer plato.

—Una cerveza y un plato de embutido variado —se oye decir.

Al rato, un hombre aparece del interior de la barra y deja una caña delante de él. Segundos después, un cesto de mimbre con unos trozos de pan de pueblo hace compañía a la bebida. El funcionamiento de aquella venta siempre ha sido enigmático para Marcial. La gente que la abarrota se levanta y pide sus consumiciones a viva voz mientras los camareros surten de comida y bebida al resto. No apuntan nada y la cuenta final queda fiada a la honradez del cliente.

El olor de la comida le trae reminiscencias de su niñez, un periodo que parece guardado bajo candado en algún cajón remoto de su cerebro. Ha estado en esa venta varias veces con Dolores y Germán, al menos esa mentira le cuenta su frágil memoria. Ve —quizá quiere ver, con toda probabilidad inventa— sonrisas, complicidades y buenos momentos, anécdotas de una familia impostada que Germán Lisón compró y de la que luego se desentendió; vivencias arrancadas de los subterfugios del olvido. Marcial no permite que el pasado le arruine el presente y pronto desecha su compañía. Se centra en el plato que un camarero ha depositado sobre la barra e ingiere todo su contenido obligándose a dejar la mente en blanco.

Reanuda el viaje con el estómago lleno. Quizá ayudar a Zoe a descubrir quién torturó a Miralles no sea tan mala ocupación para un hombre que ha dejado de tener ocupaciones.

Quizá parar en La Aljorra y hacerle una visita a Amancio Reyes, el padre de Eduardo Reyes, sea una manera de poner la primera piedra de su nuevo sino.

Quizá, y solo quizá, sea el primer paso para recuperar la normalidad.

Zoe sujeta entre las manos una taza humeante de café con leche. Su mirada naufraga en su interior mientras evoca la charla de hace escasa media hora con Miguel Lasosa, una conversación que ha dejado patente la preocupación del comisario por la obstinación del subinspector Torán, que se niega a asumir que la muerte de Francisco Casanova, tal y como sugiere Adolfo Morales, el

forense, sea catalogada como suicidio; no hasta que pueda descartar que su muerte y la de Matías Jairo, que fue su abogado en el juicio del que salió absuelto en 2012, tengan algún tipo de relación. A pesar de todo su empeño, Lasaosa no ha sido capaz de disuadirlo de que el nexo al que se aferra es muy débil, de que en Cartagena hay pocos abogados penalistas con la reputación de Matías Jairo, por lo que es lógico acudir a él cuando el asunto es de cierto calado. Sin embargo, Salvador Torán sigue creyendo que faltan indicios que sugieran que Francisco Casanova pretendiese poner fin a su vida. No hay nota de despedida ni deudas acuciantes, tampoco problemas familiares, sobre todo porque no hay familia. Le preocupa, y así se lo ha hecho saber al comisario, que no haya satisfecho, a primeros de año, su cuota como afiliado a la federación de caza, algo que no ha ocurrido nunca desde que, al alcanzar la mayoría de edad, se federó por primera vez. También que se pierda su pista por completo a finales del año pasado, cuando sus vecinos decidieron llamar a la policía al comprobar que Francisco había dejado de atender, de forma misteriosa, las necesidades de sus tres perros. A su juicio, y no puede estar mejor encaminado, opina Lasaosa, tras la muerte de Francisco Casanova parece haber algo mucho más complejo que un simple suicidio.

Zoe se ha limitado a escuchar al comisario y a intercalar algún asentimiento mecánico que disimulase su ausencia. Sin embargo, ahora que se ha marchado, es consciente de que incluso sin haber hecho esfuerzo alguno por prestar atención, ha retenido todo lo que Lasaosa ha ido exponiendo con hipocondríaca preocupación. Le da el primer sorbo a su bebida cuando ya está templada. El calor que recorre su esófago la revitaliza y la anima a inferir las conclusiones que ha dejado a deber al comisario. No puede evitar recordar las palabras de Marcial cuando le contó que el subinspector había descubierto que el abogado y el Cazador tenían un vínculo:

«No tiene nada», había sentenciado.

Y, en el fondo, esa es la realidad: Salvador Torán solo tiene sospechas. No obstante, tanta tozudez puede llevar al subinspector a descubrir que el

fallecido en la montería, el que se llevó el impacto del proyectil de la escopeta de Francisco Casanova, es Simón Palazón, el hijo del dueño de SIMPASA. Y si bien el nombre de Matías Jairo no va a aparecer por ningún lado, el de Mariscos Bernal sí que estará detrás del préstamo que se constituyó a las pocas semanas del incidente. Zoe no quiere ni imaginar qué pasaría por la cabeza pelada de Torán con aquella terna de nombres sobre la mesa. Sabe que el comisario sucumbiría a la presión, que está a punto de estallar. Ha podido apreciarlo en su timbre de voz, en su rostro afligido. Lasaosa vive contando los días para alcanzar su ansiada jubilación, y tener a Salvador Torán hurgando en la vida del Cazador es mucho más de lo que está dispuesto a soportar a estas alturas de la partida. Por eso Zoe necesita hacer algo, ir un paso más allá, dar un golpe en la mesa.

Se incorpora como un resorte y termina su café de un trago.

—Es hora de trabajar —dice en voz alta.

Hace diez minutos que Marcial ha aparcado frente a la iglesia de La Aljorra. Tiene la mirada fija en la casa que linda con el templo, en la que la luz de la ventana delata la presencia de Amancio Reyes. Aunque ha pasado mucho tiempo, lo recuerda cabal, templado y objetivo. Zoe, mucho más empática, lo calificó de sincero la última vez que estuvieron allí, pero él no se atreve a llegar a ese extremo. Después de tantos años codeándose con tan variopinta estofa, ha aprendido a no atribuir esa cualidad a la ligera. El ser humano es mentiroso por naturaleza, piensa Marcial, al que le parece que la mayor farsa de la humanidad ha sido patentar la mentira piadosa, una excusa mundana para poder autoproclamarse sincero sin remordimiento alguno. Para Marcial la sinceridad es una utopía más del lenguaje, una vía unidireccional, una fina línea que, una vez traspasada, no permite la vuelta atrás. No cabe la posibilidad de ser poco sincero, al igual que no se puede ser un poco virgen.

Salte del 308 y se dirige a la plaza de la iglesia, vacía a esas horas, que sirve de antesala a la vivienda del párroco. Marcial se detiene frente a la puerta.

Por un momento cruza por su cabeza la idea de que Zoe no apruebe que sea él quien hable con el padre de Eduardo, a menos que lo haga sin habérselo consultado antes. Sin embargo, no goza del tiempo suficiente para arrepentirse, porque la puerta se abre y Amancio, con esos ojos de lechuza asustada que la genética ha tenido a bien perpetuar en los Reyes, se persona frente a él con una bolsa de basura en una mano y un bastón en la otra, que le hace intuir que la sutil cojera del párroco ha empeorado desde la última vez que se vieron.

—¿Inspector?

Que Amancio lo haya reconocido no llama tanto la atención de Marcial como la merma física que ha experimentado el hombre. El pelo plateado ha comenzado a ralear, las arrugas que daban personalidad a sus ojos parecen caballones y la curvatura de su espalda se empeña en poner la mirada de Amancio a los pies de quien se cruce en su camino.

—Me gustaría hacerte unas preguntas.

—Por supuesto, pero primero déjeme tirar esto, por favor. —Amancio hace un esfuerzo sobrehumano para elevar la bolsa de basura unos centímetros.

Marcial se aparta y lo ve alejarse, renqueante, hacia el contenedor, que está a unos cinco metros. El exinspector aprovecha para echar un vistazo al interior de la casa desde su posición. No aprecia cambios significativos respecto al vago recuerdo que consigue rescatar de su distrófica memoria: muebles viejos, sofás cubiertos con jarapas blancas y televisión de las antiguas. Cuando vuelve la vista, contempla que Amancio apoya el bastón sobre el contenedor para poder abrir la tapa. No lo consigue en el primer intento. En el segundo está a punto de ser guillotinado. Es en el tercero, haciendo temblar todo su cuerpo como si fuese a desmadejarse de un momento a otro, cuando por fin la abre. Ahora Amancio se apresura a recuperar su punto de apoyo antes de poner todo su empeño en levantar la bolsa hasta la abertura hedionda del contenedor. Marcial sigue observando desde la puerta, absorto en la decrepitud del párroco, comprobando *in situ* la crueldad de la senescencia. Amancio vuelve a tratar de elevar la bolsa en vano y busca con los ojos de

lechuza la solidaridad de Marcial. A este le lleva unos segundos leer la súplica en las pupilas del cura, pero al fin lo hace y se presta a finalizar la tarea por él.

—Gracias. Uno ya no es lo que era —dice mientras emprende el camino de vuelta a casa.

Marcial asiente en silencio y lo sigue. No vuelven a cruzar palabra hasta estar sentados en el salón. La televisión está apagada y sobre la mesita de centro descansa un libro de Pere Cervantes: *Tres minutos de color*. Amancio se percata de que ha llamado su atención y le hace un breve resumen:

—Va de experiencias cercanas a la muerte. —Ve el desconcierto en el rostro de Marcial y decide ser más explícito—. Gente que ha estado clínicamente muerta y que, cuando vuelven a la vida, afirman recordar todo lo que ha sucedido alrededor de ellos, como si por un instante hubiesen salido de su cuerpo y hubiesen sido testigos de lo que sucedía desde fuera. Está muy bien escrito —apostilla.

—Pensaba que los curas no creían en eso.

—¿Quién le ha dicho que crea? Es solo un libro. Es ficción. Me lo recomendó mi librería.

El silencio llena el salón por un instante. Marcial cree que el cura, ahora que vislumbra su proximidad, no parece tan convencido de que la muerte sea tan poética como cuenta la Biblia y busca alternativas más halagüeñas. Pronto resuelve que tanto da, que la única obviedad es que su cuerpo se descompondrá bajo tierra sin que nadie se preocupe de si era o no el envoltorio de algo. Lo sabe por experiencia propia: Germán Lisón, Santi y Sasha lo corroboran.

—Imagino —retoma Amancio— que no habrá venido hasta aquí para hablar conmigo de literatura. Dígame, inspector, ¿qué ha hecho esta vez Eduardo?

Verlo preocuparse así por un hijo que está rondando los sesenta años, y con el que perdió todo el vínculo familiar al tomar los hábitos, le resulta deprimente a Marcial. Ya le ocurrió la última vez que Zoe y él acudieron allí

en busca de respuestas.

—Necesito hablar con él —dice sucinto.

Amancio suspira. Es una exhalación tediosa, réplica del hastío que le supone comprender que su hijo es la batalla perdida de una guerra que nunca debió emprender.

—No me va a decir por qué, ¿verdad? —pregunta, desesperanzado, el párroco.

—¿Por qué, qué?

—Por qué necesita hablar con él.

Marcial niega con la cabeza.

Amancio asiente del mismo modo.

—Entiendo.

—¿Dónde está?

—Ya sabe que nuestra relación...

—No te he preguntado eso.

Amancio alza las cejas con desconcierto. Al parecer los años han moldeado la impresión que se fabricó de ese policía.

—Hace mucho tiempo ya de la última vez que lo vi. Apareció por sorpresa.

—¿Cuánto?

—Déjeme hacer memoria... Fue un domingo, me acuerdo de que estaba preparando la liturgia... Hace algo más de un año de eso. Fue septiembre del año pasado. Vino bastante alterado. Hacía meses que no nos veíamos. En realidad, solo nos hemos visto una vez desde que hablamos ustedes y yo... Por cierto, ¿dónde está esa joven tan simpática que lo acompañaba entonces?

—¿Qué quería Eduardo? —Marcial prefiere no hacer caso a la curiosidad de Amancio.

—Pedirme un favor.

—¿Qué favor?

—Me dijo que necesitaba un lugar donde alojarse, un sitio donde empezar su nueva vida.

Amancio calla de repente. Marcial lo imagina evocando a un hombre reinsertado en busca de una nueva oportunidad.

Nada más lejos de la realidad.

—¿No te pareció extraño que después de no haber querido saber nada de ti durante todos estos años de repente acuda en busca de tu ayuda?

—Soy su padre.

Marcial sonrío. Es probable que no sea consciente de que lo hace, pero no puede evitarlo. La frase con la que Amancio pretende dar empaque a su postura no puede topar con peor receptor.

El párroco se percata de la incredulidad que muestra su interlocutor y no puede contener la pregunta que acude a su cerebro:

—No es usted padre, ¿verdad, inspector?

—No.

—Pero sí hijo.

Marcial se siente tentado de detallarle su macabra genealogía, pero no tiene tiempo ni ganas de remover el pasado.

—Digamos que tampoco.

—Por eso no lo entiende.

—Que no tenga una familia no quiere decir que sea gilipollas. —Marcial se pone en pie y mira a Amancio con el rostro acerado antes de proseguir—: A tu hijo le suda la polla si mañana te mueres, lo único que ha hecho ha sido aprovecharse de ti, de la situación. A decir verdad, es probable que el gilipollas seas tú.

Amancio Reyes parece arrellanarse un poco más con cada afirmación de Marcial. Sabe que en el fondo lleva razón. No puede controlar que sus ojos se aneguen y que rebosen los diques de contención en los que ha convertido sus párpados al cerrarlos.

—Mira..., padre. —A Marcial se le atraganta la palabra—. No se me da muy bien esto de la Iglesia ni eso de creer en un dios, pero, hasta donde yo sé un cura debe velar porque se haga el bien y no el mal... ¿No es así?

Amancio asiente en silencio. Su gesto deja a las claras que esa definición que Marcial ha largado deja mucho que desear, pero que, *grosso modo*, podría valer.

—Bien —continúa—, pues necesito saber dónde cojones está metido tu hijo para comprobar, a mi manera, sin penitencias ni fuego eterno, si Eduardo Reyes está haciendo el bien o el mal.

El párroco se enjuga los ojos, se pone en pie con ayuda del bastón y echa mano de un cuaderno que hay junto al teléfono fijo. Anota en un trozo de papel una dirección y se lo entrega a Marcial sin necesidad de explicar nada. Este lo recoge y se encamina hacia la salida. No se despide, pero cuando está a punto de salir a la calle, un fogonazo de la conversación que tuvieron Zoe y él cuando iban tras los pasos del asesino del café le hace recordar que Amancio Reyes decidió contratar los servicios de Matías Jairo porque un feligrés, cuyo hijo también estaba cumpliendo condena, se lo recomendó.

—Una última pregunta: ¿recuerdas el nombre de quien te recomendó a Matías Jairo como abogado para Eduardo?

—Florentino —responde sin necesidad de meditar la respuesta.

—¿Qué más?

—Lo desconozco. A mis feligreses los conozco por el nombre de pila.

—¿Dónde vive?

—Murió hace año y medio, aproximadamente.

Amancio parece consternado por la pérdida, pero no tiene apenas tiempo de reflejarlo cuando Marcial lo asalta con un nuevo interrogante que deja a la luz su falta de empatía:

—¿Estaba casado?

—Viudo y sin más hijos que el que cumple condena.

A Marcial se le agotan las preguntas; no tiene muy claro qué puede sacar de todo aquello. Lo que sí sabe, en cambio, es que hasta que no dé con la relación que hay entre Eduardo Reyes y Francisco Casanova no puede permitirse el lujo de descartar ninguna información.

Toca mover ficha. Marcial es consciente de ello, incluso sabe cuál es la pieza que ha de adelantar si pretende seguir teniendo opciones en la partida.

No radica ahí su inquietud.

Tampoco sus dudas.

El dilema es otro. Lo que reconcome a Marcial, lo que lo hace mantener la vista en el móvil y parecer ausente a los ojos de Sola, es dilucidar si es mejor que actúe por su cuenta o si debe hacer partícipe a Zoe de sus planes. Intuye que la única salida, al menos la única digna a una situación tan dispar como la suya, la de ellos, es no poner más obstáculos, no crear barreras innecesarias que sortear en un futuro.

Un restallido cercano llama su atención. Es Sola. La galga pasea con orgullo un trozo de madera húmedo que deposita a los pies de Marcial y que el exinspector no duda en coger y lanzar hasta donde no alcanza la vista. De repente, un relámpago ilumina la trayectoria del objeto y permite contemplar, también, la esbelta figura de Sola persiguiéndolo.

Segundos después la noche lo envuelve todo de nuevo.

No hay galga.

No hay palo.

Hay oscuridad.

Densa, impenetrable.

Pero Marcial lo ve todo muy claro: ha de llamar a Zoe. Cuanto antes, mejor. Busca su número y comienza a escribir sin importarle que sean más de las once de la noche. Después, guarda el teléfono en el bolsillo delantero del pantalón.

Sabe que contestará.

También qué contestará.

De repente, unas finísimas gotas humedecen su rostro y amenazan con un camino de vuelta a casa pasado por agua, así que Marcial emite un silbido corto y estridente que las conexiones neuronales de Sola transforman en un «Ven aquí» y espera que su amiga se posicione a su lado. Cuando lo hace, acaricia su cráneo con efusividad y le coloca el arnés.

La noche no ha hecho más que empezar, augura.

Zoe oye el sonido que tiene preestablecido para los mensajes de Marcial mientras continúa batallando por descifrar la contraseña del portátil de Unai. Lo percibe lejano. Pronto cae en la cuenta de que dejó el móvil en la habitación del fondo cuando entró a ponerse el pijama con el que daba por concluido un día de mierda.

Otro más.

Es consciente de que necesita los resultados de la científica para dejar de dar palos de ciego. Tiene fe en que la bala que extrajeron del cráneo del abogado les marque el camino. Se levanta del sofá y enfila el pasillo. Durante el trayecto hasta la habitación, apenas diez metros, se da cuenta de que hace mucho tiempo que el dichoso teléfono solo sirve para hablar de muertos. Nada de mensajes que propongan una cerveza para desconectar, ninguna llamada paternal interesándose por su estado de ánimo, ningún meme que le haga recordar que hay vida más allá de la pistola y la placa. Sabe que es culpa suya.

Solo suya.

Ella puso tierra de por medio con todo y con todos. Primero mandando a sus padres de vuelta a casa, más tarde dejando de contestar los mensajes de Fonet y de Rubio, y, por último, poniéndole mil excusas a Laura y al grupo de amigas con el que solía salir antes de que Marcial y Unai pusiesen su vida patas arriba. Le parece absurdo que sea en ese preciso momento, ya con el móvil en

la mano y a punto de abrir el WhatsApp, cuando su cerebro le restriegue que está sola, que no tiene más compañía que la sed de venganza y el odio acumulado.

Lee el mensaje.

Sonríe.

Marcial le propone saltarse todos los cauces legales y allanar la vivienda de Eduardo Reyes. No le dice cómo ha conseguido su dirección, tampoco está segura de querer saberlo. Cierra la aplicación y sopesa pros y contras. No tiene manera legal de justificar un registro en la casa de Eduardo. Lo único que tienen contra él, si es que tienen algo, es que una testigo afirma que lo vio reunirse con Francisco Casanova. Y eso, sin duda, le atañe más al subinspector Torán que a ella. Podría decirle a Marcial que lo hiciese él.

Solo.

Inspector Solo, rememora.

Pero no se fia. No ha vuelto a hacerlo desde que le confesó cómo había chantajeado a Unai. Teme que lo que encuentre allí, la información que pueda arrancarle a Eduardo Reyes, llegue sesgada, tamizada por un cedazo de desconfianza del que ninguno de los dos parece querer desprenderse.

Se incorpora, abre la aplicación de nuevo y contesta:

«Pasa a por mí dentro de una hora».

Cuando Zoe baja, Marcial hace diez minutos que la espera. Está en el interior del 308. Ha conseguido aparcarlo en un diminuto espacio que queda entre un contenedor de basura y una farola. La ve salir y llama su atención con un par de ráfagas de luz que la orientan en la dirección adecuada. Camina parsimoniosa. Lleva la misma torera de cuero con la que apareció en el descampado y que tan bien se ciñe a su nueva personalidad. Debajo, un jersey oscuro de cuello vuelto la ayuda a combatir el frío que, a esa hora, ha comenzado a robar grados a la noche. De cintura hacia abajo unos *leggings* negros dejan poca cabida a la imaginación. El pelo, en contra de lo esperado,

ondea con libertad. Se detiene de forma repentina frente a la ventanilla del conductor, un par de centímetros bajada para ventilar el vehículo, y deja que una sonrisa asome por sus labios. Después, continúa hasta el lado del acompañante. Entra y, al tiempo que se acomoda en el asiento, coge la goma elástica de la muñeca y comienza a dar vida a su coleta.

Sabe que Marcial está mirándola, que aquel gesto lo encandila. Por eso ha esperado a estar junto a él para hacerlo. Es la mejor manera de romper el hielo, de no iniciar la conversación hablando del tiempo, del trabajo o, simplemente, de olvidar que hace muy poco que terminó el cumpleaños de Unai y que es probable que Marcial ni lo sepa. Decide dar un paso más, destensar por completo la situación.

—Me gusta tu puerta. ¿Estás maqueando el coche?

Marcial entiende ahora la génesis de su sonrisa.

—En Lo Campano no me quieren mucho.

Silencio.

Más silencio.

—¿Cuál es el plan?

—No hay plan. —Marcial mete la mano en el bolsillo delantero y saca el trozo de papel que le dio Amancio Reyes—. Esta es su dirección. Vamos allí, vemos el percal y decidimos, ¿te parece?

Le parece.

Zoe asiente y estira la mano para que Marcial le pase el papelito. Durante una fracción de segundo, sus dedos se rozan, y por la cabeza de ambos emerge, oportunista, el recuerdo de una situación similar cuando ella no era más que la ayudante ávida de conocimiento y él un inspector receloso.

Ninguno dice nada.

Las miradas lo dicen todo.

—Conozco la zona. —Es Zoe la que deshace el hechizo—. Es la parte antigua. Casas unifamiliares en su inmensa mayoría.

—Mejor.

—¿Mejor?

—Más fácil para entrar.

Zoe no vislumbra tal ventaja, pero decide no compartirlo con él, así que continúa soltando interrogantes:

—¿Qué piensas hacer si está en la casa?

—Por lo pronto, darle un par de hostias. Después... Ya se verá.

—La última vez fue él quien te las dio.

—Era parte del plan.

—Ya. —Zoe sabe que es verdad, pero prefiere picarlo—. Lo único que sé es que si yo no hubiera aparecido a tiempo a lo mejor tendrías alguna cicatriz más en tu cuerpo.

—Sabía que vendrías.

Ella calla y regresa la vista al frente. Aún recuerda cómo se estremeció cuando vio a Eduardo Reyes pateando la cabeza de Marcial. Por suerte para él, irrumpió por sorpresa y consiguió reducirlo antes de que se cebase por completo con el cuerpo inerte del inspector.

Marcial la observa de soslayo. A ella y su coleta. Ha retrocedido un par de siglos, quizá más. Están de servicio, vuelven a ser compañeros, a compartir objetivos, a estar unidos por algo mucho más importante que un enemigo común. Quiere detener el tiempo, paladear el momento, atesorarlo para, cuando regrese al presente, deleitarse en el recuerdo. La voz de Zoe, muy parecida a la de esa compañera que él evoca, lo saca de la ensoñación:

—¿Vamos?

—Vamos.

Marcial arranca y pone rumbo a Las Seiscientas, una barriada de reputación vilipendiada, pero que en la comparación con Los Mateos y Lo Campano podría catalogarse como el Beverly Hills de los guetos gitanos de Cartagena.

En el momento en que el 308 alcanza la rotonda presidida por la réplica del submarino Peral y se adentra en la calle Esparta, Zoe visualiza el recorrido mentalmente. No puede evitar mirar a Marcial y ser malpensada. En poco

tiempo pasarán frente a la puerta de la casa de Unai, en Ronda Ciudad de La Unión; allí estuvieron juntos por última vez. Allí comenzó todo.

Allí terminó todo.

No ha pasado por esa calle desde aquella fatídica madrugada; sin embargo, ha estado en esa misma casa infinidad de veces desde entonces.

En sueños.

En pesadillas.

No puede, o no quiere, dejar en manos de la imprudencia la elección del recorrido. Cuando alcanzan el edificio, su mirada trepa hasta el segundo piso. El subconsciente le juega una mala pasada y cree haber visto luz en una de las ventanas. Intenta cerciorarse, pero el 308 avanza demasiado deprisa, y cuando gira la cabeza, ya están en la rotonda del Seiscientos.

Marcial sigue con la vista al frente, jugando a imaginar qué pasa por la cabeza de Zoe mientras recorre Alcalde Manuel Carmona. Quiere creer que hacerla pasar frente a la casa de Miralles ha removido algo en su interior. La necesita en ese estado de excitación para que aflore la mejor Zoe, la que no lastra escrúpulos, la que no escatima en arrestos, la que mira directamente a los ojos, a la que no le tiembla el pulso. Lo que van a hacer es mucho más serio de lo que ella cree, al menos de lo que aparenta creer. Él no tiene placa que perder ni sustento que ganar.

Han llegado a la convergencia con Alcalde Cendro Badía. Detiene el 308 en una explanada a la que apenas salpica algo de luz de las calles adyacentes.

—Espérame aquí.

Marcial coge el papel donde está anotada la dirección y sale en busca de su objetivo. Al rato regresa y ocupa su lugar en el asiento del conductor.

—Es esa de ahí. —Señala la que hay justo enfrente, a unos metros.

Se trata de una vivienda de dos alturas, la segunda añadida años después y sin ninguna intención de disimular que es un postizo. Es una casa vieja, olvidada y con pinta de deshabitada. No hay ninguna luz que se pueda ver desde el exterior que garantice que Eduardo Reyes esté allí.

—¿Qué hacemos ahora?

—Esperar.

—¿A qué?

—A que los vecinos duerman.

Zoe otea alrededor y comprueba que tan solo un par de viviendas dan muestra de mantener algo de actividad en su interior. Consulta su reloj: las 00:35.

—¿Y si no está?

—Lo esperaremos.

—¿No sería mejor seguirlo? ¿Ver adónde nos conduce?

—Prefiero preguntárselo.

—¿Y si él prefiere no responder?

—Responderá.

Las preguntas se agotan, la incertidumbre crece y los minutos discurren. Falta un cuarto de hora para las dos de la madrugada cuando la vida en la zona parece sumida en un somnoliento sosiego. Apenas ha habido movimiento durante la espera: un par de coches, un vecino tirando la basura, una mujer sacando al perro en bata. Ninguna luz se ha encendido en la casa de Reyes.

Ambos han pergeñado un plan durante la vigilancia. Comoquiera que la casa da a dos calles, han decidido entrar por la zona lateral, la que está orientada a Alcalde Manuel Carmona y donde la iluminación es algo más precaria. La puerta del jardín se encuentra en un estado deplorable y vaticina un chirrido estridente que puede alertar a todo el vecindario, así que deben franquear una verja no muy alta que descansa en un muro de piedra también de poca altura. Después será Marcial quien se encargue de forzar la cerradura.

—Es la hora —dice el exinspector.

Tal y como había previsto Marcial, no ha supuesto ningún problema salvar la primera barrera. Ni para él ni mucho menos para Zoe, que ha hecho gala de una agilidad que ya quisiera para él.

Ambos están ahora en el patio, cobijados por un limonero y ayudados de los toldos para permanecer ocultos a las miradas de los curiosos. Marcial avanza, en cuclillas, hacia la puerta lateral. Zoe permanece a su espalda, agazapada, lo que le permite ver las cachas de una pistola. La oscuridad no le deja discriminar el modelo. Sabe que no dispone de la oficial y tampoco de permiso de armas una vez devuelta la placa. No obstante, decide guardarse sus preguntas para después y sigue los pasos del que fue su compañero. Una vez agrupados, Marcial intercambia una mirada con Zoe y suelta un comentario absurdo, sin saber muy bien por qué:

—Hace una noche maravillosa para cometer un delito.

Los dos, tanto la agente como el exinspector, desvían la mirada a un cielo iluminado por miles de estrellas.

—No debería considerarse delito si se usa para impartir justicia —sentencia Zoe.

Marcial regresa la vista al frente, saca un manajo de llaves, al menos quince, todas diferentes entre sí, y se dedica a buscar una en concreto. La introduce en la cerradura. Encaja a la perfección. Después la retira hacia fuera, un par de dientes, no más, y saca la pistola de la parte posterior del pantalón. Ahora Zoe puede observarla con meridiana claridad. Es una Glock. No una cualquiera, es la Glock de Santi, la misma con la que apuntó a la cabeza de Domingo Bernal cuando el empresario la tomó como rehén en su terraza. La que no está

registrada a su nombre, la que si se usase conduciría hasta una persona que lleva bajo tierra casi tres años. Mientras todo eso pasa por su cabeza, Marcial ha agarrado la pistola por la parte de la corredera y parece querer usarla como martillo para golpear la llave.

Así es.

Cuando deja de divagar, ve que con la parte inferior de la culata, justo donde se introduce el cargador, golpea con mimo el trozo de metal redondeado que sobresale de la cerradura, al tiempo que, con la mano libre, lo gira hacia la izquierda. Sorprendentemente, la puerta se abre sin aparente resistencia. Marcial se vuelve y mira la cara de circunstancias de Zoe. Luego añade:

—Método *bumping*.

Zoe tiene escrita una pregunta que no hará porque, antes de poder expulsarla, Marcial se ha incorporado, ha agarrado su arma como marcan los cánones y desplazado con el hombro la hoja de madera para ampliar el campo de visión.

Ella decide imitarlo.

Entran en silencio. Toda la casa está a oscuras. No se oye nada.

O sí.

Se oyen sus propios pasos, sus respiraciones, sus palpitaros, sus miedos. Marcial le hace un gesto a Zoe para que lo acompañe. Están en una especie de salón, aunque es tal la negrura que resulta complejo asegurarlo al cien por cien. Había traído una linterna, pero con las prisas del momento la ha olvidado en la guantera del 308. Avanzan con cuidado para que ningún ruido los delate. Hay una puerta abierta a mano izquierda que da a una cocina vieja de muebles obsoletos y destartalados que hacen difícil creer que alguien siga atreviéndose a cocinar sobre sus fogones. Pero es obvio que lo hacen: cazos, platos sucios y restos de comida lo corroboran. No parece que nadie pueda esconderse allí. Enfrente de la entrada a la cocina hay una escalera que conduce a la planta superior. Continúan por el comedor. Al fondo hay dos puertas, ambas cerradas. Se dirigen a la de la izquierda en primer lugar. Se preparan para lo peor. Es Marcial el que abre con sumo cuidado mientras Zoe

encañona en la dirección de la oscuridad. La luz está apagada y la persiana bajada hasta los topes. El hedor, una mezcla de sudor, calcetines usados y colonia barata, les confirma que no hace mucho que alguien ha pasado un puñado de horas ahí. Las pupilas adaptadas les permiten discernir que se trata de una habitación. La cama está deshecha, una muda interior alfombra el suelo y una de las puertas del armario está abierta de par en par, haciendo visible su interior. Hay mucha ropa, lo cual no deja dudas de que quien vive allí lo hace con intención de permanencia. Encaran la otra puerta, la de la derecha. La lógica hace pensar en un baño, pero la casa no parece adherirse a ninguna directriz arquitectónica, así que quién sabe. Podría ser otra habitación, una salita o la mismísima entrada al averno. Zoe le indica con un gesto a Marcial que quiere ser ella quien abra esta vez. Ahora tienen ante ellos un baño completo de grandes dimensiones. También vacío. También con cepillos de dientes y restos de pasta en el lavabo, que reafirman que la casa se frecuenta de forma asidua. Ambos resuelven, con unívocos movimientos de mentón, llevar los pasos a las escaleras. Marcial asciende con la vista al frente, los ojos tratando de enrasar los elementos de puntería de la Glock, mientras Zoe vigila la retaguardia. Cuando Marcial llega arriba vislumbra un habitáculo de grandes dimensiones, tipo buhardilla, que parece usarse como cajón de sastre; una especie de despacho-salón-comedor con sofá-cama y armario. Las sábanas y la ropa del suelo parecen aventurar que hay un segundo habitante, que Eduardo Reyes no vive solo en esa casa.

De repente, la luz se enciende. Marcial se gira como un autómatas apuntando hacia su espalda. Solo está Zoe, que se apresura a alzar los brazos.

—Estamos solos y las persianas de toda la casa están bajadas. Podemos permitirnos el lujo de encender la luz.

—Ve a echar un vistazo al piso de abajo. Yo empezaré por aquí —dice señalando una mesa rectangular de grandes dimensiones que hay al fondo de la estancia.

Zoe asiente. Le jode que aun en esa situación siga tratándola como su

subordinada, pero entiende que no es momento de aclarar su nuevo papel.

Marcial escruta la habitación con minuciosidad. De la pared mugrienta y desconchada pende un televisor de unas treinta y dos pulgadas, frente a este hay un sofá-cama abierto, aún con las sábanas arrugadas y la almohada con un rodal de babas. A sus pies, en el suelo, varias camisetas sucias y, al fondo, bajo la ventana, está la mesa abarrotada de papeles que ha hecho que opte por quedarse en esa planta. Se dirige a ella y comienza a revolver los folios en busca de algo de interés.

No tarda en encontrarlo.

—¡Zoe! —Apenas le da tiempo a responder a la agente cuando vuelve a darle una orden—: ¡Sube!

En pocos segundos ambos están reunidos frente a la mesa, atónitos, estupefactos.

Las lágrimas acuden en cuanto Zoe comprende qué significa lo que hay delante de sus ojos.

—¿Mejor?

Zoe deja su tila sobre la mesa y asiente en silencio. Lleva callada desde que Marcial la trajo de vuelta a casa. Ella le pidió que subiera, que la ayudase a sobreponerse del último embate que le había asestado la vida. A Marcial no se le da bien empatizar, mucho menos consolar, pero no ha dudado ni un instante en acompañarla. No ha hecho nada, ni siquiera la idea de preparar la infusión ha sido suya, tan solo estar.

Tan solo ser.

No sabe muy bien qué se debe decir en estos casos porque, para él, lo que Zoe acaba de descubrir no es nuevo. Es una lección que él aprendió hace mucho tiempo. Marcial sabe que la vida es esa puta con cara de «sí a todo», de «pídeme lo que quieras»; esa que nunca, jamás, aunque pasen dos siglos, se olvida de cobrar su factura. A veces en persona, otras con el infortunio como cobrador del frac. Está tentado de decirle que de ahora en adelante la cosa solo puede empeorar, pero no sabe si debe.

No sabe si quiere.

Le aburre ser portador de malas noticias, de verdades incontestables que solo los que caminan con los ojos abiertos son capaces de contemplar, no así los de la venda en los ojos, los de todo el mundo es inocente hasta que se demuestre lo contrario.

No.

Todos son culpables de algo. En menor o mayor grado, pero culpables. Individuos maculados con una dosis de maldad congénita inoculada en el ADN desde el mismo momento en el que el contacto entre espermatozoide y óvulo

desata la reacción acrosómica. Una semilla que cada cual riega a su antojo y cuyos frutos recoge más pronto que tarde. Detesta que nada sea hijo de la casualidad; que Eduardo Reyes, Francisco Casanova y Matías Jairo no sean una desgraciada coincidencia; que la muerte de Miralles tampoco. Sin embargo, afecta condescendencia:

—¿Hablamos?

Zoe vuelve a asentir indiferente. El suyo es un «sí» desgano, un «si no queda más remedio», un «no hace falta, pero si insistes...».

Marcial saca el móvil del bolsillo y busca las fotografías que han hecho de todo lo que han considerado de interés, que ha sido mucho. Han decidido no llevarse nada, tratar de no dejar evidencias que pongan sobre aviso a Eduardo Reyes, evitar que el contador vuelva a ponerse a cero de nuevo. Marcial se aproxima a Zoe, casi hasta rozarla, y comienza a deslizar el dedo torpemente por la pantalla. Las primeras imágenes se corresponden a las fotografías que estaban bajo los folios. En ellas se constata que Eduardo estuvo siguiendo a Miralles durante mucho tiempo, exactamente igual que parece haber hecho Matías Jairo, lo cual abre un nuevo abanico de posibilidades que por ahora Marcial prefiere no mencionar. Las imágenes abarcan un periodo de tiempo anterior a las que sacó del despacho del abogado, no mucho más. Quizá unos meses, Zoe no lo ha sabido precisar. Después, bastante después, porque el reportaje de Miralles es muy amplio, aparecen las primeras instantáneas de Marcial. Todas ellas tienen como nexo la cochera de Fandiño, la que el exinspector usó para arrancarle al Cazador el nombre del asesino de Sasha. También ha retratado algunos folios con anotaciones sin aparente trascendencia. Lo ha hecho porque está convencido de que la letra es la misma que la del anónimo que apareció junto al cadáver de la camarera y que Marcial guarda como oro en paño en casa. Lo comprobará después, aunque la ha visto tantas veces que está totalmente seguro de que es un trámite innecesario.

Marcial deja el teléfono sobre la mesa y se gira con sutileza para enfrentar a

Zoe.

—Hay varias cosas evidentes —comienza—: Eduardo Reyes fue el que rescató al Cazador y el que dejó el cuerpo de la camarera del Baros en la cochera de Fandiño. También es obvio que Miralles sabía algo lo suficientemente importante como para que decidiesen controlarlo.

Zoe no contesta. Permanece impasible.

—Tanto las fotos del despacho de Matías Jairo como estas no dejan lugar a dudas. Para bien o para mal, Miralles tenía algún tipo de relación con el asunto de Domingo Bernal.

—Unai sería incapaz...

—He dicho sin lugar a dudas, Zoe.

—A lo mejor había descubierto algo y por eso...

—A lo mejor era parte del entramado, sabía más de la cuenta y se pasó de listo.

—Como Santi.

Zoe lo ha dicho resentida, arrastrada por una pueril venganza contra Marcial por arrojar a Unai a los leones a las primeras de cambio. Ahora levanta la cabeza y lo mira a los ojos. No ve dolor en ellos, sino resignación, como si hubiese admitido esa parte de la condena, la que ella, ingenua, se niega a creer.

—Solo hay una forma de saberlo —concede al fin.

—Encontrar a Eduardo —completa Marcial.

De repente, sin motivo aparente, la habitación se ilumina. Le lleva unos segundos comprender que el teléfono ha completado su carga: 100 %.

«Ojalá fuera así de sencillo con las personas», piensa Zoe. Le encantaría poder enchufarse a la red y recobrar la energía que ha ido abandonando su cuerpo a lo largo del día, en especial desde que las imágenes de Unai se hicieron dueñas de todas y cada una de las conexiones neuronales de su cerebro. Ha sido un mazazo, un golpe asestado a traición. Aún no había

conseguido darle forma a una teoría que explicase que Matías Jairo tuviese interés por conocer los movimientos de Unai cuando se ha topado con este nuevo hallazgo. No sabe qué significa. Para ella las cosas no son tan simples como trata de hacérselas ver Marcial.

«Los matices», piensa. Él siempre los obvia. Hay infinidad de posibilidades que Marcial no baraja, que no quiere barajar. Ha recapitulado, se ha estrujado la sesera, ha intentado volcar todo el contenido de su disco duro sobre el colchón de su cama. No le ha importado haber tenido que apartar los sueños para hacerle hueco; sin embargo, no ha servido de nada.

Nada cuadra.

O sí.

Quizá cuadra la teoría de Marcial. Quizá por eso ella no puede pegar ojo. Quizá Unai se pasó de listo. Quizá le sobró un cuarto de vuelta.

Pero se niega a creerlo. Se niega también a pensar que ella fue una pieza más en su partida, un peón ascendido a alfil, a reina en el mejor de los casos; un payaso en su espectáculo circense, en cualquier caso.

La pantalla iluminada le restriega que quedan menos de tres horas para ponerse en pie, pero Zoe está cansada de salir siempre derrotada y decide que esa apuesta, al menos, la ganará ella. Se incorpora y se dirige a la cocina a preparar un café bien cargado.

Ya en el sofá del salón, envuelta en una manta, decide mirar cara a cara al infortunio. Le ha pedido a Marcial, antes de que se marchara, que le enviase todas las fotografías que habían hecho en la casa de Las Seiscientas. Las pasa (las repasa) una a una: Unai saliendo de su casa, Unai saliendo del garaje, Unai llegando a comisaría, Unai hablando con ella, Unai desayunando con el inspector jefe Brau, Unai entrando en una planta baja con jardín que a Zoe le resulta vagamente familiar, Unai besándola a ella a escondidas...

Todo aquello no demuestra nada. Tampoco lo descarta. ¿Por qué, entonces, le resulta tan doloroso? ¿Por qué no se aferra a la posibilidad de que Unai fuese de los buenos? ¿Por qué no pensar que su afán de reconocimiento, su maldita

obsesión por ser el mejor, por demostrar que era el gallo del corral, terminó superándolo, abocándolo a la autodestrucción? ¿Por qué, pudiendo pensar bien, su cerebro se empecina en inclinar la balanza al otro lado?

Prefiere no responderse, engañarse una vez más, confiar en que tarde o temprano sus dudas sobre Unai quedarán resueltas.

Se pone en pie y va hacia el baño. Necesita una ducha, despejarse, comprender por qué, si también hay fotos que demuestran que seguían a Marcial, su cerebro, esta vez, no lucubra ninguna teoría conspiratoria al respecto.

Deja atrás el vestuario mientras le da los últimos retoques a su coleta. Justo en ese momento, la voz del subinspector Torán la sorprende. Solo asoma la cabeza pelada por el hueco de la puerta del despacho. La comparación con Unai es odiosa, también inevitable.

—¿Tienes un minuto? —dice mientras la invita a entrar.

—Tú dirás.

—Hay algo que no me cuadra en el asunto del ahorcado del puente del Cartagonova —comienza— y quizá tú puedas echarme un cable.

—No veo cómo.

Zoe nota que las pulsaciones se le disparan. Torán es un buen investigador y no le resulta descabellado que haya comenzado a pensar que algo huele mal. Decide mantener la cara de póquer hasta ver cómo se descarta su contrincante.

—Francisco Casanova, así se llama el tipo —precisa el subinspector. Zoe no sabe si lo hace de modo irónico o porque en realidad piensa que ella no tiene por qué recordar su nombre a estas alturas—. Tenía una casa de campo en Tallante con tres perros que, al parecer, usaba para cazar. —Torán comienza a rebuscar entre los papeles de su mesa. Zoe nota cómo se tensiona todo su cuerpo y trata de mantener la compostura. No sabe si lo consigue—. Aquí está —dice esgrimiendo un folio—. Al señor Casanova se le perdió la pista el 6 de noviembre del año pasado. Lo sabemos porque una vecina llamó al servicio

municipal para avisar de que nadie había acudido a alimentarlos ni pasearlos desde esa fecha. —El subinspector busca la mirada de Zoe. Esta no la rehúye—. Hasta ahí todo parece normal, hasta idílico, diría yo.

Zoe no lo ve venir. No sabe qué trama, pero está convencida de que la letra de la canción que está entonando Salvador Torán no casa con la música que suena; por eso decide actuar, hacerse la ingenua, decir algo, lo que sea. Ganar tiempo, solo es eso:

—No sé adónde quieres ir a parar. ¿Acaso los perros han confesado el crimen?

El subinspector sonríe. Hasta ahora ha sido muy diplomático con ella. Es la viuda de un policía caído en acto de servicio, la niña mimada del departamento, la solícita, la compañera a la que todo el mundo le regala un elogio. Pero ahora es consciente de que esconde algo turbio tras esa mirada cerúlea y esa pose reivindicativa postraumática. Ha llegado el momento, decide, de dejar los miramientos a un lado.

—No, no...; bueno, en realidad aún no los he interrogado.

—¿Entonces?

—A ellos no, pero a la vecina que llamó para que se los recogieran sí.

Zoe traga saliva. Ha intentado que sea un gesto natural, pero no está segura de haberlo logrado. Sabe qué le está insinuando Torán, lo que no sabe es por qué lo insinúa y no lo dice abiertamente. Ese juego de envites mudos ha sembrado el desconcierto en Zoe. Esas no son sus cartas, son las de Marcial; por eso no tiene muy claro qué triunfo debe lanzar para que el farol suene creíble.

—¿Quieres decirme algo? —pregunta impostando indiferencia.

—Según esta amable señora, un par de policías, uno que no consigo encajar con la descripción de nadie que, actualmente —remarca—, trabaje en este departamento, y una chica... —Torán hace una pausa teatral y aprovecha para fruncir el ceño dando la sensación de hacer una comparativa mental—. Una mujer de tu altura, con coleta, ojos azules...

—No es lo que piensas.

—¿Y qué pienso, agente Ochoa?

Está claro que acaba de abrirse una grieta entre ellos, una hendidura rellena de desconfianza que ha hundido su relación con Torán en una sima insondable. Necesita buscar una salida. Tiene que encontrar una salida. La mentira, a veces, es una buena opción.

La única opción.

—Esa mujer es una conocida de Marcial.

—A ver si lo entiendo —Torán se pone en pie y camina por el despacho sin mirar a Zoe—. Una mujer ve unos perros desahuciados y decide llamar a la policía para que los salve... Supongo que si hubiera sido un gatito subido a la copa de un árbol se habrían encargado los bomberos, ¿no?

Zoe se levanta de golpe: ha decidido pasar al ataque. Es consciente de la desventaja que refleja el marcador, pero no piensa bajar los brazos. Su movimiento ha provocado que el subinspector se detenga, que se vuelva hacia ella. La reta con la mirada, con un «¿y ahora, qué?» plasmado en la cara.

—Mire, subinspector —cambia el trato adrede: ella también quiere marcar las distancias—, esa señora, por lo que sea, decidió llamar a Marcial, y Marcial, también por lo que sea, decidió que debíamos acudir a su llamada. Una vez allí, el inspector..., exinspector —precisa—, le aconsejó que llamara a los servicios municipales pertinentes. Punto final. No hay más. No quiera ver más allá.

Zoe se ha vaciado, ha lanzado el órdago y ahora le toca esperar. Las cartas no son buenas, lo sabe, pero es lo que hay.

Torán regresa a su asiento. La mira. La escruta como si a través de sus movimientos pudiese discernir la verdad de la mentira, porque sabe que hay mentira en sus palabras. Pero como toda buena mentira, tiene el esqueleto apuntalado con pequeñas verdades.

—Así que el hecho de que la investigación del suicidio —el subinspector entrecomilla con las manos— del señor Casanova me haya conducido hasta vosotros dos no es más que una jodida casualidad.

—Me temo que sí.

—Está bien. Solo era eso. Seguiré indagando. Le voy a confesar un secreto, agente Ochoa. —Torán vuelve a enmudecer durante unos segundos—: me da en la nariz que Francisco Casanova no se suicidó.

Zoe no responde. Hace un ligero movimiento de testa y encara la puerta. Cuando está a punto de salir, la voz del subinspector vuelve a la carga:

—Imagino que el hecho de que el último día que alguien vio con vida a Francisco Casanova coincida con la noche en la que murió el inspector Miralles también será otra casualidad.

Zoe se gira. Nota que una reacción catalizada por el odio está estallando en su interior, pero consigue controlarse a tiempo y no exteriorizarla. Abre la puerta y sale. Necesita hablar con Marcial.

Con urgencia.

Aún no sabe muy bien qué lo ha empujado a entrar a aquel bar cochambroso del que ni siquiera ha mirado el nombre. Es probable que tan solo sea el olor a tortilla de patatas recién hecha. Puede que, simplemente, trate de hacer un alto en el camino, una escala en su improvisado viaje hacia ningún sitio.

—¿Qué le pongo?

El cuerpo le pide a Marcial disfrutar una vez más de la volatilidad ética, saldar las cuentas con el insomnio, verter un par de hielos en un dedo de Diazepam. Pero si ha salido esta mañana de casa ha sido para evitar precisamente eso. Y eso no es más que recordar que la madrugada ha sido larga, tan larga que le ha sorprendido el amanecer. Ha dado muchas vueltas. A su cabeza, a las fotos del despacho del abogado, a las de la casa de Eduardo Reyes, a la prueba irrefutable de que fue él quien dejó la nota en la cochera, a las palabras de Villanueva, al puto testigo de Jehová. Demasiados ingredientes en la coctelera para obtener un buen combinado. Sin embargo, lo que preocupa a Marcial no es la falta de sueño, sino que la noche en vela no ofrezca renta alguna. No hay conclusión más allá de la que ya expuso a Zoe en el salón de su casa: Miralles tenía alguna relación con Domingo Bernal, una relación que le costó la vida. Por eso, en cuanto hubo regresado del descampado con Sola, decidió que lo mejor era caminar, poner la mente en blanco, dejar que las hipótesis reposasen. Ese camino le había conducido hasta la puerta de ese bar y frente a un camarero cuyo pelo comienza a escasear y que espera una respuesta que presupone sencilla.

—Un solo —dice sin saber por qué.

El camarero asiente y se dirige hacia la cafetera mientras *Tú sin braguitas y*

*yo sin calzones* le hurta la posibilidad de descubrir qué ha inclinado la balanza a favor del café. En la pantalla aparece el nombre de Zoe, y Marcial consulta inconscientemente su reloj de muñeca tratando de imaginar cuántas horas habrá sido capaz de dormir ella.

—Dime.

—Tenemos que vernos.

—¿Ahora?

—Mejor esta tarde.

—¿Dónde?

—En el sitio donde te salvé la vida.

—¿Debajo de...?

—Sí, ahí —interrumpe Zoe—. A las seis.

Los pitidos informan de que la conversación ha tocado a su fin. Marcial no logra entender por qué Zoe ha estado tan enigmática, tan escueta. Era como si temiese que alguien pudiese estar escuchándolos. Su tono ha sido frío, como si las palabras le quemasen en la boca. Por un instante, Marcial sopesa que quizá el cansancio esté jugándole una mala pasada, que deambular sin rumbo no haya sido tan buena idea. Le presta atención al camarero, que ya viene con su café, y antes de que lo deposite sobre la barra saca un billete de diez euros y se dirige a él:

—Ponme una caña y cóbrate las dos cosas.

—Por mucho que lo mires con esos ojitos no va a sonar.

La voz que ha sacado a Zoe de su ensimismamiento es la de Rubio. No tiene consciencia de cuánto tiempo lleva observando la pantalla del móvil, aunque sospecha que ya hace varios minutos que puso fin a la conversación con Marcial.

No puede negar que los dardos de Torán le han afectado. Ha avanzado mucho en muy poco tiempo, así que, como buena policía, Zoe ha comenzado a percibir cierto tufillo que la ha obligado a extremar las precauciones, y entre

esas medidas preventivas está la de no dar información trascendente por teléfono. Nunca se sabe. No ha hablado aún con el comisario, no quiere hacerlo hasta saber qué opina Marcial al respecto: él suele tener un criterio menos dramático que Lasaosa. La despedida de Salvador Torán sigue merodeando en su cabeza. Es obvio que el subinspector intuye que Francisco Casanova no es ningún desconocido para ellos, ningún don nadie que ha decidido acabar con su infausta existencia en una madrugada de otoño, por muy poético que suene. Toca pensar deprisa, ejecutar el siguiente movimiento antes de que Salvador Torán aseste un nuevo golpe, quién sabe si el definitivo. Hay demasiado en juego, por eso ha priorizado el encuentro con Marcial frente a la investigación de la muerte de Matías Jairo, a pesar de que al regresar a su mesa un mensaje de Mario Brey, el inspector de la científica, la alertaba de que ya estaba disponible el informe preliminar que tanto anhelaba.

Todos esos pensamientos vagan desorientados por su cerebro como si transitasen por un intrincado laberinto, desnortándola, empequeñeciendo cualquier otra empresa, incluso una tan seria como la muerte del abogado. Por eso, ni siquiera se había percatado de la presencia de Rubio. Por eso, aún conserva los ojos clavados en la pantalla del teléfono. Por eso, también, las palabras que acuden a su boca se le apelotonan y salen a modo de interjección ininteligible.

—Tiene que ser grave la cosa. ¡Te ha hecho perder hasta el habla!

—Perdona. —Zoe consigue rehacerse, volver a parecer un ser cognitivo capaz de articular vocablos con sentido—. Estaba distraída.

—No hace falta que lo jures. ¿Quieres un café?

—La verdad es que me vendrá de puta madre.

—¡Oyeee! —exagera Rubio—. Una señorita como tú no puede ir diciendo tacos así.

Zoe le regala una sonrisa. No es sincera del todo. Rubio no tiene el salero innato de Fonet, pero tanto tiempo trabajando codo con codo ha hecho que tenga tendencia a imitar sus gracias, en especial con ella. Rubio es más cabal,

más metódico, más constante. Caminan en silencio hasta la máquina del fondo del pasillo. Sacan sus respectivas bebidas y se aseguran de que no hay nadie cerca para reanudar el diálogo:

—Oye, Rubio, ya me dijo Fonet que habíais hablado con Charly...

—Olvidalo, mujer, sabemos lo que estás pasando.

Ahora sí le dedica una sonrisa sincera. Ese sí es el verdadero Rubio.

—Ya sabes que si necesitas algo, cualquier cosa, solo tienes que pedirlo.

—Lo sé.

En ese preciso momento, el recuerdo de la matrícula que le pasó Marcial acude a su cabeza. Le dijo que era un tema personal, pero viniendo de él, Zoe no se atreve a descartar que tenga algo que ver con el asunto que se traen entre manos, de manera que resuelve que quizá sea interesante saber algo más de aquellos cuatro números y tres letras que, casi sin querer, ha memorizado.

—Creo que sé cómo podríais echarme una mano —dice.

—Soy todo oídos.

Una realidad lejana y un ruido próximo lo devuelven al salón. Tiene la comisura de la boca reseca y pegajosa por las babas. Cuando por fin abre los ojos, se encuentra con ella de frente.

Vigilante, fiel, protectora.

Acaricia a Sola y se sienta en el suelo, sobre la alfombra. La galga tan solo le concede el tiempo preciso para que acomode la postura antes de dejarse caer sobre sus piernas, después se arremolina mientras él trata de alcanzar el mando de la televisión que ha dejado olvidado en el sofá. La enciende y busca el canal de noticias. De repente, cree escuchar en boca del presentador las tres palabras que activan todos los resortes de su cuerpo desde hace un par de décadas: asesino del café. Se yergue automáticamente y comprueba con estupor que en la pantalla aparece una imagen de Villanueva. No es actual; de hecho, viste el uniforme de gala de la Policía. La voz en *off* informa de que el próximo lunes comenzará el juicio contra el inspector jefe de la Policía que se

hizo pasar por el asesino del café. Al parecer, su abogada, a quien Marcial no conoce, ya le ha filtrado a la prensa que Villanueva va a declararse inocente. Asegura el periodista que el ex inspector jefe ha cambiado su declaración y ofrece una nueva versión de los hechos en la que asegura haber sido coaccionado para declararse culpable del asesinato de Enma Novoa. Marcial no da crédito a lo que oye. Escupe un manojito de exabruptos contra la televisión mientras Sola abandona el salón con el rabo entre las patas.

Marcial ya no escucha al presentador. La impotencia parece haber desactivado el sentido del oído, no así el de la vista, que le permite contemplar cómo se produce un cambio de imagen en la pantalla. Ahora la foto que aparece es la suya. Tampoco es actual. También va de uniforme. Nota el paladar inundado de amargura. Podría escupirla, pero prefiere tragarla, alimentar con vesania su disgusto. Según reza el titular de la pantalla, él fue el encargado de llevar a Villanueva frente a la justicia, una manera como cualquier otra de señalarlo como el artífice de aquellas supuestas coacciones. Frunce el ceño al tiempo que estira el brazo derecho, en cuya mano está el mando a distancia, pero pronto recuerda que la última vez que lo estrelló contra la pantalla no consiguió silenciarla. Deja caer el aparato y va a la mesa donde reposa la Glock de Santi. Se asegura de que haya una bala en la recámara antes de apuntar a la frente del presentador.

Esta vez la televisión enmudece para siempre.

Aquel lugar le trae infinidad de recuerdos. Allí descubrió que Domingo Bernal era tan asiduo a la entropierna de Sasha como él, que Eduardo Reyes era un tipo duro de pelar y que Zoe no era tan endeble como aparentaba. También aprendió que donde las dan las toman, que dos más dos no tienen por qué ser cuatro y que tirando de la cadena no siempre se va la mierda. A Marcial le parece increíble que un trozo de asfalto en los confines de la ciudad, bajo un tramo de la A-30, se haya convertido en uno de los sitios que más cicatrices han dejado en su maltrecho ego.

Mira el reloj: aún faltan cinco minutos para su cita con Zoe. Ha llegado temprano porque después de lo que ha ocurrido en casa necesita respirar aire fresco, comprobar que el mundo sigue girando, a pesar de todo.

A pesar de todos.

De nada vale ya darle vueltas a la estrategia de la abogada de Villanueva para su defensa. Ha buscado en Google y sabe que la letrada se llama Raquel Estrada, que tiene una reputación inmejorable y que hace unos siete meses que lo representa.

No tarda en ver el Clio. Zoe lo ha dejado en el aparcamiento para los visitantes del tanatorio Estavesa y camina hacia el punto de encuentro volviendo la cabeza cada pocos pasos para asegurarse de que nadie la sigue. Lleva un chaquetón largo, negro, que la cubre casi hasta las rodillas, donde se adivina un tejano oscuro. También, a pesar de sus ojos azules, es oscura su mirada.

—Torán está muy cerca —dice cuando llega a la altura de Marcial.

—¿Cómo de cerca?

—Sabe que estuvimos siguiendo los pasos del Cazador poco después de que asesinaran a Unai, que hablamos con sus vecinos. Es solo cuestión de tiempo que sepa que Domingo Bernal y él son cartas de una misma baraja.

—Pues dejémoslo jugar. Que comience él la partida.

—¡Estás loco! ¿Acaso quieres acabar entre rejas?

—Lo sobrevaloras. Por mucho que intuya, no va a poder demostrar nada.

Zoe lo observa incrédula. No entiende cómo puede estar tan tranquilo ante la posibilidad de que todo se desmorone. Empieza a cuestionarse si quizá es ella la que está paranoica, la que atribuye más radio de acción a Salvador Torán del que el subinspector puede abarcar.

—¿Qué propones? —claudica.

—Dejémoslo hacer. A lo mejor nos conduce hasta donde nosotros no hemos sido capaces de llegar.

La agente mastica la propuesta. Si Marcial está en lo cierto, si Torán solo está lanzando la caña, quizá no sea una locura dejar que sea él quien les allane el camino. Pero si Marcial se equivoca, si el subinspector está atando los cabos correctamente, la cosa podría pasar de castaño a oscuro.

—¿Y qué vamos a hacer? ¿Seguirlo las veinticuatro horas?

—Pareces nueva. ¿Hasta ahora has tenido que preocuparte tú de lo que ha ido averiguando o ha sido él quien te lo ha contado en cuanto ha tenido la carnaza? Solo tiene sospechas y te necesita para corroborarlas. Tú eres la que está poniéndolo en el camino. No dudes que, en cuanto tenga algo, te lo hará saber. Solo espero que esta vez no seas tan torpe.

Zoe acusa el reproche y decide resarcirse. Hace tiempo que no es esa agente que agacha la cabeza y mete el rabo entre las patas.

—¡Vaya! Pues la torpe esta quizá haya descubierto algo que puede ser de tu interés.

—¿La matrícula?

Zoe asiente, saca un papel del bolsillo del abrigo y se lo entrega a Marcial; después le regala un anticipo:

—Un hombre normal, sin antecedentes. Un cualquiera.

—Un cualquiera —repite Marcial mientras contempla el folio manuscrito.

—¿No vas a decirme por qué tienes tanto interés en el jefe del departamento comercial de una empresa de alquileres de grupos electrógenos?

—No.

—Está bien. —Zoe se separa un poco y lleva su mirada hasta el Clio—. Tengo que regresar: el informe de la científica espera sobre mi mesa.

—¿Algo interesante?

—Ya no eres policía, ¿recuerdas?

Marcial asume que su relación con Zoe ha quedado degradada a colaboración ocasional, una singladura de la que desconoce las escalas, pero en la que el puerto de destino está perfectamente definido. Son la rana y el escorpión tratando de cruzar el río, el agua y el aceite intentando abrazarse.

Al final, Marcial se dirige al 308 relejendo la información que Zoe le ha conseguido sobre el testigo de Jehová. Ahora que ha empezado a asumir que Santi quizá no sea esa persona que él conoció, no está seguro de si debería seguir cuidando de Marga. Pronto se convence de que no es a ella a quien debe preservar, sino a los gemelos. No piensa dejar, concluye, el futuro de Ana y Alfredo en manos de un cualquiera.

El negro de la noche ha devorado, sigiloso, al ocre vespertino, engullendo también a su paso todas las expectativas que Marcial ha depositado en dar con el testigo de Jehová. A pesar de que la información incluye, además de un nombre y unos apellidos que lo despojan del anonimato, la dirección de su casa y su lugar de trabajo, no ha conseguido verlo en las más de tres horas en las que ha estado deambulando entre un lugar y otro. Incluso, llevado por la desesperación, ha regresado al mismo bar de la calle del Carmen en el que lo vio reunirse con Marga.

Nada.

Parece haberse esfumado por completo justo cuando él ha decidido que ese

será el clavo al que agarrarse, el *bypass* para sortear los obstáculos que la vida ha puesto en su arteria principal.

Marcial tarda en asumir que buscar a un comercial en la sede de su empresa un sábado a última hora de la tarde es una tarea absurda, y tarda en hacerlo porque el hecho de que tampoco esté en su casa ni paseando agarrado de la mano de Marga por el centro de Cartagena lo conduce, inexorable, hacia un callejón sin salida a donde no quiere ir a parar.

Aún no.

Su cerebro se niega a creer que ella haya dado el paso, que el testigo de Jehová haya traspasado los límites que él estima razonables a esa altura de la película; sin embargo, pone en marcha el 308 y se dirige hacia Ciudad Jardín. Tarda poco más de diez minutos en tener la verja que franquea el porche frente a la luna delantera del Peugeot.

—La casa de Santi —dice en tono quedo—. La casa de Santi —repite como si fuese una letanía.

Desde su posición puede apreciar la luz del salón. Las cortinas y las persianas a medio bajar le impiden saber quién hay en su interior y, aunque su instinto le grita a los cuatro vientos un nombre, él prefiere quitarle la razón. Recorre con la mirada la hilera de vehículos que hay cerca de la casa. Busca, ahora lo sabe, un Mercedes. No uno cualquiera, sino el de un cualquiera. Un Mercedes Clase A blanco con una matrícula que ha tatuado a fuego en su memoria y cuyas tres letras, JDT, parecen mandar un mensaje subliminal que Marcial no está dispuesto a acatar. No tarda en encontrarlo a pocos metros de la casa. El pulso se le descontrola y la mirada de túnel focaliza la puerta del jardín. Se baja del coche y cruza la calle sin mirar. Ha alcanzado ya la puerta metálica cuando un rayo de cordura atraviesa su red neuronal y le hace detenerse. Quizá no sea tan buena idea delatarse, poner sobre aviso al testigo de Jehová, mostrarle su cara oculta a los gemelos. Retrocede con la intención de refugiarse otra vez en el Peugeot y, sin haberlo premeditado desvía su trayectoria hacia el Mercedes. Recuerda la «M» que adorna la puerta del 308

y siente un incontrolable impulso vandálico que decide no reprimir.

Acudir al Baros un sábado por la noche, cargado de ira, no es la mejor idea que Marcial ha tenido en los últimos años. Enfrentarse a tamaña marea humana cuando la única compañía que necesita es la de las rubias que siempre le dan la razón tampoco. Al final, ha conseguido acodarse en un extremo de la barra donde un bafle de proporciones bíblicas ha ahuyentado a todos los moradores ocasionales de aquel pedazo de madera avejentado. La música, comercial en su mayoría, es un mal menor que Marcial está dispuesto a aceptar como penitencia por su incompetencia.

Lleva cuatro botellines y otras tantas canciones de Enrique Iglesias y David Bisbal cuando ve por primera vez a la camarera rubia. Esta se aproxima jovial, con una sonrisa y un contoneo que hacen que la gente se aparte y abra una senda a su paso. Ella deja los botellines que acarrea sobre la barra y lo saluda con un beso sensual que no es correspondido.

—Hijo, qué soso eres.

Marcial enarca las cejas como respuesta. Después, se lleva el botellín a la boca y le da un largo trago hasta vaciarlo.

—Ponme otra.

La camarera le sonríe y acerca los labios al oído de Marcial.

—Esa indiferencia es lo que más me gusta de ti. ¡No te imaginas cómo me pone!

—No habrás vuelto a ver al de los ojos saltones, ¿no?

El motivo que ha arrastrado a Marcial hasta el Baros es un misterio para él. No quiere volver a acostarse con la camarera, no mientras no sea necesario. La música que ponen es un auténtico bodrio y el hecho de que esté frente al edificio de Sasha le trae recuerdos poco placenteros. Pero, una vez que los designios de su ilógica lo han transportado hasta allí, no le parece mala idea buscar algo que justifique su presencia.

—Ya te dije que no lo vi aquí dentro. No creo que este lugar sea de su estilo.

—¿Por qué?

—No lo veo moviendo las caderas al ritmo de Shakira, la verdad. —La camarera lo mira fijamente antes de proseguir—. ¿Siempre estás trabajando? ¿Has probado a salir a divertirte, a hablar con la gente por placer, a no querer obtener algo de cada conversación?

Marcial le sostiene la mirada. Ni siquiera parpadea. La respuesta es fácil. De hecho, le encantaría que todas las preguntas se solventasen con la misma simplicidad. Hace mucho tiempo que las personas son un mero accidente ocasional en su día a día, una piedra en el zapato de la que no siempre sabe desprenderse. Solo Zoe ha sido capaz de darle sentido a un diálogo en los últimos años. Tan solo ella ha convertido las palabras en una compañía tan grata como el silencio, como las miradas cómplices de Sola.

—Lo he probado. Y no me gusta.

Marcial recoge la cazadora de cuero que había dejado sobre la barra y se la pone.

—He cambiado de opinión: no voy a tomar esa cerveza.

Ninguno ha hecho referencia a la última vez que se vieron. Marcial ha optado por creerse la excusa con la que saldó su último encuentro; ella, en cambio, descubrió hace tiempo que los reproches y las negativas, en su profesión, son un lujo que hay que dosificar. Él ha vuelto a dejar tres billetes de cincuenta en el recibidor y Nahia ha preferido no hacer comentario alguno, aunque recuerda perfectamente la última vez que Marcial pagó ciento cincuenta euros por sus servicios.

Ambos se dirigen en este momento a la habitación del fondo, donde suelen sellar sus encuentros. Una vez dentro, comienzan a desnudarse sin intercambiar ni una palabra. Después de más de un año visitando a Nahia, a veces con demasiada asiduidad, es la primera vez que da muestras de entender que no es necesario hablar para decirlo todo. Marcial se congratula por ello, cree que ha llegado el momento de erigir nuevos diques de contención que ayuden a salvaguardar la distancia que Nahia ha sorteado a base de noches en vela, de dudas errantes. En realidad lo hace por su bien. Le basta el recuerdo de Sasha para convencerse de que esta tiene que ser la última vez.

Marcial guarda la Glock en el cajón de la mesilla antes de dejar la ropa sobre la mecedora que hay junto a la ventana. Una vez desnudo, se tumba y deja que sea Nahia la que limpie su miembro con toallitas húmedas antes de entrar en faena. Por un instante, Marcial siente la tentación de vestirse y salir corriendo de allí, de apostarse junto a la puerta de la casa de Eduardo Reyes y esperar a ver sus ojos saltones para abalanzarse sobre él y preguntarle qué coño está pasando, qué tiene que ver él en todo este *fregao*, por qué cojones liberó al Cazador. Sin embargo, antes de poder procesar toda esa información,

el calor de la cavidad bucal de Nahia volatiliza el conato de huida e invierte sus prioridades. Durante los minutos en los que ella se afana en demostrarle que es una virtuosa del sexo oral, Marcial deja la mente en blanco. Está cerca de alcanzar el orgasmo cuando la aparta bruscamente. Ella permanece inmóvil unos segundos, hasta que comprende que por la cabeza de Marcial está circulando la tabla del trece o el rostro de Carmen de Mairena. Lo deja librar su batalla en silencio, conteniendo el apunte de sonrisa.

Al parecer, sale victorioso.

Marcial se incorpora y la tumba bocarriba. Comienza a penetrarla sin miramientos ni caricias impostadas.

Nada de posturas histriónicas.

Nada de intercambios de miradas.

Cada uno a lo suyo, como los engranajes de una máquina compleja concebidos para un objetivo común, un objetivo que no llegan a alcanzar porque el teléfono de Marcial empieza a sonar. Podría haberlo ignorado, pero sea quien sea el que haga la llamada debe de tener un motivo importante para hacerla a esa hora de la madrugada. Y solo le viene un nombre a la cabeza en ese momento: Zoe.

—¿Sí?

—Tenemos que vernos.

—¿Dónde antes?

—Allí mismo.

—Dame diez minutos.

Zoe cuelga sin apostillar nada y Marcial comienza a vestirse sin más. Nahia entra al baño y no tarda en escucharse el soniquete del agua. Una vez vestido y con la Glock en la parte trasera del pantalón, el exinspector se dirige a la entrada prometiéndose que no volverá a verla. Al menos sin ropa. Está a punto de salir cuando ve los tres billetes de cincuenta sobre el recibidor y se detiene.

—Hasta siempre, Nahia —musita mientras recoge uno.

Esta vez es a Zoe a quien le toca esperar. Está apoyada sobre el capó del Clio y viste el mismo chaquetón y los mismos pantalones oscuros de antes.

También la misma mirada.

—¿Algo importante en el informe de la científica?

—No se trata de eso. —Zoe se incorpora y echa algo de vaho en sus manos para mitigar el frío—. ¿Te importa que nos sentemos dentro? —señala su coche.

Marcial no responde, aunque no tarda en dirigirse a la puerta del acompañante. Ella lo secunda. Una vez en el interior, la agente prosigue:

—Charly ha muerto.

—No tengo intención de ir al entierro.

Es en ese momento cuando Zoe constata que por muy inhumana que se sienta, jamás alcanzará las cotas de Marcial. Si bien ella no se ha preocupado en exceso por el devenir de Charly una vez ingresado, al menos sintió una punzada de culpabilidad cuando Fonet se lo echó en cara. Marcial, en cambio, no parece albergar remordimiento alguno a pesar de saber que uno de los motivos que lo condujo hasta el hospital pudo ser la visita que le hizo. Ella, sin embargo, no es capaz de olvidar que la suya también pudo ser la causante de la agresión que sufrió Charly.

—No te he llamado para invitarte al sepelio. Un amigo suyo, un tal Cabezón, fue quien lo encontró. Sobredosis.

Marcial no cree que lo haya citado con tanta urgencia simplemente para decirle que un confidente yonqui ha muerto por un mal viaje, así que deja que siga hablando.

—No ha sido él quien nos ha llamado, sino su madre —especifica.

—¿A qué juegas, Zoe? ¿Vas a contarme de una puta vez qué está pasando o vas a hacer de esto una telenovela?

—El Cabezón es el que le suministraba la mierda. Precisamente iba a su casa para dejarle lo que le había pillado porque Charly le dijo que no tenía nada que meterse.

—O sea, que es imposible que muriera de sobredosis antes de que el Cabezón llegase.

—Exacto.

—Parece lógico pensar que los mismos que le dieron la paliza son los que le han dado matarile. —Zoe asiente—. Y está claro que lo pusieron a caldo porque lo vieron hablar conmigo...

—O conmigo —dice Zoe sin atisbo de recato.

Marcial clava la mirada en los ojos ennegrecidos de Zoe. Ella se la sostiene. A pesar de que sus palabras no encierran novedad alguna para él, ha decidido afectar decepción, dejar constancia de que el que está yendo con la verdad por delante en todo momento es él. Trasladar la culpabilidad siempre ha sido una de sus mejores virtudes.

Quizá la única.

—Necesitaba respuestas y tú no parecías tan implicado como ahora —se defiende Zoe.

Marcial abre la puerta y sale del coche sin mediar palabra. Un segundo después, ella lo imita.

—¿Adónde vas?

—A tocarme los huevos a casa. Tú ya no me necesitas.

El órdago está lanzado. Ha de reconocer que las cartas son buenas, aunque no sabe si lo suficiente.

—Lo siento.

Marcial está de espaldas cuando lo alcanza la disculpa de Zoe. Esgrime una sonrisa efímera perfumada con fragancia de victoria antes de girarse y lucir un gesto sobrio.

—Quiero que quede una cosa clara. —Marcial la ha adelantado por el interior de la curva y ahora se niega a perder esa ventaja—. Si estoy aquí contigo es por ti, porque quiero ayudarte, así que, si no vas a estar conmigo al cien por cien, me largo.

—Y por Santi —añade Zoe en un absurdo intento de recortar la distancia.

—Dejemos a Santi en paz. Busquemos al que torturó a Miralles y si eso ayuda a esclarecer lo de Santi, mejor que mejor.

No se atreve a rebatir esas palabras. No entiende por qué ahora no le parece tan importante eliminar cualquier rastro de dudas sobre la honorabilidad de Santi, pero si quiere tenerlo al lado para conseguir su objetivo, debe ser así.

Y quiere.

Quiere porque sabe que él es capaz de llegar donde ningún otro puede hacerlo, porque para tirarse a una piscina sin agua hace falta no tener nada que perder, y Marcial hace mucho tiempo que lo perdió todo.

El pudor.

El miedo.

La compasión.

Las formas.

El sentido común.

—De acuerdo. Así será. Pero antes tengo que contarte algo más. Rubio y Fornet han descubierto algo. —Zoe ve que la mirada de Marcial se encona—. No tiene nada que ver con las muertes de estos últimos días —aclara con la intención de mitigar la ira del exinspector—. Estuvieron indagando sobre el asunto del Nene y el Pilonga...

Zoe hace una pausa que Marcial no sabe interpretar. Al final, remata la frase:

—El Nene, en la época en la que mató al Pilonga, era un confite de los *estupas*.

Marcial analiza las palabras de Zoe. Está convencido de que esa vía no es tan importante como la de Eduardo Reyes, así que anota mentalmente el dato y engulle el desencanto que le ha ocasionado saber que ella sigue ocultándole información a pesar de estar en el mismo bando.

—Volvamos a Charly: ya habrá tiempo para lo otro.

Zoe asiente y obedece, aunque el rictus adusto de Marcial le confirma que la traición le ha dolido.

—El Cabezón entró en su casa para darle el caballo y se lo encontró tieso,

con la jeringa aún en el brazo.

—¿Cómo entró si...?

—Tenía llaves. Charly se las dio. Su madre lo corrobora.

—Resumiendo: el Cabezón va a pillar y cuando entra en la casa se encuentra a Charly frito. Sale, deja todo como está y espera a que sea su madre la que se encuentre el pastel. —Zoe asiente—. Imagino que has cerrado oficialmente la investigación como un suicidio.

—A falta de la autopsia.

—La autopsia confirmará la sobredosis.

—Eso espero, porque si hay que reabrir el caso, la cosa se nos va a complicar mucho.

—¿Se nos va? —inquieta Marcial tratando de descifrar sus palabras.

—Sé quién mató a Charly. No te lo vas a creer.

Marcial lleva algo más de diez minutos observando cómo Sola va de un lado a otro dejando un rastro de orina en cada parada. Al rato, la galga parece haber vaciado su vejiga y comienza a demandar su atención. Marcial no tiene ganas de juegos.

Esa noche no.

No obstante, a pesar de que es muy tarde, no regatea su compromiso. Coge una piedra del suelo y, tras un par de amagos a los que la galga siempre sucumbe, la envía tan lejos como puede.

Sola la persigue sin cuestionarse nada.

Marcial aprovecha el *impasse* para hacer inventario de uno de los sábados más aciagos que recuerda y, aunque sabe que su cabeza, en ese instante, es una Thermomix de la que puede salir cualquier cosa, no se inhibe. En muy poco tiempo, antes incluso de que Sola regrese dentelleando el guijarro, ha cocinado una teoría para que las fotos de Miralles hayan aparecido en casa de Eduardo Reyes y en el despacho de Matías Jairo. Sabe que corre el riesgo de no haber dado con el punto de cocción exacto, que es probable que falten ingredientes para que esa receta salga como es debido, que él le ha dado su toque personal con una pizca de inquina y un buen chorro de aversión, que quizá debería rehogarlo con algo de objetividad. También es consciente de que con esos mismos ingredientes Zoe habría elaborado otro plato. Pero eso no le importa. Lo que es obvio es que todas las imágenes son anteriores al caso de Domingo Bernal. Marcial infiere que Miralles supo de las extorsiones mucho antes que ellos y que o bien tasó su silencio a un precio demasiado elevado o bien subestimó el nivel de amenaza que aquello revelaba. Que las fotografías

apareciesen junto al cadáver del abogado, en un sobre que sin duda caería en manos de la policía, solo podía significar una cosa: alguien quería cargarle a Matías la muerte de Miralles, sacudirse la responsabilidad. Que hubiesen hallado otro amplio reportaje fotográfico en casa de Eduardo Reyes colocaba al expresidiario como principal sospechoso de la muerte del letrado. ¿Podría estar también detrás de la tortura y la muerte del inspector Miralles? El hecho de que lo hubiese estado vigilando a él mientras mantenía retenido al Cazador en la cochera de Fandiño lo lleva a pensar que la paliza pudo ser el cebo para rescatar a Francisco Casanova, la zanahoria anudada a la caña.

Sola regresa y deposita la piedra a sus pies, después se sienta y ladra exigiendo un segundo asalto.

Marcial se lo concede. Esta vez ha prescindido de los amagos.

La galga vuelve a desaparecer en la oscuridad, una mucho menos tenebrosa que la que envuelve el recuerdo de Salvador Torán. Ver que el subinspector da pasos certeros con tan poco es demasiado sospechoso y, aunque Marcial no lo conoce en persona, intuye que anda bien aleccionado. No ha querido sembrar la duda en Zoe, pero comienza a sopesar que el sueldo de funcionario no sea el único ingreso que Torán recibe a final de mes. Se promete investigarlo. Lo hará cuando consiga echarse a la cara a Eduardo Reyes y pueda preguntarle si fueron esos ojos de lechuza los últimos que contempló Miralles; también los últimos que enfrentaron el rostro de Charly, tal y como le ha confiado el Cabezón a Zoe. Al parecer, justo cuando él estaba a punto de llegar a la casa de su compañero de fatigas, un hombre calvo, con perilla y ojos saltones, salía por esa misma puerta. Como el Cabezón es politoxicómano, pero no gilipollas, no le costó asociar la jeringuilla que pendía del brazo de Charly al rostro inconfundible de Eduardo Reyes. Por todo aquello, Marcial conjetura que debe ser él quien está acabando con los cabos sueltos, quien recibe las órdenes del mismo que decidió que Domingo Bernal ya había cumplido su papel en esta función. Solo hay una cosa que no encaja. Una importante: ¿por qué rescatar al Cazador para poner fin a su vida un año más tarde?

Sola regresa en el mismo momento en el que Marcial anota mentalmente la tercera pregunta que ha de hacerle a Eduardo Reyes cuando lo tenga frente a frente.

El ambiente es festivo y las bebidas que los acompañan en la barra pueden dar a entender que son tres amigos en busca de las relaciones que todo animal social necesita.

Nada más lejos de la realidad.

Para Zoe, que Fonet y Rubio hayan puesto como condición que las cervezas y la música fueran unas invitadas más de esa reunión clandestina es secundario. Ella está allí, en La Gas, un bareto situado en una de las perpendiculares de La Alameda de San Antón, para conocer de primera mano los resultados del favor que les ha pedido a las dos únicas personas de las que se fía dentro del departamento de Homicidios. La agente apenas ha dado un par de tragos a su Budweiser mientras Fonet va por la tercera y Rubio por la cuarta. Las dos primeras de ambos han caído antes de que ella llegase, por eso el recibimiento ha sido más efusivo de lo normal, más cálido de lo que ella esperaba. Por un instante ha sentido que renacía, que el brindis con el que empezaba la noche podía ser también el pistoletazo de salida, el empujoncito, el zarandeo que agitate todas sus neuronas, la tan ansiada regresión. Sin embargo, ha sido escuchar el nombre de Marcial (en realidad Fonet ha dicho *el Ermitaño*, como suele referirse a él) y comprobar cómo el verde de su esperanza se opacaba.

A la nueva Zoe le van las tonalidades oscuras.

La mierda apenas se nota.

Aunque esté.

El verde oliva está bien.

El negro rencor, mejor.

—Bueno, ¿qué? —dice al fin.

—¿Qué de qué, Bella?

Es Fornet el que sale al paso. Lo hace elevando su botellín y estrellándolo contra el de Zoe.

—¿Qué habéis averiguado?

—No, amiga, ese no era el trato.

Ahora es Rubio el que interviene. Se nota que la idea de celebrar el encuentro allí ha sido suya. No para de moverse al son de AC/DC y está a punto de liquidar su cerveza. A diferencia de Fornet, él está casado y saborea mucho más esos minutos de libertad marital.

—Lleva razón Brian Johnson —interviene Fornet—. Dijimos que te lo contaríamos tomando una cerveza y hasta ahora tú solo le has dado un par de tragos a la tuya.

Zoe asiente conformista. Le habría gustado sonreír también, pero no le sale. Lo cierto es que está ansiosa por saber qué ha hecho Marcial con la información que le ha dado, porque sigue sin creerse que esa matrícula no tenga nada que ver con la muerte de Unai. Ese fue el verdadero motivo por el que les pidió a Fornet y Rubio que siguieran sus pasos, que le confirmasen por qué le interesaba tanto localizar a ese hombre. A tenor de la actitud distendida de sus compañeros, entiende que no debe tratarse de nada demasiado grave, al menos de nada ilegal. Da un sorbo a su Budweiser y decide aceptar su propuesta. Una cerveza no va a cambiar nada.

Su sed es de venganza.

Arreglan el mundo durante algo más de media hora. Zoe está apurando la segunda cerveza cuando decide poner fin a la hora del recreo:

—¿Qué? ¿Os parece que ya he cumplido mi parte? —Zoe muestra el botellín vacío.

—¡Aguafiestas! —Rubio, que sujeta su séptimo tercio de la noche, es el que ha contestado, medio en broma medio en serio.

Fornet es consciente de que no puede estirar más el chicle. En cierto modo, está satisfecho con el resultado. Sacarla de la madriguera después de un año, aunque haya sido a costa de chantajearla, es un buen primer paso. Le gustaría

devolverla al mundo como la conoció —alegre, predispuesta, solícita—, pero sabe que los puntos de sutura en el alma tardan años en reabsorberse, que las cicatrices son indelebles, así que opta por cumplir su parte:

—Vamos fuera.

Zoe y Fonet abandonan La Gas mientras Rubio se queda como custodio del pedazo de barra que con tanto esfuerzo conquistaron unas horas antes. Se alejan de la entrada y se dirigen hacia el muro que encauza la rambla de Benipila. Él se sienta, ella permanece de pie.

—Ha estado buscándolo toda la tarde en las dos direcciones que le dimos.

—¿Y?

—No ha sido allí donde lo ha encontrado.

La mueca de Zoe hace de interrogante.

—En casa de Marga, la mujer de Santibáñez.

Zoe analiza la respuesta. No le queda más remedio que reconocer que estaba equivocada, que en verdad lo que busca Marcial es saciar su instinto protector. Nada que ver con Unai.

Menos aún con Reyes y con el Cazador.

Fonet no se percata de la divagación de Zoe y continúa hablando:

—Eso no es lo mejor de todo.

—Sorpréndeme.

—Cuando se ha dado cuenta de que el tipejo estaba dentro de la casa, ha buscado su coche y le ha rayado todo el lateral. Está como una puta cabra.

Zoe entiende que a Fonet pueda resultarle anecdótico, pero ella sabe que el asunto no tiene nada de jocoso, que lo que representa Santi en la vida de Marcial es mucho más de lo que él jamás podrá, siquiera, imaginar. Entiende, y comienza a preocuparse por ello, la amargura de Marcial, la sensación de impotencia.

El que por lo visto no entiende nada es Fonet, que la mira como se mira un Miró: con el ceño fruncido.

—Y ahora que ya sabes todo lo que tienes que saber, ¿qué, te animas? —El

agente señala en dirección a La Gas. Intuye su respuesta, pero no se perdonaría no haber hecho el intento.

—Estoy cansada.

Fornet se incorpora y le planta un par de besos en las mejillas.

—Como quieras. Ya sabes que...

—Lo sé.

Ambos caminan en paralelo hasta que alcanzan la puerta de entrada al bar, allí Zoe continúa hacia La Alameda, donde ha aparcado el Clio, y Fornet se deja poseer por «Balas blancas».

Una vez en el coche, abre la guantera y extrae la carpeta con el informe preliminar de la científica. Las pesquisas han arrojado poca información sobre la autoría del asesinato del abogado. Más allá de saber que el proyectil —un 9 mm *parabellum*— que se incrustó en el cráneo de Matías Jairo fue escupido por una Sig Sauer, se han hallado infinidad de huellas que con toda probabilidad no tengan nada que ver con la muerte que debe investigar. No obstante, para poder descartarlas, ha mandado llamar a la secretaria, a la chica que limpiaba el despacho y a los últimos clientes con los que, según su agenda, se reunió el abogado en los días anteriores al fatal desenlace. Confía en que Marcial supiese borrar las suyas y no alimente las sospechas del subinspector Torán de forma innecesaria.

Arranca el motor y comienza a dar marcha atrás para incorporarse a la carretera. No lleva recorridos ni veinte metros cuando decide que está cansada de perder el tiempo, que ha llegado la hora de avanzar de verdad. Y sabe cómo hacerlo.

Parece el Día de la Marmota. Ha pasado una semana, pero todo está igual.

Igual que hace dos, que hace tres, que hace diez meses.

Gica conduce alegre el balón intentando sortear los rivales que salen a su paso. Logra irse del primero y del segundo, pero el tercero prevé su maniobra y le arrebató la pelota haciéndolo volar por los aires. Aterrizó en mala postura y el mundo se detiene. Lucía, que lo ha presenciado todo, se levanta del banco como si este tuviera un resorte, pero no alcanza a dar dos pasos cuando comprueba, reconfortada, que su hijo se ha puesto en pie como si nada.

«Es igual de duro que Sasha», piensa Marcial, que ha vuelto a ocultarse en la pinada para pasar inadvertido. Lleva allí desde las nueve y media. Por poco se le hace tarde. «Una noche larga», se excusa. Después del paseo con Sola, decidió que permanecer cruzado de brazos no era una opción, así que subió al 308 y puso rumbo a Las Seiscientas, donde se apostó en un lugar diferente del de la última vez, para no llamar la atención. No olvida que su Peugeot no es uno más. Ya no. No desde que una «M» tatúa la puerta del conductor. Lo mejor de la noche ocurrió cerca de las tres de la madrugada, cuando el Clio de Zoe inundó de luz la avenida principal. Ella se ubicó en la misma explanada en la que lo hicieron la última vez. A buen seguro confiaba en que nadie la reconociera. Valoró la posibilidad de acercarse, de advertirle de su presencia. Al final, optó por seguir en el anonimato, por observar su reacción si Eduardo Reyes daba muestras de vida. Pero las horas pasaron y la casa permaneció tan apagada como la última vez. La sospecha de que Amancio había telefoneado a su hijo para ponerlo sobre aviso empezaba a ser una certeza, así que a eso de las cinco y cuarto de la madrugada Marcial había abandonado la vigilancia

con la esperanza de que Zoe fuese lo suficientemente inteligente para usar su teléfono si el expresidiario asomaba la nariz por allí.

Había tenido que ser Sola la que le recordase que, con independencia de cuándo uno decide finalizar el día, siempre amanece a la misma hora. Por suerte para él, el reloj circadiano de la galga mantenía las ruedas dentadas perfectamente engranadas.

Gica continúa jugando ajeno a los pensamientos de Marcial, mientras Lucía parece inmiscuida en una discusión con un abuelo que no tiene pinta de pasar a mayores.

«Están hablando de política, seguro».

Marcial deja a un lado las suposiciones y vuelve la mirada a Gica. Acaba de recibir un pase de un compañero que lo ha dejado solo frente al portero. Es el momento que todo jugador sueña. Uno nunca está tan cerca de ser héroe o villano como cuando su decisión puede inclinar el resultado. El chico levanta la cabeza y visualiza dónde quiere poner la bola: la cepa del poste derecho. Golpea de primeras, sin parar el balón. El portero ha debido de intuir su acción, porque se lanza en la misma dirección; sin embargo, la pelota cruza la línea imaginaria y convierte a Gica en objeto de los abrazos de todos sus compañeros de equipo.

El balón, sin red que lo contenga, se ha adentrado en el pinar, muy cerca de donde está Marcial. Pero esto no es fútbol profesional y no hay recogepelotas.

Sí hay una ley.

La de la botella.

Así que Gica, una vez liberado de los parabienes de sus compañeros, sale al trote en busca del balón. Tras unos segundos de búsqueda, lo divisa. Lo sostiene entre sus manos un hombre corpulento de mirada compasiva. No es la primera vez que lo ve. Fue hace tiempo, en idénticas circunstancias.

—¿Me lo da?

Le gusta el trato deferente, un síntoma inequívoco de que Lucía está ejerciendo bien su papel de madre. Marcial lanza el balón y Gica lo controla

con el pie.

—Gracias —dice el chico antes de volverse y regresar al campo de juego.  
Marcial resuelve tomarse una semana más antes de arruinarle la existencia.

Los párpados le pesan. Las horas frente a la casa de Eduardo Reyes empiezan a pasarle factura. Decide tumbarse en el sofá y reponer fuerzas. No puede evitar fijar la mirada en el agujero de la pantalla del televisor. El recuerdo le agría el momento, pero por suerte la voz de Kutxi Romero evita que se recree en él.

Descuelga.

Una voz familiar lo llama por su nombre. Hurga en su memoria durante milésimas de segundo que el conversor al lenguaje sináptico transforma en años luz. Es una voz femenina, lo cual reduce las posibilidades bruscamente. Al fin se rinde y deja que sea su interlocutora quien se delate:

—Soy yo, Alicia, la de la residencia.

Pronto se conforma en su cabeza la imagen de un cuerpo achaparrado y con evidente sobrepeso. El rostro aparece difuminado bajo el fulgor de una sonrisa de anuncio de dentífrico. Hace un par de años que no la ve, el mismo tiempo que lleva conviviendo con la mentira de sus orígenes, los mismos años que hace que ha pasado a ser Marcial a secas, sin apellido ni árbol genealógico.

—¿Sí?

—Se trata de tu madre...

La recepcionista deja agonizar la frase. Marcial está seguro de que Dolores ha debido de informarla de todo.

—Dolores —precisa Marcial.

—Dolores —admite Alicia.

—¿Qué ha hecho esta vez?

—Bueno... Verás... Está ingresada en la UCI del Santa Lucía.

El silencio es ensordecedor. Alicia no se atreve a romperlo.

—La UCI —repite Marcial como si eso fuese suficiente.

—Hace una hora la encontramos tirada en el suelo de su habitación. Un ictus, dijeron los del 112.

El eco del silencio anterior parece una barrera insoslayable.

—Sé que las cosas entre vosotros no estaban muy bien...

—Gracias por avisar, Alicia.

Cuelga.

Ha visto esa película demasiadas veces, conoce la letanía. Dos familiares se pelean, dejan de hablarse, se odian en secreto, se maldicen en público, pero... Siempre un pero. Un pero que suele aparecer en forma de enfermedad terminal, de desgraciado suceso apocalíptico.

La luz al final del túnel.

La mano tendida para recorrerlo juntos.

El adiós.

Los reproches por el tiempo perdido.

Apaga el teléfono y lo deja en la entrada, junto a las llaves de casa. Sola lo observa, curiosa.

—No pasa nada, pequeña. —Marcial acaricia su cráneo, besa su hocico—. Vamos a descansar un rato.

La galga sube las escaleras y lo acompaña hasta su cuarto. Ocupa su lugar en la cama mientras Marcial se descalza. Ha hecho, mientras tanto, el esfuerzo de rescatar algún acontecimiento importante en el que Dolores hubiese estado presente.

No lo halla.

Resuelve que la memoria no es más que un receptáculo de adulterar recuerdos y se tumba junto a Sola con la esperanza de que esas vivencias se conserven en mejor estado que las de su infancia.

Ha dejado que el domingo siga por sus raíles sin entorpecer su recorrido. Una parada en el Tiago para obligarse a engullir algo digno de recibir el calificativo de alimento y de vuelta a casa.

De vuelta a la cama.

Los domingos siempre se dibujan melancólicos, del color del otoño. Y aunque el día a día de Marcial no entiende de domingos, la noticia del ingreso de Dolores lo ha cogido a contrapié, con el pasado escondido bajo la alfombra del salón y la mesa encima para evitar que se escape.

Ha buscado en su interior, escarbado en sus entrañas, pero no ha hallado nada.

Ni rastro de ella.

Es como si Dolores nunca hubiese existido, como si descubrir sus mentiras y su manipulación lo hubiese liberado de una carga incómoda, de unas alforjas pertrechadas para un viaje hacia ningún sitio.

Y, sin embargo, ahí está, tumbado en la cama con Sola y sin poder pegar ojo. No entiende por qué. Una llamada telefónica acude de nuevo al rescate. Lo coge temiendo que sea Alicia otra vez, que le insista en que debería visitar a Dolores, que le diga que ya no hace falta, que ya es tarde.

Pero el nombre que refleja la pantalla no es el de la recepcionista de la sonrisa eterna.

—Dime —le pide a Zoe.

—Lo tengo. Está aquí.

—¿Dónde estás?

—En el mismo sitio que la otra vez.

Marcial, en un acto reflejo, mira el reloj: falta un cuarto de hora para las siete de la tarde. Se pregunta si Zoe no ha vuelto a casa desde que se apostó allí la pasada madrugada. Teme que así sea.

Le preocupa que sea así.

Tanta obstinación puede jugarle una mala pasada. A ambos. La necesita lúcida, con esa clarividencia de la que ha hecho gala durante todo el tiempo que llevan trabajando juntos. Sabe que ya no son compañeros.

Solo socios.

Una sociedad limitada constituida para alcanzar un fin. Luego habrá que

disolverla, repartir beneficios —o pérdidas— y bajar la persiana, quién sabe si para siempre.

—Salgo ya mismo. No hagas nada hasta que llegue.

—¡Marcial!

—¿Sí?

—No olvides la Glock.

Están en el Clio. Apenas han cruzado las palabras imprescindibles para ponerse en antecedentes. En efecto, tal y como sospechaba Marcial, Zoe ha estado controlando la casa de Eduardo Reyes todo el tiempo, a excepción de una hora en la que se ha retirado para asearse y hacerse con provisiones que le dieran varias horas más de autonomía. Ha tomado la precaución, eso sí, de ir cambiando el coche de sitio para no llamar la atención.

El único síntoma que evidencia que Eduardo está en el interior de la casa es la luz que escapa por una pequeña rendija que queda entre la persiana y el alféizar de la ventana del piso de arriba.

—¿Cuál es el plan?

La pregunta la hace Marcial. No está acostumbrado a darle las riendas de sus decisiones a nadie, pero entiende que, en esta fiesta, el invitado es él.

—Entrar, darle una mano de hostias y hacerle cantar por bulerías —responde la anfitriona.

Marcial asiente y guarda silencio mientras la contempla. Parece enajenada: la vista fija en la casa, las aletas nasales dilatadas, el cuerpo en tensión. Toda ella es diferente. Marcial no conoce a esa Zoe. Es obvio que ha olido la victoria y no va a permitir que se le escape. Por fin tendrá las respuestas que tanto anhela. Marcial se pregunta si sabrá contenerse, si sabrá marcar los tiempos. Eduardo Reyes no es un enemigo cualquiera, es un hombre con empaque, bragado en aquellas lides. Un mal paso podría resultar fatal. Le preocupa que se le vaya la mano.

No por él, sino por ella.

No merece arruinarse la vida por un desgraciado. Necesita recuperar a la

Zoe cabal, la diligente. Debe obligarla a recobrar su lado más humano. Cree saber cómo hacerlo, así que tira de hipocresía para destensarla:

—Dolores está en la UCI.

—¿Qué le ha pasado? —Zoe no aparta la vista de la casa de Eduardo.

—Un ictus.

—Se recuperará: es una mujer fuerte.

El Clio vuelve a ser invadido por un silencioso óleo, uno en el que los sonidos resbalan y desaparecen sin hacer el más mínimo ruido. Marcial empieza a temer que no haya marcha atrás. Hace un segundo intento, aunque sin mucha fe:

—No he ido a visitarla.

—Lo sé. —Ahora Zoe sí que despega la vista de la casa y la posa sobre Marcial—. No es tu madre. No la quieres. No has vuelto a visitarla desde que supiste que te había engañado.

Las afirmaciones, aunque todas ciertas, aunque todas pronunciadas por él en alguna ocasión, suenan lapidarias e incuestionables en los labios de Zoe. Es innegable que su respuesta ha sido meditada, cuidadosamente estudiada para desvestir cualquier réplica que se aventure a hacer.

No la hace.

Marcial asume que ha de ser con esa Zoe y no con la otra con la que ha de arrancarle una confesión a Eduardo Reyes.

Han accedido al jardín tal y como lo hicieron la otra vez.

Han dejado que madure la madrugada para reducir las posibilidades de ser vistos. Tienen un plan. No el plan que Zoe ha mencionado arrastrada por sus ansias de venganza, sino un plan de verdad, uno más elaborado.

Zoe está casi segura de que cuando Eduardo entró en casa la puerta se cerró con el resbalón, así que, en principio, bastaría con la simple ayuda de una tarjeta y su pericia para abrirla. En el peor de los casos, podría atraparlo si optase por huir antes de lograr su cometido. Marcial entrará por la otra puerta,

la que hay en el lateral de la casa. Usará el método *bumping* otra vez.

La idea es cortarle las dos vías de escape.

Se separan y se colocan en posición. Marcial hace una señal con su linterna para avisar a Zoe de que está preparado. Ella responde de idéntica manera. No pasan ni veinte segundos cuando la Glock ya está golpeando la llave. La puerta se abre y la pistola recobra su posición natural en la mano.

Entra.

Efectivamente, en la casa hay alguien. Ese alguien, al parecer, hace tiempo que los ha mordido, y justo en el momento en el que Marcial cruza el dintel, lo ve salir por la otra puerta. Lo hace embistiendo a Zoe, que aún no ha tenido tiempo de desenfundar su arma reglamentaria. La agente cae de espaldas y se da un sonoro golpe.

—Alto ahí. ¡Policía!

La fuerza de la costumbre ha escogido las palabras por él. Por supuesto, Eduardo Reyes no le hace caso. Marcial sale corriendo en su dirección sin reparar en su compañera. El fugitivo salva la valla con increíble agilidad, lo cual le concede unos metros más de ventaja. El exinspector corre como un poseso, pero la noche es su enemiga; la falta de ejercicio también. No lleva recorridos ni cincuenta metros cuando se detiene a escudriñar entre la negrura del erial hacia el que ha huido Eduardo.

Nada.

Por lo visto, nunca han estado cerca de sorprenderlo: los esperaba. Toca empezar de cero. No lo siente por él, sino por Zoe. De pronto, cae en la cuenta de que no sabe si el golpe ha tenido consecuencias graves, así que vuelve a correr, esta vez en sentido opuesto, pero con idéntica sensación de fatiga.

Zoe no está bien. Le duele tanto el alma que el chichón de la cabeza ni le molesta. Tiene los ojos rojos, colmados de impotencia. Tan solo el orgullo impide que se derrame. Ha esperado el regreso de Marcial dentro de la casa. Está sentada en el sofá, con las luces apagadas, el brazo estirado más allá del

reposabrazos y, en la mano, como si fuese una extensión más de su cuerpo, la H&K con el cañón apuntando al suelo. Parece la estampa de una suicida indecisa.

—Lo encontraremos, Zoe —atina a articular Marcial en un vano intento por sonar empático.

—Ya no hace falta.

—¿Qué dices? ¿Vas a permitir que...?

—Sube y compruébalo tú mismo.

Marcial sube las escaleras tratando de adivinar qué es lo que ha encontrado Zoe para que de pronto Eduardo Reyes haya dejado de preocuparle. Apenas tiene tiempo de elucubrar una teoría cuando las palabras de su excompañera cobran sentido. Es lo único que lo tiene, porque Marcial no entiende qué hace el expresidiario sentado en una silla ni quién ha puesto un tercer ojo en su frente. La cosa está empezando a complicarse. No quedan nombres.

O sí.

Pero son nombres sin rostros, nombres de un tiempo pretérito que no encajan con el aquí y el ahora.

Una vez superado el sobresalto inicial, deja de divagar y comienza a prestar atención a los detalles. La estancia no muestra mayor desorden que el que presenciaron la última vez que estuvieron allí; sin embargo, la mesa donde encontraron las fotografías —las de Miralles y las suyas— está completamente vacía. Marcial cierra los ojos e intenta visualizar la escena de la persecución del asesino de Eduardo Reyes. Juraría que llevaba una mochila a la espalda, al menos le ha parecido apreciar una especie de bulto. ¿Es posible que esas fotografías sean tan importantes como para acabar con la vida de una persona para conseguirlas? Y si es así, ¿quién hay detrás de todo aquello?

—Estamos en el punto de partida otra vez —comenta Zoe.

—Pero no partimos de cero —replica Marcial.

Ambos se encuentran en el descampado viendo cómo Sola corretea y persigue presas imaginarias. Han acudido allí tras realizar un minucioso registro de la vivienda de Eduardo Reyes. Han tomado la precaución de usar guantes y no tocar más que lo imprescindible. No han encontrado nada que no hubiesen visto la última vez. La ausencia de las fotografías y los papeles parece ser el motivo por el que alguien ha decidido acortar la existencia del expresidiario.

—No. Es mucho peor: ahora arrastramos tres cadáveres más y llevamos al subinspector Torán pegado a la chepa. Verás en cuanto descubran el cuerpo la que se va a montar.

—Sabemos que a Domingo Bernal lo mató el Cazador porque estaba a punto de irse de la lengua —comienza Marcial evitando hacer caso del pesimismo que ha invadido a Zoe—; que al Cazador lo rescató Reyes, que fue quien, con toda probabilidad, colocó en el despacho de Matías Jairo las fotos que yo cogí. Y no se me ocurre otro motivo que no sea el de endosarle lo de Miralles —Marcial mira de reojo a Zoe para comprobar el efecto que sus palabras han causado en ella. No parece afectada, continúa con esa especie de enajenación mental transitoria que la ha invadido desde que convirtió la imagen de Eduardo Reyes entrando a casa en su tabla de salvación, en la respuesta de todos sus interrogantes, así que prosigue con su relato—, algo que lo convierte a él en el principal sospechoso de la muerte del abogado.

—Te recuerdo que Reyes está criando malvas.

—Esa es la cuestión: ¿a quién le estorbaba?

—Evidentemente, al mismo que mandó a Francisco Casanova que cerrase la boca de Domingo Bernal para siempre. Y no olvides que si fue Reyes quien rescató al Cazador no tiene mucho sentido que lo mate después de haberle dado alojamiento y comida durante un año.

—Lo han cebado como a un cerdo para matarlo en Navidad, aunque se han adelantado un mes.

—No me parece que sea el mejor momento para bromear.

—No es ninguna broma. Quizá el único motivo por el que lo rescataron fue por miedo a que cantara, pero tampoco podían permitirse el lujo de matarlo a las primeras de cambio: necesitaban que se enfriara la cosa, no darnos más carnaza. Pasado un tiempo prudencial, cuando las aguas han vuelto a su cauce, han decidido acabar la faena.

Zoe se queda pensativa. Es una teoría plausible, pero demasiado rebuscada. Ella aboga por hipótesis más simplistas y así se lo hace saber:

—¿Y si se suicidó de verdad?

—Imposible —sentencia Marcial—. Yo estuve con él frente a frente en la cochera de Fandiño y te digo que lo último que pasaría por la cabeza de ese hijo de puta sería quitarse de en medio.

Ambos callan de repente. Por primera vez desde que llegaron al descampado hacen introspección. Pasados unos interminables minutos, vuelven a buscarse la mirada. Parecen haber alcanzado la misma conclusión. Marcial es el primero en expresarla:

—Solo nos queda una opción.

—El Nene —completa Zoe.

Ante la imposibilidad de continuar con la vía principal, parece lógico buscar una alternativa, y para eso no queda otra que retrotraerse hasta el principio, hasta el nombre con el que empezó todo: el Pilonga. A ninguno se le pasa por alto que abandonaron ese camino demasiado rápido, que la muerte del Cazador fue extraordinariamente oportuna y las que acontecieron después,

también. Las palabras de Ricardo Forte, el asesor de Domingo Bernal, son lo único que tienen ahora, y cuando solo hay una alternativa siempre es más sencillo alcanzar el consenso.

En cualquier otra parte de la ciudad las tres de la madrugada no sería buena hora para hacer una visita; por fortuna, Lo Campano goza de huso horario propio y en ese instante se encuentran en el equivalente al mediodía peninsular. La afluencia de vehículos en la avenida Sánchez Meca, su arteria principal, la que la policía controla día y noche, es la que cabe esperar en el limbo de un domingo que fenece. Es lo que tiene disponer de una franja horaria independiente: el espacio-tiempo se difumina impidiendo discernir por dónde se transita.

No es el caso de Marcial y Zoe, que saben perfectamente que esa parte de la barriada en la que se encuentran, donde las farolas dejaron de iluminar hace demasiados lustros, es el lugar ideal para encontrar lo que necesitan. Si hay alguien que pueda rescatar del pasado algún secreto de Lo Campano es el Hierros. Y el Nene ya se conjuga en tiempo pretérito por aquellos lares. Marcial confía en pillarlo algo más lúcido que la última vez. Ha aparcado el 308 en la misma puerta del edificio y, aunque esta vez no hay ningún grupo de chicos dándole a las palmas y poniendo banda sonora a la noche, ha preferido no tentar a la suerte y ponérselo algo más difícil a los artistas callejeros de Lo Campano, así que ha dejado las luces encendidas simulando que hay alguien en el interior. No sabe si funcionará, pero no se le ha ocurrido otra cosa.

Marcial y Zoe entran al edificio iluminados por sus móviles. Al fondo del rellano, cuatro ojos rojos los escrutan desafiantes. Cuando consiguen acercarse lo bastante para que la luz los alumbre, pueden ver claramente un par de ratas grises, de rabos sonrosados, escoltando un mendrugo de pan. Con un movimiento raudo, Zoe gana el siguiente tramo de escaleras, aunque no parece ser suficiente para que los roedores se sientan a salvo. Marcial saca la Glock de la parte trasera del pantalón y mete una bala en recámara.

—¿Estás loco?! —susurra Zoe.

Marcial devuelve el arma a su lugar de origen y continúa el ascenso sin apartar la mirada de los cuatro puntitos rojos. Cuando llegan a la tercera planta, la puerta de la casa del Hierros está abierta. Al parecer, y atendiendo a la última visita que le hizo Marcial, es lo habitual. Por la rendija que queda entre la hoja y el marco se cuela una luz macilenta y varios fogonazos intermitentes que auguran que el televisor es la fuente de iluminación del salón. Marcial la empuja, pero es Zoe la que entra en primer lugar. Dejan atrás un pequeño recibidor e ingresan en el salón. La estampa que presencian es similar a la que hace unas horas encontraron en la casa de Eduardo Reyes, solo que esta vez la respiración acompasada del Hierros confirma que la mancha carmesí de su camiseta debe de ser ketchup o tomate. La televisión emite imágenes emborronadas de una película porno en la que dos chicas se contonean desnudas bajo la mirada atenta de un hombre barrigón nada apetecible. Zoe busca el mando del televisor por encima de alguna superficie, pero hay tanto trasto por todos lados que resulta imposible dar con él, así que la apaga pulsando el botón. La estancia se sume en una oscuridad impenetrable hasta que vuelve a usar la linterna del móvil; después, busca el interruptor de la luz y lo acciona.

Marcial ha permanecido en un estudiado segundo plano. Es obvio que Zoe quiere llevar la iniciativa en ese asunto. Parece justo; al fin y al cabo, la muerte de Eduardo Reyes le ha arrebatado sus respuestas.

Él ya tiene la que buscaba.

No es la que esperaba, pero ha decidido que no merece la pena luchar por más inocencia que la suya.

Quizá por la de Zoe, llegado el caso.

Está aburrido de apostar y perder, de jugar a la carta más alta, al palito más corto. Su propia existencia ya le provoca demasiados quebraderos de cabeza como para solucionar la de los demás.

Se obliga a volver al salón. Cuando lo hace, se encuentra a Zoe zarandeando

al Hierros, que no tarda en volver en sí. No se sobresalta, aunque tiene enfrente a una persona armada con lo que él más teme: una placa.

—¿Te acuerdas de mí? —Zoe hace la pregunta esgrimiendo credenciales. No está segura de que el Hierros sea capaz de recordar que era ella la que acompañaba a Marcial cuando le pidió que le hiciera una copia de la llave de la cochera de Fandiño, la misma que luego Marcial usaría para encerrar al Cazador.

El Hierros asiente despacio, sin apartar los ojos de Marcial. Efectivamente, da la sensación de estar mejor que la última vez.

—Tenemos un trabajo para ti.

Cuando llegan a la planta baja, los roedores no están; el mendrugo, tampoco. En la calle, la luz de los focos del 308 parece haber llamado la atención de un par de curiosos que se asoman por la ventana del conductor en el preciso instante en el que Marcial y Zoe ganan la salida.

—¿Qué coño miras?

—Tranquilo, Harry el Sucio, he visto un coche con las luces encendidas aparcado frente a mi casa...

El que habla es un gitano imberbe de no más de metro sesenta. El pelo oscuro sobrepasa con creces los hombros y aparece descargado por los laterales, exactamente el mismo corte que luce su acompañante. Aunque este sí que es bastante más alto y corpulento, tampoco aparenta haber alcanzado la mayoría de edad. Marcial sabe que eso no los hace menos peligrosos, sino todo lo contrario. Son conscientes de las prerrogativas que dicha condición les otorga y suelen abusar de ellas. Por suerte, él ya no tiene una placa que perder.

—¡Sepárate del coche!

—O si no, ¿qué?

Esta vez ha contestado el saco de músculos. Zoe está a punto de sacar su placa otra vez. Sabe que no es lo que le conviene. Si interviniera, tendría que justificar su presencia allí a esas horas. También la de Marcial, lo que daría

más carnaza a Torán. Justo cuando la ve echar mano al bolsillo del pantalón una voz surge de las alturas.

—¡Eh, vosotros! ¡Largaos a la mierda de una puta vez! ¿No tendríais que estar en la general? ¿Queréis que llame al Choco?

Los cuatro alzan la cabeza hasta la ventana del tercer piso, donde el Hierros saca medio cuerpo. Sin hacer comentario alguno, los dos jóvenes comienzan a alejarse, y Marcial hace un gesto de aprobación que no sabe si llega hasta los ojos del Hierros. Después, Zoe y él suben al coche y ponen rumbo hacia San Antón, donde aguarda el Clio.

Están alcanzando la zona de contenedores del puerto, la de la rotonda con la grúa que las nigerianas usan como campamento base de la prostitución, cuando abren la boca por primera vez.

—¿Crees que el Hierros será capaz de descubrir para quién trabajaba el Nene? —dice Zoe.

—Si no lo hace él, es que nadie puede hacerlo. Siempre podrías preguntar en comisaría. —Marcial ha respondido sin apartar la mirada de la carretera. En el escaso cuarto de vuelta a la rotonda ha recibido dos propuestas y ha visto tres pezones.

—Claro, si quieres también puedo poner un anuncio en el periódico.

Ahora Marcial sí gira la cabeza, pero no encuentra la mirada de Zoe, que ha optado por perder la suya por la ventana de su puerta. Ella también recibe una invitación.

Continúan por Capitanes Ripoll. Todo hace indicar que Marcial volverá a escoger el recorrido que pasa frente a la casa de Unai, así que Zoe decide contratacar a su manera:

—Mañana comienza el juicio.

—En unas horas.

Zoe mira su reloj: las 4:12.

—¿Vas a estar?

—¿Para qué?

En ese momento, el edificio de Unai se recorta frente a la ventana de Zoe. Esta aparta la mirada y regresa a la conversación.

—¿No te interesa lo que pueda decir de ti?

—Ni lo más mínimo.

—Lo cierto es que, salvo su confesión, poco más sirve para acusarlo.

—Él la mató.

—Lo sé. No digo lo contrario, pero ya sabes cómo funciona esto: si no hay pruebas concluyentes... —Zoe no remata la frase. Vuelve la vista a la ventana y comprueba con agrado que ya circulan a la altura del Mandarache.

—Solo él podía conocer algunos de los detalles que usó para recrear el escenario.

—No. Solo él, no.

Marcial vuelve a mirarla. Esta vez la encuentra. Sabe que únicamente Santi y él, amén del propio asesino del café, eran conocedores de todos los pormenores.

—¿Qué quieres decir?

—Parece obvio que va a cargarle el muerto al asesino del café.

Marcial suspira. Es un suspiro sonoro. Debe reconocer que Zoe tiene razón: es la única alternativa que le queda. A él, en cambio, no le hace ni puñetera gracia que vuelva a la palestra el nombre de la persona que desnudó su pasado.

No hace ni cuatro horas que se han despedido. Antes de hacerlo han trazado las líneas maestras sobre las que cimientan las esperanzas de alcanzar su objetivo, uno que, para Marcial, se ha convertido más una cuestión de amor propio que una necesidad real.

No así para Zoe, a la que le va la vida en ello.

Los papeles han quedado perfectamente definidos. Ella deberá continuar con la investigación de la muerte de Matías Jairo y confiar en que sus pesquisas la coloquen en el camino adecuado, que arrojen algo de luz que les permita salir de las tinieblas en las que los ha sumido la muerte de Eduardo Reyes. Mientras tanto, Marcial debe encargarse de visitar al Nene en Campos del Río, donde, según el Hierros, cumple condena. Por un momento temieron que se encontrase con el tercer grado, pero el hecho de que no solo acabase con el Pilonga, sino también con la vida de otro interno, al poco de haber ingresado en prisión, hace inviable tal privilegio penitenciario.

Con ese propósito, Marcial ha emprendido su camino hacia la localidad que da nombre al centro a primera hora de la mañana. Zoe ha sido la encargada de gestionar su visita directamente con el director, para esquivar la mastodóntica burocracia que lastra a este país en el que es más fácil hacer la declaración de la renta de un concejal de urbanismo de Marbella y que le salga a devolver que renovar el carné de conducir. El viaje ha durado poco más de tres cuartos de hora, casi el mismo tiempo que ha tenido que esperar hasta que Augusto Bassas, el director del centro, le ha franqueado la puerta de su despacho.

Se trata de un despacho coqueto, un cuadrado perfecto con un ventanal en el fondo que da a un huerto solar. Un sofá a un lado y una estantería de roble en

la pared opuesta complementan el escritorio. Augusto es un hombre alto, más de metro noventa, de calva lustrosa y rasgos demasiado comunes para llamar la atención. Viste un elegante traje negro en el que se echa en falta una corbata.

—Buenos días, inspector Lisón.

Con esa breve introducción, Marcial ya ha deducido el argumento que ha usado Zoe para aligerar la agenda del director y conseguirle un hueco esa misma mañana.

—Buenos días.

A Marcial le ha costado horrores contenerse, no extirparle el apellido al cargo; no obstante, es consciente de que ese es su salvoconducto allí.

—Siéntese. Usted dirá, inspector.

—Me gustaría tener un encuentro privado con... —Marcial cae en ese momento en que no se ha preocupado por conocer su nombre real—. El Nene.

—Imagino que se refiere a don Antonio Cantero Flores.

Marcial enarca las cejas y frunce los labios, y el director comprende en el acto que no tiene ni idea del nombre de pila del Nene. Sabe que eso le resta profesionalidad y, aunque en otras circunstancias le habría importado una mierda, al ir en nombre y por cuenta de Zoe decide inventar una explicación:

—Le estoy haciendo un favor a la agente Ochoa: no es mi investigación.

Augusto asiente con la cabeza. Parece haberlo convencido.

—Me temo que lo que me pide es imposible.

Marcial se esfuerza en dibujar la misma mueca que antes. Obtiene idéntico resultado.

—El señor Cantero se suicidó el pasado mes de diciembre.

Marcial no sabe ocultar su desconcierto. Parece que una nueva puerta se cierra delante de sus narices. No solo hace años que ha muerto el único Pilonga que conocen, sino que quien podría esclarecer algo de aquel suceso está a punto de cumplir su primer aniversario bajo tierra. Por un instante vuelve a calibrar la posibilidad de que Ricardo Forte les mintiera, de que se inventara el nombre del Pilonga. Pronto acude la imagen trémula del asesor a

sus retinas y desecha la idea. Es más proclive a pensar que quizá el asesor de Domingo entendió mal el nombre, que no escuchara «Pilonga»; quizá fue «Pitingo»; por qué no «Milongas». Está tentado de ponerse en pie y salir del despacho, de decirle a Zoe que abandona, que él no necesita respuestas para echar el pie al suelo cada mañana, que sus preguntas hace tiempo que se responden con monosílabos. Sin embargo, una inquietud de última hora cruza su cabeza y no se priva de acallarla.

—¿Estás seguro de que se suicidó?

Augusto Bassas se frota el rostro con vehemencia. Lo hace con las dos manos a la vez. Parece querer eliminar una bruma inexistente más allá de su cerebro. Marcial intuye que ha dado en el blanco, que hay algo de chicha para rascar ahí.

—Lo que voy a contarle ahora lo negaré hasta la saciedad si alguien me lo preguntara.

La mañana no ha podido empezar peor para Zoe. Aún no había puesto un pie en comisaría cuando saltó la noticia: un nuevo cadáver había aparecido en Las Seiscientas. A Zoe no le había hecho falta preguntar nada para conocer la filiación del finado. La única duda, que sabía que no tardaría en solventar, era saber cómo habían dado tan pronto con él. Pero, por suerte, más bien por desgracia, estaba Salvador Torán para saldar todas sus inquietudes. Apenas tuvo la información básica de quién era el muerto le pidió que acudiese a su despacho.

Y en esas estaba la agente en ese momento: sentada frente al subinspector y esperando que este terminase la llamada que había recibido nada más invitarla a entrar.

—¡Buenos días, agente Ochoa! —Torán la saluda cuando aún no ha colgado el teléfono—. Imagino que ya se habrá enterado de que ha habido un nuevo asesinato. Tres en el último mes. En Cartagena. ¿No está mal, verdad?

—Dos asesinatos y un suicidio.

—Por ahora.

—¿Qué quiere, subinspector?

—Imagino que el nombre de Eduardo Reyes tendrá algún significado para usted y para su amigo.

Zoe no responde. Las palabras de Marcial recordándole que es ella la que está desbrozando el camino del subinspector la previenen.

—Según parece, el señor Reyes no era ningún angelito. Pero imagino que no le descubro nada.

Zoe sigue guardando silencio. Ha decidido hacerlo hasta que el subinspector no le haga una pregunta directa, y a ser posible, que pueda responder de forma ambigua.

—Bien, veo que no tiene mucho que decir. Seguramente habrá pasado parte de la noche en vela, tratando de salvar a algún gatito atrapado en la copa de un árbol...

—¡Subinspector! Le agradecería que, si tiene que contarme algo, me lo dijera sin dar tantos rodeos; de lo contrario... Tengo cosas que hacer. —Zoe ha replicado tajante, aunque las piernas le tiemblan descontroladas como si hubiesen cobrado vida propia.

Salvador Torán se pone en pie y se dirige hacia la puerta de su despacho, del despacho que fue una vez el de Unai Miralles. Ase el pomo, pero antes de abrir, vuelve a dirigirse a Zoe:

—Primero fue Francisco Casanova; después, Matías Jairo, y ahora, Eduardo Reyes. Tres muertos en menos de un mes en una ciudad como Cartagena, todos con alguna relación, más o menos justificada, con el exinspector Lisón y con usted. Lo único que digo, agente Ochoa, es que si tiene algo que contarme, este es el mejor momento.

Zoe se levanta y permanece pensativa unos segundos; sin embargo, la melodía que le ha asignado a Marcial le ahorra el mal trago de reconocer que quizá Salvador Torán tenga razón.

—Un segundo —dice al descolgar mientras le hace un gesto al subinspector

para que abra la puerta.

Salvador Torán observa con impotencia cómo se aleja. Está convencido de que sabe mucho más de lo que dice.

—Vas a caer, por mis cojones que tú también vas a caer —musita entre dientes.

Zoe divisa a Marcial en el fondo, a la derecha de la barra. Se adentra en el local semivacío escrutando los rostros de los parroquianos para descartar cualquier cara conocida. Cuando alcanza su destino, observa que sobre la mesa descansan, vacíos, tres tercios de cerveza. En la mano de Marcial, uno, a medio llenar, hace el sempiterno viaje hasta su boca.

Ha sido ella la que ha elegido el sitio. A él jamás se le habría pasado por la cabeza quedar allí, pero Zoe no ha dado opción a réplica. «En el Baros en media hora» ha sido todo lo que ha dicho antes de colgar. La parte positiva es la ausencia de la camarera rubia a la que deben darle libre la mañana de los lunes. Marcial ha tomado nota del dato por si en un futuro puede resultarle de ayuda.

—Dime que tienes buenas noticias —le pide Zoe.

Marcial valora la mejor manera de resumirle lo que ha revelado su estancia en Campos del Río. Empieza por lo más sencillo:

—El Nene también está muerto.

Zoe dibuja una mueca en consonancia con sus sentimientos.

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Quién?

—Ese es el *quid* de la cuestión. En teoría se trata de un suicidio: se cortó las venas.

—¿En teoría?

—El director, un tal...

—Augusto Bassas.

—Eso es: Augusto Bassas. Según le contaron los funcionarios de prisiones, hacía tiempo que un preso se la tenía jurada al Nene, uno que llevaba algo más

de un año en esa prisión.

—Y creen que lo mató él. —Marcial asiente—. ¿Por qué no lo investigaron entonces?

—A nadie, ni al centro ni a Instituciones Penitenciarias, mucho menos al propio director, les interesa una investigación por homicidio. Tampoco es que el Nene fuese un preso ejemplar.

—Mataron dos pájaros de un tiro.

—Yo no diría tanto, pero seguro que ninguno lloró mucho su muerte.

—¿Y dónde está ese preso ahora?

—Allí. Cumpliendo condena por un delito contra la salud pública. Está con el tercer grado.

—¿Has hablado con él?

Marcial niega con la cabeza, vuelve a llevarse el botellín a la boca y da un pequeño sorbo. Después añade:

—Creo que primero deberíamos cerciorarnos de que tiene algo que ver con lo nuestro. A mí que un camello le cortara las venas a un soplón, sinceramente, me suda la polla.

—¿Tienes sus datos? —Zoe se saca una pequeña libreta del pantalón.

Marcial hurga en sus bolsillos. Por un instante parece haber perdido lo que busca. Es en un segundo intento cuando da con un trozo de papel escrito de su puño y letra. Después recita:

—Alejandro Suárez Sáez, nacido el 2 de abril del 88. Lleva en Campos del Río desde octubre de 2013.

Zoe lo anota todo y devuelve la libreta al bolsillo del pantalón; después, se dirige de nuevo a Marcial:

—Aprovechando que tengo a Rubio y Fonet con lo del abogado, me pondré con esto nada más llegar.

Los dos callan de repente. Pronto comprenden que no saben de qué hablar, que sus diálogos solo son fluidos cuando versan sobre muertes, engaños, venganzas o asesinatos. Marcial desvía la mirada hacia la camarera y eleva su

tercio para reclamar otro. Es Zoe la que vuelve a encontrar un tema de conversación apetecible: Salvador Torán.

—¿A que no sabes quién me ha citado esta mañana en su despacho?

—El enano calvo. —Zoe mueve la cabeza para confirmarle su buena puntería

—. ¿Qué quería esta vez?

—Han descubierto el cuerpo de Reyes.

—¿Tan rápido?

—Una llamada anónima.

Marcial sonrío irónico. No hay nadie, aparte de Amancio Reyes, que supiera que iban detrás de él.

—Ha puesto su punto de mira en nosotros —continúa Zoe—. Parece más interesado en demostrar que ocultamos algo que en descubrir si lo del Cazador es un suicidio o no.

—Espero que esta vez hayas estado más avispada.

Zoe se levanta. Tiene demasiado trabajo que hacer y poco tiempo que perder, y no piensa malgastarlo en justificar sus actuaciones. Deposita un billete de veinte sobre la mesa y se dirige a Marcial justo cuando la camarera aparece con el tercio de cerveza:

—Invito yo.

El exinspector la deja marchar sin añadir nada, sin rechazar la invitación. Necesita esas cervezas, la compañía de las rubias que siempre le dan la razón. Hoy no es un día más, hoy Villanueva se sienta frente a un jurado al que tratará de engañar. Hoy empezarán a colgarle el muerto a otro, a alguien que no pueda defenderse. Es la táctica más antigua del mundo. También la de esconder la cabeza cual avestruz, la de refugiarse en el fondo de una botella.

Desde luego, Marcial no puede negar que es su discípulo.

Cuando abandona el Baros comprueba con asombro que unas nubes grises y amorfas han secuestrado al sol. Los efectos de la cerveza parecen haberse multiplicado desde que recuperó la verticalidad, y siente licuarse todos sus

órganos internos. Ha vencido la arcada que amenazaba con vaciarlo en mitad de La Alameda de San Antón cuando una voz conocida se filtra por sus pabellones auditivos:

—¿Se encuentra bien?

Marcial se gira para comprobar si, efectivamente, la voz neutra y parsimoniosa que le resulta tan familiar es la de Lasaosa.

—Sentarme un rato allí no me vendría mal, la verdad —responde al confirmar que su sentido de la vista y del oído van de la mano.

Ambos caminan hacia el banco que hay a escasos metros de donde se encuentran. El comisario está tentado de ayudarlo, pero sabe que corre el riesgo de despertar a la fiera, así que se limita a acompañarlo y sentarse junto a él.

—Hoy ha empezado...

—Lo sé.

—Pensaba que querría estar allí.

—Pensaste mal.

Son demasiados años codo con codo para que a Lasaosa le sorprenda o le afecte la sequedad de Marcial. Sabe que detener a Villanueva es lo peor que le ha pasado como policía.

—No ha reconocido la autoría —prosigue el comisario.

—¿Cómo justifica la confesión?

—Dice que lo presionamos.

—Es una defensa absurda. —Marcial inspira profundamente para apaciguar el malestar estomacal que insiste en recordarle que las dos últimas cervezas no debieron llegar hasta ahí.

—La abogada ha alegado que todas las pruebas son circunstanciales y...

—En realidad tiene razón. Lo único que juega a nuestro favor es su confesión y el hecho de que conociese los detalles que no se hicieron públicos del ritual del asesino del café.

Marcial se levanta como si le hubiesen aplicado una descarga de dos mil

voltios en el trasero. Miguel Lasaosa lo observa con una mezcla de asombro y desconcierto. No tarda en entender, justo cuando se inclina sobre la papelera que hay al lado del banco, que el exinspector va a echar hasta la primera papilla. Seguramente se trate de una casualidad, pero ver que Marcial vomita tras pronunciar las tres palabras que más han influido en su personalidad, le parece, cuando menos, metafórico.

—He estado hablando con Zoe: me ha puesto al día —Lasaosa toma la palabra cuando ve que Marcial se sienta a su lado otra vez. Tiene mal color. Peor olor—. ¿Por qué tanto interés en quitarse de en medio a toda esa gente?

Marcial mira a Lasaosa con reticencia, a veces cree que no sabe qué se cuece ahí fuera, en el mundo, en ese paraje inhóspito donde la gente mata por un cero más en una cuenta (nada) corriente en las islas Caimán. Poco después concluye que esa es su mejor virtud, que es un jefe que deja hacer a los que saben, que no mete las narices donde nadie lo llama; uno que no se compra un perro si lo que quiere es ladrar.

—Hay alguien con mucho poder detrás, no te quepa duda. Una persona que con un solo chasquido de dedos puede decidir si alguien vive o muere. Y sabe que estamos cerca, así que ha decidido barrer la casa y sacar la basura.

—Ya.

—Ahora me toca a mí. —Marcial se ladea para mirar a los ojos a Lasaosa. El movimiento le hace sentir una punzada estomacal, así que se lleva la mano al vientre antes de proseguir—. ¿Quién cojones es el enano calvo que han mandado desde Castellón?

El comisario agranda los ojos ante el comentario inesperado de Marcial; sin embargo, no rehúye la respuesta.

—Solo le puedo decir lo que pone en su expediente, pero está tan reluciente que prefiero no hacerlo. Cuenta con el beneplácito de la delegada del Gobierno y, desde luego, está demostrando tener muy buen olfato.

—O alguien le está diciendo dónde debe buscar la trufa.

Lasaosa se tensa. Por unos segundos duda si Marcial lo está acusando de algo

o es una sospecha que salpica más a cargos políticos que policiales.

Marcial ha olido el miedo del comisario y, como buen depredador, no deja pasar la ocasión.

—¿Hablaste con alguien de lo del Cazador?

—¡¿Está loco?! —Lasaosa se incorpora de forma precipitada y mira desde arriba, en una ficticia posición de superioridad, a Marcial—. ¿Por quién me toma?

—Es solo una pregunta, comisario. Si Zoe no dijo nada, y yo tampoco, solo caben dos posibilidades: una, que tú te hayas ido de la lengua y dos, que el enano sea un puto sabueso de verdad. No te preocupes, en ambos casos estamos bien jodidos.

Lasaosa siente cómo todos los poros de su cuerpo empiezan a transpirar. Intuye que la verdadera causa no es la duda que ha planteado Marcial, sino la certeza, incuestionable, que ha arrojado.

—¿Es posible que alguien haya oído alguna conversación de las que has tenido con Zoe o conmigo? —El exinspector vuelve a sentir un reordenamiento intestinal que atenúa insuflando una gran cantidad de aire.

—Imposible. Siempre han sido en mi despacho, a solas.

—Alguien puede haber colocado micrófonos.

—Está paranoico, Lis... Marcial. ¿Por qué iba a hacer alguien eso?

—Tú sabrás.

Marcial se levanta y hace el esfuerzo de recordar dónde ha aparcado el 308. Es consciente de que no está en las mejores condiciones para sentarse al volante, pero la distancia hasta casa es tan corta, la tentación tan grande y la fuerza de voluntad tan frágil que colige que el sacrificio merece la pena.

—Piensa en lo que te he dicho, comisario.

Lasaosa contempla cómo Marcial se aleja con la mano sobre el vientre como si este fuera a desprendérsele. Ha salido ya del campo de visión del comisario cuando su estómago se empeña en demostrarle que lo suyo sí que es un asunto grave y no una burda indigestión ética. Lasaosa acelera hasta alcanzar la

misma papelera ante la que se ha reverenciado Marcial y deja que el bocadillo y la cerveza que ha tomado en el almuerzo salgan al exterior.

La casa es enorme. Se trata de una vivienda unifamiliar alfombrada por un jardín de grama en perfecto estado de revista. Un porche lateral se abre ante una piscina de dimensiones considerables. No hay luces en ninguna de las ventanas ni el Mercedes está bajo la pérgola. Todo parece indicar que el testigo de Jehová no está en casa. Marcial ha elegido un atuendo acorde para la ocasión. Viste de negro de pies a cabeza. Tan solo le falta un pasamontañas para ser como un atracador de película.

Sabe que no es necesario.

No en Roche Alto, una pedanía situada a unos diez kilómetros de Cartagena. La distancia al centro urbano es la suficiente para que el precio del metro cuadrado compensase los poco más de diez minutos de trayecto diario. Otra de las ventajas que hicieron que los jóvenes cartageneros hipotecasen cuarenta años de su vida y pusiesen sobre el cuello de sus progenitores una espada de Damocles fue la ausencia de construcciones de más de dos alturas. Todo ello convierte a Roche Alto en una ciudad dormitorio, una zona residencial que durante las horas laborables se halla parcialmente deshabitada.

Marcial ha acudido allí después de tomar un baño caliente, un espidifen y un par de pastillas más que no sabe bien para qué sirven. Y aunque la resaca ha viajado en el asiento del acompañante, no ha abierto la boca en todo el camino. Confía en que permanezca así el resto del día.

Ha tomado la precaución de aparcar lo suficientemente lejos para evitar dar el cante. La casa hace esquina y por uno de sus laterales, el que da a la piscina, linda con un descampado que haría las delicias de Sola. Desde allí su deficiente forma física es el único obstáculo que separa a Marcial de la casa

del testigo de Jehová. Se aproxima hasta el muro y lo estudia de cerca. Ahora le parece más alto de lo normal. No insalvable o sí, si no encuentra algo que le permita ganar unos centímetros de altura. Da una vuelta por el descampado en busca de algún objeto que pueda servirle. Tras un vistazo rápido hasta donde permite la oscuridad, desiste. Usará el plan B.

No es un buen plan, lo sabe, pero no tiene otro.

Regresa al 308 y arranca el motor. Se dirige, con las luces apagadas, hasta el lateral de la finca y pega el coche tanto como puede al muro. Antes de encaramarse al capó, comprueba que la única casa desde la que puede ser visto no dé muestras de estar habitada. Las luces apagadas y una broza silvestre dejan a las claras que hace tiempo que nadie frecuenta la vivienda.

La altura del Peugeot ha facilitado la tarea. Una vez en el jardín, se apresura a ganar la puerta principal. Nada hace intuir que la casa esté protegida por una alarma, una muestra más del absurdo convencimiento de que las cosas malas siempre les ocurren a los demás. Los accidentes, las enfermedades mortales, las paralelas de Hacienda.

Los robos.

Tampoco le cuesta someter la cerradura, no mucho más que la de Eduardo Reyes. La casa dispone de amplios ventanales que permiten prescindir de la luz artificial la mayor parte del día.

No es el caso.

El recibidor es de proporciones normales, un rectángulo donde tienen cabida un perchero de pie y un mueble con espejo. No así el salón, en forma de ele y con tres vías de escape, la más llamativa la que da a una puerta corredera como paso previo a acceder a la piscina. Marcial se detiene a pensar un segundo. En realidad no busca nada en concreto, simplemente quiere respirar el mismo aire que respira el testigo de Jehová, ver lo mismo que él ve a diario, palpar su atmósfera. Quiere saber quién es, qué hace y cómo ha dado con Marga.

Calibrar si el desvelo merece la pena.

El mueble del comedor tiene pocos cajones, así que no tarda nada en comprobar su contenido. No halla más que algunas facturas y cartas de su banco tratando de colarle algún nuevo producto financiero. De los ornamentos que hay en los estantes y en las cristaleras poco se puede inferir, así que decide tomar una de las salidas que lo conducen a una cocina con una isla central y con una zona diseñada para el desayuno familiar. «Solo le falta la familia», piensa Marcial.

«O no», se corrige.

Tampoco puede extraer ninguna conclusión de allí, más allá de comprobar que los útiles de cocina llevan escasas horas de vuelo. Imagina que el trabajo de comercial no es muy compatible con comer y cenar en casa. El frigorífico lo confirma: fruta, leche, yogures, algo de embutido, cervezas y poco más. La cocina tiene dos salidas: una hacia un distribuidor cuadrangular y la otra hacia el salón. Toma la primera y se enfrenta a cinco puertas, todas cerradas excepto la que comunica con el salón. Las abre antes de decidir por dónde seguir ajando la vida del testigo de Jehová. Se enfrenta a tres habitaciones de diferentes tamaños, una de ellas usada como trastero, y un baño completo. La habitación de matrimonio, donde es obvio que duerme el propietario, es la agraciada en el sorteo. Tiene vestidor y baño propio. Marcial abre armarios y cajones, rebusca entre la ropa, empuja perchas de un lado a otro y hace todo lo que está en su mano por obtener algo que le diga de qué palo va el hombre que Marga ha metido en su casa para olvidar a Santi. Sigue sin encontrar nada que desvirtúe la información que le dio Zoe. El resto de la vivienda tampoco le ha permitido a Marcial encontrar nada que justifique su aversión, algo que a ojos de Zoe no lo convierta en un obsesivo, en un troglodita incapaz de entender que Marga es lo suficientemente inteligente para saber lo que le conviene. No le preocupa la opinión de los demás, nunca lo ha hecho, pero ella no es una más.

Una vez completado el registro del resto de las estancias con idéntico resultado, se sienta en el sofá del salón y, por primera vez desde la muerte de

Santi, se plantea si merece la pena seguir protegiendo a Marga, si ella quiere que la proteja, si en realidad los está protegiendo. Le preocupa faltar a su palabra, pero el suyo es un consentimiento viciado, un juramento prestado a un desconocido, a un impostor que fingió ser una persona cuando era otra. No le duele que se corrompiera, ni siquiera sabe qué habría hecho él en su lugar. Le duelen la mentira, la desconfianza, las horas pasadas con un desconocido, las confianzas hurtadas. Cierra los ojos y lo asaltan las caras de Ana y Alfredo.

Daños colaterales.

Males menores.

Se le ocurren un sinfín de eufemismos para escurrir el bulto. Ninguno le place. Todos llevan tatuada la palabra «cobardía» en sus sílabas.

Y él no es un cobarde.

Se incorpora y abandona la casa tratando de que no queden evidencias de su paso. No le cuesta: últimamente ha practicado mucho. Cuando arranca el 308 comprueba que la noche, a pesar de la oscuridad casi absoluta que refleja el cielo desde hace horas, no ha hecho más que comenzar.

Zoe mira hastiada la pantalla del ordenador de Unai. Hace más de una hora que no se le ocurre ni una palabra que poner en el cuadro de diálogo; sin embargo, su terquedad le impide bajar la pantalla y reconocer que se enfrenta a un imposible.

La tarde en comisaría tampoco ha sido todo lo satisfactoria que esperaba. El historial delictivo de Alejandro Suárez es extenso, pero altamente incompatible con el homicidio. Ni una sola disputa en la que él haya mediado se ha saldado con heridos graves, y todas sus detenciones obedecen a su estrecha relación con la cocaína, con las drogas en general. Su vida carcelaria, según le ha confirmado el propio Augusto Bassas, al que ha telefoneado nada más regresar a comisaría, es casi ejemplar. Tan solo el buen quehacer de su equipo de funcionarios, que presumen de tener oídos en todas las celdas, le había permitido al director conocer su conflicto con el Nene, como ya le contó

a Marcial cuando este lo visitó.

Por otro lado, Fonet y Rubio no habían aportado nada que facilitase la investigación del asesinato de Matías Jairo. El arma usada, a la que se limó la posibilidad de seguir su rastro legal, no había sido reconocida por los contactos más avezados de los agentes en las cloacas cartageneras, así que Zoe ha pasado la tarde mano sobre mano y sin poder evitar que las palabras de Salvador Torán llenasen las paredes del despacho de Marcial donde había decidido, aprovechando que aún conservaba la llave, aislarse del mundanal incordio que reinaba en la segunda planta de la comisaría de Cartagena.

Un ruido que un año antes le habría pasado inadvertido.

Ahora, las risas, los intercambios de opiniones y el bullicio que se genera en cada cambio de turno se han convertido en una molesta rutina que eludir cuando la faena se lo permite. Un paso más en su marcialización, como le había dicho una tarde Fonet.

De repente, una idea cruza su cabeza; lo hace a toda prisa, dejando contornos fugaces tras su estela. Piensa que podría llamar a Marcial, que podrían regresar al L'altro Peccato, que podrían darse una tregua. Ella podría dejar de ser esa mujer cuyo único objetivo es saber quién ha matado a Unai, él podría dejar de ser un hombre solitario cuyo único incentivo para poner un pie en el suelo cada mañana es un animal de cuatro patas. Ambos podrían abandonar por unas horas sus tronos, donde reinan rencores, donde un consorte no tiene cabida.

Coge el teléfono y busca en el registro de llamadas el nombre de Marcial.

«Hay momentos en los que la vida manda señales que no se deben pasar por alto. Este debe de ser uno de ellos», piensa Marcial mientras alcanza la fachada del restaurante italiano que otrora fuese lugar de obligada visita.

Zoe está a pocos metros de él, aproximándose por Carlos III, pero desde su posición pronto entiende qué está pasando por la cabeza de Marcial en ese momento:

—No sabía que habían cerrado —dice a modo de saludo.

—Ni yo.

—¿Desde cuándo no...?

—Desde lo del Cazador.

Ambos guardan un súbito silencio frente a la fachada de L'altro Peccato, donde las luces permanecen apagadas y en la puerta un cartel desgastado por la inclemencia solar reza: «Se traspasa».

Los dos recuerdan perfectamente por qué dejaron de frecuentarlo, aunque prefieren no compartirlo en voz alta para evitar reabrir antiguas heridas.

Aquel había sido el oasis de Marcial durante mucho tiempo, demasiado. Allí había compartido infinidad de intimidades con Santi, había estrechado lazos con Zoe, había intimidado a Ricardo Forte e, incluso, le había pedido ayuda a Rodrigo Villanueva para buscar las grabaciones que su padre le hizo a Domingo Bernal.

Zoe, en cambio, tiene un historial mucho más reducido, aunque igualmente intenso. Allí conoció al verdadero Marcial, allí fraguó una sólida amistad con el policía al que más admiraba, allí se gestó la agente que era hoy día, allí comprendió que lo que enseñan en la Academia no es más que literatura.

Marcial dejó de llamarla y ella, por ende, de acudir. Ahora sabe que el verdadero motivo fue que descubrió su relación con Unai, pero durante mucho tiempo se convenció de que, simplemente, se había cansado de ver la misma cara todos los sábados. Ella, enamorada, no puso objeción al respecto y se dedicó a disfrutar de esa fase de las relaciones en la que hasta la verruga más repugnante de tu pareja se convierte en un gracioso lunar. Él, en cambio, se cansó de ser él mismo, de atesorar todos los recuerdos entre aquellas cuatro paredes como si fuese una caja.

Pero todo eso lo dicen sin hablar, sin mirarse, sin apartar la vista del cartel que ha dejado sin coartada aquel encuentro. Al final, es Zoe, la propietaria de la idea primigenia que los ha llevado hasta allí, la que propone una alternativa:

—¿Vamos a otro sitio o prefieres dejarlo para otra ocasión?

—Tengo hambre.

—¿Alguna sugerencia?

—Un sitio donde no tarden mucho en servir y donde los camareros me dejen comer en paz, sin preguntarme cada dos por tres qué tal va la cena ni pretendan llenarme la copa cuando esté vacía.

—Conozco el sitio perfecto.

Es la primera vez que va a un *fast food*, que él recuerde. Germán Lisón no era muy partidario de ese tipo de comida y así se lo hacía saber cada vez que Marcial insinuaba la posibilidad de acudir a uno de esos locales en familia. Ahora, a años vista de aquello, cree que lo que en realidad no le gustaba a Germán era la familia.

La hamburguesa que ha devorado y las patatas con extra de sal no han resultado ser nada del otro mundo, pero han satisfecho la función principal que Marcial le pide a cualquier alimento: engañar al hambre durante algunas horas. Lo único que lo ha decepcionado ha sido la cerveza del menú: un agua amarillenta con una finísima capa de espuma que se había difuminado antes

incluso de depositar la bandeja en la mesa.

Zoe aún no ha terminado de cenar, pero Marcial está aburrido y decide empezar la conversación, la importante de verdad y no la fútil que han mantenido hasta el momento:

—Lasaosa vino a verme esta tarde.

—Lo sé: fui yo quien le dijo dónde estabas.

—¿También sabes de qué quería hablarme?

—También —responde Zoe con un trozo de hamburguesa a medio masticar en la boca, que trata de ocultar con la mano a modo de barrera.

—¿Te ha contado lo que le dije?

Niega con la cabeza mientras se ayuda de su Coca-Cola para deglutir.

—Lo cierto es que nunca lo había pensado hasta que lo pronuncié en voz alta, pero luego he reflexionado sobre el asunto y puede que no sea tan disparatado.

—¿Tengo que preocuparme?

—Valora tú misma. —Marcial echa el cuerpo hacia delante para recortar la distancia y poder bajar el tono de voz—. ¿Y si el enano calvo sabe lo que ocurrió? ¿Y si os escuchó hablar a ti y al comisario alguna vez?

—Imposible: siempre hemos sido cuidadosos.

—Está bien, entonces solo cabe la posibilidad de que alguien lo mandase para controlarnos.

—Pero ¿quién iba a querer controlarnos? ¿Y por qué? —Zoe aparta su bandeja: el cariz que está tomando la conversación le ha quitado el apetito.

—¿No te lo vas a comer?

—No tengo hambre.

—¿Puedo? —Marcial ni siquiera ha esperado a recibir la contestación para acercar la bandeja hasta su posición—. Piénsalo —dice después de dar el primer bocado.

—No tengo nada que pensar, Marcial. Nadie, excepto Lasaosa, tú y yo, sabe lo que pasó aquella noche. Y Lasaosa ni siquiera sabe que el Cazador no estaba en la cochera cuando tú regresaste.

—Eso solo es verdad a medias. —Marcial echa un ojo a la zona de pedidos y ve que la cola está formada únicamente por una pareja que ya está haciendo el suyo—. Dame un minuto.

—¿En serio? ¿Me vas a dejar así?

—Necesito una cerveza o moriré atragantado. Tardo un minuto.

Marcial se coloca detrás de la pareja de adolescentes mientras Zoe trata de buscarle algún sentido a la frase que ha dejado colgando su excompañero, pero no lo consigue.

—Ya estoy aquí. —Marcial se sienta, le da un sorbo al vaso de plástico y renueva la impresión que ya obtuvo con la primera cerveza—. Te decía que hay mucha más gente que sabe lo que pasó aquella noche, pero no en nuestro bando. Alguien que tiene tanto poder como para quitarse de en medio al empresario más conocido de la ciudad y quedarse tan ancho; alguien que tiene contactos en las altas esferas; alguien que puede tener policías en nómina.

—¿Estás diciendo...?

—Joder, Zoe, no eres tonta. Sabes perfectamente lo que quiero decir. Y no me negarás que es una posibilidad.

La agente no responde, se limita a evocar en su memoria los meses que ha compartido con Salvador Torán. Su comprensión, su afecto, su mano tendida, su deferencia con el asunto del despacho de Unai. Si su relación profesional no se ha afianzado más es porque ella es una persona herida, marcada por el odio, con la visión periférica atrofiada y un único objetivo al final de su mirada de túnel. También rememora cómo hace un par de días todo aquello cambió; cómo puso los galones y el apellido por frontera; cómo insinuó; cómo dejó caer.

—Supongamos que tienes razón y que Torán está con ellos, ¿qué sentido tendría haber esperado tantos meses para ir a por nosotros pudiendo haberlo hecho desde el primer día? No olvides que si fuese de los malos —Zoe entrecomilla con las manos— el Cazador lo habría puesto al corriente hace mucho tiempo.

—¿De verdad no lo ves?

—Ilumíname —se rinde Zoe.

—Es obvio que si el objetivo hubiese sido solo yo podrían haberlo hecho como tú dices, pero ¿por qué desaprovechar la ocasión para quitarse de en medio a todo bicho viviente que supiese algo y después cargarles el muerto a los que podían destapar todo su entramado? —Marcial guarda silencio para que Zoe reflexione, sin embargo, le puede el ansia por compartir con ella su razonamiento y reanuda la explicación de su hipótesis—. El Cazador sabe quién ordenó matar a Domingo Bernal, Eduardo Reyes sabe quién mandó vigilarnos a Miralles y a mí, además de rescatar al Cazador, y Matías Jairo era el que daba sustento legal a toda la organización y, por lo tanto, el que más sabía y más nombres podía largar. Todos fuera de juego. Todos muertos. Ahora solo deben demostrar que secuestré a Francisco Casanova para poder cargarnos todo el marrón. Les basta con argumentar que eran los que podían delatarnos.

Zoe permanece meditabunda. Esta vez Marcial prefiere darle todo el tiempo que necesite: quiere conocer su opinión, saber si está dispuesta a fijar un nuevo objetivo, dejar a un lado el asunto del Nene y colocar el puntito rojo del láser sobre la sesera de Torán.

—¿Y cómo explicas lo de las fotos de Unai en el despacho del abogado?

Marcial sonrío por dentro, pero se cuida mucho de que se le note por fuera. Es una gran policía. No deja nada en el tintero. También tiene explicación para eso.

—Saben que la muerte de un policía no se abandona así como así. Seguramente no tengan controlados a los que han enviado de Madrid, así que tratan de ponerles el cierre del caso en bandeja colgándole el muerto al abogado: al fin y al cabo, ya no podrá defenderse.

Zoe contiene el dolor que le ha ocasionado escuchar el modo tan aséptico que Marcial ha empleado para referirse a Unai. Es consciente de que no es el momento de enfangarse en esos detalles.

—¿Qué sugieres?

Marcial no ha planeado nada aún, pero le congratula saber que está dispuesta a ponerse de su lado, que sigue fiándose de sus corazonadas. Está a punto de decirle que empezará con un seguimiento, pero en ese instante el sonido de su móvil lo interrumpe. El número de la pantalla no va asociado a ningún nombre, pero Marcial sabe perfectamente quién está al otro lado del aparato.

—Dime, Alicia.

Y Alicia le dice mientras Zoe trata de bucear entre mohines y surcos de piel, de leer los lapsos entre parpadeos, de interpretar los silencios. Y debe hacer todo eso porque Marcial apenas pronuncia palabras durante la conversación. Al final, cuelga sin que la agente haya sacado en claro nada del lenguaje no verbal del exinspector.

—¿Ocurre algo?

—Dolores.

—¿Ha...?

—No... Aún no.

A Zoe no le hace falta más para saber que en el interior de la cabeza de Marcial se está librando una batalla donde la cordura tiene todas las de perder.

—Ve a verla. Olvida por un momento a la mujer que te ocultó la verdad y céntrate en la que te crio. No tienes que pensar que es la misma. Nadie lo es con el paso del tiempo. Ni tú, ni yo. ¿Acaso queda rastro de quienes fuimos? La que está en la UCI no es la mujer que te ocultó tus orígenes, sino la que te dio el biberón y te llevó de la mano a la guardería, la que te secaba las lágrimas cuando tenías pesadillas.

Marcial ha escuchado la historia de Corín Tellado con suma atención y prefiere no apostrofar nada, no tocar ni un ápice del final que Zoe ha narrado, así que, simplemente, se levanta y se despide con un «mañana hablamos» que no parece ser suficiente para la agente.

—Prométeme que irás a verla —insiste.

—Te lo prometo.

Aparca frente a casa y abre la puerta con el enfado aún cosido al rostro, que se destensa nada más apreciar la imagen de Sola agitando su cola con fervor. No hay mejor medicina para Marcial que su compañía. Le coloca el arnés y comienza a recorrer el mismo camino de siempre, el de cada noche, el de cada mañana. El de cada vez que la vida lo sacude.

Y no son pocas.

No puede evitar, durante el trayecto, darle vueltas a la llamada de Alicia. Según la recepcionista de la sonrisa perenne, Dolores está viviendo sus últimas horas. Al parecer, los médicos la han desahuciado. No así Víctor, un medio hermano que las mentiras de Dolores y Germán mantuvieron en el anonimato más de dos décadas y que a Marcial no le hubiese importado dejar ahí el resto de sus días. Todo aquello le molesta. Le enfada.

Le enfada que Dolores se vaya de este mundo como si fuese la víctima.

Le enfada que Víctor esté a su lado ahora como si la conociese, como si tuviese la certeza de que la persona que se mantiene conectada a la vida por unos tubos es la misma persona que él conoce hace apenas un par de navidades.

Le enfada que Alicia reclame su presencia, que piense que por pasar las últimas horas de su existencia junto a ella va a aparcar décadas de incompetencia maternal, de inhibición premeditada.

Le enfada que, ahora sí, Zoe le pida que acuda a verla, que se despida, que le cuente un cuento donde al final se comen perdices.

Pero todo eso se esconde en un lugar inaccesible de su cerebro en cuanto llega al descampado y Sola se detiene para clavar sus ojos almendrados en él. Todo es diferente si ella está a su lado; si su amiga, al parecer la única que de

verdad le queda, continúa regalándole esa mirada límpida cada día.

Marcial la libera de la cadena y la galga comienza a galopar. Pronto desaparece de su campo de visión y solo es capaz de percibir su presencia por el ruido lejano que sus patas emiten en cada desplazamiento, en cada inmersión entre los arbustos que Sola realiza como si fuese la primera vez que los viera, con esa ingenuidad canina que no deja de sorprenderle.

Así transcurre la siguiente media hora: solo con Sola; solo sin Dolores.

Una vez recobrada la calma y con el firme convencimiento de que Dolores en realidad murió hace mucho tiempo, decide que ha llegado la hora de emprender el camino de vuelta.

No recuerda cómo ha llegado hasta allí. No es la primera vez que le pasa, algo que, lejos de tranquilizarlo, lo turba profundamente. Baja del coche y contempla el edificio que tiene frente a él.

Allí empezó todo.

Marcial avanza dubitativo hacia el portal y se detiene delante de la puerta. Vuelve a hacer un esfuerzo para recordar. Para entender.

Nada.

Ni siquiera una vaga reminiscencia de qué ha podido ocurrir. No le duele la cabeza y el paladar no tiene la amargura propia de sus borracheras. Sabe que hay drogas que anulan la voluntad, otras que te hacen perder la consciencia, pero tampoco entiende cómo podrían habérselas dado. Tan solo hay una certeza en todo aquello: solo esa puerta de cristal y ocho pisos lo separan de la casa de Villanueva, del lugar donde conoció a Zoe, de la cocina donde el cuerpo desnudo de Enma Novoa introdujo al asesino del café de nuevo en su vida. Siente el imperioso deseo de abandonar, de alejarse del zaguán, de no mirar atrás. Sin embargo, hay una fuerza misteriosa que lo mantiene petrificado, una necesidad de entender por qué.

Cómo.

Traga saliva e instintivamente toca las cachas de la Glock. Pulsa varios

timbres a la vez con la única precaución de no hacerlo en el octavo. Ni siquiera sabe la hora que es. Su reloj de muñeca ha desaparecido y el móvil tampoco está en su bolsillo. Es de noche, eso sí. Madrugada profunda, intuye. Unas voces roncadas y vacilantes se lo corroboran por el telefonillo.

—¡Policía!

Sorprendentemente, la puerta emite un sacudido eléctrico sin necesidad de apostillar nada más. Baraja la posibilidad de subir por las escaleras, pero el autoengaño le dura poco y llama al ascensor. Accede y pulsa el botón con el número ocho desgastado. Entre el tercero y el cuarto saca el arma de la parte trasera del pantalón y comprueba que hay una bala en la recámara. En el sexto el corazón amenaza con salirse del pecho.

Octavo piso.

Respiración entrecortada.

Pega el oído a la puerta y trata, sin mucho éxito, de discernir algún sonido, así que saca el manojito de llaves del bolsillo de la cazadora de cuero y procede de la misma forma que hizo en casa de Eduardo Reyes. La cerradura se resiste un poco más, pero al final cede.

Puerta abierta.

La Glock vuelve a la mano derecha de Marcial en la posición adecuada para abrir fuego. La casa está completamente a oscuras, así que deja que transcurran unos segundos para que sus pupilas se adapten al nuevo flujo de luz.

Entra al recibidor.

Sigue sin oír nada. Conoce de memoria la distribución de la casa. Sabe que a mano izquierda está la cocina, por eso no ha mirado aún hacia allí. Tiene miedo de que la historia se repita, de volver a ver la misma película, de ser el protagonista de un final donde nadie sabe quiénes son los buenos. Sin embargo, es consciente de que no puede seguir progresando sin haber supervisado todas las estancias, sin saber qué tiene a su espalda. Se gira y enciende la luz.

Grita.

Corre hacia la mesa para convencerse de que sus ojos no le engañan.

No lo hacen.

Todo se repite. Todo vuelve a empezar. Las tazas de café, las cucharillas sobre los platos, el cuerpo desnudo de una mujer, el cráneo destrozado, las manos sobre el mantel, el dedo anular seccionado, el olor a café. Todo es exactamente igual que en 1995. Idéntico a 2013.

O no.

Porque esta vez el cuerpo que hay sentado sobre la silla no es el de una desconocida, al menos no tan desconocida como el resto de sus víctimas.

Marcial ha tratado de contener el pujo de llanto que ha nacido en la garganta y discretamente ha escalado hasta sus ojos, pero al final ha sucumbido a su ímpetu y ahora un mar de lágrimas baña su rostro. Solo es capaz de proferir un grito de frustración.

Un grito que lo dice todo:

—¡¡¡Zoeeeeee!!!

El día despunta despejado. No hay rastro de las nubes que han enturbiado las últimas jornadas y la lluvia parece relegada al olvido. Marcial permanece sentado en el bordillo mientras el martes empieza a desperezarse. Sola, en cambio, pasea ajena a todo sin más preocupación que reafirmar sus olores en aquellos sitios donde parece haber perdido algo de intensidad.

—Vamos, Sola. Es hora de regresar. —Marcial se pone en pie mientras espera la llegada de la galga.

Todavía le duele la cabeza y el cuerpo empieza a exigir las horas de descanso que le ha robado la madrugada. Pero Marcial tiene miedo a cerrar los ojos. El cuerpo inerte de Zoe parece parapetado tras sus párpados.

Sin duda, la muerte de Zoe a manos del asesino del café ha sido la peor pesadilla de su vida. Se ha despertado empapado en sudor. Eran poco más de las cinco de la madrugada cuando comprendió que todo era un sueño.

Un mal sueño.

El peor de los sueños.

Ha intentado dormir, pero no le ha quedado más remedio que asumir su derrota y acompañarse de Sola para combatir el insomnio. Y ahora, apenas unas horas después, el cansancio comienza a pasarle factura.

Una vez con Sola a su lado reanuda el camino de vuelta. En las calles comienza a haber movimiento de coches, de niños camino de clase. Siente la tentación de llamar a Zoe, de oír su voz, de cerciorarse de que todo ha sido una horrible pesadilla. Necesita saber que está bien, que el asesino del café sigue lejos de su vida. Sin embargo, no lo hace. No la llama porque teme que le pregunte por Dolores y él no tiene ganas de volver a mentirle. Ni siquiera

sabe si sigue viva. Imagina que no tener nuevas noticias de Alicia aumenta las posibilidades de que así sea. También cabe la opción de que la recepcionista haya arrojado la toalla. Marcial abre la puerta de casa y sube a la habitación directamente; sin quitarse la ropa, se deja caer sobre la cama aún deshecha. Mientras el sueño se abre paso, es capaz de sentir un peso de culpabilidad por no estar siguiendo a Torán. Su repentina huida del McDonald's no le permitió acordar un plan de acción con Zoe, pero es obvio que si alguno de los dos ha de controlar al nuevo subinspector ese debería ser él. No le da tiempo a reprocharse nada más, porque Morfeo lo agarra con fuerza a los pocos segundos y lo arrastra hacia él.

Tarda en reconocer el sonido que lo ha despertado. Hace tanto tiempo que no recibe visitas, que, por un instante, la estridencia del timbre de casa le hace dudar si todo forma parte de un sueño. Pero la insistencia con la que percute en sus sienes lo aleja de toda duda.

—¡Va! —grita mientras se incorpora.

Silencio.

Cuando abre la puerta la imagen de Zoe se recorta ante él y todo el enfado que había acumulado en el trayecto se desvanece. Siente ganas de abrazarla, de decirle que se alegra de que esté bien, pero la agente entra sin cruzar siquiera un «buenos días» y se dirige al salón. En mitad del pasillo, Sola le corta el camino y ella, ahora sí, se detiene a saludar a la galga sin escatimar en caricias. Marcial cierra y la sigue hasta que ambos se encuentran cara a cara en mitad del salón.

—No te lo vas a creer —dice al fin.

—¿El qué?

—Cuando me dijiste lo de la muerte del Nene le pedí a Rubio que investigase a Alejandro Suárez...

—¿Alejandro?

—Sí, hombre, el que me dijiste que se la tenía jurada al Nene, el que

sospechan que pudo tener algo que ver con su muerte.

—Ah, vale. ¿Y?

—¿Sabes quién es el abogado que llevaba su caso, el que le consiguió el traslado a Campos del Río?

—¿No jodas?

—Me temo que sí joderé. Y mucho.

—¿Y qué pinta Matías Jairo en todo esto?

—A lo mejor es solo una maldita casualidad...

—Las casualidades no existen, Zoe.

—Está bien, pero ¿cómo se come esto?

—Yo tampoco lo sé, pero esta misma tarde volvemos a hacerle una visita al Hierros. Necesitamos conocer más a fondo al Nene, quizá hemos tenido la respuesta delante todo el tiempo y no hemos sabido verla.

—¿Esta tarde? ¿Por qué no ahora?

Marcial mira su reloj: aún no han dado las diez de la mañana.

—Es más fácil que dimita un político en este país que pillar al Hierros en su casa ahora. A buen seguro está durmiendo la mona por ahí.

—No perdemos nada por intentarlo —insiste Zoe.

—Sí: el tiempo. Hazme caso: mejor esta tarde.

Zoe acepta, lo hace de forma tácita cuando suelta la siguiente pregunta:

—¿Qué tal Dolores?

Marcial la observa con detenimiento. Hay algo en el tono de voz que delata que ya conoce la respuesta, así que opta por no jugársela.

—No fui a verla.

La sinceridad ha cogido a Zoe por sorpresa, así que no es capaz de reaccionar, y Marcial comienza a explicarse:

—No pienso hacerlo. Ni ahora ni nunca. Dolores está muerta para mí.

—Pero...

—No es tiempo de peros.

Zoe acata su decisión, la sabe irrevocable. Sopesa mentalmente sus opciones.

Allí ya no tiene mucho más que hacer, y Marcial tampoco da síntomas de querer que su visita se alargue. Es en ese momento, en el que ambos se calibran el silencio, cuando el agujero del televisor llama la atención de Zoe.

—¿Qué le ha pasado?

—Un accidente.

—Ya. —Los dos vuelven a no saber qué hacer—. Me tengo que marchar: voy a redoblar esfuerzos en la muerte de Matías Jairo.

—No olvides al enano.

—Estaré atenta, descuida.

Zoe dirige la mirada hacia el televisor otra vez.

—¿Fue con la Glock? —Marcial asiente—. Pues yo que tú sacarías el proyectil de la pared. No te conviene que se sepa que la tienes tú, por si acaso.

Marcial se detiene, la ve cruzar el pasillo y salir de casa sin despedirse. No sabe lo que ha querido insinuar con aquella frase, aunque debe reconocer que tiene razón, así que va al patio y busca unos alicates en el armario donde guarda la caja de herramientas.

Mientras se emplea a fondo en la tarea de extracción de la bala, intenta buscarle una explicación a lo que Zoe acaba de confiarle. No le parece banal que el abogado que ha sostenido la trama de Domingo Bernal, el mismo que alguien ha quitado de en medio en cuanto ellos han empezado a escarbar, sea el que ha promovido el traslado de Alejandro Suárez, y que dicho traslado haya llevado, según los propios funcionarios de prisiones, a la muerte del Nene, que, a su vez, se encargó de eliminar al Pilonga, que no dejaba de ser el nombre con el que Zoe y él habían comenzado a hurgar en las entrañas de aquella telaraña delictiva que cada vez se enmarañaba más. Pero hay una cosa que a Marcial le chirría especialmente en todo aquel cóctel de nombres: la escala temporal. El asunto del Nene y del Pilonga se remonta a finales de los noventa, una época demasiado lejana para poder establecer cualquier tipo de relación con Domingo Bernal, el Cazador y el propio Matías Jairo.

Al final, Marcial consigue desincrustar el proyectil, pero sigue sin entender qué significa todo aquel embrollo de nombres y fechas.

La puerta de la casa del Hierros vuelve a estar abierta. Marcial la golpea con el puño para advertir de su presencia, pero no obtiene respuesta. Aun así, Zoe y él entran. Esta vez es él quien abre el camino. La vivienda dispone de un buen flujo de luz natural que les permite comprobar con relativa rapidez que el confidente no está ni en la cocina ni en el salón. La puerta del fondo, la que conduce a un pasillo con tres puertas, está cerrada. Se dirigen a ella y la franquean. Lo hacen gritando el nombre del Hierros para evitar malentendidos. Nadie responde.

Abren la primera puerta y descubren una habitación con síndrome de trastero. Es un cuarto lúgubre, lleno de cajas y objetos de dudosa utilidad que hacen que circular por sus escasos ocho metros cuadrados sea poco menos que un imposible. Siguen avanzando por el corredor hasta la siguiente puerta. También la abren. Un hedor fétido los abofetea al instante. Se trata de un cuarto de baño que el olor a cloaca y agua estancada convierte en un lugar insalubre en el que ningún ser humano debería permanecer más tiempo que el estrictamente necesario. Cierran a toda velocidad y se dirigen a la última estancia. Imaginan que es la habitación del Hierros.

Imaginan bien.

También está vacía. La cama está sin hacer, hay un montón de ropa por el suelo y varias jeringas usadas junto a trozos de papel de aluminio quemado descansan sobre la mesita de noche. Las gotas de sangre en el suelo y algunos muebles confirman que ahí es donde el Hierros se mete el caballo, su puerta de acceso a un mundo donde nadie tiene prisa, donde el miedo no tiene cabida.

Marcial y Zoe se interrogan con la mirada, pero no tienen tiempo de

responderse porque un ruido en la otra punta de la casa los alerta de que ya no están solos. Ambos esgrimen sus armas sin haberlo convenido, simplemente arrastrados por la fuerza de la costumbre. Acción-reacción; puro protocolo convertido en acto reflejo. Recorren el camino de vuelta con parsimonia, sin dejarse embaucar por la incertidumbre. Solo la puerta que los devuelve al salón los separa de su objetivo. La abren. Mantienen las armas con el cañón hacia abajo porque ambos intuyen que su sola presencia será suficiente para arredrar al incauto que hay al otro lado.

Y no se equivocan.

El incauto se asusta cuando ve las armas. Y mucho. Pero ese incauto no está allí para robar, así que levanta las manos de forma súbita en cuanto los ve.

—¿Hierros?

—¿Inspector?

Zoe y Marcial guardan sus pistolas. El Hierros baja los brazos.

—Ahora mismico iba a llamarlo, inspector.

El Hierros parece ansioso, como si hubiese pasado demasiado tiempo sin especiar su sangre.

—¿Tienes algo?

—Ya sé para qué mono... Perdón, para qué policía trabajaba el Nene cuando lo del Pilinga. —Los cuatro ojos confluyen en el yonqui a la espera de sus palabras—. ¿Os suena un tal Villanueva?

Nadie dice nada durante unos interminables segundos que transcurren entre cavilaciones y cábalas varias.

Marcial teme que Zoe y él estén recorriendo un camino paralelo, uno que poco tiene que ver con la muerte de Miralles, uno en el que Matías Jairo parece ser el único nexo. Trabajar con confidentes es bastante habitual, que estos sean gente del mundillo de la droga también es normal. Si a todo eso se suma que Villanueva estuvo en Estupefacientes hasta finales de los noventa, todo parece encajar.

Parece.

Pero Marcial es poco dado a creer en coincidencias, y Matías Jairo está en ambas historias. En esas dos y en una personal que implica a Enma Novoa y al ex inspector jefe. El Pilonga también está involucrado en ambas. Al menos hasta que se demuestre lo contrario. Y eso ahora mismo solo pueden saberlo consultando a quien les dio el hilo del que empezaron a tirar hace casi un par de semanas: Ricardo Forte.

—¿Estás seguro? —El que formula la pregunta es Marcial, que, tras su análisis de la situación, ha decidido tomar la iniciativa.

—Al ciento por ciento, inspector —ratifica el Hierros—. He localizado a su mujer... bueno, a su familia entera —explica henchido de orgullo—. Se fueron a vivir a Los Rodeos, un pueblecito pequeño que está muy cerca de la cárcel donde estaba el Nene..., porque imagino que saben que... que el Nene está muerto.

—Lo sabemos.

El Hierros siente una especie de alivio, una liberación de un peso imaginario, por si Marcial se sentía defraudado por haber tardado tanto en descubrir que iban detrás de un fiambre. Sabe que no es su culpa, que él no controla lo que pasó hace tanto tiempo, pero con Marcial nunca se sabe, así que se alegra de saber que ya estaban al tanto de ese detalle.

—¿Cómo has dicho que se llama el pueblo? —pregunta Marcial.

—Los Rodeos.

—No me suena —interviene Zoe.

—Ni a mí —asevera Marcial.

—Pues no os imagináis el pedazo de choza que tienen. Lo único...

El Hierros hace un silencio reflexivo que Marcial no logra comprender, así que decide apremiarlo:

—¿¿Qué?!

—Que es un pueblucho diminuto donde no hay mucho que hacer, la verdad. Tienen que aburrirse de cojones —sentencia el Hierros.

La casa vuelve a quedarse en silencio. Ni Marcial ni Zoe saben cómo

conjugar ese nuevo dato que les ha proporcionado el Hierros, que parece impaciente por liberarse de la visita y atender asuntos más perentorios, mucho más que tratar de entender por qué un policía que ya no es policía y su ayudante, que sigue siendo policía, están interesados en una familia que hace casi veinte años que no vive en Lo Campano.

—Toma. —Marcial saca su cartera del bolsillo y le da un billete de cincuenta euros—. Buen trabajo. Métete algo decente por una vez en tu puta vida.

—Muchas gracias, inspector. —El Hierros se afana por agarrar el billete.

Zoe contempla la imagen estupefacta. Es la primera vez que lo ve actuar así con un confidente. Prefiere callar y limitarse a seguir a Marcial, que ya ha emprendido el camino hacia la puerta, aunque cuando está a punto de salir, se gira y vuelve a dirigirse al Hierros:

—Ah. Y ten cuidado: no quisiera tener que reconocer tu cuerpo delante de un forense.

Cuando Marcial y Zoe abandonan la casa del Hierros está a punto de ponerse el sol. Los alrededores empiezan a llenarse de jóvenes, gitanos en su mayoría, sin más ocupación que prender fogatas, compartir litronas y palmear al son de alguna canción de Camarón. Misteriosamente, en torno al 308, que Marcial ha vuelto a aparcar junto a la farola, no se agolpa nadie. Es como si un halo invisible lo protegiese de esos jóvenes desoficiados que esperan a que la noche caiga del todo para redistribuirse por la barriada y hacer de aguadores por unos miserables euros, varias papelinas o, simplemente, por ganarse el favor de alguno de los capos de la zona. Ya están cada uno a un lado del coche cuando una voz suena a sus espaldas:

—Se lo he cuidado yo, jefe.

Marcial tarda en reconocer al desconocido del chaquetón astroso, el que le confirmó que el Pilonga hacía muchos años que había pasado a mejor vida. No puede evitar fijarse en el botón que se desprendió cuando lo asió por las solapas: el ojal ha quedado huérfano. El hombre de mirada indolente sonríe y

lo hace a pesar de no tener ni un solo diente en la parte central de la boca, algo que le otorga a su mueca un aire siniestro.

—No has arreglado el botón.

—Tenía gastos más urgentes, jefe. —El desconocido saca del bolsillo del chaquetón un cartón diminuto de Don Simón y mantiene la misma sonrisa bobalicona.

Marcial abre la puerta, recreándose en la «M», pero antes de subir se le ocurre que aquel desconocido que empieza a ser un poco más conocido quizá pueda ayudarlos:

—La otra vez me dijiste que el Pilonga había muerto hace muchos años.

—Así es, jefe.

—¿Sabes algo de aquello?

El desconocido oculta la sonrisa, vuelve la cabeza para cerciorarse de que nadie puede oírlos y frunce los labios.

—Puede —dice con voz queda.

Marcial inclina la cabeza. Sopesa volver a zarandearlo, pero recuerda que lleva demasiados combates en el cuadrilátero de la vida como para hacerle besar la lona en un solo asalto.

Y no hay tiempo para un combate largo.

Así que decide cambiar de estrategia. Se sienta en el asiento del conductor e insta a Zoe con un gesto para que haga lo propio. Aparentan una retirada, pero la puerta de Marcial permanece abierta. El exinspector extrae con disimulo un billete de diez de su cartera y lo arruga en su mano. Al instante, sale como una exhalación y se lanza contra el desconocido y lo agarra de las solapas mientras profiere exabruptos e imprecaciones sin ton ni son. Aprovecha el desconcierto para introducir el billete en el bolsillo del chaquetón ante la mirada inexpresiva del hombre que no tiene nada que perder.

El revuelo no ha pasado inadvertido en las proximidades de Marcial. Los jóvenes han dejado de cantar y tocar las palmas para presenciar el desenlace de aquella historia. La experiencia le dice a Marcial que eso es suficiente para

eliminar posibles suspicacias, así que libera a su presa y la mira afectando frustración. La turba se disipa progresivamente devolviéndoles el anonimato. Es entonces cuando el desconocido se atreve a seguir hablando:

—Lo mató el Nene con sus propias manos. Cuentan..., dicen..., que el Pilonga lo acusó de ser un soplón.

—¿Quién lo dice?

—La gente.

—Ya.

Marcial cruza la mirada con Zoe, ambos saben lo peligroso que puede resultar para el desconocido hablar más de la cuenta en ese lugar. Son conscientes de que todos los ojos que hay por la zona saben que son policías.

—¿Qué fue de la gente del Pilonga? —La pregunta la ha hecho Zoe desde el interior del coche.

—Tuvieron que ahuecar el ala. El Nene era un peso pesado y los Pilongas no eran tontos: sabrían que habría venganza, así que desaparecieron.

—¿Los Pilongas? —Esta vez es Marcial quien vuelve a la carga. Sabe que les queda poco tiempo, que los jóvenes que merodean, inquietos por su presencia, solo tienen una explicación para una conversación larga con la policía.

—No eran muchos: el propio Pilonga, su madre, su padre, un hijo pequeño y siete hermanos —aclara.

—Pero ¿era un soplón o no?

—¿El Nene? Imposible, jefe. Lo controlaba todo. Yo diría que más bien sería al contrario.

—¿Al contrario?

—Es muy probable que la policía trabajase para él.

Marcial regresa al asiento del conductor y el desconocido se aleja con una nueva sonrisa pertrechada en el rostro.

—¿Qué opinas? —le pregunta a Zoe ya con el motor en marcha.

—Que deberíamos hablar con Villanueva.

Es la primera vez que acude a ese bar desde la muerte de Santi. También es la primera vez que se sienta tan cerca de la entrada. El Sheriff es un bar-cafetería situado justo enfrente de comisaría, donde la mayoría de los policías aprovechan para desconectar un rato y hacer más llevadera la jornada de trabajo. Marcial había dejado de acudir cuando el único motivo que lo arrastraba allí desapareció: Santi. Hoy lo hace por pura necesidad: Lasaosa lo ha convertido en parada obligada antes de regresar a casa.

Se sabe pez fuera del agua; ha tratado de apurar para que su estancia no se le hiciese insostenible, pero o bien el comisario tiene mucha faena o bien ha cambiado de hábitos durante su ausencia. Se maldice por no haberle consultado antes a Zoe. Apura la tercera cerveza cuando lo ve en la acera de enfrente. Le conviene abordarlo fuera, para poder hablar en privado, así que se levanta a toda velocidad y se dirige a la salida.

—¡Oye, oye! —El camarero, uno joven al que Marcial no reconoce, es el que lo llama—. No me has pagado el último.

Marcial deja entrever los dientes, el esqueleto de lo que antaño fuera una sonrisa, y se dirige a él al tiempo que empuja la puerta acristalada que lo separa de la calle:

—En un minuto vuelvo.

—Pero, pero...

Las objeciones se amortiguan cuando la puerta se cierra. El exinspector mira a un lado y a otro y cruza arriesgando su integridad; un Golf que se ha visto obligado a frenar de golpe acciona el claxon con saña.

—¡Marcial!

—Veo que aún no tienes Alzheimer. Tenemos que hablar.

El comisario mira hacia El Sheriff, ve que Tomás, el camarero joven, está en la puerta observando con cierta ansiedad la escena, y enseguida comprende dónde reside la preocupación del chaval. Le hace un gesto para que entienda que él responde de lo que quiera que sea que haya causado Marcial en el interior del local, y este entra recobrando la pose relajada con la que suele campar en su día a día.

—¿Qué ha hecho? —Lasaosa señala hacia el bar.

—Nada. Por lo visto ese imbécil piensa que me voy a largar sin pagar.

—Es nuevo —lo justifica Lasaosa—. Lleva un par de semanas y tiene miedo de perder el trabajo.

—Nuevo y gilipollas. ¿En serio cree que alguien se va a ir sin pagar en un bar lleno de policías?

El comisario hace un gesto ambiguo que Marcial decide interpretar como una asunción de su veredicto.

—¿Qué es tan urgente como para que haya estado esperándome hasta esta hora? —Lasaosa mira su reloj de forma instintiva.

—Necesito hablar con Villanueva. Ya.

—Imposible. En pleno juicio...

—Te recuerdo que trato de salvarte el culo, comisario.

—¿Se puede saber qué le ha dado con Villanueva?

—Nada que no se solucione mirándolo a los ojos.

—Déjeme ver qué puedo hacer, pero estando como está la cosa..., francamente, lo veo complicado. —Lasaosa mira a un lado y a otro. Cuando se asegura de que nadie puede oírlos, continúa hablando—: He comprobado lo que dijo y en mi despacho no hay ningún micrófono.

—Pues el enano calvo ese saca la información de algún sitio.

—Se llama investigar. ¿Por qué le parece tan raro que sea un buen policía?

—Lo que me parece raro no es eso, sino que acierte a la primera.

Un par de agentes salen de comisaría y saludan al comisario sin poder ocultar

el gesto de extrañeza que ha nacido en sus rostros al comprobar que es Marcial quien lo acompaña.

—Será mejor que busquemos un sitio más tranquilo.

Ambos caminan sin decir nada, dejando a sus espaldas la comisaría. Durante el trayecto Lasaosa ha vuelto a intercambiar saludos con varios policías que terminan su servicio, así que no reanudan la conversación hasta llegar a la plaza de España.

—¿Por dónde íbamos?

—Hablábamos de la increíble efectividad del nuevo subinspector.

—¿Por qué dice eso, Lis...?

—Joder, en menos de una semana y sin ninguna necesidad de investigar a fondo lo que para el noventa y nueve por ciento de los policías sería un suicidio de manual, ha descubierto que hace un año que merodeamos por la casa del Cazador, que fuimos nosotros los que le dijimos a una vecina que llamase para que salvarsen a sus perros de caza, que este es el primer año que no renueva su licencia de caza, que nadie había vuelto a verlo desde el día en que...

—No siga. Ya lo he entendido.

Lasaosa nota que el estómago se le hace un ovillo, siente un dolor lacerante en el costado y se lleva la mano a la zona mientras trata de ocultarle su malestar a Marcial.

—¿Qué sugiere?

—Que muevas el culo y hables con alguno de sus antiguos jefes, que descubras de quién fue la idea de mandarlo a él y no a otro. En definitiva, que sepamos quién nos ha colado un gol por la escuadra.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué, comisario?

—¿Por qué le cuesta tanto asumir que solo sea fruto de su buen quehacer?  
¿Por qué tiene que haber algo detrás?

—Porque todo encaja demasiado bien, comisario. Esto parece el puto Tetris.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

Marcial eleva los hombros y los deja caer con indiferencia.

—¿Es feliz?

—¿De qué sirve serlo? La felicidad es el sentimiento más vulnerable que existe: la más mínima desgracia lo desvanece.

Aunque había sitio en la misma puerta, ha preferido aparcar enfrente. El motivo es tan absurdo como sencillo: desde allí puede decidir si se contenta con observar por el retrovisor cómo las luces dan vida a la casa de Marga o bien baja a comprobarlo en persona.

Nueve días hace que los vio besarse por primera vez.

Nueve días en los que ya no sabe si tiene sentido seguir acudiendo allí.

Nueve días en los que ya nada es igual.

Todo parece indicar que el testigo de Jehová es un hombre normal.

No un cualquiera.

Echa un vistazo rápido en rededor y no divisa el Mercedes, así que se apea y cruza la carretera hasta llegar a la verja. Pulsa el timbre y espera el sacudido eléctrico que libere la cancela. La que se abre, sin embargo, es la puerta de entrada a la casa y se recortan, al amparo de la luz de un aplique, las figuras de Marga y del testigo de Jehová. Las miradas de Marcial y Marga confluyen, mientras la del tercero en discordia huye por debajo de la verja. Los siguientes segundos parecen pertenecer a otra escala temporal: largos, plúmbeos, afilados. Al final, es la anfitriona la que decide disfrazar de normalidad la situación.

—Hombre, Marcial, no te esperaba. —Marga retrocede unos pasos, atraviesa el vano y pulsa el botón que libera el cierre de la puerta exterior—. Pasa. Estaba a punto de acostar a los niños, pero llegas a tiempo.

Marcial avanza sin decir nada. Solo unos pasos y tres escalones lo separan del sustituto de Santi. Siente bullir la sangre, el dolor de la impotencia, la amargura de la derrota. Cuando está a la altura del testigo de Jehová, vuelve a

sonar la melódica voz de Marga:

—Este es...

—Tu novio —la interrumpe.

Marcial no se ha detenido. Ha obviado la mano tendida, el gesto sumiso. Ha cruzado el umbral sin desviar la mirada en ningún momento, por eso no ha presenciado el mohín de incompreensión ni la cara de resignación que ha dejado a su paso.

Apenas cuelga la cazadora de cuero en el perchero se apresura a gritar el nombre de los gemelos, el único antídoto que tiene a mano para vencer las ganas de romperle la cara al usurpador, para no hacer caso a su demonio interior. Alfredo y Ana no tardan en acudir. Ambos lo reciben con sobredosis de abrazos. Marcial intuye que gran parte de la alegría obedece a que su visita retrasará la hora de irse a la cama. Lo cierto es que no será mucha la demora. Aún no ha pasado un minuto y ya tiene ganas de abandonar ese lugar que, de pronto, le parece irreconocible. Marga cierra la puerta en mitad de las preguntas protocolarias que siempre intercambia con los niños y que cada vez son menos originales, más adultas.

—Venga, chicos, poneos el pijama, lavaos los dientes y ahora bajáis a estar un rato con el tito Marcial.

Los gemelos obedecen, no sin antes tratar de posponer, sin éxito, la propuesta materna. Un ambiente gélido se apodera en ese momento del recibidor donde Marcial y Marga permanecen inmóviles hasta confirmar que los chicos han llegado a sus habitaciones.

—No tienes derecho a...

—Escucha, Marga, solo te voy a decir una cosa: si estoy aquí es por ellos. Me importa una mierda si te follas a ese o a veinte más, pero como me entere de que a Ana y a Alfredo les falte alguna cosa...

—¡Vete! ¡Fuera! —Marga, luchando contra la congoja, se dirige al perchero, recoge la cazadora de cuero, abre la puerta y la lanza a los escalones—. No quiero volver a verte en la vida, ¿me oyes? En la vida.

Las lágrimas ya son un hecho cuando Marcial se agacha y siente el portazo a su espalda.

Una vez en el interior del coche se descubre abatido, preso de una impotencia que no sabe domeñar. Descarga parte de su frustración en el volante. Se reprocha no haber puesto más interés en encontrar el Mercedes, no haberse dado la vuelta cuando ha visto al testigo de Jehová.

No haber evitado la confrontación.

No lo siente por Marga, ni siquiera está seguro de si echará de menos a los gemelos. Le duele incumplir su promesa.

Una promesa de verdad dada a un hombre de mentira.

Acompasa la respiración y deja que sus pensamientos descansen sobre el reposacabezas. Los ojos cerrados para evitar que su mirada se escape por el retrovisor.

Cuando cree haberse repuesto, comprueba que las luces de la planta de abajo están apagadas por completo. En el piso de arriba, solo la de la habitación de matrimonio continúa encendida. Arranca el motor sin saber adónde dirigirse, ir a casa o al Baros son malas opciones. Abandona Trafalgar para incorporarse a La Alameda, pero a la altura de la rotonda del escudo de armas decide hacer un cambio de sentido. Un nuevo objetivo se dibuja en su cabeza. Le parece una buena excusa para alejarse de las malas compañías.

A esa hora de la noche apenas hay tráfico, así que llega a su destino en pocos minutos. Aparca en una zona reservada para minusválidos y se dirige al edificio con la esperanza de que Ricardo Forte le haga olvidar el mal sabor de boca que le ha dejado la visita a Marga. Pulsa el interfono del 4.º B, la casa del payaso de *It*, y espera. Quizá sea tarde para una persona de su edad, pero es la mejor baza que tiene si no quiere ir probando suerte uno a uno por todas

las plantas. La mujer responde y Marcial se identifica como el amigo de Ricardo al que el otro día ayudó a dar una sorpresa. La puerta se abre. Marcial decide subir los cuatro pisos a pie para dar tiempo a que el payaso de *It* se aburra y se descuelgue de la mirilla, aunque no pone mucha fe en ello. Una vez en el rellano y con la luz apagada, toca el timbre de la casa de Ricardo Forte. Lo hace tres veces casi consecutivas sin obtener respuesta alguna ni escuchar ningún tipo de ruido en el interior. La vecina no se ha asomado, así que Marcial se anima a violentar la enésima cerradura de la semana.

En menos de un minuto está dentro. Nada hace presagiar que Ricardo esté allí; no obstante, él no ha guardado la Glock. Avanza por las diferentes estancias con sumo cuidado para no verse sorprendido.

Baja las persianas y enciende las luces. Se apresura a registrar el salón y la cocina. No sabe lo que busca, pero confía en que si Ricardo fue quien los puso tras la pista del Pilonga, quizá haya algo allí que los ayude a comprender por qué. Un cuarto de hora después les toca el turno a las habitaciones. Hasta que no abre el armario del cuarto principal no entiende que Ricardo Forte se ha marchado para siempre, al menos para una larga temporada. Intuye que su última visita quizá lo ayudó a tomar la decisión. Marcial regresa al salón y ocupa el mismo asiento en el que sometió a Ricardo al tercer grado. Permanece meditabundo por un tiempo indefinido. Por momentos su cabeza lo lleva lejos de allí, por eso, cuando vibra el móvil, se sobresalta, mucho más cuando observa el nombre del comisario en la pantalla. Intercambian un par de frases y cuelgan. La noticia ha terminado de joderle la noche. Al parecer, Villanueva se niega a volver a verlo antes de que termine el juicio. Durante unos segundos, Marcial valora la posibilidad de que Lasaosa ni siquiera se haya molestado en preguntarle al ex inspector jefe, que se haya parapetado en esa excusa. Pero la idea no cuaja. Sabe que tarde o temprano sabrá la verdad, y el comisario no es hombre de apuestas arriesgadas. Debe reconocer que la postura de Villanueva es coherente, que si le concediera ese vis a vis, si ese

encuentro trascendiese, podría jugar en su contra. Si su abogada ha colocado en el escenario una coacción policial tendría muy poco sentido tener una reunión clandestina con el inspector que dirigió la investigación.

Marcial se pone en pie y echa una última ojeada al salón. Allí no hay mucho más que hacer, así que se dirige a la puerta y sale sin molestarse en disimular su paso por la casa del asesor de Domingo Bernal.

Cuando gana la calle, advierte un coche de la Policía Local junto al 308. Un agente acaba de dejar un papel pillado con el limpiaparabrisas. Antes de que pueda alcanzarlos, el vehículo se pone en marcha y se aleja. Marcial retira la multa: ochenta euros, cuarenta si los paga antes de quince días.

Ojalá todo fuese tan sencillo, piensa.

Después de haber pasado algo más de tres cuartos de hora en el descampado, Marcial y Sola deambulan ahora por las callejuelas de San Antón. Lo hacen sin rumbo definido, uno al lado del otro. Marcial comprueba con nostalgia cómo el paso del tiempo y la desidia municipal han convertido una de las barriadas más ilustres de Cartagena en un lugar inhóspito cuyas calles abandonadas se reparten entre tres grupos mayoritarios: gitanos, payos y magrebíes. Sus pasos lo conducen en ese momento por un pequeño Marruecos de fachadas descuidadas y coches de sexta mano con techos desconchados. En unos minutos alcanzan la zona reservada a la etnia minoritaria, los payos. Unas pocas calles concentradas en torno al bar El Casino y la pensión La Purísima donde Marcial conserva la casa que un día fue el hogar de Dolores Herce y Germán Lisón. Se adentran en la calle Reverendo José Algaba Navarro, justo en su intersección con la calle Casino, cuando las campanas de la iglesia anuncian la medianoche. Marcial desvía la mirada al número treinta y siete y sopesa si poner fin al paseo. Sola se detiene y se sienta en mitad de la calzada: no parece tener ganas de regresar a casa.

—Está bien: sigamos.

La galga se incorpora y ambos descienden por el último tramo de la calle

Casino. Cuando ganan Hermanos Pinzón y poco antes de llegar a la altura de un ficus anacrónico que acapara la atención de la arteria principal de San Antón, se dan de bruces con un grupo de unos doce magrebíes que callan súbitamente al verlos pasar. Todos conocen a Marcial: él lleva allí casi tanto tiempo como el ficus. Saben que es policía, porque para los simpapeles un policía lo es toda la vida, desde que le dan la placa hasta que se muere, así que lo observan con cierta reticencia. Sola prosigue sin hacer caso de las miradas y Marcial la escolta a pocos pasos. En breve, en cuanto dejen atrás la calle Estrella, habrán llegado a la zona colonizada por las familias gitanas con el monopolio del cada vez más prolífico tráfico de drogas como base de su subsistencia, una minucia en comparación con Lo Campano o Los Mateos, pero con un preocupante incremento de aprehensiones en los últimos meses que hace pensar que si no se toman las medidas pertinentes la cosa puede acabar mal.

—¿No te parece que es buena hora para volver? —Marcial le habla a Sola, que al oír su voz se detiene en seco y voltea la cabeza—. Anda, vamos.

Marcial sabe que le hace un flaco favor al Hierros dejándose ver tanto por Lo Campano; sin embargo, su visita es ineludible. Cree que ha encontrado una salida que explica las palabras de Ricardo Forte: ¿y si el Pilonga que daba las órdenes al Cazador fuese su hijo? ¿Y si ese hijo fuese el preso que acabó con el Nene en prisión?

Es la única forma de comprobar si su intuición les brinda un nuevo camino o si por el contrario se enfrenta a otro callejón sin salida.

Esta vez no está en casa, lo encuentra en la pinada de la explanada del cementerio, con la espalda descansando en un tronco y los pies recogidos para arrebujarse. Es evidente que espera a alguien. Parece sobrio.

El Hierros se sobresalta al verlo y se pone en pie con premura.

—Los apellidos —dice Marcial.

—¿Cómo?

—Necesito el nombre y los apellidos del Pilonga.

El Hierros lo mira sin poder ocultar la confusión que le generan las palabras de Marcial.

—No tengo ni puta idea.

Marcial suspira como absurdo recurso para mitigar su desilusión. Después, añade:

—Pues necesito saberlos con urgencia, así que mueve el culo.

—¿Ahora? Es que...

—Si te metes mierda, que sea para ponerte las pilas, no para quedarte arrumbado en mitad de ningún sitio. —Marcial comprueba la cara de estupefacción del Hierros—. ¿Entendido? —El Hierros no responde, tan solo

agacha la cabeza—. ¡¿Entendido?!

—Entendido.

Son las tres y cuarto de la madrugada y aún siguen asaltándolo pensamientos, fognazos incontrolables. Se ensimisma ante las posibilidades que se abrirían si su suposición fuese cierta, si el Pilonga al que hizo referencia Ricardo Forte fuese el hijo del Pilonga que el Nene mató con sus propias manos; no un Nene cualquiera, sino al confidente de Villanueva, el mismo que años después moriría, en un hipotético suicidio, en la misma prisión en la que, curiosamente, cumple condena el hijo del hombre al que asesinó. Sigue sin creer en las casualidades, pero también sigue sin hipótesis que enlacen sucesos tan dispares como el asesinato de un camello y el blanqueo de capitales de un empresario que suceden con casi dos décadas de diferencia.

Matías Jairo.

Está seguro de que tras el abogado se esconden todas las respuestas. El hecho de que Enma Novoa y Matías fuesen amantes, y que el propio Villanueva se tomase la justicia por su mano no le parece algo que deba tomarse a la ligera. A cada paso que da, nota que los pies de su mentor se hunden más en el fango. De repente, siente la necesidad de mirarlo a los ojos, de escuchar sus mentiras, de ver qué queda de la persona que, veinte años atrás, lo convirtió en policía. Algo que ya no son ninguno de los dos, pero que ninguno de los dos sabe dejar de ser. Se gira y abraza a Sola, que ronca ajena al mundo de mierda en el que le ha tocado vivir.

Ha esperado a que empiece la sesión para entrar: no tenía ganas de ser el centro de atención. Se ha sentado en la última fila, lejos de todo el mundo. Le sorprende que la sala no esté abarrotada de curiosos, de periodistas ávidos de titulares sin contrastar. Desde su posición divisa la coronilla de Villanueva. Su abogada está sentada junto a él. Justo detrás son perfectamente reconocibles la oronda figura de Lasaosa y la coleta de Zoe. Busca a Rodrigo, pero no lo

encuentra. Al parecer, la relación padre-hijo no debe de ser tan buena como intentó hacerle ver en el vis a vis.

Marcial oye el nombre de Villanueva y se ve obligado a centrar en él la mirada. Está de pie, en el centro de la sala, frente a un micrófono que en ese momento ajusta para que quede a la altura de su boca. Es la fiscal, una tal Rocío Durán, la que comienza el alegato. Lo centra, con buen criterio, en el cambio de declaración de última hora y en la imposibilidad de que otra persona pudiese haber reproducido con tal precisión el escenario del crimen. Villanueva sale al quite con la consabida coacción y con el devastador efecto que le causó la muerte de su mujer, sin embargo, su as en la manga es otro. El ex inspector jefe, ya en el turno de preguntas de la defensa, se gira y mira de frente a los nueve miembros del jurado, que, tras varias recusaciones, ha quedado muy al gusto de Raquel Estrada, su abogada. Villanueva traga saliva y afecta resignación; al cabo de unos dubitativos segundos, responde a la pregunta precocinada que han elaborado durante meses:

—Así es, abogada. A los pocos días de la muerte de... —hace una pausa sobreactuada—. A los pocos días de que asesinaran a mi esposa, recibí una visita del asesino del café...

Durante un tiempo indeterminado no se oye nada. Los miembros del jurado se miran con fascinación, con un inusitado interés por conocer el desenlace de aquella historia, más propia de un *thriller* que de la vida real. Lasaosa y Zoe también intercambian miradas. Marcial no puede ver sus rostros, pero no le cuesta imaginarlos desorientados, quizá defraudados; a buen seguro, desconcertados.

—Me asaltó por la espalda con un cuchillo. No pude verle la cara, pero él se encargó de presentarse. —Con una actuación digna de un Oscar, Villanueva deja resbalar por las mejillas un par de generosas lágrimas—. Amenazó con matar a mi hijo si no me entregaba...

—Pero..., usted no se entregó —afirma Raquel.

—¿Cómo iba a hacerlo?! Soy inocente. Confiaba en que todo se iba a

resolver; que, esta vez sí, lo detendríamos.

—¿Y qué cambió?

—Nada. El inspector que llevó la investigación me mandó llamar y me acusó de haber matado a Enma... —Un nuevo alto en el camino, esta vez sin lágrimas, pero con unos ojos enrojecidos que Villanueva no duda en mostrar a un jurado ávido de emociones—. Entonces pensé en Rodrigo. —Otro silencio—. El inspector no paraba de presionarme para que confesase, que reconociese que, en poco más de media hora yo, llevado por un ataque de celos, había matado a mi mujer y había atinado a montar toda esa parafernalia. Traté de hacerlo entrar en razón, pero fue imposible: me acosaba, me amenazaba, me decía que había una relación de hechos objetivos que me involucraban, me recordó los beneficios penitenciarios de confesar... Era tan convincente... Lo conocía perfectamente, o al menos eso creía yo; sabía que hablaba en serio, que haría todo lo posible por hacerme parecer culpable a los ojos de la gente, así que, al final, me vine abajo... Me di cuenta de que había optado por la solución fácil, que jamás reconocería su incompetencia para dar con el asesino del café y que era mucho más sencillo y más mediático inventar un imitador. Si además ese imitador era el policía que lo había estado persiguiendo veinte años atrás...

Villanueva no acaba la frase: sabe que no hace falta. No obstante, no se contenta con eso y continúa:

—Había apostado fuerte por el inspector Lisón. Creía que la amistad que nos unía lo haría emplearse a fondo, desenmascarar a ese... a ese... a ese asesino. Pero en lugar de eso decidió traicionarme, colgarse una medalla a mi costa.

Villanueva se gira por completo y busca a Marcial con la mirada. Toda la sala sigue la senda que marcan sus ojos. El exinspector ha perdido el anonimato; sin embargo, conserva el rictus impasible con el que ha presenciado cómo lo tildaban de mal policía, de mentiroso, de acosador. Es la voz de Raquel Estrada la que hace que decaiga el interés por Marcial.

—¿Podríamos decir, pues, que usted firmó aquella confesión para evitar que

el asesino del café, el verdadero autor material de la muerte de su esposa, no matase también a su hijo?

Villanueva se toma su tiempo. Es consciente de que está ante la representación más trascendental de cuantas ha interpretado. Siempre se ha sentido cómodo siendo el centro de atención. Es de esas personas que desprenden una fragancia irresistiblemente atrayente, de las que con su sola presencia copan toda una estancia. Un hombre al que los inexplicables misterios de la naturaleza han dotado de un carisma innato que hace que la gente se sienta obligada a complacerlo.

—Es mucho más complejo que eso, abogada. Ese hombre —el ex inspector jefe se gira y señala a Marcial con el dedo—, el inspector Lisón, tenía una gran cantidad de pruebas circunstanciales con las que, al menos, iba a sembrar una duda razonable. Era evidente que iban a imputarme. Por otro lado, era consciente de que eso no era suficiente para el asesino del café: me había pedido expresamente que confesase la muerte de Enma. Era su venganza. No se contentaba con habérmela arrebatado... —Otro silencio trágico—. Si quería que la vida de mi hijo no corriese peligro, debía admitir los hechos. Y sentí miedo. Pánico. Imaginé a Rodrigo... —Villanueva niega en silencio—. Acepté la historia que el inspector Lisón había ideado.

—¿Insinúa que el inspector Lisón se lo inventó todo para no tener que asumir que, una vez más, el asesino del café se le iba a escapar?

Villanueva traga saliva. Es obvio que tiene la respuesta muy meditada, pero decide disfrazarla de improvisada ante el jurado. Marcial no mueve un músculo, ni siquiera desvía un milímetro los globos oculares para comprobar quién ha vuelto los ojos acusadores hacia él.

—No digo que inventara nada, sino que, con los hechos objetivos de los que disponía, construyó la historia más sencilla, la que no lo hacía parecer nuevamente un perdedor. Creo que lo traicionó su subconsciente, su deseo de que todo fuese obra de un imitador para no tener que enfrentarse a sus miedos. Creo, sinceramente, que él se creyó su propia mentira.

Casi no ha terminado de responder Villanueva cuando un portazo hace que toda la sala se gire. La silla donde hasta hace unos instantes había permanecido Marcial está vacía. A los pocos segundos, Zoe se levanta y enfila el mismo camino.

Zoe lo alcanza a la altura del paseo Alfonso XIII. Hace frío y ella, con las prisas, ha dejado olvidado su chaquetón en la sala. Marcial, en cambio, parece insensible al descenso de temperatura con el que ha amanecido el miércoles y camina con la cazadora de cuero bajo el brazo. Zoe tiene que llamarlo dos veces para que la mire, aunque está convencida de que la ha oído a la primera.

—¿No irás a...?

—No voy a nada. Ni siquiera sé por qué cojones he entrado en el juzgado.

—No lo van a creer.

—Me suda la polla que lo crean.

—Su declaración no se sostiene.

—¿Ah, no? ¿Acaso se equivoca cuando dice que lo único que tenemos contra él es circunstancial?

Marcial toma el silencio y la mirada gacha de Zoe como respuesta.

—Lo van a dejar en libertad. Es lo que pasa cuando pones asuntos tan serios en manos de personas sin formación jurídica. Solo hay que saber manipularlos. Y se lo hemos puesto muy fácil.

Zoe tampoco pone objeción a eso. Ella también opina que un jurado no puede ocuparse de según qué casos.

—No imaginaba que fuera a acusarte de esa manera —dice Zoe, condescendiente.

—Eso es porque no lo conoces.

—Pero..., ¡si sois..., erais...!

—Te equivocas. Confundes respeto y admiración con amistad. —Marcial detiene sus palabras y la mira a la cara. Esa misma frase podría aplicársela a

ella. O a él—. Villanueva me acogió cuando yo era un pipiolo, a mí y a Santi; nos enseñó cómo funciona este mundo, por dónde movernos, qué debíamos evitar... Pero Villanueva solo entiende su relación con las personas desde una posición de superioridad. Mientras mantuviéramos claro cuál era nuestro lugar, todo iría bien. Y así fue. Algo mejor con Santi, más dócil que yo, pero también conmigo, hasta el día en que le demostré que el respeto y la admiración no sirven de coartada en un asesinato. Aquel día, cuando lo bajé del pedestal, Villanueva se conjuró para subirme al cadalso. Bien, pues hoy ha querido ejecutar su condena en un juicio público.

Marcial observa cómo Zoe se abraza a sí misma y mueve las manos enérgicamente para mitigar el frío.

—Te digo que no va a colar: lo declararán culpable.

—Y yo te digo que me importa una mierda. Hace tiempo que me da igual todo. Me contento con que Sola esté bien.

—¿Todo? ¿Entonces por qué me ayudas con lo de Unai?

Marcial no responde. Se recrea de nuevo en los vanos intentos de su excompañera por aplacar el frío. Podría decirle que también le importa ella, su amistad, su compañía, su felicidad.

Podría.

Pero no lo hace, porque desde que Miralles se cruzó en su camino su relación ha quedado salpicada de demasiado barro, porque sabe que hasta que no solucione lo único que ahora parece importarle no volverá a ser la Zoe que él conoció, sino la que se asemeja más a una espada de acero —fría, dura, cortante— que a la policía diligente que él ha idealizado. Por todo eso decide esconder su respuesta.

—Toma. —Marcial extiende el brazo para ofrecerle la cazadora de cuero—. Póntela: estás muerta de frío.

Zoe duda. La cazadora es la segunda piel de Marcial. Finalmente, la coge y se la pone. Le queda enorme, pero enseguida nota una agradable sensación de calor.

—No me has respondido —dice mientras abraza ambos extremos de la prenda.

—Te diré algo mucho más interesante que eso.

—Soy toda oídos.

—Aquí no.

Marcial señala un bar que hay a pocos metros de donde están detenidos. Caminan a la par sin hablar. Es uno de esos silencios con los que Marcial disfruta, se siente cómodo. Cuando entran al local, los recibe una oleada de calor, así que Zoe le devuelve la cazadora y le da las gracias mientras ocupan una mesa lo más alejada posible de la barra. Esperan a que el camarero los atienda y les sirva las bebidas, ella café con leche; él, cerveza, antes de seguir hablando:

—Tengo una teoría para lo del Pilonga —dispara Marcial a bocajarro.

Zoe enarca las cejas al tiempo que da un sorbo a su café.

—¿Cuál?

—El Pilonga al que hizo referencia Ricardo Forte es el hijo del Pilonga al que mató el Nene. El que después...

—¿Lo has comprobado?

A Marcial no le pasa inadvertido el refulgir de sus ojos. Es mentarle una posible solución al enroque en el que se haya la investigación de la muerte de Miralles y Zoe sufre una metamorfosis digna de estudiar en las facultades de psicología. Ese brillo en la mirada le confirma a Marcial que su silencio anterior ha sido un acierto.

—El Hierros está en ello.

Zoe se sumerge de nuevo en su café. Cavila a la sordina durante un par de sorbos y después prosigue:

—Si llevas razón, si ese Pilonga es el hijo del Pilonga al que mató el Nene, cobra mucho sentido que fuera él quien *lo suicidase* —dice Zoe mientras hace el gesto de las comillas con los dedos.

—¿Y cómo explicas su traslado al mismo centro penitenciario? Y no vayas a

hablarme de casualidades.

—No. Es mucho más sencillo: Matías Jairo.

—Ese puñetero abogado es la clave de todo.

—Tengo a Rubio y Fonet indagando en su pasado. Seguro que dan con algo.

—Pues más vale que sea pronto, porque estamos sin munición, Zoe.

Marcial hace el ademán de incorporarse, pero la voz de su interlocutora detiene su maniobra.

—Tengo que pasar por comisaría a comprobar un par de asuntos, ¿qué tal si comemos juntos y tratamos de darle forma a todo esto?

Marcial duda. Ya no sabe si la que pregunta es la excompañera que anhela o la poli que lo usa como un mero medio para su fin. Ante la ausencia de respuesta, es la agente la que vuelve a hablar:

—Si no te apetece salir no me importa acercarme a tu casa, así podré ver a Sola.

Ahora sí que Marcial no tiene duda. La que habla y usa estratégicamente el nombre de Sola a sabiendas de que es su talón de Aquiles no puede ser otra que la Zoe cuyos actos solo tienen un objetivo: encontrar al asesino de Miralles. Aun así, Marcial no duda en aceptar su propuesta:

—Te espero a las dos en casa.

—¿Puedo fiarme de ti?

—No, por eso pasaré por La Caserita a pillar algo decente.

—Entonces nos vemos a las dos.

Se ponen en pie a la vez y abandonan el bar después de pagar. El frío sigue muy presente y Zoe vuelve a acusarlo.

—Toma. —Marcial se despoja de la cazadora y se la tiende a Zoe.

Han pasado once días. El telón de fondo vuelve a ser el maltratado hotel Manolo. Los actores también son los mismos: Marcial y el Kiki. La única disonancia palpable a simple vista es el cielo asfaltado que cubre sus cabezas y la ausencia de la cazadora de cuero del exinspector.

El yonqui está erguido esta vez, al menos todo lo erguido que su desgarrado

cuerpo le permite. Marcial camina hacia él con paso firme y sin apartarle la mirada. Cuando llega a su encuentro introduce un par de billetes lilas en el bolsillo del chaquetón azul marino del que hace meses que no se separa.

—Igual que la última vez.

El Kiki emite el mismo silbido que usaría para elogiar la belleza de una mujer, pero que en dicho contexto quiere reflejar su asombro por la cantidad que vuelve a entregarle Marcial.

—¿Algún problema?

—Ninguno, señor policía.

—Pues ábrete.

El Kiki se da la vuelta sin replicar y comienza a alejarse. De pronto, a Marcial se le ocurre que quizá él pueda ayudarlo: al fin y al cabo, también transita por el mismo submundo que el Hierros. Se apresura a darle caza.

—¿Qué sabes de un tal Pilonga?

—¿Yo? —Es difícil interpretar un rostro tan demacrado como el suyo, pero Marcial intuye una alta dosis de sorpresa—. Yo no sé nada de nadie, señor policía. Por eso vivo tan tranquilo.

Marcial calibra si apretarle las tuercas; al final, resuelve que es más práctico conservarlo como máquina de cambio, así que le hace creer que se lo cree:

—Está bien, Kiki, pero si por casualidad oyeras algo relacionado con él y me hicieras el favor de contármelo es probable que la próxima vez uno de esos — Marcial señala hacia el bolsillo del chaquetón— sea solo para ti.

El Kiki cabecea del asombro. No ha juntado tanto dinero desde hace varios lustros. Ni siquiera es capaz de hacer la conversión de esos euros a gramos de caballo.

—Claro..., claro que sí, señor policía.

El toxicómano se aleja fantaseando. Marcial sabe que regresará con información. Tan solo espera que pueda discernir si es buena o una simple mentira para pillar el colocón de su vida.

El sonido del timbre y la campana del microondas se solapan. Marcial duda, pero al final se decanta por abrir la puerta.

—Hola.

—Hola. —Zoe le tiende la cazadora de cuero, Marcial la recoge y la cuelga en el perchero que hay en el recibidor—. Gracias.

—No hay de qué.

A ninguno de los dos le da tiempo a lamentarse de la frialdad del saludo porque enseguida aparece Sola agitando la cola para dotar de calor la bienvenida. Marcial presencia el reencuentro en un segundo plano, sin saber muy bien cómo actuar; por suerte, la campana del horno indica el final del primer asalto.

—Voy a ver la comida.

Señala hacia el lugar de donde proviene el sonido y se aleja mientras Zoe continúa acuclillada, acariciando a la galga. Cuando el animal termina su ritual de bienvenida, la agente se incorpora y se dirige hasta la cocina.

—Humm, ¡qué bien huele!

—La Caserita, ya te lo dije. Desde que la descubrí he dejado de perder el tiempo tratando de cocinar algo comestible. ¿Quieres beber algo? —Marcial abre la nevera y saca un botellín de cerveza.

—Agua. —Se siente obligada a explicarse ante la cara atónita de Marcial—. Tengo una tarde movidita y prefiero ir con los sentidos al cien por cien.

Marcial no pregunta. Mostrar curiosidad es una de las mayores debilidades del ser humano, una trampa mortal en asuntos de pareja, y ellos, aunque circunstancial, lo son, así que destapa su tercio y le da un largo trago.

—A esto le quedan unos minutos. Si quieres, puedes llevar a la mesa la ensalada cantonal y esperarme en el salón.

Zoe obedece. Coge el plato que le da Marcial y se dirige a la siguiente puerta. Tras ella, una mesa cuadrada con un mantel de tela que haría morir de infarto al payaso de Micolor alberga un par de vasos, cubiertos, una panera y un surtidor de servilletas de papel. Zoe no puede evitar sonreír ante la

cotidianidad de la estampa. Sin embargo, una vez que ha puesto la ensalada en el centro de la mesa, es otra cosa lo que llama su atención: una carpeta. Está sobre una mesita redonda que hay junto al sofá y que sirve para que descansen el teléfono fijo y un pequeño bloc. Se aproxima dejando escapar una mirada hacia la puerta para comprobar que Marcial no ha abandonado la cocina. La imagen de la justicia con los ojos vendados y la espada afilada es llamativa, aunque no tanto como el título manuscrito que hay encima: SAPO. La coge y la abre sin pensárselo dos veces. Hay una sola foto en su interior y un millón de preguntas en su cabeza. Unas lágrimas sibilinas huyen despavoridas de su lagrimal. Se enjuga y lo deja todo tal y como lo encontró. No necesita echar otra ojeada para recordar todos los detalles. Se siente tentada de decirle a Marcial que es un cabrón, que no necesita su compasión. En cambio, se contiene. Acude el recuerdo de Marga y los gemelos a su cabeza; la estúpida idea de protección que Marcial entiende como normal incluye este tipo de cosas. Su falta de empatía le impide prever las reacciones de los demás. Cree firmemente que quien evita la tentación evita el peligro, y Zoe quiere pensar que si le enseñó el resto de las fotos, pero apartó esa en la que Unai habla cordialmente con Sasha es porque piensa que así le hace un favor. Los pasos de Marcial delatan su presencia. Acarrea un par de platos con un equilibrio tan precario que el líquido amenaza con salirse en un par de ocasiones antes de alcanzar su destino.

—¿Agua? —Marcial le da una segunda oportunidad. Zoe asiente sin pronunciar palabra—. Está bien.

Zoe vuelve a estar sola en el salón y su mirada se dirige de nuevo hacia la carpeta.

—¿Por qué te vigilaban, Unai? —se susurra.

En breve vuelve a estar acompañada.

—Cuando quieras. —Marcial deposita un par de cervezas y una botella de agua sobre la mesa antes de sentarse.

—¿Por dónde empezamos? —pregunta Zoe mientras acerca un trozo de pan.

—Yo voy comiendo de las dos cosas a la vez. —Marcial señala la ensalada y el plato de comida.

—No hablo de eso. Me refiero a lo del hijo del Pilonga.

Marcial se siente estúpido por haber olvidado que a Zoe lo único que le interesa es dar con el asesino de Miralles. Engulle la cucharada que tenía preparada y responde:

—Por donde quieras.

Es en el estribillo cuando Marcial entiende que ni está en un concierto de Forraje ni es Kutxi Romero el artista invitado con el que Lülü interpreta *Tú sin braguitas y yo sin calzones*. Se incorpora y rebusca entre los cojines del sofá hasta que da con el móvil. Es en ese momento, al ver la mesa aún por recoger, cuando recuerda que después de más de una hora y media buscando sin éxito una explicación lógica a su nueva teoría, Zoe se marchó a trabajar y él se enredó con un par de rubias que terminaron arrastrándolo hasta el sofá. Echa un vistazo al número que refleja la pantalla. Se trata de un 968, un fijo que no tiene registrado. Valora la idea de dejarlo sonar y escuchar la canción mientras recupera la horizontalidad; sin embargo, algo le dice que no es buena idea. Descuelga.

—¿Sí?

—Soy yo, el Hierros.

Marcial percibe un ruido de fondo que lo insta a pensar que su confidente lo llama desde un teléfono público.

—Tengo lo que me pediste.

Marcial pega un bote y se pone en pie. La jaqueca que merodeaba sus sienes se agazapa, rauda, en algún recóndito lugar, a la expectativa.

—¿Vas a hablar o quieres que suba a Lo Campano a tirarte de la lengua?

—Hablo, hablo. Se llamaba Virgilio Sandemetrío Martín —dice con voz queda para evitar que la información trascienda.

—Mierda —responde Marcial antes de colgar de forma abrupta.

A pesar de que ni Zoe ni él habían logrado establecer una conexión convincente entre el asesinato del Nene y la trama de blanqueo de capitales,

Marcial abrigaba la esperanza, en lo más hondo de su ser, de que una vez confirmado que Alejandro Suárez Sáez era el hijo del Pilonga, la madeja iría desenredándose poco a poco. Comprobar que los apellidos no coinciden ha sido un verdadero mazazo. Vuelven a estar como al principio.

Peor.

No les queda nadie vivo a quien preguntar, ningún sospechoso al que interrogar. No hay ni un solo asidero que les evite caer en el abismo. Aunque le duela reconocerlo, y le duele, están en las manos de Salvador Torán. El subinspector ha demostrado mucha más eficiencia que ellos; cuando menos, está mejor asesorado. Otra opción, esta mucho más remota, es confiar en que los agentes enviados desde Madrid encuentren el hilo del que tirar. En ambos casos, a Marcial y Zoe no les queda más que esperar.

Marcial se deja caer en el sofá. La jaqueca vuelve a asomar, altiva, y se acomoda extendiendo sus tentáculos, colonizando hasta el último rincón de su cerebro. A Marcial solo le da tiempo a enviarle un mensaje a Zoe para darle la mala noticia antes de desparramarse en el sofá y tratar de sumergirse en un nuevo sueño que le haga olvidar que la cabeza está a punto de estallarle.

El repiqueteo de la lluvia lo despierta. El dolor de cabeza ha desaparecido, el del ego sigue ahí, incrustado en el pecho, dificultándole la respiración. A los pocos segundos, Sola aparece demandando su atención. Marcial mira el reloj y constata que es la hora del paseo.

—Dame un minuto, pequeña.

Se dirige al baño y se lava la cara con abundante agua para despejarse.

Le cuesta reconocerse en el espejo.

No es la barba de tres días que puebla su rostro, tampoco el halo violáceo que circunda sus ojos. Lo ajeno está mucho más adentro.

En su interior.

A Marcial le cuesta reconocer al hombre que asume que su único amigo lo ha engañado toda la vida, al que se rinde a la evidencia de que la primera mujer

que ha atravesado su pétrea coraza solo quiera utilizarlo, al que permite que la abulia sea dueña de sus decisiones.

Clava los ojos en los del tipo que hay al otro lado del espejo y se dirige a él mientras Sola lo observa con extrañeza:

—No es tiempo de peros.

Aún no se ha acostumbrado a la soledad de ese nuevo hogar. La casa es fría, impersonal; cuatro paredes y un techo donde almacenar reproches, dudas y miserias.

También algún desengaño.

Ese miércoles ha cargado dos más en la mochila invisible que todos portamos a la espalda y que vamos llenando de desgracias; un lastre que echa los hombros hacia delante y hace arrastrar los pasos, que nos convierte en muertos vivientes, en zombis que caminan enajenados y sin sentido por la vida. Al parecer, al hado no le ha parecido suficiente que la investigación de Matías Jairo no haya arrojado resultado alguno todavía y ha decidido prescribirle una dosis extra de infortunio restregándole por la cara que esa teoría sobre el Pilonga no era más que una milonga.

Zoe arrastra los pasos hasta el mueble-bar y saca la botella de *whisky* a la que le queda algo más de un cuarto. Prepara un trago generoso y se deja caer en el sofá. Frente a ella, sobre la mesa de centro, el ordenador de Unai la desafía. La agente coge el guante. Se incorpora, deja el vaso sobre la mesa y lleva el portátil hasta sus piernas. Lo abre. El mismo cuadro de diálogo de siempre, solicitando la contraseña, se materializa en la pantalla. El tiempo pasa, el contenido del vaso disminuye; el de la botella, también. El cursor sigue parpadeando a la espera de una palabra que abra el mundo de Unai Miralles a sus ojos. Es el último sorbo del tercer vaso de *whisky* el que favorece la sinapsis adecuada y trae a su cerebro la imagen de la carpeta sobre la mesa del salón de Marcial.

—SAPO —pronuncia en voz alta al tiempo que teclea las letras.

El reloj de arena comienza a girar. A Zoe el tiempo se le antoja eterno, pero, al fin, una pantalla con una foto de Unai y ella, abrazados y sonrientes ante la cámara de un móvil, le dibuja una sonrisa en la cara.

El agua, tanto la de la lluvia como la de la ducha, parece haber ejercido un efecto purificador en Marcial, al menos ha servido de acicate para pulir el desgastado cristal a través del que mira la vida.

Con un inusitado optimismo por bandera y con el 308 como escudero fiel, ha cabalgado la traicionera madrugada cartagenera hasta alcanzar el Baros. El local está prácticamente vacío, a excepción de un par de mesas en las que un grupo de trajeados parece celebrar con más alboroto del necesario el éxito de algún fructífero negocio. Marcial se ubica en el extremo opuesto, huyendo de gominas, corbatas y demás artificios que siempre le han hecho sospechar de quienes solo las usan para trabajar. La camarera rubia lo observa y, sin necesidad de indicación alguna, le acerca un tercio.

—¿Me echabas de menos?

—Un poco menos que a ella. —Marcial le quita el botellín de la mano.

—¿Y más que a estas? —La camarera se vence hacia delante y deja que sus voluminosos pechos se sitúen a la altura de sus pupilas.

Marcial no se deja engatusar y no desplaza ni un centímetro la mirada, que permanece encallada en su rostro. Después se lleva la cerveza hasta la boca y le da un buen trago.

—Te llaman —responde mientras le señala con un movimiento de mentón la mesa de los trajeados.

—Enseguida vuelvo. —La camarera le guiña un ojo antes de atender al que parece llevar la voz cantante.

En el aire aún perdura la fragancia con la que la chica noquea a los incautos. Marcial no entiende de perfumes, pero le gusta. Sin ser muy consciente de

ello, ha comenzado a valorar la propuesta que la camarera ha soltado con el descaro propio de las nuevas generaciones, esas que no viven cohibidas por el qué dirán ni por el «hasta que la muerte os separe». Sin embargo, no le apetece el día después ni las prebendas que genera la confianza. Hay otras alternativas.

Está Nahia.

Marcial baraja la opción de llamarla, de escribir el último capítulo y, entonces sí, cerrar ese libro para siempre. Dirige la mano hacia el bolsillo del pantalón donde debería estar su móvil.

Debería.

Se palpa el resto del cuerpo mientras trata de hacer memoria. Pronto la imagen del teléfono sobre el lavabo le ofrece la respuesta que busca. Podría presentarse en La Vaguada sin avisar. No sería la primera vez.

Podría.

Pero no lo hará.

Y no lo hará porque concluye que no quiere una nueva Sasha en su vida, un nuevo asidero al que acudir a cada traspié.

Da un par de tragos consecutivos mientras mantiene la vista fija en la manada de energúmenos que se esfuerzan por granjearse la atención de la camarera. Sin embargo, esta, a pesar de su juventud, sortea los envites con esa maestría atávica de las que se saben el centro de atención desde el mismo día en el que se abrochan un sujetador por primera vez. No obstante, hay uno, un hombre con todo el pelo peinado hacia atrás y una dentadura perfecta, que no parece comprender su lenguaje no verbal.

Quizá no sea eso.

Quizá tan solo quiere demostrarle que es el macho alfa, que si quiere perpetuar la especie debe escogerlo a él entre todos los que, con más o menos tiento, interpretan su danza del cortejo ante ella. El hombre la coge de la mano cuando la chica hace ademán de dirigirse a la barra, y le pide, ante la atenta mirada de sus congéneres, que se siente en su muslo. Ella rehúsa con pericia,

sin hacerle parecer un baboso; no obstante, él continúa, alentado por el grupo, aquel duelo ancestral en el que el descendiente menos evolucionado del hombre de Cromañón muestra evidencias de no haber asimilado aún el significado de la palabra «no». Marcial se pone en pie, se acaba de un trago el contenido de su botellín y se dirige hacia ellos.

—¿Algún problema?

La manada lo observa con la condescendencia que otorga la ventaja numérica. Él lo contrarresta con la experiencia que da saber que basta con plantarle cara al líder para amedrentar al resto. Se sabe dominador en el juego de silencios, por lo que opta por acerar la expresión y dilatar la espera.

—No pasa nada, Marcial, solo bromeaban.

Al exinspector no le pasa inadvertido que la camarera haya usado su nombre para dejar claro que se conocen, que no es un superhéroe nacido en la barra de un bar que busca su minuto de gloria: llevarse a la chica. Aquello hace reflexionar al hombre trajeado.

—Eso es: solo bromeaba.

La camarera sonrío y se aleja para preparar el pedido. Marcial mueve la cabeza muy despacio, como si le pesase toneladas, hasta conformar un asentimiento que lleva implícito un «te has librado por los pelos». Luego regresa a su mesa sin perder de vista en ningún momento a la chica, que ya les sirve las bebidas a los encorbatados. Una vez que finaliza la tarea, vuelve a aproximarse a Marcial.

—Te debo una —le dice, coqueta.

Él vuelve a colocar en la balanza los pros y los contras de cobrarle la factura.

—A esta invito yo.

La botella de *whisky* es historia, la mayoría de las incógnitas que ha acumulado a lo largo del último año, también. A Zoe le han bastado un par de horas de cotilleo informático para silenciar un montón de porqués. Aún no

sabe a santo de qué Unai ha recopilado toda esa información, pero no hay que ser ningún cerebritito para colegir que en esos archivos está la clave de todo lo que ocurrió en el piso de ronda de La Unión hace poco más de un año. Lleva un buen rato imprimiendo todos los documentos y fotografías que considera de interés, justo el mismo tiempo que lleva intentando localizar a Marcial. Es consciente de que es tarde, pero el asunto es demasiado urgente, así que insiste.

Lo quiere a su lado.

Lo necesita su lado.

No como una vez lo quiso ni lo necesitó, sino como ayuda para interpretar aquella amalgama de datos que Unai ha ido almacenando con el más absoluto secretismo. Allí hay información de todos. Están Domingo Bernal, Francisco Casanova, Ricardo Forte, Matías Jairo, el Nene, el Pilonga y un sinfín más de nombres y relaciones que jamás habrían sospechado. Aún no ha localizado todos los archivos, porque se esconden bajo nombres en clave que no siempre son fáciles de identificar, pero ha logrado compilar un buen puñado. Se ve incapaz de revisar tanta información con objetividad, no mientras el recuerdo de los alaridos de Unai suplicando clemencia siga anclado en su cabeza. Necesita esa dosis de impersonalidad que les aporta Marcial a las cosas.

Mira la botella vacía con anhelo. Empieza a notar los efectos del alcohol, los párpados pesados, la resaca de la descarga de adrenalina. Es consciente de que no se encuentra en condiciones óptimas de conducir, pero el ansia por saber quién acabó con la vida de Unai es más fuerte que la razón. Cierra el portátil, lo agarra como si fuese un bolso de mano y se dirige a la entrada. En un pequeño bote de cerámica reposan las llaves de casa y las del Clio. Las coge y desoye por última vez esa voz que nace de dentro y que le sugiere, le implora, que no conduzca en ese estado.

En el piso de la camarera del Baros el sol tiene vetada la entrada, por lo que el amanecer pasa de incógnito por allí, así que, cuando abre los ojos,

comprueba con sorpresa que son más de las diez. El primer pensamiento es para Sola; con el segundo trata de descifrar la madrugada.

No le cuesta.

Después del incidente, la manada de trajeados, consciente de que ahí no había pieza que cobrar, tardó poco en abandonar el Baros, a buen seguro en busca de otra víctima con menor fortuna. Un par de cervezas más tarde, la camarera rubia bajó la persiana y se unió a la fiesta. Con la música como acompañamiento y una copa con más ingredientes que la ensalada cantonal, la chica se ofreció a recompensar su caballerosidad con un repertorio de movimientos sexis que hizo las delicias de Marcial. De ahí en adelante, todo se resumía en alcohol y más alcohol.

Escapa de la cama con sigilo, como si huyese de una telaraña. Le sorprende que los calzoncillos estén en su lugar. Recoge sus pertenencias y camina hacia el salón para vestirse sin hacer ruido. Es allí, a través de la ventana, donde descubre que en el exterior el día es desapacible. Los toldos del balcón de enfrente parecen poseídos y no paran de agitarse incitados por Eolo. Los cristales perlados lo informan de que la noche ha estado pasada por agua. Trata de hacer memoria, pero es incapaz de recordar dónde aparcó el 308. Teme que en semejante estado de embriaguez haya podido dejarlo en algún vado de los muchos que hay por las inmediaciones. Siente la boca seca, pero prefiere abandonar la casa antes de tener que establecer una conversación absurda con la chica. Es consciente de su error, de que esta vez no hay excusa para bucear en la entrepierna de la camarera, para beber sus jugos. Trajina la puerta como si fuese un TEDAX en mitad de un campo de minas, pero cuando cree haber desactivado la bomba, una voz femenina lo hace saltar por los aires:

—¿Adónde vas con tanta prisa?

Está apoyada en la jamba, con los brazos cruzados haciendo de soporte a sus pechos desnudos y unas bragas negras de encaje que hacen inevitable que Marcial dirija la mirada hacia su pubis.

—Escucha. Lo de anoche...

—¿Lo de anoche? Anoche pillaste una tajada del quince y tuve que traerte a casa para que durmieses la mona.

Marcial no puede dejar de sentir cierto alivio ante sus palabras; no obstante, se cuida de hacérselo ver.

—Entonces mi coche está...

—Está aquí abajo, en la misma puerta. Por cierto, conduje yo.

—¿Y el tuyo?

—Espero que siga donde lo aparqué.

—Gracias. —Marcial se voltea para salir—. Tengo que irme.

—Me debes una.

—Te debo una —admite.

Una vez en el exterior, recibe una bofetada de frío que pronto pasa a un segundo plano, cuando en su campo de visión divisa el 308 en perfecto estado.

El camino de vuelta es corto, pero la resaca lo hace interminable. Necesita un espidifen y dormir unas horas para volver a ser persona. También sabe que no podrá. No, al menos, hasta que se haya disculpado con Sola por pasar la noche fuera, y la única forma de contentar a su inseparable compañera es con un largo paseo. Pero en cuanto llega a casa y ve el Clio estacionado frente a la puerta, entiende que se avecina un cambio de planes.

Aparca justo detrás de ella. Se apea y se coloca junto a la ventanilla del conductor. Zoe está durmiendo. Ha echado el asiento hacia atrás, está recostada y sostiene entre los brazos un ordenador portátil de cuyo interior, como si fuese una carpeta, sobresalen las esquinas de unos folios. Lo abraza como si fuese un inseparable oso de peluche y ella una niña pequeña que necesita espantar sus miedos. Marcial se recrea un instante en su rostro destensado, ese que Zoe guardó en la taquilla de comisaría el día en que recibió el alta hospitalaria. Se siente tentado de dejarla así un rato más, de quedarse contemplándola como un sucio *voyeur* mientras disfruta de su escarceo onírico. Sin embargo, el hecho de que haya pasado la noche en la puerta de su casa le hace inferir que el asunto debe de ser realmente importante. Da unos golpes en el cristal. No hay reacción alguna. Insiste imprimiendo algo más de vehemencia a su gesto. Esta vez Zoe se incorpora como si alguien le hubiese clavado una aguja en el trasero y abre la puerta sin soltar en ningún momento el ordenador.

—¿Dónde coño te has metido?!

Marcial está a pique de responderle que cree que esa noche en concreto no ha entrado en ninguno, al menos eso afirma la propietaria del único que ha estado

a su alcance. Al final, decide ser más práctico:

—Yo también me alegro de verte. —Le señala la puerta de su casa—. ¿Entramos o discutimos aquí sobre mi agenda?

Cuando abre la puerta, Sola los recibe con una avalancha de saltos, lengüetazos y quiebres dignos del mejor recortador taurino. A Zoe parece habersele disipado el enfado y corresponde como puede las atenciones de la galga.

—No ha salido —puntualiza Marcial.

—Está bien. Vamos a sacarla y te voy adelantando por qué me he pasado la noche casi a la intemperie —concede Zoe.

Marcial entra y atavía a Sola. A los pocos segundos está otra vez fuera.

—Puedes dejar el ordenador en casa, si quieres.

Zoe lo aprieta contra el pecho al tiempo que niega con la cabeza. Parece Gollum protegiendo el anillo.

—Ni pensarlo. Aquí está la clave, Marcial. Todo lo que hemos estado persiguiendo durante este tiempo está en este portátil.

Marcial no puede ocultar su asombro. Por una vez en la vida le parece mejor plan entrar en casa que ir con Sola al descampado.

Ambos están sentados en el sofá de tres plazas que hay en el salón, con el portátil abierto frente a ellos y los folios impresos esparcidos por la mesa, junto a un par de vasos vacíos que hasta hace escasos segundos contenían sendos sobres de espidifen. Durante el paseo, esa mañana más corto de lo habitual, Zoe lo ha puesto al tanto de cómo y cuándo se hizo con el ordenador, de los intentos vanos por dar con la contraseña, de la carpeta que encontró sobre la mesa del salón, de la rabia contenida, del esfuerzo por ver la buena voluntad de sus actos. También lo ha hecho partícipe de sus avances hasta que el sueño la venció en el interior del Clio. Marcial, por su parte, ha guardado silencio y tragado bilis. Ha preferido encajar los golpes, restañar las heridas, volver a levantarse, luchar hasta el último asalto. Entiende que no es su

momento, que toca enfrentarse a lo que tanto tiempo han perseguido y dejar aparcadas las rencillas personales, la desconfianza. Empieza a cansarse del: «sálvese quien pueda», del «que cada perrico se lama su pijico». Cuando aclaren la muerte de Miralles deberán sentarse frente a frente, mirarse a los ojos, decirse cuatro verdades.

Pero no ahora.

Lo que ahora toca es aunar esfuerzos en la causa común.

—Recapitulemos —dice Marcial echándose hacia atrás para estirar la espalda—: Está claro que el protagonista principal es Matías Jairo. Sabíamos que era el abogado de Eduardo Reyes, que fue amante de Enma, que era el encargado de dar sustento a toda la trama de blanqueo de su amigo Domingo Bernal, que incluso fue el letrado que consiguió que trasladasen a Alejandro Suárez desde —Marcial consulta uno de los folios para dar con el dato que busca—... Picasent hasta Campos del Río, donde liquidó al Nene. Que en 2012 fue quien consiguió que declararan inocente al Cazador por la muerte del hijo de Simón Palazón; una muerte que sirvió para mostrarle a su padre la conveniencia de aceptar el préstamo que le ofrecía Mariscos Bernal...

El teléfono de Zoe interrumpe el monólogo. La agente le aclara que se trata de Fonet y se levanta para ganar una intimidad que molesta a Marcial. Cuando regresa, su cara denota que lo que ha descubierto Fonet es importante.

—Más sobre Matías Jairo. También era el abogado del Nene. ¿A que no sabes desde cuándo?

A Marcial no le lleva ni un segundo dar con la respuesta:

—Desde 2012.

—¡Bingo!

—Está claro que hay que revisar bien todo este material, pero deberíamos tomar ese año como punto de partida. Es el año en el que Villanueva hizo las escuchas ilegales...

—En el que Santi...

Zoe trata de echarle un capote a Marcial, de liberarlo de pronunciar unas

palabras que, aunque no quiera reconocerlo, aún le escuecen, pero el exinspector no se deja ayudar y completa la frase:

—En el que Santi se vendió.

Ya es un hecho. La esperanza de que todo fuese un mal sueño se ha esfumado. Los papeles reafirman las palabras de Villanueva. No por esperada la noticia es menos dolorosa, aunque entiende que no es el momento de lamerse las heridas, sino el de seguir indagando, descifrando todo lo que Miralles, a saber por qué, ha averiguado.

—Según parece —Marcial continúa ante el respetuoso silencio de Zoe—, Miralles llegó a la misma conclusión que nosotros en lo referente al *modus operandi* para el blanqueo, así como a la participación de Domingo Bernal y Ricardo Forte, al que tan solo ve como el encargado de llevar la contabilidad paralela de la empresa.

—Bajo las directrices de Matías Jairo —puntualiza Zoe.

Marcial asiente. Aunque han revisado la inmensa mayoría del material, no tienen todavía ningún indicio que les haga pensar que Miralles hubiese descubierto el verdadero papel que desempeñaba el abogado.

—Exacto —asevera—. También sabía que el Cazador era el perro de presa de la organización, incluso sospechaba, por lo que se deduce de sus anotaciones, que Eduardo Reyes tenía algo que ver con todo el entramado, aunque, hasta donde hemos podido analizar, no podía garantizarlo.

—Ahora sabemos que Unai estaba en lo cierto —Zoe lo deja caer con un poso de nostalgia. Hablar de él como si simplemente estuviese de vacaciones es algo que no termina de asimilar.

—Intuye que el inspector Salmerón es el que le pide el favor a Villanueva...

—También en eso estaba en lo cierto.

Marcial asiente en silencio; sin embargo, empieza a cansarse de que Zoe se esfuerce en corroborar que el trabajo de Miralles es muy diligente y que sus intuiciones han resultado ser las idóneas. Conoce su dolor, es consciente, de hecho, de que es lo único que la ha conducido hasta él otra vez, pero hay cosas

que Marcial entiende que deben digerirse en silencio, al menos en la intimidad. Tanta ostentación de su pérdida empieza a incomodarlo, así que opta por no continuar relatando sus aciertos y se centra en las incógnitas que el inspector se plantea en aquellos informes. Por supuesto, obvia comentar la confesión que el ex inspector jefe le hizo en el vis a vis sobre el motivo por el que le debía un favor al inspector Salmerón. No lo hace por ocultárselo, sino porque cree que no aporta nada de trascendencia para el caso.

—Lo que no veo tan claro son sus dudas respecto al comisario —dice señalando uno de los folios en los que se deja caer la posibilidad de que Lasaosa esté actuando en connivencia con el empresario.

—¿Acaso tengo que recordarte los problemas que nos puso para investigar a Domingo Bernal o cómo me apartó del caso de *suicidio* —entrecomilla con los dedos— del Cazador?

—Son órdenes de arriba.

—¿Y qué cojones iba a importarle a la delegada del Gobierno todo esto?

Marcial se sorprende ante el exabrupto de Zoe. Quiere que todo lo que Miralles ha ido escribiendo en esos folios sea un axioma incontestable, palabra de Dios. No cree que influya tanto lo que pudo sentir por él como el ansia por saciar la sed más angustiada del mundo: la de venganza. Él, en cambio, no imagina a Lasaosa encubriendo una organización para delinquir que no ha dudado ni un momento en abreviar la existencia de quien se ha cruzado en su camino. El comisario no es así. Aunque Santi tampoco era así. Ni Villanueva. Ante esa tesitura prefiere no apostar más por la inocencia de nadie y da su brazo a torcer:

—No lo sé, Zoe. No estoy diciendo que no lo investiguemos, sino que le concedamos el beneficio de la duda.

Se abre paso un silencio tenso, un silencio incómodo, uno de esos en los que quien lo rompe tiene la sensación de ser el primero en abrir fuego. Al final es Marcial quien asume el riesgo:

—Aún tenemos mucho material aquí. Analicémoslo antes de sacar ninguna

conclusión precipitada. Tampoco parece que Miralles sepa qué relación hay entre el Nene, el Pílonga y todo el asunto del blanqueo, así que pongámonos manos a la obra.

Zoe no dice nada, arrastra el portátil hasta sus muslos y se sumerge en las palabras de Unai. Le gusta imaginar que es él quien se las recita, que lo que sus ojos contemplan y su cerebro interpreta llega a sus oídos con su voz engolada. Marcial agrupa los folios que hay sobre la mesa. No está seguro de haberlos ordenado correctamente; no obstante, empieza a apartar aquellos que ha leído y deja el resto en un montón aparte. Luego se incorpora y se dirige hacia la cocina. Se detiene en el vano.

—Necesito una cerveza. ¿Quieres algo?

Zoe arruga la cara ante la simple idea de ingerir una sola gota más de alcohol. Su reciente afición ética parece tener los días contados.

—Agua.

Marcial tarda poco en regresar. Deposita el vaso junto al que aún contiene los restos grumosos del espídifen y le da un trago a su botellín mientras ocupa el sofá de dos plazas que hay en el otro lado.

—¿Por qué crees que Miralles investigaba a Domingo Bernal?

La pregunta lleva vagando por la mente de Marcial desde que Zoe le explicó qué había en el ordenador; sin embargo, el calado de los datos que iba mostrándole ha terminado postergando el interrogante hasta ese momento.

—No lo sé, pero ahora parece que cuadra un poco mejor todo eso de las fotos y del seguimiento.

—Y la fecha en la que se hicieron —puntualiza Marcial, que no quiere dejar pasar por alto la oportunidad de volver a aclararle que la muerte de Miralles no tiene nada que ver con que él investigase al empresario cartagenero.

—Hablando de fotos... ¿Crees que Sasha...?

—No.

Marcial no quiere entrar a valorar qué muerte vale más. Comprende que la imagen de Miralles y su musa hablando en el jardín puede interpretarse de

diferentes maneras, pero ninguna de ellas va a hacerle cambiar de opinión sobre cuál fue el motivo por el que el cuerpo de Sasha se descompone bajo tierra.

—Murió porque hay gente que no entiende el significado de «no», porque hay quien vive creyendo que unos euros te dan derecho a disponer de la vida de otra persona, porque vivimos rodeados de políticos hipócritas que cierran los acuerdos con volquetes de putas.

Zoe siente el dolor, la herida sin cicatrizar, el hedor que desprende el rencor, así que agacha la cabeza y vuelve a escuchar la voz de Unai.

Pasan cerca de una hora más de la misma guisa, hasta que Zoe deposita el ordenador sobre la mesa y llama la atención de Marcial para que regrese a su lado. La agente le señala una foto y un nombre. Ambos se miran sin verse. Sin dirigirse ni una palabra confluyen en la misma teoría. No es descabellada.

Tampoco difícil de comprobar.

Marcial ha conducido hasta La Aljorra con la radio apagada. Nada más salir de casa, con Zoe rumbo a comisaría para poder justificar el sueldo con el que se gana el pan, subió al 308 y arrancó el motor. Al instante, el dial seleccionado por defecto había empezado a escupir noticias sobre el juicio más mediático del momento y en el que su apellido, el que reza su DNI, salió a colación. Conoce de sobra el funcionamiento de determinados medios de comunicación, sabe qué los impulsa a escoger unas noticias frente a otras, también cómo se selecciona a algunos directores y quién paga parte de la publicidad con la que subsisten determinadas emisoras. Por eso sabe que, una vez exprimido hasta la saciedad el atentado yihadista de Saint-Denis, toca atontar a la población con cualquier asunto de fácil posicionamiento que les haga olvidar que el Gobierno que los des gobierna ha permitido que todo un ministro del Interior se reúna con un expresidente del Fondo Monetario Internacional imputado por delitos de fraude, alzamiento de bienes y blanqueo de capitales, no vaya a ser que a alguien le dé por pensar que quizá le haya pedido que le eche un cable en sus futuras causas. Lo pone de muy mala hostia recordar cómo huelen las cloacas del Estado, pero no es nuevo en esto y sabe que malgastar la energía en tamaña tarea es el esfuerzo más inútil en el que puede embarcarse.

En ese momento decide eliminar cualquier contaminación acústica que aleje su cabeza de lo que cree que puede ser una pista esencial para hallar un nexo entre los sucesos de finales de los noventa y los actuales. Se limita a conducir absorto en una carretera nacional que conforme se aleja de Los Dolores va haciendo más evidente su deplorable estado y por qué es una de las más

peligrosas de la comarca.

Ha aparcado en el lateral de la casa, muy cerca del contenedor donde tuvo que ayudar a Amancio Reyes a deshacerse de la bolsa de basura. Confía en que en esta ocasión el párroco sea más sincero, aunque, a decir verdad, se contenta con que le confirme lo que su intuición y la de Zoe han deducido de los informes de Miralles.

Llama.

Amancio tarda una eternidad desde que pronuncia un «voy» agónico hasta que la puerta se abre. A Marcial no le resulta difícil imaginar el caminar tortuoso del párroco desde la otra punta de la casa. Lo recibe con cara de resignación.

—Pase, inspector.

Marcial sigue el camino que indica la mano de Amancio y llega al discreto salón donde han llevado a cabo los dos encuentros anteriores. La impaciencia va apoderándose de él a medida que los segundos van cayendo y el monótono sonido del bastón va acercándose. Cuando el párroco llega a su destino, se desploma en el sofá.

—Usted dirá.

Marcial prefiere no tomar asiento: no quiere dejar dudas de lo efímero de su visita.

—Me mentiste.

—Nunca miento, hijo. ¿Conoces los mandamientos?

—Mejor de lo que quisiera y peor de lo que tus jefes desearían. Pero no he venido aquí a hablar de Teología. Fuiste tú, ¿verdad?

—Depende de a lo que se refiera, inspector.

—El que hizo la llamada anónima a la policía.

Amancio Reyes asiente, al tiempo que cierra los ojos de lechuza, a buen seguro intentando borrar el recuerdo del tercer ojo de su hijo. Ni siquiera los abre cuando Marcial vuelve a la carga.

—Imagino que también lo avisó de mi interés por verlo.

—Así es.

—¿Por qué?

—Es..., era mi hijo.

A Marcial empieza a empalagársele que el párroco lo juegue todo a la misma carta, un as marcado que ha guardado tanto tiempo bajo la manga que ha terminado por desdibujarse y no ser más que un naipe en blanco, un recuerdo devaluado de lo que un día tuvo un valor incalculable.

—No estoy aquí por Eduardo.

Ahora sí, el párroco abre los ojos y mira a su interlocutor con expectación. Marcial saca del bolsillo interior de su cazadora de cuero un par de hojas. La primera contiene una fotografía de mala calidad que, sin embargo, permite discernir claramente al joven que la protagoniza; en la segunda hay un texto en el que Zoe ha subrayado con un rotulador fluorescente un nombre y unos apellidos. Tras pensarlo un momento, decide entregarle solo el folio que contiene la imagen de un barbilampiño de tez morena y rostro carente de matices, cuyos ojos miran desafiantes a la cámara.

—Lo conoce, ¿verdad? —dice Marcial después de concederle un tiempo prudencial para escrutar la fotografía.

—Alejandro, el hijo de Florentino.

—El mismo Florentino que te recomendó que contratases a Matías Jairo como abogado para tu hijo.

Amancio confirma sus palabras con un movimiento de cabeza. Recuerda que ese fue el primer paso que dio para acercarse a Eduardo después de haber salido huyendo de su vida, de sus peores temores y de comprender que había fracasado en su tarea como padre. Hacerse cargo de la factura del mejor abogado que le habían recomendado no sirvió para mucho más que agilizar unos permisos penitenciarios y alcanzar el tercer grado, nada de cicatrizar viejas heridas. A Amancio no le queda más que reconocer que las palabras que con tanto odio vertió Marcial en su última visita no son más que un cruel resumen de la verdad. Y, como tal, duelen. Eduardo solo se preocupó de

volver a verlo cuando necesitó un lugar para vivir o dinero para llegar a final de mes.

—Alejandro Suárez Sáez —retoma Marcial—. ¿Te suenan estos apellidos?

—Sí. Claro que sí. Florentino Suárez..., ahora lo recuerdo. Efectivamente, Suárez es el apellido de su padre.

—Escúchame atentamente. Lo que voy a preguntarte es de vital importancia. ¿Sabes si Alejandro era hijo biológico de Florencio?

—Florentino.

—Florentino.

Amancio Reyes se arrellana en su asiento y aguza la mirada de ave nocturna antes de responder.

—Eso no es de su incumbencia, hijo. La vida privada de...

—¡Me cago en Dios, padre! —Marcial estalla. Amancio es la única vía que les queda y no puede permitirse el lujo de salir de allí sin una respuesta—. Déjate de monsergas. Es muy probable que ese chico sea el que ha jugado a los dardos con tu hijo. No te pido su número de cuenta bancaria ni que me digas si le gusta follarse cabras en el monte, solo necesito saber si Florencio —esta vez el párroco no lo corrige— adoptó o no a Alejandro.

Amancio está petrificado, diríase que la profanación del segundo mandamiento le ha causado el mismo efecto que a la esposa de Lot cuando se dejó vencer por su curiosidad y volvió su rostro hacia Sodoma. Al cabo, responde:

—Lo adoptaron cuando tenía unos nueve o diez años, según me contó Florentino.

Aunque han reajustado los engranajes y vuelven a funcionar como un equipo, Zoe no se engaña: nada volverá a ser igual. Ahora que ha aprendido a caminar sola no está dispuesta a que la lleven de la mano, y Marcial nunca ha sabido dejarse acompañar. Se siente cómoda con su nuevo estatus, en su atalaya. Ha sido demasiado duro coronarla como para saltar al vacío a las primeras de

cambio.

Y sin red.

Sin embargo, tampoco está dispuesta a renunciar a él, a sus métodos, a su sexto sentido. Si existe una posibilidad de hallar el camino, por escurridiza que sea, Marcial lo hará. El resto es cosa suya. No quiere salpicarlo de su rencor, mancharlo con su odio, incitarlo a ser la extensión de su brazo si este flaquea en el último momento. No puede hacerle eso.

No debe.

Por eso no lo quiere a su lado a la hora de la verdad, aunque es consciente de que Marcial no se conformará con un trocito del pastel. Necesita la tarta entera.

Guinda incluida.

Así que debe ser muy sutil, mentirle llegado el caso. Este es un asunto entre ella y el asesino de Unai, y nadie debe interponerse en su camino.

Ni siquiera Marcial.

Los golpes en el cristal translúcido la sacan de sus cavilaciones. Está tentada de bajar los pies de la mesa y adoptar una pose más decorosa, pero, en el último momento, entiende que ya no engaña a nadie.

—Adelante.

La puerta se abre y aparece Fonet.

—Te ha gustado su castillo —dice en referencia al despacho que un día fue de Marcial y en el que desde que Lasiosa le diera la llave ha comenzado a refugiarse de las miradas inquisidoras de Salvador Torán.

—Es temporal.

—¿Hasta que vuelva el ermitaño?

—No va a volver.

—¿Estás segura?

—Como que hay noche. —Zoe señala la única ventana con vistas al exterior en donde hace tiempo que no hay ni rastro del sol.

Fonet hace un gesto de difícil interpretación y abandona la ambigüedad de

las respuestas de su compañera para centrarse en lo que lo ha llevado hasta allí:

—Ha llegado la comparativa de las huellas del despacho de Matías Jairo: ninguna coincidencia con la base de datos.

Zoe recibe con alivio la noticia. Con el subinspector Torán detrás de ellos le habría resultado harto complejo dar una explicación plausible que no alimentase aún más sus fundadas sospechas si hubiesen aparecido las de Marcial.

—Pues estamos sin nada —contesta al fin la agente.

—Tú dirás cómo seguimos.

—Seguid con su pasado, pero centraos un poco más en el 2012. Buscad cualquier dato relevante, algo que se salga de lo normal. Un cambio de padrón, una operación de fimosis, lo que sea.

—¿2012? ¿Por qué?

—No lo sé. Solo es una corazonada.

—Ya. —A Fonet le duele la desconfianza. Le viene a la mente el recuerdo de lo que pasó con Charly. No hace falta mucho para saber que el interés por el pasado del abogado tiene alguna relación con su mal disfrazada obsesión—. ¿Alguna corazonada más?

Zoe recoge los pies y se sienta correctamente. Necesita pedirle algo más. En realidad al que debería pedirselo es a Rubio, pero ambos son uña y carne —tanto monta, monta tanto—, así que lo usará a él como intermediario.

—Necesito que me hagas un favor.

—Esto se pone interesante. —Fonet retira la silla que hay al otro lado de la mesa y se sienta—. ¿Me voy desnudando?

Zoe no corresponde a su broma como él espera, así que abandona el gesto cómico y adopta uno circunspecto mucho más acorde a la reacción de su compañera.

—Necesito que indagéis sobre este número de cuenta. —Zoe abre la carpeta que hay sobre la mesa, con la que ha pasado toda la tarde enfrascada, y le da

un papel con una serie de dígitos.

—Le diré a Rubio que se ponga con ella.

Fornet se levanta, hace un histriónico saludo militar y comienza a caminar hacia la salida. Zoe lo detiene con una nueva pregunta:

—¿No vas a preguntarme para qué lo necesito?

—Creo que prefiero no saberlo —responde resignado.

El agente reanuda la marcha, pero Zoe vuelve a dirigirse a él:

—Gracias.

Esta vez Fornet se ha desprendido de un sombrero imaginario.

El sonido de la puerta al cerrarse es música celestial. Vuelve a estar sola. Aislada. Lejos de lo que se cuece en la segunda planta de la comisaría de Cartagena, a kilómetros de las mundanales preocupaciones que la asediaban años atrás, con un único destino grabado a fuego en sus retinas: la venganza.

Las horas de reclusión no han sido en vano. El número que viaja en ese instante hacia las hábiles manos de Rubio corresponde a una cuenta, según ha podido concluir Zoe a través de los informes de Unai, en la que supuestamente la Policía pagaba los servicios del Nene. Aunque en principio no debería tener nada de particular, el hecho de que estuviese junto al resto de los documentos había despertado su curiosidad; el mal llamado instinto policial, resuelve. No tiene intención de alertar a Marcial de aquel movimiento a menos que arroje algún resultado que merezca la pena.

Son casi las ocho de la tarde cuando oye cerrarse la puerta del despacho del comisario. Las dudas de Unai sobre la implicación de Lasasosa han ido acomodándose en su cabeza a medida que las hojas de Word se sucedían, y el hecho de que todas sus intuiciones hayan ido confirmándose la ha ayudado a desprenderse de las reticencias iniciales. Se da unos minutos de margen antes de salir y cerrar la puerta con llave, como siempre hacía Marcial. Por fortuna para ella, es el único que lo hacía, el que siempre defendió que el ser humano es el único animal que no es de fiar. Cuando constata que la sala de Homicidios está vacía, se desliza sigilosa hasta la puerta contigua y gira el

pomo. No sabe de cuánto tiempo dispone hasta que el servicio de limpieza llegue a la segunda planta, por lo que ha de darse prisa. No sabe lo que busca. Ha desarrollado una fe ciega en las palabras de Unai, y si él tenía la sospecha de que Lasiosa no era trigo limpio, ella se siente en la obligación de comprobarlo.

Es la segunda vez que pasa por esa rotonda. Bajo el cielo estrellado, el puerto parece un sitio completamente diferente al que transitan a diario cientos de personas, la mayoría de ellas turistas deseosos de empaparse de los encantos de una ciudad trimilenaria abierta al mar. Las últimas reformas lo han convertido en lugar de obligada visita. Aun así, a Marcial le gusta mucho más de esa guisa: desierto, silencioso, aquietado, lejos del empalagoso bullicio que contamina a diario la marchita atmósfera. No en vano una de sus grandes pasiones es recorrer en coche las calles de Cartagena al amparo de la madrugada, disfrutar de los lugares de siempre viéndolos como nunca, escuchar los silencios de su ciudad, esa ciudad que, bajo la apariencia protectora de sus adoquines y columnas románicas semienterradas, alberga rincones inhóspitos, recovecos por donde la maldad inherente a la especie humana encuentra pasadizos secretos donde campar a sus anchas y que le han permitido resistir el paso del tiempo, perpetuarse generación tras generación.

Aparca el 308 frente al edificio que le sirve de sede provincial al Departamento de Aduanas e Impuestos Especiales, junto al NH que luce, orgulloso, el nombre de la ciudad, y comienza a caminar en dirección al monumento erigido en honor de los héroes de Cavite. Podría contemplar el mar desde allí; sin embargo, prefiere cruzar la calzada y llegar hasta sus pies. La noche lo tizna de oscuro y lo torna siniestro, algo que no deja de ser una hermosa metáfora de la vida, a juicio de Marcial. El exinspector decide caminar por el paseo marítimo, dejándose guiar por la hipnótica sinfonía que interpretan las jarcias de los veleros y que durante el día queda enmascarada por el rumor de los motores de los coches que transitan por los alrededores.

Decide hacerle compañía a un solitario noray y se sienta a su lado, con los pies colgando y el Mediterráneo como suelo. Espera a Zoe. Le parece que ese es un buen lugar, que la paz que inspira el mar puede ser un buen aliado para tomar decisiones. Y ellos deben tomar una muy importante: deben intentar esclarecer lo que puede significar que Alejandro Suárez Sáez sea en realidad Alejandro Sandemetrio, hijo legítimo de Virgilio Sandemetrio, alias el Pilonga; descifrar cómo aquel dato puede relacionar los sucesos que ocurrieron en abril del 97, ahora sí que Marcial se ha molestado en buscar la fecha exacta, y los acontecimientos del último año. Marcial no es amigo de casualidades, y que el hijo del Pilonga sea el principal sospechoso de la muerte del Nene apesta a venganza bien reposada y estudiada, una venganza que no está al alcance de cualquiera.

Y Alejandro S. (Suárez o Sandemetrio) es un cualquiera.

Un niño que, a los nueve años, quedó completamente huérfano y acabó en manos de las instituciones, hasta que el bueno de Florentino, un par de años después, lo arrancó de sus fauces. Pero el tiempo no hizo justicia a los sueños de la familia Suárez-Sáez y ese joven en el que habían depositado tantas esperanzas fue malográndose hasta convertirse en un camello de tres al cuarto, que a los veintidós años dio con los huesos en el centro penitenciario de Picasent, donde pasó desde 2010 hasta octubre de 2013, momento en el que el omnipresente Matías Jairo consiguió su traslado a Campos del Río, donde curiosamente estaba cumpliendo condena el asesino de su padre. Marcial lleva toda la tarde dándole vueltas, pero no consigue vislumbrar qué interés podía tener el abogado en un ajuste de cuentas entre clanes de la droga que se remonta a un par de décadas atrás. Confía en que Zoe sea más resolutiva que él y consiga descifrar esa suerte de acertijo que se plantea con la información que Miralles ha puesto en sus manos.

Pasean por la plaza del ayuntamiento. El suelo adoquinado y el silencio de la noche hacen que sus pasos cadenciosos reverberen y regresen a sus oídos

como si alguien los acompañase. Marcial, desconfiado, ha tenido que girar un par de veces la cabeza para constatar que no era así. A su izquierda el imponente palacio consistorial, un ejemplo de eclecticismo arquitectónico que hace las delicias de propios y extraños, sirve de antesala a la calle Mayor, también desierta a esas horas de la noche.

Ambos llevan un rato en silencio, dejándose embaucar por el olor a salitre, por esa humedad tan característica de las ciudades que se rinden al mar. Marcial ya ha puesto en antecedentes a Zoe, y ella le ha confirmado que sus huellas no han aparecido en el despacho del abogado. Parecen no tener nada más que decirse; sin embargo, ambos están repletos de dudas, de interrogantes que despejar. Es Zoe quien se aventura primero:

—Pues yo creo que el asesinato del Nene no tiene nada que ver con el asunto de Domingo Bernal. Nos estamos empeñando en que todo lo que ha hecho Matías Jairo durante los últimos años está relacionado con el asunto del blanqueo y no tiene por qué ser así.

—¿De verdad? ¿Quieres decir que Ricardo Forte te confiesa que el Pilonga es quien decidía a quién debía apretarle las tuercas el Cazador y tú prefieres creer que el único Pilonga que tiene relación con el abogado no tiene nada que ver con el caso? Te recuerdo que todos menos él han sido borrados del mapa.

—Marcial niega con vehemencia—. Joder, Zoe, te creía algo más inteligente.

—¿Entonces qué? ¿Damos por hecho que Alejandro es el asesino de los tres? Te recuerdo que está cumpliendo condena.

—Está con el tercer grado.

—Eso implica dormir en prisión.

—O disponer de un permiso de fin de semana. El Cazador y Eduardo Reyes fueron asesinados en la madrugada de un domingo, mientras que a Matías Jairo lo liquidaron un miércoles por la tarde. Quizá deberías hacer que Fornet y Rubio moviesen un poco más el culo con el tema de la vida carcelaria del hijo del Pilonga.

—Están hasta aquí de trabajo. —Zoe se lleva la mano derecha hasta la frente

—. Homicidios está en cuadro y ellos deben multiplicarse. Hacen lo que pueden.

—Pues mueve el culo, entonces.

Zoe no replica. Está dándole vueltas a una pregunta demasiado importante como para perderse en esas menudencias de Marcial que hace mucho tiempo que dejaron de tener efecto en ella.

—¿Crees que fue Alejandro quien acabó con él?

Marcial no necesita preguntar quién es él. Él es el epicentro de todo, el que ha convertido a Zoe en una desconocida, el que la ha condenado a ser carne de cañón, el que de forma indirecta le ha arrebatado la placa y la pistola. Baraja la opción de exponerle la tesis que ya concibió cuando andaban tras los pasos de Eduardo Reyes, decirle que cree que no entraba en los planes de nadie acabar con la vida de un policía, que tan solo era la cortina de humo, que el verdadero espectáculo estaba en la cochera de Fandiño. Sin embargo, intuye que alejar el foco del hijo del Pilonga en ese momento sería un error de bulto, una imperdonable distracción para la cabeza de Zoe. Y no es tiempo para improvisar.

—Estoy seguro —responde mirándola a los ojos.

Continúan unos metros más en silencio y, sin saber por qué ni haberlo convenido, se dan la vuelta al alcanzar el monolito del Icue como si fuese una más de las incontables rotondas que infestan los planes urbanísticos de las ciudades modernas. Zoe habla con los ojos clavados en los pies:

—He registrado el despacho de Lasiosa.

Marcial se detiene. Zoe lo hace un par de pasos más tarde.

—No habíamos quedado en eso.

—Lo sé. No lo había planeado, tan solo se presentó la ocasión.

Su mirada delata que no ha refrendado las sospechas de Miralles, aun así quiere oírse lo decir:

—¿Y?

—Nada. Ni un documento ni una foto. Nada fuera de lugar.

Los medios de comunicación han conseguido su objetivo: la sala número dos del juzgado de Cartagena está hasta los topes. Marcial ha vuelto a ocupar la última fila. Juraría que ni Lasaosa ni Zoe han acudido, pero con tanta gente resulta imposible afirmarlo. La expectación es máxima, y no solo porque sea la última sesión antes de que se dicte sentencia. Esa mañana declara la cajera del Carrefour que atendió a Alfonso Villanueva el día de autos y que, junto con el testimonio de Miralles, acota el tiempo del que dispuso el ex inspector jefe para cometer el asesinato en tres cuartos de hora escasos. Es notorio que hacer ver que apenas hubo tiempo material para preparar la escena del crimen es la mejor baza que ha encontrado Raquel Estrada para apuntalar la defensa. La letrada ha sabido, durante todos estos días, crear en el jurado la sensación de que la premeditación quedaba descartada por el mero hecho de que Villanueva se encontraba realizando una vigilancia junto a Miralles cuando ocurrieron los hechos. Tener, además, el tique de compra y a la cajera del hipermercado confirmando que los minutos de los que dispuso el ex inspector jefe para regresar a casa, golpear en la cabeza a Enma, desnudarla y preparar todo el escenario apenas alcanzaba los cuarenta y cinco minutos era disponer de un argumento exculpatorio de mucho peso. Es evidente que ha sabido sembrar una duda más que razonable en esa gente que, desde su estrado y dejando durante unos días sus trabajos como albañiles, transportistas y maestros, deben juzgar si un hombre, padre de familia, merece pasar los próximos veinte años en prisión, si no ha cumplido bastante pena ya con los veintitrés meses que ha estado encerrado sin que hubiese ni una sola prueba de peso en su contra más allá que una declaración posiblemente arrancada bajo coacción y dictada con

la única esperanza de salvar a su hijo de las despiadadas garras de un asesino en serie.

Marcial ha presenciado toda la actuación de Raquel Estrada con indolencia, como si aquello no fuese con él, sabedor de que la teatralización de la letrada es parte del juego. Sin embargo, ha sido todo oídos cuando la fiscal, Rocío Durán, ha recitado su argumentario, tratando de desarbolar la empalizada sobre la que han escondido los verdaderos hechos, los datos objetivos. Se ha encargado de recordar que en su confesión Villanueva reconoció la improvisación, desechando, por tanto, la importancia que la abogada defensora intenta imprimir a la premeditación. Por un momento, Marcial ha creído atisbar en los ojos de parte del jurado una chispa de raciocinio, como si hubiesen tardado cinco días en comprender que la abogada de Villanueva tiene la obligación hipocrática de hacerles creer que su cliente es inocente, que el deber del jurado es leer entre líneas, no creer a pies juntillas; que el victimismo se estudia en primero de Derecho. La fiscal ha vuelto a la carga recordando que simular con tal precisión el lóbrego escenario del asesinato del café no estaba al alcance de cualquiera, que el corte del dedo, según el forense, denotaba que lo había hecho alguien que dudaba.

Cuando se intuye que la jornada está llegando a su fin, Marcial se levanta de su asiento y se dirige hacia la salida. Es en ese instante cuando se percata de su presencia. Hace tiempo que no lo ve, pero apenas ha cambiado. Rodrigo Villanueva permanece de pie, junto a la puerta. Tiene los ojos de su madre y la mirada intensa de su padre. El pelo, que hace un par de años le confería un aire rebelde, es ahora corto, muy corto. El único rastro que queda del adolescente que se sentó en su despacho y desmigó las intimidades familiares de los Villanueva-Novoa es la letra china que se tatuó tras la oreja izquierda. Marcial avanza hacia él sin haber decidido si es el mejor momento para cruzar unas palabras con el chico; ni siquiera sabe si Rodrigo está dispuesto a escucharlas. Por suerte, sus dudas se disipan al instante, cuando lo ve buscar su mirada y abrir la puerta para acompañarlo al exterior.

—Hola, inspector.

—Ya no soy inspector.

—Ni Lisón. Me lo pone usted difícil.

—Marcial.

—Marcial —repite Rodrigo—. Lo van a dejar libre.

—Eso parece.

—¿No le importa? Después de todo lo que hizo usted por... Mi madre no lo merece.

Hace tiempo que Marcial descubrió que la vida no es cuestión de méritos, sino de perspectiva, de favores, de saber mirar hacia otro lado cuando toca. Pero Rodrigo, al filo de la mayoría de edad, es aún demasiado joven para saberlo. Durante una fugaz fracción de segundo cruzan por su cabeza las palabras de Villanueva asegurando que su hijo lo había perdonado. O bien le mintió o bien Rodrigo también ha aprendido a mirar hacia otro lado.

—¿Qué más da si me importa, chaval? Tu madre seguirá en el mismo sitio declaren o no inocente a tu padre, así que no merece la pena lamentarse por ella, sino por él.

—¿Por él? Es un malnacido que me ha jodido la vida. No pienso lamentarme por él.

Marcial hace un gesto con la mano para indicarle a Rodrigo que lo acompañe. Caminan sin decir nada hasta salir al exterior de los juzgados. Una vez que bajan el tramo de escaleras que los devuelve a Ángel Bruna, el exinspector retoma la palabra:

—¿Has ido a verlo?

—Una vez.

—¿Y?

—Ya lo conoces: es un manipulador de libro. Me hizo prometerle que lo creía, que sabía que él no era capaz de matar a mi madre. Me contó lo de la visita del asesino del café, tus amenazas...

—¿Y te lo creíste?

La pregunta parece despertar una disquisición moral en Rodrigo. El chico suspira para aligerar la presión de su conciencia, luego responde:

—En ese momento sí.

—¿Pero? Siempre hay un pero.

—Pero cuando recuerdo los últimos meses de mi madre, su relación, las peleas... No obstante, lo que más me llamó la atención no fue eso, sino comprobar que estaba plenamente convencido de que el jurado lo absolvería en cuanto conociese su historia. Incluso ya empezaba a hacer planes para cuando saliera...

—¿Planes?

—Nada en particular, aunque me dijo que contaba conmigo, que ya hablaríamos llegado el caso.

—¿No te especificó sobre qué?

—No. Tampoco le pregunté. No pienso hacerlo. Me quedan unas semanas para ser mayor de edad... Si lo dejan libre..., me iré lejos. —A Rodrigo comienza a costarle un mundo mantener alejadas las lágrimas de sus ojos.

—Nadie te obliga a querer a tu padre.

—¿Cómo?

Parece que la afirmación de Marcial ha cogido por sorpresa a Rodrigo, que no termina de ver adónde quiere llegar el que, para él, siempre será el inspector Lisón.

—Que tus dudas se deben a que te sientes en la obligación de creerlo por el simple hecho de que es tu padre. Te diré una cosa que me ha enseñado la vida a base de hostias: hay padres hijos de puta, hay madres deplorables, hay hermanos cabrones... ¿Sabes por qué? —Rodrigo alza las cejas—. ¿Conoces a Mark Twain? —El chico niega absorto—. Fue el primero que encontró el eufemismo perfecto para decir que el ser humano es el mayor hijo de puta que pisa la faz de la tierra.

—¿Qué dijo?

—«El hombre es el único animal que come sin tener hambre, bebe sin tener

sed y habla sin tener nada que decir».

Marcial ya ni siquiera mira al chico. El bullicio de la gente le confirma que el juicio ha quedado visto para sentencia, que el día que tanto teme Rodrigo ha llegado.

Está a la altura de la rotonda del Mandarache cuando el móvil comienza a sonar. Marcial maldice mientras trata de extraer el teléfono del bolsillo con la mano izquierda y sujeta el volante con la derecha. Toma la circunvalación bajo una atronadora pitada por el cambio de carril efectuado en el último momento y Marcial le corresponde empuñando al aire el dedo corazón, lo cual deja al 308 sin gobierno durante unos instantes. Cuando recobra el control, observa que es Zoe la que está al otro lado.

—Dime.

—Los chicos han hecho su trabajo.

Por un momento Marcial no sabe de qué le habla, después resuelve que se refiere a Fonet y a Rubio.

—Han comprobado el número de cuenta que había en el ordenador de Miralles —continúa la agente—. Se trata de una cuenta de Suiza que se puede relacionar con una cuenta española...

—Y el titular es... —Marcial pronuncia la frase con la misma entonación que usan los presentadores que van a dar el Goya.

—Antonia Cortés Montoya.

—Sorpréndeme.

—La mujer del Nene.

—¿Por qué cojones se iba a pagar a los confidentes con una cuenta en Suiza?  
—Marcial decide aparcar en la gasolinera de Las Tejas para centrar toda la atención en la conversación. Los datos empiezan a acumularse y las respuestas no terminan de aparecer.

—Solo se me ocurre una cosa: que le pagasen con dinero negro.

—¿Qué tontería es esa, Zoe?! ¿Cómo va a pagar la Policía a sus confites

con dinero negro?!

—Pues eso no es lo peor. —Marcial opta por callar hasta conocer el desenlace—. Los ingresos siguen llegando religiosamente a la cuenta de Antonia Cortés a pesar de que el Nene lleva muerto casi un año.

—Hay que averiguar quién anda detrás de esa cuenta. Es la única manera de ver qué pintan el Nene y el Pilonga en toda esta mierda. Si Miralles también iba tras ellos no puede tratarse de asuntos aislados.

—Hay más.

—Cuenta.

—Tampoco es muy halagüeño.

Marcial suspira. Está a punto de preguntarle si es que algo en todo este asunto lo es, pero prefiere callar y escuchar las noticias.

—La teoría de que Alejandro Suárez...

—El hijo del Pilonga —la interrumpe Marcial.

—Para el caso... El hijo del Pilonga pasó la noche en la que asesinaron al Cazador en prisión, así que...

La frase que Zoe no termina es un guantazo a mano abierta, una patada en la entrepierna. Si el hijo del Pilonga no es quien anda detrás de las muertes de Francisco Casanova, Matías Jairo y Eduardo Reyes, empieza a quedarse sin sospechosos conocidos, al menos vivos.

—Ahí no acaba la cosa —continúa la agente—. Ale... El hijo del Pilonga ha solicitado un nuevo permiso para este fin de semana. Sale a las cuatro de la tarde y tiene que regresar a las ocho de la mañana del lunes. También tengo la dirección que le obligan a dar en el centro penitenciario donde, supuestamente, debe pasar estos días.

—Pásamela por mensaje. Esta tarde me planto en Campos del Río y lo sigo.

—Está bien... Necesito pedirte un favor, Marcial. —El exinspector permanece a la expectativa: Zoe no acostumbra a pedir favores. No lo hacía la chica tímida que le presentó Lasaosa dos años atrás y mucho menos la mujer aguerrida en la que se ha convertido tras la muerte de Miralles—. Si por

casualidad descubres que fue él, déjame a mí.

El tono de voz de Zoe no deja lugar a la imaginación. Empieza a impacientarse y los bandazos que da la investigación con los nuevos hallazgos no ayudan a estabilizarla en absoluto. Por primera vez, Marcial la ve capaz de cualquier cosa.

Seguir un vehículo por carreteras comarcales en las que no circula un alma es una tarea sobrehumana, algo que solo un poli novato acometería, así que Marcial ha tenido que contentarse con verlo abandonar el centro penitenciario y dejar que se aleje para luego tratar de darle caza en la autovía. Durante gran parte del trayecto temió haberle perdido la pista, pero en las proximidades de Alcantarilla, el Golf que había ido a recogerlo entró en su campo de visión. A partir de ahí todo consistió en mantener distancia y confiar en que fuese a la dirección que le había facilitado Zoe.

Cuarenta minutos después estaba apostado en las inmediaciones de un chalé de tres plantas en el polígono de Santa Ana, que, a buen seguro, al igual que ocurriría con el Golf, estaría a nombre del imberbe que había hecho de taxista para él. No obstante, Marcial se ha encargado de pasarle la matrícula a Zoe para corroborarlo. Por lo menos, el hijo del Pilonga parece haber empleado con cierto criterio el dinero que lo ha arrastrado hasta la cárcel.

Las horas pasan y salvo la confirmación de que el niño que acompaña a Alejandro S. no es más que un mindundi no hay novedad alguna que destacar. Marcial empieza a entender que está perdiendo el tiempo, que el hijo del Pilonga ni siquiera ha mentido cuando ha dado la dirección en la que iba a pasar el fin de semana, así que se fija el tope de las ocho de la tarde para permanecer allí.

Faltan tres minutos para el toque de queda cuando un A6 maqueado con un cuestionable sentido estético atraviesa la puerta metálica que conecta con el sótano del chalé. A Marcial no le ha dado tiempo de ver a sus ocupantes, pero en breve la música tecno a todo trapo y un par de excursiones al jardín de unas

chicas que sortean la desnudez con unos trozos de tela colocados estratégicamente le confirman que lo único que está haciendo allí es malgastar su tiempo.

Hay días en los que el paseo de Sola es la única terapia eficaz contra la decepción. Los acontecimientos de ese viernes han ido rebajando progresivamente el nivel de euforia que había alcanzado cuando supo que era el hijo del Pilinga quien se ocultaba tras el nombre de Alejandro Suárez. Después de una cena en la que ha primado más el contenido líquido que el sólido, Marcial ha comprendido que la única salida viable para escapar del alcance de esas rubias dadivosas que lo tienen tan calado es al amparo de su fiel compañera. La galga siempre está ahí. Como ahora, que regresa con una piedra y la arroja a sus pies para invitarlo a seguir jugando.

Pero Marcial está cansado de juegos.

No de los juegos que Sola demanda, sino de que la vida juegue con él, de que le enseñe el caramelo y luego se lo esconda.

Que el hijo del Pilinga no pueda haber acabado con la vida del Cazador no impide que haya sido él quien diera la orden de hacerlo, incluso algo mucho más sencillo que hasta ahora no se ha planteado: que la muerte de Francisco Casanova fuese realmente un suicidio. A Marcial, que lo tuvo cara a cara, que atravesó su mirada y buceó en su odio, le cuesta creer que así sea, pero es la única manera que se le ocurre para que la teoría de que es él quien ha estado eliminando los cabos sueltos se sostenga. Ahora que lo ha visto frente a frente, teniendo en cuenta el tipo de gente de la que se rodea y en qué invierte la noche de un viernes en libertad, le cuesta imaginarlo como un gran capo capaz de subirse a la chepa de todo un empresario como Domingo Bernal hasta hacerlo capitular y acabar teniéndolo a su servicio. La única manera en la que Marcial concibe aquello, en la que podría dar sentido a esa hipótesis, es que tuviese al empresario sometido a algún tipo de chantaje, que lo tuviese cogido por los huevos, tal y como le había dicho entre sollozos Ricardo Forte.

Pero tanto o más que el nuevo papel que pueda desempeñar el hijo del Pilonga en esta partida le preocupa que el número de cuenta que Miralles había anotado, a saber por qué, pertenezca a un paraíso fiscal que ha estado nutriendo de una buena cantidad de dinero a la mujer del Nene. Sabe que con la información que tienen y sin abrir una investigación oficial es imposible que Rubio pueda extraer algo más de esos dígitos.

Por eso maldice en silencio estar otra vez sin ninguna vía que explorar.

Por eso se lamenta de haber llegado tarde al despacho de Matías Jairo, a la casa de Eduardo Reyes.

Por eso coge la piedra y la lanza a la otra punta del descampado con la esperanza de que, tras ella, salgan también sus ganas de entrar al chalé y pedirle por las bravas al hijo del Pilonga que le confiese quién está detrás de todo.

Es una realidad que sus ciclos biológicos transitan por vías paralelas. Apenas ha tenido tiempo de abrir un ojo para localizar el teléfono y contestar cuando Zoe ya parlotea con una locuacidad que denota que hace horas que está despierta.

O mucho peor.

Que no ha pegado ojo en toda la noche.

Tan pronto como Marcial ha descolgado, ha comenzado a soltar una retahíla de frases que han terminado obligando al exinspector a pedirle que comenzase otra vez por el principio. Zoe, eufórica, ha soltado un «mejor voy a tu casa y te lo cuento en persona» sin opción a réplica que ha obligado a Marcial a levantarse y dirigirse a la ducha mientras comprobaba con asombro que eran más de las diez de la mañana. Un vistazo al ejército de botellines que lo han escoltado desde la mesita de noche le ha hecho entender por qué.

Una vez vestido y fuera del baño, Sola se esfuerza en recordarle que sus obligaciones no terminan ahí. Echa un vistazo al reloj y calcula que a Zoe no le debe de quedar mucho para llegar, por lo que baja hasta la cocina y empieza

a surtir la cafetera de agua y café en sus justas proporciones. La entrada de Zoe coincide con el inconfundible sonido del vapor. A Marcial le da tiempo a preparar dos tazas, solo sin azúcar para él, café con leche para ella, mientras la agente saluda a Sola.

—¿Sabes ya quién lo hizo? —pregunta Marcial, irónico, cuando la ve zafarse de la galga.

—No traigo respuestas, Marcial

—¿Más preguntas?

Zoe le da un sorbo a su taza antes de contestar.

—Y cada vez más incongruentes. —Saca el móvil y se afana en desplazar el dedo por su pantalla una y otra vez, hasta que encuentra lo que busca—. Mira: esta es una foto del ordenador de Unai.

Marcial contempla una imagen en la que se puede apreciar un texto que alguien, seguramente la misma Zoe, ha resaltado coloreando las letras de amarillo. Se trata de un nombre y dos iniciales seguidas por un punto cada una, todo ello encerrado entre unos signos de interrogación que evidencian que Miralles sospecha que ese nombre tiene algo que ver con la trama, pero no de qué manera está implicado.

—Mercedes H. S. —lee—. ¿La conozco?

—No.

—¿Entonces?

—Tú siempre dices que las casualidades no existen, ¿verdad?

—Verdad. —Marcial da el primer trago a su solo.

—Pues hace algo más de dos semanas recibimos el aviso de que había aparecido un cuerpo en un descampado de Los Barreros. Murió asfixiada. Salió de currar...

—¿Dónde trabajaba?

—En el Santa Lucía: era cardióloga.

—Y se llamaba Mercedes.

—Mercedes Hermoso Solano.

Marcial se queda pensativo. No resulta difícil entender que Mercedes es una víctima más, otro cabo suelto. Pero ¿qué relación guarda con el resto? Aunque lo que de verdad ha dejado a Marcial absorto en sus pensamientos ha sido que aquel nombre y aquellos apellidos le resultaban vagamente familiares, y eso, con su nula capacidad de retentiva, es algo que no puede pasar por alto.

—¿Quién lleva ahora esa investigación?

—Oficialmente, yo. —Zoe deja caer la vista y tropieza con la taza que tenía olvidada. Le da un nuevo trago.

—Oficiosamente, nadie —completa Marcial, que conoce muy bien la forma de priorizar los asuntos en Homicidios. —Zoe asiente—. Pues me temo que tendrás que mostrar un poquito más de interés a partir de ahora.

Sin pretenderlo, se cierne sobre ellos un silencio, que aprovechan para tratar de poner en orden sus ideas. El trabajo se amontona a un ritmo vertiginoso y el hecho de que solo Zoe tenga una placa reduce bastante el margen de maniobra.

—¿Cómo ves lo de Ale... el hijo del Pilonga?

—Sigo pensando que es una pieza clave. —Marcial valora compartir la endeble hipótesis que ha sopesado antes. Finalmente la suelta para valorar si en su boca suena tan absurda como en su cabeza—. ¿Y si el Cazador se hubiese suicidado de verdad? Eso volvería a colocar al hijo del Pilonga como el asesino más probable del abogado y de Reyes.

Zoe valora la posibilidad. Según Adolfo Morales, el forense, se trataba de un suicidio de manual, aunque aún debían esperar los resultados de los análisis toxicológicos para poder confirmarlo del todo. Hace un cálculo rápido y concluye que casi dos semanas después dichos análisis ya deberían haber llegado a la mesa de Torán y que si el subinspector no ha aprovechado la ocasión para demostrarle que Francisco Casanova no se suicidó es porque tuvieron que dar negativo. Es una posibilidad, concede; no obstante, no deja pasar la oportunidad de recordar a Marcial que ella propuso eso mucho antes que él y no obtuvo la misma consideración por su parte.

—Ahora no te parece tan disparatado, ¿verdad? Es una posibilidad que no

deberíamos descartar.

Marcial no entra al trazo. Asume que está en su derecho. Por otro lado, no termina de fiarse de su respuesta. Sabe que Zoe necesita un culpable sobre el que volcar todo el odio acumulado, y quizá sean esas ansias de venganza las que hablen por ella, así que opta por dejarle claro quién sigue siendo su principal sospechoso.

—De todas formas, volveré a la casa del hijo del Pilonga esta tarde, y si decide salir, seré su sombra, por si acaso. —Marcial vacía el contenido, ya templado, de su taza.

—Buena idea. Yo voy a comisaría a revisar los informes del asunto de Los Barreros, a ver si ahora, con esta nueva perspectiva, veo algo que antes me pareció superfluo.

Ambos se incorporan a la vez y se dirigen hacia la salida. Marcial le coloca el arnés a Sola y le franquea el paso a Zoe, que le brinda un par de caricias a la galga antes de subirse al Clio y desaparecer.

Quizá acudir a Santa Ana con el estómago lleno y apostarse frente a la casa del hijo del Pilonga cuando el sol reivindica su hegemonía en el cielo sea una de las peores decisiones que haya tomado en años.

Pero eso ya no tiene solución. Ahora toca esperar, rezar por que pase algo, dejar que la oscuridad vaya ganando terreno para que las luces de la casa le confirmen que no está haciendo el primo. El hecho de que el chalé disponga de un sótano en el que guardar los vehículos le imposibilita saber si hay alguien en el interior o no. Fantasea con la idea de irrumpir en la casa al grito de «¡Policía!» y poner la Glock sobre la sien del hijo del Pilonga, con arrancarle a hostias una confesión, con llamar a Zoe y decirle que ya está.

Que ya sabe quién le jodió la vida.

Sin embargo, permanece allí, en el interior del 308, esperando a que la fruta caiga de madura y que el golpe no la haga espachurrarse contra el suelo.

El cielo se ha ido bañando de negro durante la espera. La casa permanece a

oscuras. Marcial empieza a intuir que ha estado perdiendo el tiempo, que el tal Alejandro no está en el interior. Mira el reloj del salpicadero: las seis y media. Se concede de margen hasta las siete para catalogar de fracaso absoluto su misión. Se lamenta por no disponer de un equipo de vigilancia para hacer un seguimiento exhaustivo, pero es el peaje que debe pagar por acometer una tarea como esa solo, por haber dejado la placa en el despacho de Lasaosa, por moverse en el pantanoso terreno de las intuiciones.

No pueden delatarse hasta no estar seguros de cuál es la implicación del hijo del Pilonga en el entramado. Actuar antes puede echarlo todo al traste, alertar al que mueve los hilos de que están cerca de él. Está a punto de arrancar el motor cuando el móvil comienza a vibrar. Es un número que no ha guardado en la agenda, aunque eso no lo convierte en desconocido.

—¿Ya?

—Ya.

—¿Cuándo?

—Hace hora y media o así. La llevan al tanatorio.

—¿Estavesa?

—Sí.

Marcial no se despide de Alicia. Tampoco sabe si lo hará de Dolores, pero una fuerza desconocida arranca el 308 y se pone en dirección al tanatorio.

La decisión de no coger la autovía lo ha penalizado sobremanera. Concluye que haber elegido la peor ruta posible no ha sido más que una argucia de su subconsciente para ganar tiempo, para poder arrepentirse. Sin embargo, allí está, frente al tanatorio, que, para más inri, está ubicado bajo el puente de la A-30, justo al lado de la zona que Zoe y él han convertido en su centro de operaciones.

Se apea.

La noche se está gestando fría, así que se sube la cremallera de la cazadora y eleva el cuello. Marcial nunca ha fumado, pero, en ese momento, si tuviese un paquete de tabaco cree que lo haría. Camina en círculos sin alejarse

demasiado del coche, asegurando la vía de escape, como le enseñó Villanueva. Hace el ímprobo esfuerzo de poner en una balanza sus recuerdos de la infancia, las mentiras de su niñez. El saldo sale negativo. Se da la vuelta y se encamina hacia el Peugeot. Una voz lo detiene:

—¿No vas a entrar?

Es una voz de hombre. Le suena, pero su red sináptica no sabe asociarlo a ninguna imagen. Se da la vuelta. Lo ve. Lo odia por estar allí. Lo apremian las ganas de meterse en el coche, de entrar en la autovía, de ponerlo a doscientos.

De dejarlo todo atrás.

Sus anteriores encuentros no pueden catalogarse de apacibles. Marcial aventura que este vadeará por idénticos derroteros. Lo ve en los ojos negros de espesura infinita que la genética ha tenido a bien legarles a ambos.

—Hola, Víctor.

Víctor Maestre, un daño colateral nacido de las mentiras de Dolores y Germán, se aproxima hasta situarse a pocos centímetros de Marcial.

—Ha preguntado por ti todos estos días.

Aunque la aflicción distorsiona su rostro, el cambio no ha conseguido alcanzar sus pupilas, y su hermano por parte de madre vuelve a rubricar sus palabras con la misma mirada enconada que acompaña todas sus conversaciones.

—Tuvo muchos años para preocuparse de mí.

—Eres un hijo de puta.

—No te confundas, chaval. —Los casi quince años de diferencia facilitan que el trato escogido por Marcial no suene despectivo—. No te debo ninguna explicación. Si tú quieres llorarla es cosa tuya, pero a mí déjame en paz.

La advertencia, lejos de haber avivado la llama del odio en Víctor, ha sofocado el conato de rebeldía.

—¿A qué has venido?

—No te importa.

—Parece mentira que por nuestras venas corra la misma sangre.

—Si quieres te la puedo extraer en cuestión de segundos...

—¡¡Marcial!

La voz que se interpone en la absurda pelea de gallos es la de Alicia. La

repcionista ha llegado hasta ellos en silencio, sin llamar la atención, siendo espectadora de lujo del duelo fratricida. La enjuta mujer posa la mano en el hombro de Víctor y, sin necesidad de acuñar palabra alguna, lo insta a que los deje solos. Víctor obedece. Al parecer, la relación de Dolores y su hermanastro se ha estrechado durante su ausencia. Una vez que lo ve entrar en el tanatorio, Alicia avanza hasta la posición de Marcial y le planta dos besos. El exinspector no rehúye el contacto físico: con ella nunca lo hace.

—Sabes que lo que has hecho no está bien, ¿verdad?

—¿Y qué es lo que está bien, Alicia? ¿Engañar durante cuarenta años a una persona? ¿Joderle la infancia? ¿Cargarla con el peso de un hombre que no supo hacer frente a las consecuencias de sus actos? ¿Instaurar un abecedario de reproches para comunicarte con alguien? Di, Alicia, ¿qué es lo que no está bien?

La recepcionista, aun en esas circunstancias, luce una sonrisa que en cualquier otra persona quedaría impostada.

—En todos los años que te conozco no has aprendido nada, Marcial. Dolores te quería. A su manera, pero te quería. Los reproches y las llamadas de atención no eran más que su mecanismo de defensa, la manera de eludir el pavor que le daba, cada vez que te miraba a la cara, saber que quizá algún día lo descubrirías todo, que lo más probable sería que no comprendieras nada, que la odiases por no habértelo contado antes. No era una mala mujer, Marcial, solo una mujer que amaba a su marido y cometió el error de complacerlo allí donde la naturaleza le había puesto sus restricciones. Y lo hizo a pesar de todo y contra todo. El único que fue un cobarde aquí fue tu padre...

—No era mi padre.

—Está bien, Marcial, si quieres seguir jugando a eso, te lo compro: no era tu padre. Pero Dolores sí fue tu madre.

—Te equivocas, Alicia. A mi madre un hijo de puta la golpeó en la cabeza, la desnudó, la sentó en una silla, le cortó el dedo anular y le preparó una taza de

café. Lo único que Dolores tiene en común con mi madre es que las dos están muertas.

Marcial no deja opción a réplica y se dirige al 308 sin echar la vista atrás. Ni física ni mentalmente.

Zoe sale del despacho casi a hurtadillas. Son más de las ocho de la tarde, el departamento de Homicidios está bajo mínimos y la idea de seguir en casa la seduce mucho más que la de permanecer en su nueva fortaleza. Ha sido una jornada dura. Está cansada de bucear en los informes del homicidio de Los Barreros. No ha conseguido encontrar nada nuevo que establezca conexión alguna con el asunto del blanqueo ni con las muertes del Pilonga y del Nene. Está a punto de deshacerse la coleta cuando escucha la voz del subinspector Torán. Contiene un suspiro.

—Agente Ochoa, ¿podría venir un momento a mi despacho?

Zoe no responde; sin embargo, se dirige hacia allí.

—Cierre, por favor.

Salvador Torán la espera sentado, introduce un *pendrive* en su ordenador y gira la pantalla para que ella pueda ver unas imágenes.

—¿Qué es esto?

—Espere, no sea impaciente.

El vídeo muestra un coche circulando a gran velocidad por la vía rápida que comunica el litoral con el centro de Cartagena, la carretera de La Manga, como la conocen los cartageneros. No es un coche sin más, es el 308 de Marcial. Cuando el subinspector detiene la imagen, es perfectamente reconocible la matrícula.

—¿Ha visto la fecha, agente?

Zoe mira en el margen inferior y lo que ve la deja estupefacta, sin palabras, presa de un temor cerval que le recuerda al que experimentó en el piso de Miralles exactamente el mismo día que muestra el vídeo: 6 de noviembre de 2014.

—¿Qué significa esto?

—Le he dicho que no sea impaciente. Deme unos segundos más.

Torán pulsa de nuevo la tecla que activa el movimiento y avanza, ayudado del ratón, hasta que una cámara que hay en el acceso a la A-30 enfoca al Peugeot accediendo a la ciudad por el paseo Alfonso XIII. A partir de ahí reproduce las imágenes a velocidad normal; es un compendio de grabaciones unidas de forma burda para recomponer el recorrido que Marcial hizo aquella noche, así que lo que queda de archivo apenas dura un minuto más. La última cámara recoge cómo Marcial acula el 308 frente a la cochera de Fandiño y cómo el exinspector rompe el precinto policial para introducir el vehículo en su interior después de haber usado una llave para abrirla.

—¿Sabes desde dónde está tomada esta imagen? —pregunta, altivo, el subinspector en referencia a la última secuencia.

Zoe no responde. Tan solo lo mira para simular que su cerebro sigue allí, dentro de la cabeza, pero no es así. En ese momento está viajando, tratando de hacerse una composición de lugar, de adivinar en qué situación los deja eso a ambos. Las palabras de Marcial resuenan en su interior y comprende que, diga lo que diga, la cosa solo puede empeorar, así que calla y espera.

—Enfrente de la cochera hay una tienda de compraventa de oro —se contesta él mismo.

—Marcial entró en la cochera de Fandiño, ¿y qué? —inquire desafiante.

Salvador Torán apenas mueve las comisuras de los labios para mostrar su control de la situación.

—No juegue a eso, agente Ochoa. Conmigo no. Hay momentos en los que es más rentable asumir la derrota; más digno, al menos. Solo le he mostrado uno de los vídeos. Le aseguro que el otro es mucho más interesante. Ahí se puede apreciar perfectamente cómo alguien acude al rescate de Francisco Casanova pocos minutos después de que Marcial Lisón abandone la cochera. —El subinspector extrae el lápiz de memoria y lo guarda en el interior de una mariconera de piel—. Se lo dije, Ochoa: Francisco Casanova no se suicidó.

Marcial siempre supo que estaba oculta en algún lugar.

Esa es Zoe. No la Zoe desaforada que allana moradas y arranca confesiones a punta de pistola, sino la timorata, la apocada, la precavida; una Zoe preñada de dudas que no vacila a la hora de tender la mano si con ello evita precipitarse al fondo de una sima. La Zoe que eligió a Miralles, se apresura a recordar.

Ha escuchado con detenimiento la historia de las cámaras. El subinspector ha tenido la santa paciencia de consultar las de tráfico, las de los bancos y las de los locales por las que creía que podría haber pasado aquella noche. A Marcial no le queda más que reconocer que es un gran policía.

—No te preocupes: lo solucionaré.

—¿Cómo?

—¿Dónde dices que guardó el *pendrive*?

—En una mariconera marrón donde suele llevar el arma.

—Entonces habrá que robársela.

—Ah, bueno, pues si ese es tu plan ya estoy mucho más tranquila —dice, irónica.

Ambos están en el descampado, sentados en el bordillo, mientras Sola corretea sin más preocupación que satisfacer su instinto.

Quién pudiera.

Marcial, en cambio, ha tenido que desoír al suyo, el que le pedía que le contase a Zoe que Dolores ha muerto, que la historia de su infancia ha escrito por fin un punto final. Que ahora le toca a él decidir cómo reescribirlo.

O borrarlo del todo, tanto da.

Zoe ahora parece mucho más relajada, aunque lo cierto es que no tiene motivos para ello.

O quizá sí.

Quizá ha asumido que no todas las partidas se ganan, que defenderse panza arriba no siempre es lo más efectivo, que el caballo del malo no es siempre el más lento.

—Vamos a hacer una cosa. —Marcial se levanta—: Vete a casa y descansa. Te doy mi palabra de que, a lo largo de esta noche, se me ocurrirá la forma de convencer al enano calvo de que está en el bando equivocado. Tú solo dime dónde vive.

—Con una condición. —Marcial la mira sin parpadear—. Prométeme que cuando lo veas no vas a llamarlo enano calvo.

Marcial libera un amago de sonrisa con regusto a pasado imperfecto y con aroma a futuro probable antes de emitir un silbido corto y estridente para llamar a Sola.

Es mentira: no tiene un plan.

Peor aún: el que tiene es el plan más patético del mundo.

Aunque le ha dado muchas vueltas desde que se quedó solo en casa, no ve más salidas, por lo menos ninguna que le asegure que esas imágenes jamás saldrán a la luz.

Clava sus ojos en la Glock de Santi, esa que solo Marga y Zoe saben que ha cambiado de propietario. Saca el cargador, da un tirón de la corredera y caza al vuelo el proyectil que hace piruetas en el aire. Agarra los extremos de la bala con el índice y el pulgar y la eleva hasta la altura de sus ojos. En ella está la solución.

O un nuevo problema.

Hace poco más de un cuarto de hora que se ha refugiado entre un León y un Sorrento aparcados en batería. En el retrovisor tiene fijada la puerta del edificio en el que vive el enano calvo. La vivienda está a oscuras, lo que

mantiene vivas las esperanzas de que el subinspector aún esté por llegar. Que Carlos III sea una calle de un único sentido facilita las cosas. Nunca ha matado a nadie a sangre fría, pero lo que hay en juego es su libertad, la posibilidad de llegar al final de la trama de blanqueo, que Zoe se resarza. Si esos vídeos se hacen públicos, ella también saldrá escaldada. Sería su final. Un final inconcebible.

Marcial no puede permitirlo.

No quiere permitirlo.

No va a permitirlo.

Ella es la única persona por la que lo haría, la única que merece la pena. Hasta Sola, alérgica a la especie humana, se ha dado cuenta de que ella no es como los demás.

Vuelve a montar la Glock. Se ajusta los guantes. Le parece extraño que, siendo tan tarde, no haya regresado. Si no fuera porque Zoe le ha asegurado que en comisaría no quedaba gerifalte alguno, pensaría que ya es demasiado tarde. Que lo están buscando, que hay un operativo con el subinspector a la cabeza esperando a que regrese a casa, exactamente igual que está haciendo él. De pronto, todo aquello le parece demasiado absurdo.

Patético, como su plan.

Aún tarda diez interminables minutos más en aparecer el Mégane de Salvador Torán. Por suerte, su edificio no dispone de garaje y encontrar aparcamiento en esa zona es poco menos que una odisea. Le da tiempo a volver a verlo pasar por detrás. Es consciente de que no falta mucho; en breve aparecerá andando, confiado, creyéndose el triunfador de la noche. Pero los partidos hay que jugarlos hasta que pita el árbitro. En el minuto noventa y tres también se puede meter un gol, forzar una prórroga, ganar una final.

Lo ve. Lleva un chaquetón largo, marrón, a juego con la mariconera. Durante unos segundos Marcial solo ve esa especie de bolso que se contonea en el lado derecho del subinspector con un movimiento torpe, pesado, a buen seguro debido a la H&K que porta en su interior. Se baja del coche cuando a Torán le

queda muy poco para alcanzar el zaguán.

Marcial duda.

Pero no duda si ha de apretar el gatillo, sino si ha de llamarlo, para que tenga la opción de mirar a los ojos del que va a acabar con su vida. Un tiro por la espalda es de cobardes, lo ha oído decenas de veces en las películas.

Y él no es ningún cobarde.

O sí.

Ya no lo sabe.

Torán está sacando las llaves de la mariconera cuando Marcial alza el brazo y coloca los elementos de puntería a la altura de su ojo director.

El disparo suena lejano.

El rostro del horror, sin embargo, le queda a pocos pasos.

Se levanta de la cama y se dirige al salón. Abre el mueble-bar solo para comprobar que las anteriores tres veces no se ha equivocado. En el fondo se alegra de que la botella de *whisky* que liquidó fuese el único alcohol que tenía en casa. Lleva el teléfono móvil soldado a la mano, a pesar de que teme la llamada. Conoce lo suficiente a Marcial y a Torán como para saber que cualquier tipo de acuerdo entre ambos está condenado al fracaso.

—Tanto remar para, al final, morir en la orilla —se dice a sí misma.

Los nombres se amontonan en su cabeza: Alejandro Sandemetro, Francisco Casanova, Matías Jairo, Mercedes Hermoso y, ahora, por encima de todos esos, el de Salvador Torán. De repente una corazonada la hace levantarse del sofá y dirigirse de nuevo a la habitación donde, sobre el tocador, se encuentra el portátil de Unai. Ya le quedan pocos archivos que revisar, al menos eso cree, porque Unai ha ido guardándolos bajo nombres encriptados que la obligan a perder demasiado tiempo para discriminar lo que está relacionado con el asunto de blanqueo y lo que no. Lo coge y se sienta con las piernas cruzadas sobre la cama. El tiempo de encendido le parece eterno. Su corazón sigue golpeándole el pecho con fuerza mientras espera a que la palabra

«SAPO» le permita el acceso al contenido, como si existiese la posibilidad de que se tratase de una contraseña temporal. Por eso ha tomado la precaución de ir imprimiendo todo lo que ha ido encontrando.

Después de media hora de búsqueda su corazonada queda descorazonada. No ha descubierto ni unas iniciales, ni un miserable dato con el que poder contrarrestar el arma de destrucción masiva del subinspector. Vuelve a apagar el ordenador, pero esta vez lo deja en la mesita de noche. Apaga la luz y se acuesta con la esperanza de que la próxima vez que escuche la voz de Marcial sea para confirmarle que todo ha salido bien, que ya no tienen nada de lo que preocuparse, que pueden seguir centrados en su objetivo.

Mira su índice y confirma lo que sospechaba: continúa sobre el armazón de la Glock, lejos del disparador. El desconcierto apenas dura unos segundos, los que tarda en divisar al hijo del Pílonga empuñando una pistola, aún humeante, a pocos pasos del cuerpo inerte de Salvador Torán. Un segundo disparo, innecesario a todas luces, le permite a Marcial entender el porqué del ruido sordo del primero: el silenciador.

Alejandro S. corre ahora alejándose de la posición del exinspector. Es obvio que no se ha percatado de su presencia. El hecho de haber llegado con bastante antelación y no haber abandonado el 308 en ningún momento lo ha convertido en invisible. Al poco, unas luces rojas delatan dónde ha estado aguardando el hijo del Pílonga todo este tiempo. Marcial anota mentalmente la matrícula mientras piensa que el destino es caprichoso. Unos segundos más y él le habría hecho el trabajo sucio.

Pero no es el momento de recrearse en los pormenores, sino el de actuar. El tiempo juega en su contra. Aunque no es una hora de mucho movimiento en esa calle, en cualquier instante puede aparecer un vecino, así que Marcial cambia de acera y se dirige hasta el cuerpo que ha empezado a tintar de escarlata los adoquines. Se asegura de no pisar la sangre mientras abre la mariconera y busca el *pen* que podría condenarlo, convertirlo en el sospechoso principal de la muerte del Cazador y, por supuesto, del subinspector. No tarda en dar con él. Lo guarda en el bolsillo del pantalón y sube a toda prisa al Peugeot con la esperanza de que nadie lo vea salir de allí ni anote su matrícula. No puede evitar, mientras recorre Carlos III, fijarse en si algún establecimiento dispone de cámaras de seguridad. Que no las vea no significa que no estén, lo sabe.

Zoe no vive lejos de allí, así que se encamina a su casa con el deseo de que no existan más copias de los archivos que ahora mismo pasea en el bolsillo.

Zoe regresa con la segunda infusión de tila y se sienta al lado de Marcial.

—¿En serio no quieres una?

—¿En serio lo preguntas?

—No suelo tener cerveza en casa.

—Ni yo tila en la mía.

De repente, callan. Han analizado todas las posibles explicaciones, han tratado de buscar alguna conexión entre Torán y el hijo del Pilonga y han decidido que no entienden nada.

Nada de nada.

No saben qué tiene que ver la muerte del Nene con la de Domingo Bernal, ni por qué Alejandro Sandemetro ha acabado con la vida del subinspector. Lo que sí saben es que las incógnitas se acumulan y el peso de la mochila de la incertidumbre comienza a ser preocupante. Han comprobado que el *pendrive* contiene los vídeos que buscaban. Ahora ya es una certeza que fue Eduardo Reyes quien sacó al Cazador de la cochera de Fandiño.

Marcial se recrea en Zoe, que bebe de la taza con los ojos perdidos en su contenido. Salvando el desconcierto inicial, no parece muy afectada por lo que ha pasado. En realidad, parece más bien aliviada, como si se hubiese quitado un peso de encima. Teme que la Zoe que entró con ojos de cordero degollado buscando su ayuda se haya esfumado, que cuando levante la vista de la taza, su mirada sea la misma mirada enajenada que lleva contemplando todos estos meses, que ya sea un caso perdido.

Como él.

Que lo único que haya sabido transmitirle en todo el tiempo que han compartido sea su forma innata de odiar y de supurar inquina por los poros.

Marcial se levanta para evitar corroborar sus suposiciones y se despide antes de que ella deje la taza y pueda mirarlo a la cara.

Durante el trayecto ha pensado que quizá hoy no lo vería. Desde que amaneció y salió a pasear a Sola con un telón de acero sobre la cabeza, temió que la lluvia privase de su partido semanal a Gica.

No ha sido así.

La meteorología, por ahora, los ha respetado. Esta vez son ocho niños. Otros tantos progenitores. Marcial, como de costumbre, permanece oculto en el pinar, debatiendo qué derecho tiene él a hurtar el pasado de un niño, a ser cómplice de una mentira.

Piensa en Sasha.

En lo que ella habría querido, en si preferiría verlo crecer feliz, aunque un día pudiera sentirse estafado por ello, en si le hubiese concedido un presente estipendiado a cambio de un futuro plagado de condicionantes, un mañana de «y si» constante.

Piensa en Dolores.

En qué habría pasado si no hubiese lastrado su vida con una mentira que no le correspondía, en cómo habría sido su relación de haberle contado la verdad, en si todo eso no son más que excusas para justificar su indecisión.

Al final no piensa en nada. Regresa al coche mucho antes de que los chicos comiencen el partidillo semanal, mucho antes de que Salvador Torán, Domingo Bernal o el Nene se adueñen de su día.

Tal y como imaginaba, le ha tocado pasar toda la madrugada en comisaría. Casi no había terminado de marcharse Marcial cuando Lasaosa la llamó ungido de una contagiosa preocupación. No fue un vecino, sino un transeúnte quien se topó con el cuerpo del subinspector en mitad de la acera. A partir de ahí se movilizó a toda la plantilla de la comisaría de Cartagena, porque, aunque nunca se reconozca públicamente, el asesinato de un compañero no se persigue con el mismo celo que el resto de las muertes. Habían comenzado, sabedores de que las primeras horas son cruciales, a remover cielo y tierra en busca de algún indicio que los orientase en la dirección adecuada. Ni las

consultas a los adormilados vecinos ni la buena voluntad de la jueza de instrucción, que había facilitado todo tipo de diligencias, habían conseguido esclarecer la infinidad de dudas que se cernían sobre la muerte de Salvador Torán. No se le conocían amenazas ni problemas asociados a sus investigaciones más allá de los inherentes a su profesión. No más que a cualquier otro policía, al menos. La versión oficial del comisario, la que esgrimió ante la prensa, colocaba al subinspector al frente de un caso que tenía todos los visos de convertirse en un suicidio y que no parecía tener relación con nadie que pudiese haber obrado en consecuencia. La oficiosa, la que le dio a Zoe haciendo un aparte cuando la situación quedó más o menos organizada, se basaba en que Salvador Torán debería haber tocado, en su afán por demostrar que Casanova no se había colgado del puente del Cartagonova de forma voluntaria, alguna tecla que no debía, que debería haber despertado las suspicacias de quienquiera que fuese el que le había colgado un collar de nailon al Cazador.

Por fortuna, la tempestad comienza a amainar y la vorágine en la que se ha visto envuelta la segunda planta de la comisaría de Cartagena empieza a derivar en una preocupante cotidianidad.

Zoe va de regreso al despacho de Marcial, lleva un café en una mano y un paquete de galletas de chocolate en la otra. Aún no ha sido capaz de encontrar ninguna relación entre Alejandro Sandemetrío y el subinspector. Ha consultado toda la información de la que disponen en ese momento, incluso ha telefonado a Augusto Bassas para pedirle que le facilite su expediente carcelario, pero el director de Campos del Río no trabaja los domingos, así que no le queda otra que esperar al día siguiente.

Acaba de sentarse cuando Fornet y Rubio abren la puerta del despacho. Ella hace un gesto para que entren. Tras cerrar, dejan sobre la mesa una carpeta que contiene un par de folios grapados.

—¿Qué es?

—Lo único relevante que le pasó a Matías Jairo entre 2010 y su muerte. Al

menos lo único que nos ha llamado la atención.

Zoe abre la carpeta y contempla las páginas escritas con un aire de indiferencia que no pasa inadvertido para los agentes.

—Es lo único que hemos encontrado, Zoe —se reafirma Rubio.

—Lo sé. Muchas gracias. Pero un parte de lesiones por un intento de robo no es lo que esperaba.

Los tres permanecen en silencio unos segundos, hasta que Fonet se aventura a romperlo:

—¿Tiene algo que ver la muerte del subinspector con lo de Miralles?

A Zoe le pilla por sorpresa que sea tan directo; no obstante, lleva tantos meses capeando la verdad que no le cuesta volver a hacerlo.

—Qué va. Esto tiene pinta de ajuste de cuentas.

—¿Ajuste de cuentas? ¿Un tipo que lleva destinado aquí unos meses? — Fonet dibuja un mohín de incredulidad—. En fin, si nos necesitas...

—Por ahora no, chicos.

—Si te hacen unas cervezas después... —dice Rubio mientras sostiene la puerta.

—No creo, pero, si cambio de opinión, os digo algo.

Rubio asiente y cierra tras de sí. Zoe vuelve a hojear la carpeta. Todo parece envuelto en una nebulosa. No hay nada que les permita entender la causa-efecto de las muertes del 97 y las actuales. El sueño comienza a espesarle la mirada y decide que cerrar los ojos unos minutos le vendrá bien.

Han quedado en el parque Sauces. El lugar lo ha elegido Zoe después de comprobar que la farmacia que hay a sus espaldas es la que está de guardia. Necesita unas pastillas para dormir si quiere recobrar las fuerzas, una ayuda para dejar, de una vez para siempre, la mente en blanco y poder conciliar el sueño.

Aunque sea un par de horas.

No puede permitirse otra noche en vela y los problemas no han hecho más

que empezar. Ni siquiera saben si el subinspector puso en conocimiento de alguien más lo de las grabaciones. A tenor de lo acontecido, parece lógico pensar que no, pero tanto Marcial como ella son conocedores de las diferentes estrategias para hacer caer a la mosca en la telaraña cuando más a salvo se cree. Por eso han decidido no arriesgar. Aguardar. Esperar a que el ciclón pase y juzgar después.

—La matrícula es de un coche de alquiler. El DNI usado es falso.

Lo cierto es que Marcial no había depositado esperanza alguna en que el hijo del Pilonga hubiese usado un vehículo que lo delatase, pero había que intentarlo.

—¿Quién va a llevar el caso?

—Los mismos que están con lo de Unai: los de Madrid.

—Pues estamos apañados. Llevan casi un año y no tienen ni puta idea de qué le pasó a Miralles.

—Eso no lo sabemos. —A Zoe le toca ejercer de abogada del diablo. Recuerda que esas palabras son las mismas con las que Lasaosa enmudeció sus críticas—. Que no estemos al tanto de sus avances no quiere decir que no los haya.

Marcial niega en silencio. La experiencia le dice que investigar en un lugar en el que no vives a diario y desembrozar un asunto como el de la muerte del inspector Miralles está solo al alcance de unos pocos privilegiados. A decir verdad, a Marcial solo le vienen a la cabeza dos nombres: Bevilacqua y Eladio Monroy, y ambos forman parte de la ficción.

—¿No crees que nos hemos obcecado, Marcial?

—¿En qué?

—Está claro que el hijo del Pilonga mató al Nene para vengar a su padre, pero nada parece indicar que todo eso tenga que ver con lo que está ocurriendo ahora.

—¿Vas a tener los santos cojones de volver a decirme que es casualidad, especialmente después de que haya visto con mis propios ojos cómo se

llevaba por delante al enano?

Zoe contempla la posibilidad de callarse, pero eso sería concederle la victoria a Marcial, acatar que su teoría es mejor. Y no está dispuesta.

—Llámalo como quieras. No creo que sea cosa del azar el hecho de que Alejandro San...

—El hijo del Pilonga —puntualiza Marcial para que Zoe no pierda la perspectiva.

—El hijo del Pilonga —concede—. Es obvio que ha aprovechado la coyuntura, que ha usado sus nuevos contactos para vengar a su padre, pero de ahí a que lo que pasó en el 97 esté relacionado con la trama de blanqueo hay un mundo, Marcial.

—Eres libre de pensar lo que quieras.

—Gracias —responde irónica.

Marcial se levanta del banco y comienza a deambular por el camino terregoso del parque, vacío a esa hora de la tarde.

—Joder, Marcial, si lo único raro que aparece en el pasado de Matías Jairo es que le dieron una paliza tras intentar robarle...

—¿Cómo lo han averiguado?

—Un parte de lesiones de 2012.

La cabeza de Marcial comienza a hacer cábalas. Sin darse cuenta, Zoe acaba de provocar en el exinspector el efecto contrario al que pretendía. Ha comenzado a atar cabos y el germen de una teoría comienza a conformarse en su interior; sin embargo, no cree que compartirla con ella pueda servirle de ayuda, así que opta por afectar sumisión:

—Quizá tengas razón.

A Zoe la mentira no le cala. Dos años a su lado es el equivalente a media vida policial con cualquier otro compañero y puede ver en su mirada que le está ocultando algo.

El olor a desinfectante le resulta nauseabundo y ficticio, una vulgar forma de intentar ocultar algo con lo que estamos condenados a convivir. Marcial no se encuentra cómodo en los hospitales, así que procura ceñir sus visitas a los asuntos ineludibles, que, por suerte, casi nunca tienen nada que ver con su salud. En este caso, lo que ha arrastrado al exinspector hasta la tercera planta del Hospital General Universitario Santa Lucía ha sido la esperanza de reencontrarse con el ángel custodio que tan bien protegió la intimidad de Charly cuando estuvo ingresado. Confía en que lo recuerde: necesita información confidencial y eso solo es posible si creen que continúa siendo policía.

—Disculpe, ¿quería algo?

La voz lo sorprende con la vista perdida en los ventanales. No le suena, pero, cuando se gira, comprueba con cierto agrado que se trata del ángel custodio.

—¡Ah, es usted! —dice la enfermera al ver su rostro.

Marcial parece estar de suerte: al menos podrá ahorrarse la presentación.

—Necesito tu ayuda.

—Usted dirá.

Marcial saca del bolsillo del pantalón un folio, que va desplegando, en el que aparecen las iniciales que corresponden al nombre del cuerpo de Los Barreros.

—¿Conocías a la doctora Hermoso?

El ángel custodio posa la mirada en el suelo. Aunque Marcial no necesita oír su voz para saber su respuesta, le concede la posibilidad de hacerlo.

—Éramos amigas. —Suspira—. Aunque desde que me pasaron aquí casi no

coincidíamos.

—Necesito una información acerca de su trabajo.

—Lo que sea, con tal de saber qué le pasó. —Los ojos se tornan acuosos ante el recuerdo.

—¿Podrías confirmarme si fue ella quien certificó esta muerte? —le pide, mostrándole el nombre que hay anotado junto al de la doctora.

—¿No necesita una orden para eso?

—Depende la prisa que tengamos por coger a quien la mató.

La mujer asiente, aún con la mirada vidriosa, y se dirige al otro lado del mostrador. Se sienta en la silla y comienza a teclear. Minutos después, Marcial abandona el hospital con una herida en el alma que sabe que jamás cicatrizará.

Las heridas se desinfectan con alcohol, aunque haya quien lo cuestione, así que Marcial se ha acogido a esa máxima para curar las que la vida se empeña en infligirle.

Se lleva a la boca el tercio y lo vacía. Ha perdido la cuenta de cuántos van, pero, por la dificultad con la que ha focalizado el rostro áspero del camarero, deduce que muchas más de las recomendables. Ha acudido a La Strada otra vez. Tan solo lo ha hecho por joder al camarero, el mismo que ahora se aproxima y lo ayuda a levantarse. Sabe que no es un gesto altruista, sino la forma de asegurarse de que abandona el local antes de quedarse dormido sobre la mesa.

O sobre su propio vómito.

La brisa nocturna lo reconforta. No recuerda haber pagado, aunque intuye que lo ha hecho.

Y con creces.

Camina apoyado a la pared para conservar el precario equilibrio que aún no lo ha abandonado. Tarda muy poco en convencerse de que debe sentarse. Al adentrarse en Reina Victoria, ve un banco.

Lo conquista.

Se tumba para afianzar su reinado. Las estrellas empiezan a moverse como si estuviesen colándose por el desagüe del fregadero. Cierra los ojos y hace varias respiraciones profundas para disipar la arcada que le sobreviene.

Fracasa.

Apenas le da tiempo a darse la vuelta para expulsar el contenido de su estómago sobre las baldosas. Se limpia las comisuras con el dorso de la mano, pero no puede hacer nada para eliminar el sabor agrio que se le ha adherido al paladar. Vomitar le ha sentado bien. Por lo menos las estrellas ahora tan solo parecen mecerse. Intenta hacer memoria, recordar dónde aparcó el 308. Sabe que no anda lejos de allí, pero no puede traer a su mente ningún recuerdo que lo ayude. Al final concluye que el esfuerzo no merece la pena, que en el banco no se está tan mal.

El ruido de un camión de la basura agitando un contenedor como si fuese un salero lo devuelve a la vida. Las estrellas no se mueven. La sapidez del vómito tampoco. Se sienta y trata de reubicarse, de entender cómo ha llegado hasta ese banco. La imagen del camarero sacándolo de La Strada acude entre fognazos indescifrables. De repente la imagen del ángel custodio se materializa como si fuese un holograma. Puede verla respondiendo a la pregunta que ha puesto patas arriba su existencia. Aún no tiene la figura completa, pero el bosquejo deja poco lugar a la imaginación. No puede contárselo a Zoe: no lo entendería. Ambos comparten objetivo otra vez, pero a su entender no hay comparación posible. Si se confirman sus sospechas, si la hipótesis que hace unos días le hubiese parecido un cuento de hadas se convierte en realidad, nadie tiene más derecho que él a poner el punto final.

Marcial se incorpora, con cuidado de no pisar su propio vómito, y deshace el camino hasta La Strada. Cuando llega, la persiana está bajada y el 308 espera a pocos metros de allí para llevarlo de regreso a casa, junto con lo único real que hay en su vida: Sola.

Dos solos sin azúcar y un espidifen han sido todo el pertrecho para su

singladura mañanera por el descampado. Marcial permanece de pie, apoyado en el poste del cartel que anuncia la concesión para la construcción del nuevo centro médico de San Antón, mientras Sola galopa de un lado a otro.

La galga no tarda en reclamar su atención. Primero lo hace con sutiles movimientos cuyo radio de acción se va reduciendo peligrosamente y cuyo centro geométrico es el propio Marcial; después sentándose frente a él y emitiendo ladridos cadenciosos que amenazan con perforarle el tímpano.

—Está bien, está bien. —Se agacha con dificultad y recoge una piedra del suelo—. A ti quisiera verte yo con esta resaca.

La piedra vuela a media altura por el descampado mientras Sola comienza a dar zancadas de gran amplitud que, por momentos, le otorgan una sensación de ingravidez envidiable. La caza cuando deja de rodar por el suelo y regresa al trote con su trofeo entre los dientes. Lo deja a los pies de Marcial, que la acaricia a modo de recompensa. Pero Sola quiere más. Vuelve a sentarse y a ladrar.

—Ya voooooy.

Marcial hace un segundo lanzamiento y la galga vuelve a perseguir su objetivo con idéntica destreza.

Permanecen así durante algo más de una hora, hasta que Zoe le comunica, a través de un mensaje, que el jurado popular ha declarado inocente a Alfonso Villanueva. La agente también incluye en el mensaje, seguramente con el absurdo deseo de hacerle albergar esperanza en la justicia, que la Fiscalía recurrirá la sentencia.

La única forma de comprobar si su hipótesis no es más que un macabro pensamiento de una mente enferma es ir atando cabos. Y después de que el ángel custodio confirmase lo que en un principio le parecía una idea nacida del rencor y de la absoluta desconfianza en la especie humana, no le queda otra que acudir de nuevo a Campos de Río. Esta vez no ha alertado a Zoe de sus intenciones, por lo que el director tampoco está al tanto de su visita, así

que, al igual que cuando fue al Santa Lucía, confía en que la suerte le sonría.

Le parece lo justo.

Al menos después de tantos golpes.

—Bien, inspector Lisón, ¿cómo va esa investigación? —dice Augusto Bassas a modo de saludo.

Marcial traga saliva y bilis. La necesita para no escupirle a la cara que puede meterse ese apellido por el culo, pero, aunque le joda, sabe que es el único salvoconducto que tiene.

—Estamos muy cerca.

—Cómo me alegra oír eso. Y bien, ¿qué lo ha traído hasta aquí de nuevo?

—En primer lugar, quiero que me confirmes si el hijo del Pilonga...

—¿Quién?

—Perdona. Alejandro San... San-no sé qué.

—¿Alejandro Suárez? ¿El interno por el que preguntó su compañera?

—El mismo. ¿Ha regresado a su celda?

—Con puntualidad británica, inspector. De no ser así ya se me habría comunicado dicha eventualidad.

Marcial no albergaba dudas sobre que el hijo del Pilonga hubiese regresado, pero era la mejor manera de allanar el terreno para hacer la pregunta que de verdad lo había llevado hasta allí.

—¿Podría conocer quién lo ha visitado desde que fue trasladado a Campos del Río?

Augusto Bassas pasa la mano por su calva. Parece dudar.

—Siempre puedo pedir una orden, incluso insinuar que quizá tuvo algo que ver con la muerte de otro preso, ¿quién sabe? Todo eso suele gustarle mucho a la prensa.

—Está bien, inspector, entiendo. Deme unos minutos.

Los minutos, finalmente, se convierten en media hora, pero Marcial debe reconocer que la espera ha merecido la pena.

No sabe muy bien por qué está allí. A lo mejor lo que la ha empujado han sido los diez días que han pasado desde la última vez. Quizá solo que intuye que el final está cerca. Es probable que simplemente sea la fuerza de la costumbre, la necesidad de recordarse quién la ha convertido en la mujer que la mira todas las mañanas desde el otro lado del espejo. Incluso le gusta mantener la esperanza de que únicamente va a releer ese epitafio que quiere creer.

—Hola, Unai. Encontré la clave del ordenador. —Zoe coloca el periódico sobre la tumba, se estira la coleta y se sienta—. ¿SAPO? ¿Por qué? ¿Qué significa todo eso, Unai? ¿Por qué investigabas el asunto de Domingo Bernal? Da igual, no digas nada. Creo que ya sé quién te hizo esto. Solo necesito unos días más para confirmarlo. Sé lo que piensas... Y no, este no es un asunto que pueda delegar en nadie. Te di mi palabra de que te vengaría y lo haré. Oye, tengo que dejarte. Ando un poco liada, ¿sabes? En fin, espero que la próxima vez que nos veamos todo esto esté resuelto.

Zoe lanza un beso al aire y abandona el camposanto con la certeza de que quien torturó y asesinó a Unai Miralles muy pronto le hará compañía bajo tierra.

Marcial sale del súper empujando un carrito. Está repleto de cervezas con las que piensa reponer la última balda de la nevera, que ha visto mermadas sus existencias tras los últimos asaltos. Abre el maletero del 308 y comienza a trasvasar las bolsas. Es ella quien lo ve, entre otras cosas porque Marcial está afanado en la búsqueda de las llaves.

—¡Marcial!

No necesita levantar la mirada para reconocer la melódica voz de Marga, uno de sus mayores atractivos. Cruza la mirada con ella, no obstante, guarda silencio.

—Deberíamos hablar.

—No hay mucho más que decir, Marga: todo quedó muy claro la otra noche. Es tu vida. Tú decides cuando abres la puerta y le das la patada a Santi.

Hacia siglos que nadie le daba un guantazo a mano abierta, por eso tarda en asociar el dolor de la mejilla con la reacción de Marga. Aun así, permanece hierático.

—A veces creo que eres imbécil de verdad, Marcial. ¿En serio piensas que es tan fácil? ¿Que alguien puede sustituir al padre de mis hijos? ¿Acaso piensas que he hecho un *casting*? ¡Venga ya, hombre! Entiendo que todo lo que ha ocurrido con Villanueva...

—Ni lo nombres. Él no tiene nada que ver...

—Pero qué dices. Claro que tiene que ver con todo. Los que te conocemos — Marga hace una pausa que denota que ese grupo es posible que empiece y acabe en ella— sabemos lo que significaba para ti... Y para Santi —añade—. ¿Cómo no va a afectarte que insinúe que lo presionaste, que reniegue de ti?

—Hace mucho tiempo que me importa una mierda lo que piense Villanueva.

—Si tú te lo crees, a mí me parece estupendo. Pero ¿sabes qué te digo? — Marga avanza un paso y atraviesa la línea imaginaria que delimita su espacio personal—. Villanueva siempre ha sido así. No está acostumbrado a perder ni a recibir órdenes.

—Te repito que me importa una mierda Villanueva. —Marcial retrocede un paso y saca el llavero del bolsillo del pantalón.

—Eso, huye; huye como has hecho siempre. ¿Sabes en qué no podrás superar nunca a Villanueva? —Marga no espera a saber si a Marcial le interesa la respuesta—: Él siempre se enfrenta a los problemas. Nunca les da la espalda ni sale corriendo con el rabo entre las piernas. Te voy a decir algo, Marcial, algo que ni en tus peores pesadillas habrás imaginado. Santi no era esa

persona que creías conocer. En realidad, ¿quién cojones lo es? Todos tenemos una doble cara. Bueno, no. Tú no. Tú siempre tienes la misma, para ti no hay plan B. Caiga quien caiga.

Marga echa a andar con la mirada al frente. Cuando está a punto de rebasar a Marcial, este la ase con fuerza y la vuelve a situar frente a él.

—¿Por qué dices que Santi no era como yo creía?

Marga lo observa con detenimiento. Tiene que reconocer que no ha cambiado nada en todos los años que lo conoce: sigue sin preocuparle lo que piensen de él; no obstante, es incapaz de dejar pasar lo que tiene que ver con Santi.

—Nosotros pasamos una mala época. Los gemelos eran muy pequeños, aún estábamos pagando la reforma de la casa, yo estaba sin trabajo... En fin, que Santi encontró una manera... ¿Cómo decirlo? ¿Poco digna? ¿Arriesgada?

—Illegal —apunta Marcial, al que no le sorprende la historia, aunque sí que ella fuera cómplice.

—¿Lo sabías? —Ahora la incredulidad cambia de bando.

—Lo descubrí hace muy poco. ¿Desde cuándo lo sabes tú?

Marga suspira. Podría mentirle y decirle que también hace poco que descubrió que su marido no era ese hombre que aparentaba ser, pero está cansada de guardar secretos, de vivir pendiente del qué dirán. Sabe que lo va a decepcionar, pero no más que por haber rehecho su vida. Marga asume que ha llegado la hora de pasar página, que Marcial esté o no en la siguiente no está en su mano.

—No soy tonta, ¿sabes? ¿Cuánto tiempo crees que Santi podía inventar ingresos en concepto de productividades u otros tan absurdos como cursos de formación para los recién aterrizados en comisaría?

—¿Y no hiciste nada? Cogiste el dinero sin más.

—¿Ves como no conoces a la gente, Marcial! ¿Después de todos estos años eres capaz de sacar esa conclusión? —Marga niega con la cabeza. Es más la asunción de un hecho que la decepción por sus palabras—. Hablé con Villanueva.

Marcial, ahora sí, no puede ocultar su asombro. Vuelve a sentirse un títere, un juguete en manos de los demás; el cornudo, el último en enterarse de todo.

—Él me ayudó —prosigue—. Me dijo que hablaría con él, que lo convencería para que no se jugase así su libertad. —De repente, los ojos de Marga se llenan de lágrimas—. No quería que mis hijos se criasen con su padre en la cárcel, ya ves... Ahora daría lo que fuera por que estuviese allí y no donde está. Ironías de la vida.

El cielo se quiebra en ese preciso instante. Parece protestar. Marcial desvía hacia él la mirada y pronto una finísima lluvia comienza a mojar su rostro; el de Marga, en cambio, hace un rato que está bañado de lágrimas.

—¿Lo quieres?

—¿A quién?

—¿Al del Mercedes?

—No lo sé.

—¿Se porta bien con los gemelos?

Marga asiente.

Marcial la imita.

—Cuídalos, Marga.

—Pero, Marcial...

—No es tiempo de peros.

La conversación con Marga ha servido para mucho más que corroborar que la especie humana está corrompida en todos sus estratos, que lleva más de media vida confiando en las personas equivocadas. También le ha valido para saber que su encuentro con Lasaosa era impostergable. Ha sopesado volver a abordarlo en El Sheriff; sin embargo, no cree que mostrarse juntos otra vez en público le haga mucha gracia al comisario y, aunque eso en condiciones normales le importaría bien poco, en este caso puede ser la diferencia entre el éxito y el fracaso.

Lleva apostado frente al edificio desde que dejó a Marga con la palabra en la

boca. La nueva casa de Lasaos es situada en el residencial Puerta de Hierro, en las proximidades de Tentegorra. Se trata de un complejo de edificios de reciente construcción que desentonan de manera clamorosa con el resto de las viviendas de la barriada, una barriada humilde que ha conocido tiempos mejores. Desconoce el piso exacto en el que vive, por eso no le queda otra que interceptarlo antes de que meta el coche en el garaje. Lasaos es un hombre de hábitos fijos, de horarios y manías que rara vez abandona. No tarda en aparecer. Marcial da un par de ráfagas de luz para alertarlo. El comisario lo ve y detiene su coche enfrente del de Marcial, formando una T entre ambos vehículos. El exinspector se apea del 308 y se dirige hacia la puerta del acompañante del Audi. Lasaos abre y este se sienta a su lado.

—¿Alguna novedad, Lisón?

—Marcial.

—Lo siento: la costumbre.

—¿Recuerdas que te pedí que indagaras sobre quién mandó al enano calvo aquí?

—¡Marcial! Un respeto, que su cuerpo aún está caliente.

—Me la sopla, comisario. Ese tío no era trigo limpio.

—Pues en su traslado no hay nada anormal. ¿En serio ha montado todo esto para saber eso?

—La verdad es que no. Antes me decías si había alguna novedad..., sí que la hay, comisario. Lo que no sé es si te va a hacer la misma gracia que a mí cuando la sepas.

Ha visto pasar la una, las dos y las tres de la madrugada. Sola, en cambio, ronca a su lado, ajena a lo que se cuece en su cabeza.

La charla con el comisario ha sido muy fructífera y ha servido para constatar que lo que había nacido como una idea demencial empieza ahora a cobrar sentido. Ha sabido esquivar con destreza las preguntas de Lasaosa y le ha lanzado tan solo las migajas necesarias para que siga pensando que lo tiene todo bajo control. Lo ha obligado a prometerle que no le dirá ni media palabra a Zoe de su encuentro. Ha podido convencerlo de que la agente está demasiado condicionada para serle de ayuda en este momento. El comisario ha entendido que, si quiere poner punto final a ese suplicio, debe confiar ciegamente en él.

No es la primera vez que lo hace, aunque supone que le gustaría que fuese la última.

Todo parece cuadrar, incluso las fechas. Faltan unos pequeños flecos, pero ya tiene una idea global que encaja jodidamente bien. Tan bien que lo enerva, que convierte a su cerebro en un improvisado funambulista que pasea por la delgada línea que separa la cordura de la locura.

Teme que se arroje al vacío de un momento a otro.

Si no lo hace es porque aún hay un nombre al que no encuentra sitio, un nombre que apareció de la nada y que se ha ido colando por todos los recovecos, un nombre que ya no volverá a sonar más: Salvador Torán.

Es la nota discordante, la oveja negra, la aguja en el pajar.

Cierra los ojos por enésima vez y trata de sucumbir al cansancio que lo acecha desde hace horas. Está tentado de visitar la última balda de la nevera.

Se contiene.

La imagen de Zoe acude en duermevela. No está siendo honesto con ella. No puede confiarle la información hasta que no esté seguro al cien por cien y, aun así, esa venganza le corresponde más a él que a nadie. Le duele ser el infiltrado, el enemigo con el que comparte trinchera, pero las circunstancias mandan. Es en ese momento cuando una asociación de ideas sacude su cabeza. Se incorpora con la certeza de que esa noche será imposible conciliar el sueño.

No es propio de Marcial pedir favores; sin embargo, en esta ocasión no le queda más remedio. Es consciente de que no puede estar esquivando a Zoe eternamente. La agente, más pronto que tarde, terminará por darse cuenta de que pasa algo. Por ese motivo, una vez cumplidas sus obligaciones con Sola y satisfecho el preceptivo café, se ha dirigido al Anatómico-Forense, a la espera de que Adolfo Morales ocupase su lugar en el despacho, lo cual ha ocurrido a las nueve en punto de la mañana. Tras un saludo efusivo, que Marcial ha correspondido por mero interés, lo ha invitado a tomar asiento.

—A ver, cuéntame qué es eso tan importante de lo que tenemos que hablar.

Marcial es consciente de que el único nexo que lo une a Adolfo Morales es la muerte, que pedir un favor en esas circunstancias requiere un tacto del que él no suele hacer gala; aun así, sabe que si quiere encajar la última pieza necesita su ayuda.

—Me gustaría tener acceso al informe final de la autopsia de Francisco Casanova.

Adolfo eleva las cejas y ladea el rostro. A pesar de su aspecto bonachón, Marcial sabe que detrás de ese cuerpo redondeado y enjuto que no supera el metro sesenta se esconde un tipo de principios éticos intachables, un perfeccionista empedernido, un fanático del trabajo bien hecho.

—Según me contó Zoe... —el forense hace una pausa buscando la forma menos hiriente de decirlo—, estás de excedencia...

—Así es. Por eso solo te pido que me lo enseñes, echarle una ojeada, nada de darme una copia ni nada que te comprometa en un futuro.

Adolfo mueve la cabeza de un lado a otro, en un gesto que no termina de ser una negación, pero que Marcial interpreta muy próximo a ella.

—No puedo hacer eso, inspector. Los documentos que me pides son secretos y, según creo, la investigación acerca de la muerte del señor Casanova sigue abierta.

Marcial se levanta de forma enérgica, desplazando la silla en su maniobra. Nota cómo se desata una tormenta de fuego en su interior y se obliga a controlarse, a guardar esa rabia para el verdadero causante de todo aquello.

—Entiendo —dice aceptando su derrota—. En ese caso...

—Que no pueda mostrarte los documentos no quiere decir que no pueda contarte lo que hay en ellos —lo interrumpe Adolfo.

Marcial sonrío. Siempre le ha parecido un buen tipo, el forense.

Tarde o temprano tenía que pasar. El móvil de Marcial suena cuando se dispone a salir con Sola. Es Zoe. Lo apremia para verse esa misma noche y por el tono no es difícil colegir que el encuentro no irá por la senda de la cordialidad.

El lugar escogido esta vez es la solitaria explanada del estadio Cartagonova. Zoe ha sido la primera en llegar. Marcial lo hace poco después.

Se sitúan uno al lado del otro, ventanilla frente a ventanilla.

Como en las pelis de mafiosos.

—Me han tenido encerrada toda la tarde, los muy hijos de puta.

El tono de Zoe es un dechado perfecto de su expresión facial.

—¿Quiénes?

—Los de Madrid.

Los cimientos de Marcial se tambalean por primera vez en muchos meses. Si el subinspector ha dado traslado de sus sospechas, los agentes de Madrid serán los encargados de recoger el guante y, obviamente, la primera parada en

el recorrido hasta él es Zoe.

—¿Qué querían?

—Lo mismo que la otra vez... —Los ojos de Zoe menguan, los recuerdos, en cambio, se dilatan en su interior hasta empujar una lágrima que la agente se apresura a borrar de su rostro—. Hacer mil preguntas, volver a hablar de Unai.

—¿De Miralles?

—No son tontos: dos polis muertos en la misma comisaría en poco más de un año invitan a pensar que hay alguna relación.

—¿Qué les has dicho?

—¿Tú qué crees?! Que no sabía nada del subinspector que no supiese cualquier otro agente de la comisaría.

—¿Y se han contentado con eso?

—¿Crees que si lo hubiesen hecho me habrían tenido toda la puñetera tarde encerrada allí, cosíéndome a preguntas?

A Marcial no le pasa inadvertida la actitud beligerante de Zoe; intuye que no solo está detrás el hecho de que los de Madrid hayan venido otra vez a obligarla a recordar. No obstante, prefiere dejar que se desahogue, que expulse sus demonios, que olvide durante unos minutos que hace tiempo que Marcial no le proporciona novedades.

—¿Crees que nos vigilan?

—Por ahora, no, pero no descartaría que, en un futuro, cuando empiecen a reconstruir sus pasos, se animen a hacerlo.

—Así que aún disponemos de unos cuantos días.

—No te lo daría por escrito. Relacionar las muertes de Unai y Torán ha prendido la mecha. Veremos cuánto tarda en hacerlo saltar todo por los aires. Pero no te he llamado para eso. ¿Qué hay de Alejandro?

—El hijo del Pilonga regresó el lunes a la hora acordada.

—Eso lo sé: hablé con el director del centro. Lo que no sé es por qué no me has dicho que fuiste a Campos del Río.

Marcial no contaba con eso. Había supuesto que Zoe dejaría en sus manos el asunto del hijo de Pilonga. Es evidente que no se fía de él. Pierde unas décimas de segundo en escudriñar su rostro, trata de ver qué Zoe es la que tiene frente a sí. Al final, concluye que la Zoe que permanece impertérrita en el asiento de su coche a la espera de una aclaración es la misma a la que espío en el cementerio, la que no entiende de formalismos, la que necesita un culpable para recuperar la inocencia.

Pero Marcial no puede inhibirse, apartarse, dejarle vía libre. No, si sus sospechas son buenas.

Y lo son.

Lo sabe. A cada paso que da encuentra una nueva evidencia. Tan solo debe esperar que cometa un error, que se delate, que deje un rastro indeleble para que nadie pueda dudar. Pero ahora no puede decirle nada de eso, debe buscar una excusa creíble, ganar tiempo. La mejor defensa, en realidad la única que conoce, es un buen ataque, resuelve.

—Intento averiguar si fue él quien torturó y mató a Miralles, pero, si te parecen mal mis métodos, puedo regresar a casa con Sola y tumbarme en el sofá a ver cómo pasan los días.

Zoe no replica, tampoco parece que vaya a encajar sus protestas sin más. Al cabo, responde:

—¿Y?

—Aún no puedo asegurártelo al cien por cien, pero creo que es nuestro hombre.

—Quiero saber, también, quién dio la orden.

—Creo que no estás enfocando bien el asunto, Zoe. No trabajo para ti, sino contigo.

Las palabras de Marcial parecen devolverla a la realidad. El hecho de que la hayan sometido durante varias horas a un tercer grado y la ausencia de noticias de Marcial ha hecho que acuda a la cita con aires de revancha, olvidando por completo que, con Marcial, es imposible salir vencedora en el cuerpo a

cuerpo.

—Llevas razón. Lo siento —concede—. Es que estamos tan cerca...

«Y a la vez tan lejos», piensa Marcial.

—¿Alguna idea de por qué Alejandro mató al subinspector? —continúa, ajena a los pensamientos de Marcial.

—Ninguna —miente.

La charla con Augusto Bassas y con Adolfo Morales ha servido para apuntalar una teoría de la que ya no duda. El puzle está completo.

—¿Y si sabían que Torán no se había creído lo del suicidio del Cazador? —vuelve a la carga.

Marcial ha de reconocer que Zoe piensa con destreza, que tiene un don para elucubrar teorías plausibles con pocos elementos.

—Podría ser. Pero no sé si es peor el remedio que la enfermedad. Antes cabía la posibilidad de que la muerte del Cazador los condujera a ellos, ahora ellos son la única posibilidad que van a manejar.

De repente no parecen tener nada más que decirse. Se miran para constatar que no hay nada en común más allá de lo expuesto. En la boca de Marcial tropieza la muerte de Dolores, pero logra contenerse. Sigue sin ser el momento. Unos segundos después, y sin mediar palabra, suben sus respectivas ventanillas y se alejan en direcciones opuestas.

Apenas ha pegado ojo en toda la noche, por eso, rondando las seis y media de la madrugada, ha optado por echar a caminar con Sola y encarar el día con ánimos renovados. Ahora, una hora después y con una fatiga que hace años que no sentía, está tumbado en el suelo del salón, sobre la alfombra, y con la galga posada sobre los muslos. Incluso en esa situación le parece el mejor sitio donde podría estar. Acaricia su cuerpo con ritmo cadencioso, a favor del pelo. La mira a los ojos y Sola le sostiene el envite, aunque al instante, como si fuese un camaleón en pleno proceso de caza, saca la lengua y lame la nariz de Marcial.

—¡Solaaaa!

El galgo interpreta el tono de resignación como un consentimiento tácito para proseguir y le proporciona un segundo lametón. Marcial sonríe, al tiempo que aparta la cara con un sutil movimiento de mano que la galga vuelve a malinterpretar y que le hace buscar un tercer encuentro con el rostro de su amigo. Esta vez el exinspector está rápido y lo esquivo a tiempo. Marcial se pone en pie, pero Sola no parece dispuesta a dejarlo ahí. Flexiona las patas traseras y da un salto que casi alcanza el más de metro ochenta de Marcial. Al caer, ladra demandando su atención.

—Pero, Sola, ¿es que no estás cansada?

La galga responde con un agitar de cola a altas revoluciones.

—Anda, ven.

Marcial regresa a la cocina y saca de un armario una lata de comida que guarda para los momentos especiales. Este no tiene nada de singular, pero no se le ocurre mejor manera de distraerla sin tener que hacer esfuerzo alguno.

Vierte el contenido en su comedero y la galga lo sigue alentada por un sugerente olor a albóndigas en salsa que hace salivar al propio Marcial. Casi no ha tenido tiempo de deshacerse del envase cuando su teléfono suena en el salón. El número que aparece en la pantalla no está registrado en su agenda.

Descuelga.

El dueño de la voz que sale del aparato se presenta. Y hace bien, porque aunque a Marcial le suena, no termina de ponerle rostro.

—Soy Rodrigo Villanueva.

Marcial se sienta. Rebusca en su memoria la última conversación que tuvieron a la salida del juicio. No cree que quedara nada en el tintero.

—¿Qué quieres?

—Creo que tengo algo que puede interesarle.

Silencio.

—¿Sigues ahí?

—Sí, claro.

—¿Y a qué esperas?

—¿Por teléfono?

—¿Has matado a alguien?

—¿Quién? ¿Yo? No...

—Entonces puedes contármelo por teléfono.

—Acabo de recibir un ingreso de 25 000 € en mi cuenta.

La cabeza de Marcial comienza a carburar a toda prisa. Está a una respuesta de obtener lo que tanto espera.

Hace la pregunta.

Contiene la respiración.

Rodrigo le responde.

Marcial dibuja una sonrisa.

—Te tengo, cabrón —dice antes de colgar sin despedirse.

Acaba de rebasar la plaza de la iglesia de San Antón cuando se da cuenta de

que con la euforia del momento ha olvidado coger la Glock. Hace un cambio de sentido y regresa a toda velocidad.

No necesita abrir la puerta para entender que algo no va bien: los ladridos de Sola suenan huecos, lejanos, como si emergiesen de un lugar recóndito.

Entra.

La puerta de la cocina está cerrada, tras ella se vislumbra la silueta de la galga. Gira sobre sí misma, presa de una ansiedad impropia de ella, mientras continúa ladrando. Marcial abre con cuidado, pero Sola termina de empujar la puerta y sale disparada hacia el piso de arriba, así que el exinspector decide fiarse del instinto canino y comienza ascender saltando de dos en dos los escalones.

Sola está detenida delante de la puerta de la habitación principal. Gruñe. Por lo demás, no hay ningún sonido que haga presagiar la presencia de alguien tras la puerta. Marcial avanza con sigilo.

Un paso.

Otro.

Otro más.

Se sitúa frente al pomo y lo agarra con cuidado. La galga sigue mostrando la dentadura de forma amenazante. Marcial acaricia su cráneo para relajarla.

No lo consigue.

Abre.

Sola entra presta.

Marcial la sigue.

Se recorta ante él la figura del hijo del Pílonga, la carpeta con la palabra SAPO en la mano izquierda, la derecha oculta en la espalda. La galga ladrando a dos palmos de distancia como jamás la ha visto Marcial. Parece enajenada. Antes de poder abrir la boca ve cómo el arma sale de la nada y se dirige, poco a poco, al encuentro del rostro de Sola. Marcial se abalanza sobre él sobrevolando el cuerpo de la galga en una muestra de agilidad que le sorprende incluso a él. El impacto entre los cuerpos deja escapar un disparo

que hace retroceder a Sola, asustada. No obstante, apenas se aleja y decide permanecer en la puerta como espectadora de lujo del combate grecorromano que se ha desencadenado.

El exinspector sujeta las muñecas de su contrincante mientras trata de hacer valer sus veinte kilos de ventaja. Alejandro, desde el suelo, bracea e intenta liberarse sacudiendo las piernas. Con la rodilla derecha alcanza el abdomen de Marcial, que emite un gemido, aunque, a pesar de todo, consigue mantener su posición ventajosa. Sola se mueve de un lado a otro, inquieta, sin saber muy bien qué hacer. De cuando en cuando deja escapar un ladrido como si quisiese darle aliento a Marcial.

—¿Qué hostias haces aquí?!

El hijo del Pilinga no contesta, pero deja escapar la mirada hacia la zona donde han quedado esparcidas las fotografías que había en el interior de la carpeta. Marcial aprovecha la distracción para golpear su mano derecha contra el suelo. Es consciente de que, una vez inerme, no es rival para él. También de que lo necesita vivo para saber los detalles que aún se le escapan. Sin embargo, los impactos no han conseguido desarmarlo, así que intenta cortarle la respiración clavando la rodilla en su costado, dejando caer todo su peso sobre el tórax. Alejandro jadea, parece que la estrategia de Marcial empieza a dar sus frutos.

—¿Me vas a decir quién te ha enviado o sigo apretando?

La presa no emite sonido alguno, ni siquiera gutural, solo entrecorta la respiración por la presión que ejerce Marcial. Al final, parece ceder y afloja la fuerza de los brazos. El exinspector está a punto de cantar victoria, se confía y disminuye también la fuerza sobre las muñecas de Alejandro, lo que el hijo del Pilinga aprovecha para liberarse de la presión costal con un movimiento raudo que hace que ambos contendientes giren sobre sí mismos, e intenta hacerse con el control de la situación. Es en uno de estos giros cuando un estruendo atraviesa el pabellón auditivo de Marcial y un zumbido se adueña de su cabeza.

Un disparo.

No siente nada más allá de una leve sordera. Tiene la tentación de soltar a su rival y palparse en busca de alguna herida.

De repente, un nuevo sonido copa toda su atención. Mira a su oponente en busca de una explicación, pero no parece que él sea el causante.

Vuelve a oírlo.

No es un sonido cualquiera. Ahora puede distinguirlo. Es un gáñido.

Un temor cerval recorre toda la médula espinal de Marcial que, de forma inconsciente, suelta a Alejandro y busca a Sola con la mirada.

La encuentra.

Continúa en la puerta de la habitación.

Tendida en el suelo.

Sobre un mar carmesí.

De su pecho mana un chorro pulsátil de sangre.

Se apresura a ir en su auxilio. Tapona la herida con las manos, pero la hemorragia es incontrolable. Se quita la camisa y trata de hacer presión con ella.

No lo consigue.

Nota cómo algo los sobrevuela a él y a Sola. Es el hijo del Pilonga, que emprende la huida. Le ha parecido ver que llevaba la carpeta.

Vuelve a centrarse en lo único que de verdad le preocupa en ese momento: su amiga. La mira a los ojos.

—Aguanta, Sola, por favor. —La respiración empieza a ser casi imperceptible. El volcán de sangre comienza a remitir—. No me dejes... No te vayas...

Demasiado tarde.

Su mirada almendrada se ha apagado por completo. Ahora la galga mira al vacío.

A Marcial le cuesta respirar, las paredes se mueven formando una espiral en la que él ocupa el centro. Siente náuseas. Cierra los ojos y trata de controlar la

respiración.

Inspira, espira.

Inspira, espira.

No sabe cuánto tiempo permanece con los ojos cerrados, intentando recobrar la calma, pero cuando los abre, las lágrimas se precipitan una tras otra de manera violenta, como si nunca fuesen a acabarse. Se enjuga los ojos y se incorpora.

Sola ya no sangra.

Sola ya no se queja.

Sola ya no respira.

Sola ya no vive.

La levanta en peso y la echa sobre la cama. Da la sensación de que estuviera dormida.

—Ronca —suplica con voz queda—. Ronca, por favor.

Pero Sola no volverá a roncar nunca más, no volverá a esperarlo tras la puerta después de cada ausencia, no volverá a descansar sobre sus piernas cuando se siente en la alfombra del salón.

El mundo no tiene sentido. Para él no. Pero no piensa arrojar la toalla. Se lo debe a ella.

A Sola.

La única criatura de este planeta que ha estado con él a las duras y a las maduras. Sobre todo a las duras.

Se ha puesto la primera camisa que ha encontrado, ni siquiera se ha cambiado de pantalones a pesar de que están pringados de sangre.

Conduce sin sentido. Una vez descartada la presencia del hijo del Pilonga en el único domicilio que Marcial conoce de él, se ha dirigido hacia La Alameda. La ha recorrido en los dos sentidos, al igual que ha hecho con el paseo Alfonso XIII. Ahora sube Capitanes Ripoll con destino al puerto. No tiene ni idea de adónde va. No sabe dónde buscarlo.

Se maldice.

Detiene el coche en la puerta del hotel Los Habaneros. Necesita pensar. Encontrar una solución. El teléfono, inoportuno, comienza a sonar. Es Zoe.

Cuelga.

Vuelve a sonar.

Cuelga.

De repente, cae en la cuenta de que Sola está sola, de que su jodida costumbre de actuar sin meditar lo ha privado de despedirse de su amiga como ella se merece, que de nuevo ha vuelto a confundir las prioridades.

Se conjura.

Con ella no cometerá el mismo error. Sola lo necesita. Él necesita a Sola.

El hijo del Pilonga puede esperar: el fuego del infierno es eterno.

Está tumbado junto a ella, abrazándola. El calor también la ha abandonado. Besa su cabeza mientras acaricia su cuello. Ese no es su tacto. La muerte le ha arrebatado mucho más que la mirada; la ha convertido en una extraña de poses inverosímiles. Sola se va y se lleva los tres mejores años de su vida, los

únicos en los que ha querido a alguien de verdad, sin fisuras.

Un amor incondicional.

Un escalofrío lo sacude. Marcial agarra el edredón y se tapa. También a Sola. Ambos permanecen cobijados en su interior como tantas otras veces. Pero ese es un calor ficticio, un calor sintético que nada tiene que ver con el que ella le proporcionaba. La aprieta contra su pecho y deja que las lágrimas bañen su pelaje. Tiene que tomar una decisión que jamás se había planteado hasta ese instante: Y ahora, ¿qué? ¿Qué hacer con el cuerpo inerte de Sola? ¿Qué hacer con tanta ira acumulada? ¿Qué hacer con una vida sin más alicientes que la venganza?

La hierba le hace cosquillas en la cara; aun así, Marcial prefiere permanecer tumbado, los brazos estirados como si estuviese haciendo el ángel sobre una gruesa capa de nieve. Desearía poder tener un último momento, una oportunidad para darle una despedida digna. Pero la vida parece sedienta de su lagrimal, empecinada en mojar un corazón que es incapaz de encogerse más.

Abre los ojos, aunque ya no quieren ver. Están cansados de enfrentarse a un mundo que se ahoga en sus propias prisas, uno que se ha convertido en esclavo del tiempo. Frente a ellos, un cielo que ya nunca más volverá a ser azul. Se sienta. Un ficus enorme se muestra amo y señor de ese terruño. Lo escala.

Ahí es mucho más sencillo todo.

Desde la copa observa un sinuoso río que dibuja meandros. Todo cobra vida a su paso. Verde, rojo, violeta. Un mundo de colores.

Él solo echa en falta uno: el atigrado.

La ve. Es un puntito diminuto que avanza en su dirección; sin embargo, la reconoce. En el aire viaja su olor. Desciende a toda prisa. La espera. El puntito aumenta de tamaño, pero no mucho.

Es Sola.

No su Sola, sino la Sola que nunca tuvo. Un precioso cachorrito de galgo que,

torpe, galopa a su encuentro. Marcial se sienta y deja que llegue. La abraza, la besa, la tumba panza arriba y arremolina la cara contra su barriga. La galga se zafa, parece hacer una reverencia, pero en realidad se prepara para contraatacar. Salta contra su pecho. Marcial la atrapa y comienza a acariciarla para amansarla. Sola se duerme en su regazo. Él se tumba procurando no perturbar su descanso.

Ronca.

Ronca muy fuerte.

Es ella, lo sabe.

Lo huele.

—No te vayas —le susurra.

Sola abre los ojos. Tiene la mirada almendrada. Con ellos lo dice todo.

Le dice que lo quiere, que también lo echará de menos, que no hay cabida para los reproches.

Que se tiene que ir.

Sola le lame el rostro y brinca hasta el césped. Trota alegre. Se aleja. Se va de su vida. Lo hace de puntillas, tal y como entró.

Marcial sabe que ahí comienza su desventura, que el camino será largo sin ella, que el tiempo nunca más volverá a ser un problema, que ha de convertir el punto final en punto y seguido.

Se tumba.

Cierra los ojos.

Sabe que todo ha sido un sueño, que ese es el único lugar donde podrá disfrutarla a partir de ahora.

«Ojalá te despiertes y no busques culpables», escucha.

Es el timbre de la puerta el que vuelve a enfrentarlo al cuerpo inerte de Sola. La insistencia es demencial y Marcial se siente obligado a poner fin a aquel escándalo. Besa la cabeza de su amiga y la arropa.

—Enseguida vuelvo —le dice al cadáver.

Mientras baja, recuerda que Zoe lo estuvo llamando; sin embargo, cuando abre no la encuentra a ella. El cuerpo espiritado del Kiki está en su lugar. En ese momento recuerda que hace una semana de la última vez que se vieron y que quizá está esperando otro par de billetes lilas para cambiar; sin embargo, parece alterado, como si llevase demasiado tiempo sin ponerse. De pronto, el toxicómano se detiene y mira fijamente la ropa manchada de sangre.

—¿Qué cojones haces aquí?!

El Kiki levanta la cabeza y contempla la cara de Marcial con sorpresa; al parecer, la estampa de Jack el Destripador le ha hecho olvidar por un instante dónde está.

—¿Sigue en pie lo de los 500 pavos, señor policía?

Marcial tiene que hacer memoria. Al fin, recuerda que era el precio convenido por traerle información del Pilonga. Activa los cinco sentidos.

—Por supuesto.

—Sé dónde tiene una casa. Y no solo eso; por lo visto uno de sus hijos está mucho por allí.

La cara del Kiki es de plena satisfacción, de deber cumplido.

—¿Tienes la dirección?

—¿Y usted el billete lila?

Marcial baja el escalón que los separa y lo agarra del chaquetón, después le da un manotazo en el pecho que lo desplaza un par de metros y lo hace trastabillar. Una vez que el politoxicómano está en el suelo, se dirige a él:

—No es el mejor momento para tocarme los huevos, Kiki, así que dame esa dirección y si tu información es buena tendrás lo que te prometí.

El Kiki saca un trozo de papel del bolsillo del chándal y se lo deposita en la mano a Marcial.

—Vas a morir, hijo de puta —musita al tiempo que entra a casa y cierra la puerta.

Se ha duchado. Lleva ropa limpia, oscura. La manchada de sangre la ha dejado

sobre la cama, junto a Sola, que sigue arropada con el edredón y con la mirada en el infinito. La dirección que ha conseguido el Kiki corresponde a una vivienda unifamiliar situada en Los Mateos, según ha comprobado en Google Maps.

Suena el móvil.

Es Zoe otra vez.

Cuelga.

De repente, un rayo de cordura atraviesa su cabeza. Si mata al hijo del Pilonga, el verdadero culpable, el que ha movido los hilos durante todo este tiempo, sabrá que está muy cerca, que puede oler su miedo. Desaparecerá. Y Marcial no puede permitírselo.

No después de apostar tanto.

Si bien el que apretó el gatillo fue Alejandro, el responsable de que Sola no vaya a corretear nunca más por el descampado es otro. La disyuntiva es jodida. El corazón, ese témpano de hielo que Sola fue capaz de derretir, le pide ajusticiar al brazo ejecutor; la cabeza, esa que desoye continuamente, le suplica que no deje escapar la oportunidad que le brinda el destino.

Hay una alternativa. Es vil. Sucia. Traicionera. Pero ¿a quién le importa ahora eso?

Coge el móvil y le devuelve la llamada a Zoe. Sabe lo que tiene que decirle. Ella está dispuesta a venderle su alma al diablo sin pedir nada a cambio.

O sí.

Precisamente lo que él va a darle: un culpable. El asesino de Unai. Poco importa que no sea verdad. Ella no quiere la verdad, quiere un nombre. Y él tiene dos.

—¿Marcial? Te he estado llaman...

—Escucha: te voy a pasar una dirección. Ahí está el hijo del Pilonga, no creo que por mucho tiempo. Sé de buena tinta —miente— que no va a regresar a Campos del Río, así que apresúrate.

—¿Qué quieres que haga? ¿Lo detengo por el asesinato del subinspector

Torán?

—Ha estado en mi casa —continúa Marcial sin hacer caso de sus preguntas—. Me ha robado las fotos que cogí del despacho de Matías Jairo... Es él, Zoe.

—¿Quién?

—El hijo de Pilonga. Él torturó y asesinó a Miralles. Me lo ha confesado —vuelve a mentir.

Casi puede percibir las chispas que saltan al otro lado del teléfono.

—Ve para allá y vigílalo. No hagas nada hasta que yo llegue a menos que sea imprescindible. Tardaré un par de horas más o menos. ¿Entendido?

El cebo está lanzado, ahora solo falta que muerda el anzuelo. Lo hará. Sus ansias de venganza son demasiado grandes, lo ha visto en su mirada todos estos días. No lo va a esperar. Tiene la muerte del enano calvo para cubrirse las espaldas y dos horas para pensar en ello.

—Entendido —responde con un aire distraído que evidencia que ya ha empezado a saborear la venganza.

«Ya está —piensa Marcial—. Ahora toca mi parte».

Le gusta la oscuridad. Siempre ha tenido la sensación de que la luz es cómplice de la mentira, una aliada incondicional empeñada en mostrarnos solo lo que queremos ver. La oscuridad es más sincera, más leal. Ella no se deja engatusar por falsas promesas, por frases afeitadas para regalar el oído.

Por eso no ha encendido la luz. Permanece sentado en una silla del salón con la Glock reposando entre las piernas, acariciándola con la mano como si fuese un gato que duerme en su regazo. Incluso así, a oscuras, podría recorrer toda la casa sin tropezar con ningún objeto. La tiene grabada a fuego en su memoria desde el mismo día en el que el cuerpo de Enma Novoa apareció en la cocina frente a dos tazas de café, desnuda y con el dedo anular de la mano derecha amputado.

Allí empezó todo

Y allí ha de terminar.

Ha llamado a Rodrigo para cerciorarse de que, tras su puesta en libertad, Alfonso Villanueva había regresado al domicilio familiar. También ha tomado la precaución de apagar el teléfono móvil y extraerle la batería para que nadie pueda, en un futuro, ubicarlo en esa casa.

Ahora tan solo hace falta aguardar su regreso, y Marcial está dispuesto a esperar el tiempo que haga falta.

Zoe tiene la casa en su campo de visión. Hay luz en su interior. Sus pulsaciones van a mil. Mira el reloj y constata que aún falta más de hora y media para que llegue Marcial. Y, aunque ha decidido que no va a esperarlo, tampoco quiere apresurarse y cometer un error que lo eche todo a perder.

Comprueba que su H&K tenga una bala en la recámara, que el cargador esté lleno. Por suerte para Zoe, la vivienda en la que se aloja Alejandro Sandemetro está en Zaráiche, la calle que ejerce de frontera entre la parte nueva y la vieja de Los Mateos. Allí los desconocidos se ven con mejores ojos que en otras zonas más céntricas de la barriada. Le llama la atención un cable eléctrico que cruza la plaza Modistas y del que penden, al menos, veinte pares de zapatos esclavos de sus cordones. Puede imaginar, sin ningún esfuerzo, a los chavales jugando a encalarlos. La casa del Pilonga es la única que tiene la fachada adecuada. Una cenefa de ladrillo visto y una simulación de piedra rústica de color azufre la hacen destacar del resto. La vivienda solo dispone de una entrada, así que Zoe opta por el método tradicional. Pulsa el timbre, agacha la cabeza para que no la identifiquen a través de la mirilla y espera.

Primero escucha el tintineo de las llaves; después, el pestillo. Al abrir la puerta, la luz se cuela en estampida iluminando el recibidor, solo unos instantes, porque enseguida, al cerrar, la oscuridad vuelve a engullirla. Por los ruidos que llegan hasta su posición, Marcial deduce que ha entrado en la cocina. Él no se inmuta, tan solo espera a que el propietario avance hasta el salón. Apenas han transcurrido unos minutos cuando se produce el inevitable encuentro. Villanueva lleva una lata de cerveza, que deja caer al contemplar la figura de Marcial en la silla con el arma en la mano.

—¡Lisón!

—Siéntese, jefe. —Marcial señala el sofá con la Glock—. Tenemos que hablar.

La puerta se abre lo justo para que Alejandro asome la cabeza y le pregunte «¿qué desea?» a la mujer que no ha podido identificar desde el interior. Zoe libera una patada que, más por inesperada que por violenta, desplaza al hijo del Pilonga lo suficiente para que la agente pueda entrar.

—¡Tumbate en el suelo, hijo de puta! —Zoe esgrime la H&K y apunta a la cabeza de Alejandro Sandemetro, que aún está tratando de entender qué está pasando.

—¿Qué pasa, Lisón?

—He dicho que se siente, jefe.

Villanueva obedece.

—Voy a adelantarle cómo va a terminar esto, por si tiene alguna duda. Esta noche va a morir, y me voy a encargar personalmente de que así sea.

—¿Qué estás diciendo, Lisón? ¿Acaso te has vuelto loco? Te acusé de coacción porque era la única forma de poder salir libre. En lo demás no mentí. Yo no la maté.

—Enma, jefe, se llamaba Enma. ¿Por qué le cuesta tanto pronunciar su nombre?

—No me vengas con lecciones: era mi mujer. Que no atravesáramos por nuestro mejor momento no quiere decir que...

—¡Basta ya! —Es la primera vez que Villanueva escucha gritar de esa manera a su pupilo. Lo ha visto perder los papeles en incontables ocasiones, pero jamás alzarle a él el tono de voz—. Deje de mentir, ya no hace falta. Ambos sabemos lo que pasó aquella noche en esta casa. Pero no estoy aquí para impartir ese tipo de justicia.

—No te entiendo, Lis...

—Siéntese. —Marcial se incorpora de súbito y dirige la boca de fuego de la Glock hacia el rostro de Villanueva para abortar su intento de ponerse en pie. Este obedece—. Le advierto que no estoy dispuesto a jugar. Tiene dos opciones: o bien colabora y me explica las dudas que tengo o bien ponemos punto final a nuestra última reunión. Lo informo de que en ambos casos le espera el mismo final.

—Creo que te equivocas, Lisón.

Marcial da un paso y clava la Glock en la frente de Villanueva, haciendo que

su cabeza recule hasta quedar apoyada en el respaldo del sofá.

—Último intento. ¿Va a colaborar?

Villanueva cierra los ojos y Marcial lo toma como una aceptación tácita de su propuesta.

Alejandro Sandemetro está de rodillas y los grilletes obligan a sus manos a permanecer cosidas a la espalda. Zoe lo contempla desde arriba con la mirada enconada. Ojea el reloj con disimulo: aún le queda mucho tiempo antes de que aparezca Marcial.

No necesita tanto.

Comienza a caminar en círculos, rodeándolo, como si fuese un tiburón acechando a su presa. Alejandro no habla.

Ya no.

Lo ha intentado al principio, ha demandado explicaciones, pero un par de patadas en la cara lo han disuadido de seguir intentándolo.

Le pega una patada en los riñones y lo obliga a ovillarse.

—¡Levanta, desgraciado! —Zoe lo agarra de la cabellera y lo pone de rodillas otra vez.

—¿En serio...?

Alejandro no puede completar la frase porque la H&K reglamentaria se estampa contra su boca haciendo saltar un par de piezas dentales y un buen chorro de sangre.

—Si no te pregunto, no hables.

Marcial ha desplazado la silla para colocarse frente a Villanueva. Ambos se analizan, intentan leer más allá de los rasgos faciales de su oponente: saben que ahí es donde se esconden las verdaderas intenciones, donde se puede adivinar si uno va de farol, donde se ocultan las mentiras.

—Antes de nada, le diré quién ha firmado su sentencia de muerte, porque, aunque le cueste creerlo, no he sido yo. Hasta hace unas horas ni siquiera me

había planteado qué iba a hacer más allá de tener este encuentro. Le confieso que pensaba improvisar: no se me suele dar mal.

—Estoy perdido...

El bofetón de Marcial le ha llegado de improviso. Ha surgido de la nada, como una serpiente escondida entre la maleza que ve cruzar un alegre ratoncillo por su radio de acción.

—No más mentiras, por favor. No estoy aquí para dialogar, sino para exponer mi teoría y ver si me puede completar los espacios en blanco. Si lo hace, bien, y si no, también. —Marcial mueve el cuello de hombro a hombro para destensarlo—. Le decía, jefe, que ha sido el hijo del Pilonga... —Marcial deja pasar unos segundos para contemplar el efecto que produce aquel nombre en Villanueva. Ha visto algo, casi imperceptible, pero algo, al fin y al cabo—. Alejandro San no sé qué. No recuerdo ahora mismo el apellido... Da igual. El caso es que ese malnacido ha cometido el mayor error de su vida. Y si no estoy desollándolo ahora mismo con mis propias manos es porque, en realidad, el culpable de que Sola esté muerta es usted.

Marcial se levanta y le da la espalda un segundo. Lo hace porque no quiere mostrarle sus lágrimas. Enseguida se vuelve y comprueba que el ex inspector jefe aún conserva el gesto de perplejidad por una muerte que no entraba en sus planes.

—No hace falta que le explique lo que ella era para mí —prosigue—. He perdido lo único a lo que de verdad he querido en estos últimos años... En mi vida, en realidad. Créame cuando le digo que estoy haciendo un verdadero esfuerzo por no vaciarle el cargador en la cabeza, pero le debo una explicación a Zoe y voy a dársela.

—Así que se trata de eso. Esa chica te ha vuelto loco, Lisón. Por una vez en tu puta vida has perdido los papeles por un coño. ¡Ya era hora, joder!

Marcial se acerca de nuevo. Villanueva estira el brazo y extiende la palma de la mano para indicar que ya se calla.

—Siempre ha sido un poli corrupto. Y yo un imbécil que lo idolatró. —

Marcial vuelve a sentarse. Se echa hacia delante y deja reposar los codos sobre las rodillas, el arma asida con las dos manos—. Todo esto se remonta a cuando estaba en los *estupas*, con Gustavo Salmerón como compañero... ¿Qué año era? ¿1997?

Villanueva no responde. Muta el rostro. Ya no queda ni rastro de la suficiencia con la que suele manejarse en los momentos complicados, nada de ese carisma innato que le permite ser el que lleva la voz cantante en todo momento.

—El Nene era vuestro confidente. Os largaba información de los alijos gordos a cambio de que los dejaseis en paz a él y a los suyos. Pero algo salió mal. —Marcial mira al suelo. Trata de arrastrar a sus labios la teoría que ha ido perfilando en los últimos días—. El Pilonga debió de enterarse de que el Nene era un confite y este decidió quitárselo de en medio antes de que se fuera de la lengua y le buscase la ruina: en Los Mateos no habría sobrevivido ni diez minutos en cuanto el resto de los clanes supiesen que era un bocas. ¿Voy bien, jefe?

—Proteger a un confidente no es ser un poli corrupto, Lisón.

Marcial sonrío irónico antes de levantar la cabeza y enfrentarle la mirada.

—No me toque los huevos, jefe. Sigo. El hijo del Pilonga debió de verlo todo o se enteró de alguna manera de que el Nene trabajaba para la Policía, pero como en esa época no era más que un niño fue fácil dejarlo en manos de Asuntos Sociales antes de que pudiese largar nada.

—Lo vio.

—¿Cómo?

—Alejandro Sandemetrio, así se llama, aunque él prefiere que lo llamen Pilonga, como a su padre. —Villanueva mira a los ojos de Marcial. Lo conoce y sabe que de nada sirve alargar la mentira, así que, si pretende hacer valer el respeto que durante dos décadas se ha ganado, es consciente de que ha de colaborar—. Estaba en casa cuando su padre le dijo al Nene que sabía que era un confidente, que trabajaba para la Policía. Vio cómo el Nene le volaba la

tapa de los sesos. Su padre, cuando supo que venía a verlo, le pidió que se escondiese y que no saliese pasase lo que pasase.

—Años después lo adoptaron y asumió el apellido de su padre adoptivo, por eso tardamos tanto en vincular lo del 97 con lo de ahora. Supongo que usted desempeñaría un papel crucial para que no le permitieran quedarse con su familia.

—Así es, Lisón. No podía arriesgarme a que el niño fuese con el cuento por ahí. Al principio no, pero en un futuro quién sabe, quizá alguien le creyese y le diese por hurgar donde no debía, así que tiré de contactos y conseguí un informe que recomendase alejarlo del entorno familiar. Ahora me toca a mí, Lisón: ¿cómo lo supiste?

—Tuve sospechas cuando Zoe me confirmó que la familia del Nene seguía cobrando a pesar de que hacía casi un año que había muerto. Cuando vimos que la cuenta provenía de Suiza... Ahí supe que había algo turbio detrás. Después confirmamos que Alejandro era hijo del Pilonga, y más tarde, cuando hablé con el director de Campos del Río, me dijo que en el 2013 usted había ido a visitarlo cuatro veces desde octubre a diciembre. Aunque lo que verdaderamente me dio la clave de todo fue una conversación con el comisario en la que me confirmó que su primer caso en el departamento de Homicidios había sido la investigación de la muerte del Pilonga. Es muy curioso que usted pidiese el traslado a esa unidad justo cuando uno de sus confidentes se convierte en el principal sospechoso de un asesinato. Y no soy amigo de las coincidencias, jefe, así que deduje que con ese dinero usted compró el silencio del Nene y de toda su familia, y así sigue: pagando su seguro de vida.

Marcial está gratamente sorprendido por su autocontrol. Incluso esa fuerza demoníaca que lo ha acompañado durante toda su vida y que le ha hecho cometer innumerables atrocidades parece sometida a su fuerza de voluntad. Lo nota merodear inquieto, olfateando el miedo de su presa, dispuesto a acudir a su llamada.

Pero no es el momento.

Todavía no.

Por ahora ha de seguir alimentándolo con vesania, con el odio macerado durante todos estos años.

El ojo derecho está obturado por la hinchazón; el izquierdo, anegado por la sangre de la brecha que nace en su ceja. Alejandro hace rato que no puede, siquiera, ver por dónde le llueven los golpes. Zoe le ha pegado puñetazos, patadas y algún que otro culatazo. Las piernas apenas pueden aguantar su peso y se tambalea como un edificio a punto de derruirse. Zoe no le ha preguntado nada, porque en realidad nada quiere saber. Se ha limitado a golpearlo y a disfrutar de cada uno de sus alaridos. Está cansada, así que coge una silla y se sienta con el respaldo hacia delante. Ha decidido tomarse un respiro antes de proseguir.

La cosa no ha hecho más que comenzar.

Toca cambio de tercio. Marcial no quiere que queden interrogantes por responder. Ahora es el turno de Gustavo Salmerón. Ha llegado la hora de saber cómo supo el inspector de la UDEF que Villanueva le cobraba mordidas al Nene y por qué calló.

—No. Él no estaba en el ajo, pero cuando se cargaron al Nene lo descubrió —responde el ex inspector jefe.

—Por eso investigó de estraperlo a Domingo Bernal cuando los gerifaltes se le echaron encima a Salmerón. Le debía una. Y gorda.

Villanueva asiente.

La parte que viene a continuación es la más dura, la que le habría gustado a Marcial que fuese mentira, la que las evidencias se han empeñado en que sea verdad.

—Y durante esa investigación fue cuando Santi decidió venderse. — Villanueva lo confirma con un silencioso movimiento de testa—. Pero no fue

el único.

Ninguno se inmuta. Los dos son conscientes de que ese es el punto de inflexión de la conversación. Marcial acaricia la Glock mientras espera una respuesta que Villanueva sigue meditando.

—La vida es una mentira, Lisón. Eso de los buenos y los malos es un cuento que está muy bien para los niños, para dibujar unos límites, una especie de barrera. Joder, para que no nos vayamos matando por ahí sin ton ni son. Después, con el paso de los años, te das cuenta de que te estás jugando el tipo por una miseria, de que todo el mundo compra coches, chalés, se va de vacaciones al Caribe. Y tú eres el único pringado que sigue yendo, año tras año, en el mismo utilitario, viviendo en el mismo barrio de mierda y veraneando en La Manga en un cuchitril de cincuenta metros cuadrados pagados a precio de oro.

Marcial no dice nada. Es su minuto de gloria, el mantra que el reo ha de repetirse para que el ascenso al cadalso cobre algún sentido. No, no lo va a interrumpir.

—Cuando revisé las grabaciones aquella noche escuché cómo Santibáñez le contaba a Domingo Bernal que íbamos detrás de él, que teníamos pruebas que dejaban en evidencia que estaba coaccionando a los empresarios locales para que aceptaran sus préstamos. En definitiva, que lo sabíamos casi todo de su método de blanqueo. Así que me dije: esta es la tuya, Alfonso. Ya está bien de ser el último mono.

—¿Lo sabía?

—¿Qué? ¿Quién?

—Santi. ¿Sabía que usted también se había vendido?

—Al principio no, pero luego no me quedó más remedio que hablar con él. Le ofrecí la posibilidad de abandonar, pero decía que él también estaba cansado de ser un mindundi.

A Marcial aún le duele el recuerdo. Él sí que era un verdadero mindundi, un

don nadie que había confiado en dos personas en toda su vida, en dos mentirosos que se habían reído de él durante años.

Lo nota removerse en su interior, prepararse para aflorar. Marcial sabe que no podrá contenerlo mucho más, que el tiempo empieza a apremiar.

—Fue con esas escuchas con las que descubrió que Enma le era infiel con Matías Jairo, ¿no es así, jefe? Por eso lo esperó una tarde a la salida de su despacho y le dio una señora paliza, un escarmiento que no olvidaría durante el resto de su vida.

Villanueva no sabe ocultar su asombro. Marcial se percata.

—Encontramos el parte de lesiones que se adjuntó a la denuncia por intento de robo. —El ex inspector jefe extiende los brazos como queriendo expresar que no le quedó otra alternativa—. Pero hay algo que no entiendo. Cuando mató a su mujer alegó que la había sorprendido masturbándose mientras tenía una conversación telefónica con uno de sus amantes, que discutieron y que perdió los papeles. Es decir, que no hubo premeditación y que por eso no pudo recrear al cien por cien el ritual del asesino del café.

—No sé cuál es la duda, Lisón.

—Si usted ya descubrió que le era infiel con Matías Jairo mucho antes de que siguiera engañándolo con otros, tuvo tiempo más que de sobra para planificarlo todo, para que no le faltase nada, llegado el momento.

—No mentí, Lisón. Todo lo que hablamos en tu despacho era cierto. Yo la quería. En ningún momento se me pasó por la cabeza matar a Enma. —La mirada acuosa da veracidad a sus palabras—. Aquel día, cuando subí a casa y la pillé... así, desnuda, tocándose... Perdí los papeles. Discutimos. Ella sabía lo mío con Domingo por Matías Jairo y, aunque traté de convertir el dinero en mi baza para reconquistarla, no sirvió de nada. Lo intenté de mil formas diferentes. Le pagué cuantos caprichos quiso: una cocina hortera, ropa, viajes... Me amenazó con largarlo todo, con contar que tenía una cuenta en Suiza donde entraban grandes cantidades de dinero... Se me fue la cabeza. Cogí el adorno de Navidad y la golpeé. Cuando se desplomó fue cuando

reaccioné. El resto de la historia ya la conoces.

—Se equivoca. Hay muchas cosas que tan solo intuyo. Pero para eso estamos aquí, jefe: para solventar mis dudas.

Marcial se levanta y camina de un lado a otro mientras valora cómo proseguir.

—Así que tomó las riendas —dice al fin.

—Tanto como tomar las riendas...

—No sea modesto, jefe. Tenía a Salmerón despachado con unas transcripciones falsas que no permitían seguir investigando al empresario y una oferta de inmunidad que Domingo no podía rechazar. Le dejó creer que estaba al mando, pero en realidad era usted el que lo dirigía todo.

—Jugué mis cartas.

—Y ganó.

—Solo durante un tiempo, al parecer. —Villanueva señala la Glock.

—Aquí va otra duda: ¿quién reclutó a Eduardo Reyes y al Cazador? Porque doy por hecho que el único motivo por el que Matías Jairo seguía vinculado era por su amistad con Domingo y porque era más peligroso repudiado que pringado hasta las cejas. Para el hijo del Pílonga tengo una teoría, pero también voy a necesitar que me ilumine.

Villanueva lo contempla con cierto orgullo. No en vano el policía en el que se ha convertido —porque depositar la placa y el arma reglamentaria no te libra de ser lo que has sido durante más de veinte años—, el que tiene enfrente, es producto de su trabajo, de su constancia. Decidir completar su sueldo de forma ilegal no le hizo desatender las funciones de su cargo más allá de las que tenían que ver con los asuntos del propietario de Mariscos Bernal. Villanueva amaba ser policía, formar agentes, investigar homicidios, sacar asesinos de las calles de Cartagena. Pero también amaba un buen Rioja, el marisco gallego —aunque nunca se lo reconociese a Domingo—, el cava catalán, las anchoas de Santoña.

—Digamos que quise cubrirme las espaldas. Le pedí a Jairo que hablase con

el padre adoptivo de Alejandro, que le presentase sus credenciales y se ofreciese para representar a su hijo por una cifra irrisoria. Sabía que aceptaría. Luego fui a la cárcel de Picasent, donde cumplía condena por un delito contra la Salud Pública, y me presenté como el policía que investigó el asesinato de su padre. Me contó que sabía que era el Nene quien lo había hecho, pero que, como era muy pequeño cuando sucedió, nadie le hizo caso. Supuraba odio, ganas de saldar cuentas. No fue difícil convencerlo de que si estaba dispuesto a echarme una mano yo le permitiría vengar la muerte de su padre. Le dije que Matías Jairo era el mejor, que le conseguiría un traslado a Campos del Río.

—No ha respondido a mi pregunta.

—No seas impaciente, Lisón. —Villanueva se pone también en pie y señala con el brazo en dirección al charco de cerveza del suelo—. Tengo sed. ¿Te importa si cojo otra?

Marcial le indica con un gesto de mentón que eche a andar. Le deja ganar un poco de distancia antes de seguirlo. Cuando llega a la cocina, se queda apoyado en la jamba de la puerta y contempla el poyo rosa chillón y los muebles azules a los que ha hecho referencia anteriormente Villanueva.

—¿Quieres una? —dice el ex inspector jefe al tiempo que abre la puerta del frigorífico.

Marcial mataría por una cerveza.

Ese es el problema: aún no quiere matar.

—No.

Villanueva arrastra una silla, la misma donde postró el cuerpo de Enma para simular el ritual del asesino del café, y se sienta.

—Te decía que necesitaba cubrirme las espaldas, desviar la atención en el caso de que algo fallase, de que alguien se fuera de la boca. Por eso le dije también al Nene que Matías Jairo iba a ser su abogado, que era uno de mi total confianza. No lo puso en duda; al fin y al cabo, le hacía llegar varios miles de euros a su familia de forma religiosa todos los meses. Luego usé al padre

adoptivo de Alejandro para convencer al cura de La Aljorra de que contratase también los servicios de Matías Jairo. Sabía que Eduardo Reyes nos vendría muy bien para convencer a los empresarios indecisos, y ese era el primer paso.

—O sea, que si alguien buscaba un nexo entre Eduardo Reyes, el hijo del Pilonga y el Nene se daría de bruces con el nombre del abogado.

—Muy bien, Lisón. —Villanueva aprovecha para darle un sorbo a su lata—. Ese leguleyo pensaba que estaba a salvo por no aparecer en ningún papel, pero yo me aseguré de que, si algo se torcía, su relación con Domingo y ser el abogado de todos esos impresentables lo colocase en el ojo del huracán.

—¿Y el Cazador?

—¿Ese quién es?

—Francisco Casanova.

—¡Ah, John Wayne! Ese ya estaba en nómina cuando yo llegué. No me costó convencerlo de que conmigo llegaría más lejos. Se le fue la mano en una montería y hubo que sacarle las castañas del fuego, pero era bueno, el cabrón.

—No tanto como usted, jefe. Me parece una verdadera jugada maestra hacer que el hijo del Pilonga mate al Nene, el único que podía cantar que usted había cobrado mordidas por hacer la vista gorda en su etapa en los *estupas*, la única mancha que en un momento dado podría dejarlo con el culo al aire y levantar suspicacias en los de Asuntos Internos si les daba por sospechar de su alto nivel de vida.

Marcial entra a la cocina y se apoya sobre el aparador, el mueble del que Villanueva cogió el adorno navideño con el que terminó con la vida de su mujer; donde, sin saberlo, comenzó a poner fecha de caducidad a la suya.

—Y hablando de Asuntos Internos... ¿Cuándo descubrió que Miralles trabajaba para ellos?

Está bocarriba. Las manos continúan engrilletadas, esta vez por delante. Ya no es el suelo la superficie en la que reposa su cuerpo, sino la bañera. Una toalla tapa su cara mientras la alcachofa de la ducha lanza agua a presión donde un hueco deja intuir su boca.

No hay preguntas.

Tampoco quejas.

Solo convulsiones.

Y fases de asfixia intercaladas con breves periodos de recuperación respiratoria. No va a matarlo.

Todavía.

Los ojos de Zoe están inundados de lágrimas, de recuerdos, de meses de amargura, de lucha incesante, de búsquedas infructuosas.

Y todo eso no se amortiza con unos cuantos minutos de agonía pasajera.

Que Marcial sepa que Miralles era en realidad un agente de Asuntos Internos hace perder las pocas esperanzas que Villanueva conserva de encontrar una salida digna. Ahora comprende que los espacios en blanco a los que hacía referencia su pupilo son meros detalles intrascendentes. Aun así, como todo ser vivo, su instinto de supervivencia lo impele a seguir intentándolo.

—Nunca me pareció trigo limpio. Desde el primer día puso mucho interés en todo lo que pasaba en la segunda planta, por trabajar a mi lado. Indagué en su pasado, pero no parecía haber nada sospechoso.

—¿Cuándo lo supo?

—No lo descubrí yo. Hará un año y pico John Wayne lo vio reunirse un par

de veces con Sasha. —Villanueva se detiene para contemplar el rostro de Marcial. Este no puede esconder su incomodidad—. Como Domingo estaba muy encoñado con ella, saltaron todas las alarmas y decidimos estrechar la vigilancia, hasta que un día lo vio reunirse con un inspector jefe de mi promoción, Leandro Ariola, que pertenece a Asuntos Internos.

—Por eso acabasteis con él.

—Bueno..., eso fue un accidente. La idea era que Reyes le sacase qué era lo que realmente sabía, pero calculó mal...

—¿Calculó mal?! —Marcial agarra la Glock con firmeza y apunta al rostro de Villanueva—. Lo matasteis, casi hacéis lo mismo con Zoe... ¿A eso lo llama error de cálculo?

—Baja el arma, Lisón. Imagino que querrás saber el resto de la historia, ¿no? Para eso estás aquí, si no he entendido mal. —Marcial relaja el brazo; sin embargo, no consigue hacer lo mismo con la bestia que merodea por sus entrañas, cada vez más hambrienta—. Zoe se presentó por sorpresa. No sabíamos que tenía su propio juego de llaves. Miralles no colaboró: no soltó prenda. Registramos la casa de arriba abajo y no hallamos nada. Todo salió mal. ¿Qué quieres que te diga? Era mi libertad lo que estaba en juego. Únicamente quería saber hasta dónde había llegado Miralles, ver de qué margen de maniobra disponía.

—Se lo diré yo, jefe. —El gesto de Marcial se encona. La cuenta atrás ha comenzado—. Lo sabía todo, y lo que aún no podía demostrar, lo sospechaba. ¿Quiere que hablemos de la doctora que apareció muerta en Los Barreros hace unas semanas?

Villanueva traga saliva. Acaba de comprender que su final está escrito. Si Marcial ha descubierto lo de la cardióloga, no habrá perdón posible.

Tampoco una muerte rápida.

—Mató a Santi. —El paladar comienza a agriarse con la adrenalina—. Al igual que mandó matar al Cazador, a Matías Jairo, a Eduardo Reyes y a la doctora. Todos eran cabos sueltos, posibles testigos de su corruptela...

—Lisón, yo...

—¡Cierra la puta boca! —Marcial comienza a saberse perdedor de la batalla que se ha desatado en su interior. No puede hacer nada. O no quiere, tanto da —. La cosa no fue como me ha dicho antes, jefe. No fue usted quien habló con Santi, quien lanzó por la borda su anonimato. ¿Por qué exponerse en vez de permanecer en la sombra? No tiene sentido. Fue Santi el que descubrió que estaba en el ajo, y a usted no le tembló el pulso; se lo quitó de encima como si fuese una mosca cojonera. No le importó una mierda que estuviera Marga. No pensó en los gemelos. Como siempre, lo importante era que nadie pudiese irse de la lengua. Y los dos sabemos que Santi, tarde o temprano, no querría seguir metido en aquello. Él no tenía el arrojo necesario. En cuanto hubiese visto la más mínima oportunidad se habría echado a un lado. Y eso hizo, ¿verdad?

Villanueva tarda en reaccionar. Por su cerebro pasan demasiadas cosas a la vez, ninguna agradable. Valorar callar, dejar las cosas estar y no complicarlas más. Jugar todo a la creencia, cada vez más descabellada, de que Marcial no reunirá el valor necesario para apretar el gatillo. Sin embargo, algo le dice que le debe una explicación, que quizá si es capaz de hacerle entender qué lo llevó a tomar cada decisión, Marcial sea benévolo. No le queda otra, concluye.

—Todo fue a raíz de la muerte del hijo de Simón Palazón, el propietario de SIMPASA. Hasta ese momento las extorsiones no habían ido más allá de unas amenazas, de unas fotos comprometedoras, de información delicada. Cuando Santibáñez vio que aquello estaba tomando un cariz violento, que ya no solo era un poli corrupto, sino cómplice de asesinato... Ya lo conoces, se vino abajo.

—Y decidiste que lo mejor para mantener tu integridad era darle pasaporte.

—No. Ni mucho menos. Hablé con Domingo, hice que le subieran su parte, que le doblaran lo que cobraba. Hice todo lo que estuvo en mi mano para que no abandonara.

—Pero no dio marcha atrás.

Villanueva contesta con su silencio. No es difícil deducir qué ocurrió después.

—Por eso untó a la doctora que tenía que certificar que se trataba de una muerte natural...

—Lisón...

—¡Ni Lisón ni pollas! Solo dígame quién lo hizo, porque me niego a creer que usted tuviera los cojones suficientes para mirarlo a la cara y hacerlo.

—Lisón...

—¿Quién?!

—Alejandro Sandemetrio. —Villanueva tiene la cabeza gacha. Siente vergüenza al reconocer frente a Marcial que fue él quien ordenó la muerte de Santibáñez, quien tuvo claro desde el principio que su pupilo no era lo suficientemente fuerte para aguantar la presión si las cosas se torcían. No había arriesgado tanto para quedar a merced de alguien tan voluble—. Me encargué de que no sufriera. Un pinchazo de adrenalina. Tarda poco en... No deja rastro.

Marcial siente cómo crece la impotencia, cómo un pujo de llanto trata de abrirse paso por su garganta. Lo contiene. Ya queda poco, se convence.

—¿Por qué el hijo del Pilonga y no Reyes, el Cazador o cualquier otro?

—Era la prueba definitiva. Si cumplía con ella gestionaríamos su traslado a Campos del Río y podría consumir su venganza.

—Tu venganza —interrumpe Marcial—. Te quitabas de en medio a otro cabo suelto.

—Teníamos comprado a un juez de Vigilancia Penitenciaria —continúa, haciendo caso omiso a las acusaciones de Marcial—, así que tan solo tenía que cumplir su parte.

—Sin embargo, no fue él quien mató al Cazador, porque ese día estaba en su celda.

—Ni a Matías Jairo —precisa—. Alejandro estaba un escalón por encima de estos. No por sus aptitudes, ni mucho menos, sino porque no me interesaba

exponerlo demasiado. No podía permitirme el lujo de que la policía fuese tras él; al fin y al cabo, es mi único nexo con el asunto del Nene. Por eso le encargué a Reyes que matase a ambos. Le dije que había descubierto que colaboraban con la policía. Luego no me quedó más remedio que echar mano de Alejandro para terminar con él.

A Marcial le llama la atención la asepsia con la que Villanueva reconoce haber mandado matar a varias personas. Es como si estuviese frente a un desconocido que nada tiene que ver con el hombre que lo ayudó a dar sus primeros pasos dentro del departamento de Homicidios. Ahora sabe cuál de los dos es el impostor.

—Y mandó dejar las fotos del seguimiento de Miralles en la mesa del abogado para cargarle a este el muerto; de esa manera los de Madrid podrían cerrar la investigación.

Villanueva asiente un par de veces.

—¿Por qué SAPO?

—Era el nombre encubierto de la operación de Asuntos Internos. Es lo único que Eduardo Reyes consiguió sonsacarle a Miralles aquella noche.

—¿Y por qué esperó tanto tiempo para acabar con Matías? ¿Por qué no lo hizo cuando murió Miralles?

—La muerte de Sasha estaba muy reciente. —Villanueva usa un tono de resignación palpable—. La investigación ya había dejado al descubierto varias costuras. El propio Domingo estuvo a punto de irse de la lengua, y Zoe y tú ya andabais con la mosca detrás de la oreja, así que preferí dejar que pasasen los meses, que se enfriara todo. En definitiva: no hacer nada que pudiera poner más nombres sobre la palestra y que os terminara llevando hasta mí.

—Pero esto es la pescadilla que se muerde la cola. Al final siempre quedará alguien que pueda delatarlo.

—Siempre no.

—¿Estaba dispuesto a mancharse las manos de sangre?

—Teniendo en cuenta que los de Asuntos Internos habían comenzado a sospechar de mí, no me quedaban muchas alternativas, ¿no crees?

—Y la llegada del subinspector Torán fue el detonante —concluye Marcial, casi en tono quedo.

A Villanueva la pregunta lo pilla desprevenido. Si el hecho de que supiese que Miralles pertenecía a Asuntos Internos había marcado un antes y un después en la conversación, comprobar que estaba al tanto de que Salvador Torán era su sustituto a todos los niveles lo abocaba a rendirse a sus pies.

—Estoy gratamente sorprendido, Lisón. ¿Cuándo supiste que él también era de Asuntos Internos?

Marcial lo observa con indiferencia. Le molesta que, incluso en aquella situación, trate de llevar la voz cantante, de mostrar condescendencia. Se ha pasado la vida haciendo preguntas y es evidente que no le gusta contestarlas. Aunque, por esta vez, Marcial está dispuesto a dejarle hacer y esperar a que esa maniobra de distracción haga que Villanueva se confíe.

—Hablé con el forense sobre el supuesto suicidio del Cazador. Los análisis toxicológicos confirmaron el uso de escopolo..., escapola...

—Burundanga, Lisón.

—Da igual. El caso es que el enano calvo estaba presionándonos porque sabía que no era un suicidio, y justo cuando tiene las pruebas sobre la mesa, calla. Es obvio que le interesaba seguir investigándonos, que no nos había descartado aún ni a Zoe ni a mí, por eso no nos dijo nada. Ahí fue cuando comencé a sopesar la posibilidad de que fuese de Asuntos Internos. El hecho de ver que nunca erraba el tiro me hizo sospechar que disponía de cierta información privilegiada, sin hablar del beneplácito de la delegada del Gobierno, que ahora cuadra perfectamente. Esto me llevó a pensar que, si a Torán lo habían enviado a cubrir su baja, ¿por qué no podría ser que el inspector Miralles también fuera de Asuntos Internos? ¿Por qué, si no, iba a tener toda esa información sobre una investigación que nada tiene que ver con Homicidios? Tardé en verlo, lo reconozco, pero en cuanto vislumbré que usted

estaba detrás de todo la cosa empezó a encajar.

—No te culpes, Lisón. Yo también tardé en descubrirlo. Creí, ingenuo de mí, que la investigación de Asuntos Internos se paralizaría mientras aclaraban la muerte de Miralles. Pero mandaron a Salvador Torán. En cuanto me enteré de que también trabajaba para ellos comencé a tomar las medidas oportunas, a cubrirme las espaldas.

—Ahí fue cuando decidió acabar con los cabos sueltos... Primero la doctora; luego, el Cazador; más tarde, el abogado, y por último, Reyes.

—Tan solo quedaría Alejandro, mi hombre más leal. Con él tendría que haber ajustado las cuentas un poco más tarde, cuando toda la vorágine se hubiese calmado un poco. Otro suicidio, un accidente de coche, quién sabe.

—¿Y Ricardo Forte?

—¿Ese? Ese no sabe de la misa la mitad. Llevaba la contabilidad B de la empresa, pero no sabía nada de mí. Nunca en la vida nos cruzamos y más allá de una sospecha o haber escuchado mi nombre, no tenía nada contra mí. No he mandado matar a nadie por gusto, Lisón, solo he procurado apartar a quien se interponía en mi libertad.

—Entonces Zoe nunca estuvo en peligro.

—¿Zoe? ¿Por qué? Ella no vio nada. No sabía nada. Es solo una mujer herida.

Marcial experimenta cierto alivio, una paz interna que, por un momento, le hace olvidar que el demonio que habita en su interior empieza a impacientarse.

Ahora sí ha llegado el momento de hablar, de dar explicaciones, de escupir un nombre. Zoe no tiene intención de detenerse ahí, de contentarse con acabar con el brazo ejecutor. También quiere al que dictó la orden de matar a Unai, al autor intelectual.

Alejandro está sentado en el suelo del baño. Empapado en agua y sangre. El cuerpo tumefacto. Tiene la espalda apoyada en la bañera y la mirada puesta en sus piernas.

—Solo lo preguntaré una vez. Quiero un nombre. No necesito un por qué y mucho menos una justificación. Repito: solo un nombre. ¿Quién te mandó hacerlo?

Alejandro levanta la cabeza con tal esfuerzo que cualquiera diría que le pesa toneladas. Gira el rostro para mirarla con el único ojo que conserva la capacidad de enfocar. No da crédito a lo sucedido, pero no queda tiempo para lamentarse. A veces se gana, la mayoría se pierde. Él acepta su derrota.

—¿En serio todo esto es por la muerte de un perro?

—¿Un perro?

—Fue un accidente, lo juro. El arma se disparó. Yo solo...

Zoe deja de escuchar su voz. Se le nubla la vista. La imagen de Sola se presenta sin avisar al cerrar los ojos. No entiende nada. Mira el reloj: Marcial ya debería haber dado señales de vida. Algo no cuadra. Sabe que Marcial es capaz de cualquier cosa por Sola y únicamente hay una explicación para que no esté vengándola en ese momento: ha encontrado una presa mayor. Al verdadero autor de todo. Al culpable de que Unai esté muerto, al que ha provocado que ese pobre infeliz haya matado a Sola.

—¿Mataste tú al inspector Miralles?

Alejandro niega. Intenta hacerlo con vehemencia, pero la musculatura de su cuello no se lo permite. Traga saliva. Sabe que solo tiene una oportunidad para seguir con vida y no piensa desaprovecharla:

—Al policía lo mató Eduardo Reyes. Alfonso Villanueva se lo ordenó.

Marcial lo tiene todo: la relación entre la muerte del Pilonga y las actuales, el motivo por el que Santi se vendió, la razón por la que Villanueva lo mató, una explicación que justifica los comportamientos de Miralles y Torán. Sin embargo, no tiene nada. Sola no está y Zoe... Zoe no tardará en darse cuenta de que el hijo del Pilonga no fue quien mató a Miralles, en saber que ha vuelto a utilizarla, en construir un nuevo dique. Pero no es tiempo de lamentaciones, de justificarse por ser como es, de disculparse.

No es tiempo de peros.

Carece de lógica alargar la agonía, seguir tensando la correa. Ha llegado la hora de liberar a la bestia, de dejar que se cobre su pieza, de disfrutar con cada dentellada.

—De rodillas. —Marcial alza la Glock y la dirige a la cabeza de Villanueva. No ha usado un tono imperativo. Se ha dirigido a él con indiferencia, como si en vez de dictar su sentencia de muerte estuviese pidiéndole la sal.

—No seas tonto, Lisón, no te compliques la vida de esta manera. Entrégame. Pagaré por todo lo que he hecho.

—De rodillas —repite con la misma indiferencia que antes.

Villanueva obedece: conoce bien esa mirada penetrante con la que lo atraviesa. Los ojos de Marcial ya no le pertenecen, lo ha visto otras veces. Ahora ha de lidiar con otro rival, uno mucho más irracional, si cabe. La estrategia ha de ser otra, el victimismo está descartado; ha de ofrecerle algo lo suficientemente succulento como para que regrese el agente leal y sumiso que un día lo idolatró.

—Podemos solucionarlo, Lisón. Tengo dinero. Mucho.

—Lo sé. Él es el culpable de que estés aquí ahora mismo.

—Si el dinero no te interesa puedo ofrecerte otra cosa, algo más sentimental, algo que estoy convencido de que tú sabrás apreciar.

Ha llamado su atención, lo siente. Ahora toca apostar todo a esa carta.

Lleva corriendo unos cuantos minutos hacia las afueras de Los Mateos. Nunca imaginó que se arrepentiría tanto por haber sido precavida, por dejar el Clio lejos de las miradas inquisitorias. Es consciente de que cada segundo cuenta, de lo peligroso que es Marcial ahora. Ella ha sido testigo de esa transformación que lo enajena, que lo torna impredecible. La mirada del diablo, la había llamado sor Eulalia cuando la investigación del asesino del café llevó los pasos de Marcial hasta una antigua residencia sanitaria en las afueras de Zaragoza. Ha tratado de ponerse en contacto con él por teléfono, pero no da señal. Empieza a temerse lo peor.

Se sube al Clio y sale quemando ruedas, ni siquiera se molesta en ponerse el cinturón de seguridad a pesar de que el chivato del Renault tiene un pitido insoportable.

Ella no oye nada.

En el interior de su cabeza únicamente resuenan tres palabras:

«Cabrón de mierda».

—Está en el armario del salón, en el mueble-bar hay un doble fondo. Cógelo.

Marcial escucha con atención las explicaciones de Villanueva. Es indiscutible que lo que le ofrece no tiene ningún valor material, el problema es que el sentimental también es cuestionable.

—¿Qué le hace creer que me interesan esas grabaciones?

La propuesta del ex inspector jefe es sencilla: un *pendrive* con las conversaciones entre Domingo Bernal y Santi, que exponen las vergüenzas de este último, a cambio de su vida.

—Bueno, es una garantía de que el nombre de Santibáñez no quedará

enturbiado. Sin eso no hay nada más que mi palabra contra él.

—Su nombre lo manchó él solito.

Villanueva ha de cambiar de palo, la baza de Santibáñez no parece hacer mella en Marcial.

—Piensa en los gemelos, Lisón. Y en Marga. El calvario que pasarán si se destapa que su padre fue un poli corrupto. Me consta que los aprecias, que sigues viéndolos.

—¿Me está chantajeando, jefe?

—Lo único que digo es que será muy difícil que su nombre no salga a la luz. ¿Cuánto crees que tardarán en relacionar mi muerte con las de los demás estando los de Asuntos Internos pegados a mi culo? Luego bastará con tirar del hilo para llegar hasta la doctora Hermoso, y de ahí a lo de Santibáñez solo hay un paso. Te ofrezco la posibilidad de que me entregues, de que se sepa toda la verdad y de que los gemelos y Marga queden al margen de todo esto. ¿Qué dices, Lisón?

Marcial sabe que está en lo cierto, que los de Asuntos Internos tienen todas las piezas y que es solo cuestión de tiempo que las ordenen. La muerte de Villanueva les facilitaría el proceso. Sin embargo, se siente estafado por Santi, por la vida en general. No cree que le deba nada. Tampoco a Marga, que en todo este tiempo no le mencionó que sabía que su marido se había vendido al mejor postor, que lo dejó convertirse en el leal amigo de un desconocido. Lo de los gemelos es otro cantar. Ellos no tienen culpa de nada y una noticia de ese calado en una ciudad como Cartagena sería una marca de por vida. Marcial valora las posibilidades. Pronto concluye que solo hay una que lo contente a él y a su demonio interior a la vez.

El Clio baja Capitanes Ripoll a toda velocidad y entra en la rotonda del submarino Peral abriéndose hasta el tercer carril, culeando como un coche de *rally*. Zoe vuelve a acelerar para enderezarlo y va pasando progresivamente al lado derecho de la calzada. Sabe que el tiempo apremia, así que, cuando

alcanza la zona donde está la casa del ex inspector jefe, detiene el motor y deja las luces de emergencia encendidas sin haberse molestado en buscar aparcamiento. En unos segundos está pulsando el interfono que aún conserva el nombre de Enma Novoa junto al de Alfonso Villanueva.

Marcial no se ha molestado en responder a la oferta de Villanueva, tan solo ha avanzado un par de pasos y ha posado el cañón de la Glock sobre su frente.

—¿En serio? ¿De verdad piensas que merece la pena ir a la cárcel por...? ¿Por qué, Lisón? ¿Qué ganas tú con esto? Mi muerte no te va a devolver a Santi, ni a tu perro, ni siquiera va a evitar que te sientas un estúpido por haber vivido engañado todos estos años. Lo único que te proporcionará mi muerte será un billete a prisión. Veinte años de vida monacal en un centro penitenciario rodeado de funcionarios corruptos. ¿De verdad te merece la pena?

Marcial no tiene tiempo de contestar, porque el telefonillo comienza a sonar de forma persistente. Ambos dirigen la mirada hacia la entrada, por instinto.

—Es Rodrigo —sale al quite el ex inspector jefe—. Habíamos quedado.

Marcial se traga la sonrisa. No cree necesario contarle que su hijo es, junto a él, la persona que más le detesta en este mundo, que gracias al ingreso que ha dejado en su cuenta se sabrá toda la verdad.

—No tenía que ser así —dice Marcial, mientras trata de aislarse del incesante sonido del interfono.

Villanueva nota que aumenta la presión en su frente; aun así, alza la cabeza para mirarlo a los ojos.

Ha echado una visual en busca del 308, pero desde el zaguán no lo ha divisado; sin embargo, sabe que Marcial está ahí. Zoe no tiene ni la más mínima duda de que la muerte de Sola es el certificado de defunción de Villanueva.

Está cansada de esperar, así que comienza a pulsar todos los botones y

maldice que no sea uno de esos edificios modernos con cámaras a las que mostrarles la placa. No obstante, no tarda en dar con un vecino comprometido con la ley que, solícito, se ha prestado a franquearle el paso.

Ocho pisos la separan de él. Llama al ascensor y reza por que no tarde mucho en llegar.

—Sabes que no vas a apretar el gatillo, Lisón.

El tono asertivo de Villanueva parece haber calado en Marcial, que libera ligeramente la presión ejercida sobre su frente. El ex inspector jefe se percata de ello y está a punto de apostillar algo cuando nota con asombro cómo la Glock se aleja de su cabeza.

—Lleva razón, jefe.

Marcial no ha matado nunca a sangre fría, ni siquiera su demonio interior lo ha hecho. Y, aunque le duela reconocerlo, el hecho de que no hayan sido sus propias manos las que han puesto fin a la vida de Sola ha ocasionado que el paso de los minutos haya atemperado su ira.

No así sus ansias de venganza.

Esas siguen intactas.

No sabría explicar de dónde surge ni si proviene de ese ser que lo ha acompañado, indómito, desde su niñez, pero, de repente, una fuerza ajena eleva la Glock y la deja caer con violencia desmedida sobre el cráneo de Villanueva.

Se oye un chasquido, un crepitar de huesos.

Marcial descubre impertérito el placer oculto de acabar con una vida. Se recrea en el proceso. La mirada ausente, el hilo de sangre descendiendo, parsimonioso, por las fosas nasales, el desplome. A Marcial le evoca el cruel descabello con el que se pone fin a la agonía taurina en las plazas.

El cuerpo yace bocabajo, convulsionando histriónicamente. La fuerza vuelve a poseerlo —sigue sin saber de dónde emerge— y asesta un segundo golpe, cerca de la nuca, que pone fin al culebreo de Villanueva.

El silencio lo tapiza todo, una paz interior lo invade, pero no tiene tiempo para degustarla: Zoe no tardará en llegar.

El timbre y unos golpes descarnados sobre la puerta le confirman que está al otro lado. Va al salón, abre el mueble-bar y aparta las botellas para palpar la pared del fondo. Efectivamente, al presionar un extremo, el trozo de madera se desplaza. Introduce la mano y sus dedos tropiezan enseguida con un objeto. Lo saca: un *pendrive*. No tiene tiempo de comprobar si en él está la voz de Santi.

Ni ganas.

Lo arroja al suelo y lo pisa hasta comprobar que está hecho añicos. Recoge los restos y los mete en el bolsillo del pantalón. No lo ha hecho por Santi, tampoco por Marga.

Solo por los gemelos.

No le debe nada a nadie ya. Es libre. Siente una pacificadora sensación de ingravidez de la que sale a golpe de timbre. Se dirige a la puerta y abre. El rostro de Zoe está desencajado.

—¿Dónde está?! ¿Y Villanueva?!

Marcial cierra elevando el brazo por encima de la cabeza de Zoe. A pesar del escándalo, o gracias a él, la única puerta del rellano permanece cerrada; no obstante, Marcial recuerda a un argentino al que interrogó el día en que Enma Novoa ocupaba el lugar de su marido en la cocina y con el que no hizo muy buenas migas, así que prefiere alejar de sus ojos curiosos aquella escena.

Una vez a solas, Marcial señala en dirección a la cocina. Zoe llega hasta la puerta, después se echa la mano a la boca y ahoga un grito.

—Eres un cabrón de mierda —dice mientras camina hacia él—. Tú sabías que Alejandro no era más que un títere, que no fue él quien mató a Unai. —La agente ha llegado a su destino y palmea el pecho de Marcial a cada palabra que pronuncia. Este no reacciona—. No eres más que un hijo de puta egoísta que no piensa en nadie. Y ahora, ¿qué? ¿Cuánto crees que tardará la policía en...?

—¿Está muerto?

—¿Villanueva? —pregunta con desconcierto la agente.

—El hijo del Pilonga.

—Creo que no.

La respuesta de Zoe lo dice todo. La transformación se ha completado. No está dolida con él porque haya acabado con Villanueva ni porque haya podido arruinarse la vida con esa decisión, sino porque no le ha dejado hacerlo a ella. La mujer que tiene frente a sí no ansía reconciliación alguna, tampoco anhela pasar página. Otro dudoso tanto que anotar en su currículum. Germán, Dolores, Santi, Sasha, Nahia, Sola, Villanueva..., y ahora Zoe. El número de vidas que ha destrozado a su paso empieza a ser alarmante. Hay un reguero de dolor y sangre en su transitar que pocos soportarían.

No es su caso.

Hacía tiempo que solo el devenir de Sola le preocupaba.

Ahora no hay nada.

Nadie.

—Vete —le dice Marcial—. No es buena idea que te encuentren aquí cuando lleguen.

—Pero...

—No es tiempo de peros, Zoe.

Lleva toda la noche sentado sobre el colchón, junto a Sola. La radio como única compañía. Ha intentado llorar, lo ha hecho con todas sus fuerzas, pero no ha conseguido derramar ni una lágrima. Tiene una ambigua sensación de relax que no está acostumbrado a gestionar. Por un lado, conservar el cuerpo de su amiga hace que su ausencia no parezca tan real. Es como si esperase que en cualquier momento fuese a despertar, a darle un lametón, a exigirle que la lleve al descampado, que le lance una piedra, que acaricie su lomo, que le rasque entre las orejas; por otro, el hecho de haber puesto punto final a una farsa como la de Villanueva y Santi lo ha despojado de un lastre, y una vez aligerada la carga le permite desplazarse con mayor soltura. Sin embargo,

prefiere permanecer allí, sentado a su lado. No tiene prisa.

Ya no.

Sabe que tarde o temprano irrumpirán en su puerta. Ni siquiera se ha tomado la precaución de borrar sus huellas.

¿Para qué?

Amanece.

Las señales horarias de las ocho dan paso a una noticia de última hora. El titular llama la atención de Marcial, que sube rápidamente el volumen para centrarse en las palabras del locutor de un programa matutino poco acostumbrado a ser portador de noticias funestas:

El asesino del café ha regresado a Cartagena. Y no lo ha hecho de cualquier forma, queridos oyentes. Ha matado al ex inspector jefe del departamento de Homicidios de la comisaría de Cartagena. Sí, como lo oyen, a aquel inspector al que en un principio se acusó de ser el imitador de este famoso asesino en serie. Por lo visto, al asesino del café no ha debido de gustarle la decisión que adoptó un jurado popular y ha optado por dictar su propia sentencia. El desgraciado suceso ha ocurrido esta madrugada. Al parecer, la puerta de la vivienda estaba abierta y el cadáver ha sido descubierto por un vecino. El cuerpo presentaba una herida mortal en la cabeza. El ex inspector jefe estaba sentado en la misma silla donde un par de años antes se encontró el cadáver de su esposa, en idénticas circunstancias. Tal y como nos confirman fuentes fiables y cercanas a la investigación, Alfonso Villanueva estaba también desnudo y en la mesa había sendas tazas de café. Aún se desconoce si el dedo anular le ha sido amputado o no. Tampoco se sabe qué ha podido mover al asesino del café a cometer este macabro homicidio más allá de mostrar su desacuerdo con el veredicto judicial. En cuanto tengamos alguna novedad, iremos actualizando la información sobre este inusitado suceso...

Marcial permanece absorto. Intenta entender a qué juega el asesino del café esta vez. De repente, un ruido en el piso de abajo llama su atención. Se incorpora, abre el cajón de la mesita de noche y coge la Glock. Aún lleva los

restos secos de la sangre de Villanueva. Tampoco se había tomado la molestia de limpiarlos.

¿Para qué?

Baja despacio. Va descalzo, con la misma ropa con la que abandonó el piso del ex inspector jefe. No necesita terminar el descenso para saber qué ha provocado el ruido. Una carta descansa bajo la ventana que lleva años haciendo de improvisado buzón. Sabe quién la envía sin necesidad de abrirla. La coge y entra en la cocina. Deja la pistola encima de la mesa, junto al sobre, y coge un botellín del frigorífico. Lo abre con sensación de *déjà vu*. No tarda en reconocer la letra desordenada del asesino del café. Lee la única frase que hay escrita:

«Yo siempre cuido de los míos».

## Epílogo

*Domingo 29 de noviembre de 2015. Cementerio municipal de San Antonio*

*Abad. 09:00 h*

Extiende una revista sobre la tumba y se sienta. Mira el epitafio: «Nunca se muere del todo». Sonríe, como siempre que lo lee. Piensa en cuánta verdad encierra aquella afirmación.

—Siempre podemos morir un poco más —se consuela en voz alta.

Como ella misma, por ejemplo, que a cada minuto le encuentra menos sentido a la vida. Una vida sin Marcial, sin Unai, sin alicientes. Una vida en la que el despertador ya no anuncia una nueva jornada laboral. Una vida que la abofetea en cada alborada, que le saca la lengua en cada crepúsculo.

Zoe está de baja psicológica. Aduce que la muerte del subinspector Torán, junto al regreso del asesino del café, le han afectado demasiado, que le han hecho revivir lo de Unai. Sabe que es una mentira con fecha de caducidad, que en la próxima visita al psicólogo del cuerpo se acabarán esas vacaciones pagadas, pero le da igual; en realidad no tiene ningún plan. Ha sopesado pasar unos días con sus padres en San Sebastián, pedir un traslado, cambiar de departamento... Aún no ha decidido qué va a hacer con su vida.

Sí tiene claro quién no debe de estar en ella, quién es el culpable de que su forma de ser haya dado un giro de 180 grados. No han vuelto a verse desde que salió de la casa de Villanueva. Las únicas noticias que tiene de él son los mensajes que le envió para explicarle, de forma sucinta, lo que el ex inspector jefe le había confesado. Incluso se ha enterado de la muerte de Dolores a través de terceras personas. Que no se lo hubiese contado él es el mejor ejemplo de que lo que había entre ellos, fuese lo que fuese, se ha roto para

siempre. Se obliga a mirar al presente. Ese presente incómodo plagado de incertidumbres.

—Hola, Unai. Aquí estoy otra vez. He venido a decirte que eres un cabrón. Y no, no es porque fueses de Asuntos Internos, sino por las putas dudas que ya nadie me resolverá jamás. —Sonríe y niega con la cabeza, irónica—. ¿Qué coño fui yo para ti? ¿Una manera de controlar a Marcial? ¿Una fuente directa sobre la investigación de Domingo Bernal? ¿La forma de garantizarte que Sasha no había muerto en balde? En el fondo eres igual que Marcial. Al menos él va de cara, no se disfraza de lo que no es. Habla como un hijo de puta, camina como un hijo de puta, piensa como un hijo de puta y actúa como un hijo de puta. No se parapeta bajo una mirada angelical y una sonrisa amartelada para clavártela por la espalda. Él va de frente.

Está llorando. No sabe por qué, pero de sus ojos mana un mar de impotencia. No hay aflicción en él, solo desasosiego.

—Si quieres puedo explicártelo todo.

La voz le resulta familiar.

Demasiado.

Se enjuga los ojos con las mangas del chaquetón antes de girarse. Cuando lo ve, se queda sin habla.

### *Parque de Santa Ana, 09:15 h.*

Ha vuelto a refugiarse en la pinada. Lleva allí desde las ocho y media.

Las mañanas ahora son eternas. No hay paseos por el descampado ni momentos para la introspección. Tampoco cacharros que surtir de comida y bebida. Sin embargo, el reloj circadiano sigue empeñado en ponerse en marcha a la misma hora sin importarle que no haya obligaciones que atender. No ha vuelto a saber nada de Zoe. Tampoco de Lasaosa. Su única obsesión ahora es Gica. Se acerca a su colegio a la hora del recreo para verlo jugar. A veces también a la salida. Sigue pareciéndole un niño feliz sin más carencias que la de un padre que lo abandonó demasiado pronto. Sin embargo, para

Marcial, Gica está viviendo una infancia prestada, con toda probabilidad mejor que la que Sasha hubiese podido ofrecerle, pero él no es quién para juzgarlo. Se siente en la obligación de hacer que su amiga no caiga en el olvido, de evitar que Gica sepa de Sasha cuando sea demasiado tarde para encontrar respuestas. No tiene intención de hacerle daño a Lucía, pero la vida es así de puta.

El balón pasa cerca de él y lo saca del ensimismamiento. Marcial lo recoge cuando comprueba que es Gica el que se acerca.

—¿Me lo da, señor?

—Con una condición. —Marcial se acuclilla para ponerse a su altura. Se queda prendado de sus ojos cristalinos. A través de ellos puede ver a Sasha—. Tienes que prometerme que recordarás este nombre: Viorica Serban.

—¿Verónica qué?

—Viorica, Viorica Serban. Repítemelo.

—Viorica.

—Serban.

—Serban.

—Ahora todo junto.

—Viorica Serban.

—Otra vez.

—Viorica Serban.

—Te voy a pedir un segundo favor.

—¿Otro nombre raro?

—No. Tan solo que me prometas que nada más llegar a casa apuntarás el nombre para que nunca se te olvide.

—Prometido.

Marcial le devuelve el balón y se dirige a Gica otra vez:

—A ver, repítemelo.

—Viorica Serban —responde el niño antes de salir corriendo hacia su improvisado estadio.

*Cementerio municipal de San Antonio Abad, 09:20 h.*

Por un momento piensa que es un sueño. Que todo lo vivido en las últimas semanas le está pasando factura, que su cabeza ya no funciona bien del todo. Zoe lo mira sin saber qué hacer ni qué decir. Al final, es él quien termina con aquella situación tan absurda:

—Soy yo, Zoe: Unai.

No le resulta difícil reconocer los ojos azules que la miran con ternura ni el cabello rubio que mece el viento. Es la barba, de un color casi anaranjado, la que la desconcierta.

—Pero..., pero... —Zoe vuelve la vista hacia la tumba y la hace regresar hacia Unai un par de veces consecutivas para cerciorarse de que su falta de locuacidad queda perfectamente explicada—. ¿Cómo? ¿Por qué?

Unai Miralles recorta la distancia que lo separa de Zoe y la contempla en silencio. No tiene la sensación de llevar más de un año sin verla, como si el tiempo se hubiese detenido en su ausencia. Tiene la tentación de besarla, pero hay algo en ella que lo hace dudar; irradia una energía diferente. Se le ve más curtida, más entera. No se atreve a dar ese último paso.

—Fue idea de los de Asuntos Internos.

—¿El qué? ¿Que me follaras para controlar mejor a Marcial?

—Zoe... —Miralles agarra sus hombros con ambas manos, pero la agente se suelta con un movimiento grácil.

—¡Ni Zoe ni hostias! ¿Acaso piensas que puedes aparecer después de un año y contarme una película sin más? ¿Crees que esto es como en las pelis de amor, que ahora me voy a abalanzar a tu cuello y suplicar que me lleves contigo? —Zoe palmea su pecho sin poder dejar de mirarlo a los ojos—. Y una mierda, Unai. ¡Una puta mierda!

Miralles permanece impasible ante la desconcertante actitud de Zoe. Jamás imaginó que de su boca pudiesen salir tantas palabras malsonantes. Por supuesto que entiende su frustración. Es lógico que esté herida. Opta por concederle unos segundos para que se calme antes de brindarle las

explicaciones que le debe.

—Me estaba esperando en casa. Al abrir la puerta, me golpeó y quedé fuera de combate.

—¿Quién? —Zoe conoce la respuesta, pero le parece una buena manera de juzgar su sinceridad, la credibilidad de la historia que está a punto de contarle.

—Eduardo Reyes. —Zoe cierra los ojos en un gesto que Miralles no sabe cómo interpretar—. Habían descubierto que trabajaba para Asuntos Internos y querían saber hasta dónde había llegado con mis investigaciones. Me ató de pies y manos y me golpeó como un animal. Tan solo se detuvo un par de veces: cuando tú entraste a casa y cuando te recuperaste de su golpe. Del resto apenas recuerdo nada. Según me han contado mis compañeros no solté prenda.

—Por lo menos no dijiste nada del ordenador.

—¿Ordenador? ¿Qué ordenador?

—El ordenador que había debajo de uno de los armarios de tu despacho. En el salvapantallas había una foto nuestra... Había un montón de información sobre la trama de blanqueo de capitales de Domingo Bernal, datos sobre todos los implicados, tus sospechas...

—No recuerdo haber recopilado toda esa información en un ordenador, aunque es cierto que a causa de los golpes sufrí un periodo de amnesia grave..., pero creía haber logrado cubrir todas las lagunas.

Zoe está cansada de idear teorías conspiratorias; no obstante, su cerebro elucubra una de la que no logra desprenderse a tiempo. Si bien es cierto que la amnesia puede ser el motivo por el cual Unai no recuerde la existencia del portátil, también cabe la posibilidad de que alguien con acceso a su despacho lo hubiese dejado allí para conducirlos, a Marcial y a ella, a un camino de un único sentido. El problema de aquella hipótesis es que hay muy pocas personas con acceso al despacho de Unai. Sin duda, los que más fácil lo habrían tenido habrían sido Lasaosa y Salvador Torán. El segundo, compañero de Unai en Asuntos Internos, no parece obtener ningún beneficio con aquella maniobra; al fin y al cabo se presupone que lo habían enviado allí para

terminar el trabajo de Unai. Sin embargo, el comisario...

No. Zoe se niega a buscar justificaciones para aquella posibilidad; sin embargo, no puede evitar acordarse de las polémicas decisiones que, según Lasaosa, la delegada del Gobierno lo había obligado a tomar.

No, no y no.

No piensa entrar en ese juego otra vez. Ya no. Está cansada de ver enemigos por todas partes. Necesita creer que todo ha llegado a su fin, aun a riesgo de equivocarse. Prefiere dejar que sea otro el que busque el final feliz: a ella le vale con el que ha encontrado. Villanueva le parece un buen villano.

—¿Entonces los que vinieron de Madrid...? —pregunta Zoe para apartar definitivamente el tema del ordenador de su cabeza.

—Un paripé.

A Zoe le encaja ahora que el despacho de Unai estuviese en perfecto estado después del paso de los agentes de la Unidad Central. No obstante, hay algo que no ha dejado de rondar la cabeza de la agente desde que, un año atrás, la investigación de la muerte de Sasha confirmara que Unai y ella se telefoneaban. Las fotos de después terminaron por poner imagen a lo que tantas veces había dibujado en su mente.

—¿Y Sasha?

—¿Qué pasa con Sasha?

Zoe lo mira a la cara. Un combate de ojos cerúleos tiene lugar en silencio. La agente trata de ver a través de ellos, de buscar sinceridad en las palabras que saldrán a continuación de la boca de Unai.

—Cuando me reclutaron los de Asuntos Internos, a finales de 2013, existía la sospecha de que Santibáñez y Villanueva formaban parte de un entramado delictivo, pero no había evidencias físicas para demostrarlo...

—¿Quién dio el chivatazo?

—No lo sé. A mí simplemente me pasaron el encargo. Cómo se obtuvieron esas sospechas escapa de mi radio de acción.

—Sasha —dice, escueta, para regresar a lo que realmente le interesa a ella.

—Como te decía, en principio no se sospechaba de nadie más, pero eso no quiere decir que no estuvieran investigando a otros. Y has de reconocer que Marcial es, cuando menos, un tipo peculiar. —Unai Miralles calla para ver si Zoe quiere puntualizar algo, salir en su defensa, como solía hacer; sin embargo, la agente sigue muda, lo que lo reconforta enormemente—. No tardé en descubrir que la prostituta que contrató para chantajearme no era una cualquiera que hubiera buscado para la ocasión, sino que era alguien con la que se veía con cierta asiduidad. Así que un día, aprovechando que sabía dónde vivía, fui a su casa y hablé con ella. Traté de sacarle algo de información que me ayudase a saber si Marcial podía estar metido o no en la mierda, pero ella mantuvo que si había alguien recto dentro de la Policía, alguien que honraba la placa dentro del cuerpo, ese era Marcial. Más tarde, supe que Domingo Bernal también era cliente suyo, y ahí sí que estuvo más predispuesta a colaborar. Lo único que pidió a cambio fue que cuando todo se solucionase le echara una mano con el asunto de su hijo.

Ambos callan de repente. Se miran. Se estudian. Zoe tiene sus respuestas, Miralles aún espera la suya. No pide salir de ahí cogidos de la mano, tan solo comprensión, una puerta abierta, un quizá.

—Ha pasado mucho tiempo, Unai.

—Lo sé, pero no pude hacer nada. Me trasladaron cuando aún estaba inconsciente. Cuando me recuperé ya habían simulado mi entierro y todo. No tuve margen de acción.

—No digo que sea culpa tuya.

—Pero entonces...

—No es tiempo de peros, Unai.

### *Descampado, 01:30 h.*

Llega al descampado con la urna en las manos. Se acerca hasta el cartel donde se licita la futura construcción del centro sanitario y se detiene. Es evidente que ya no es ningún problema que aquel rodal desaparezca. Marcial

desenrosca la tapa y esparce las cenizas. Una ráfaga de aire parece querer rendir un último tributo a la galga y contribuye a diseminar sus restos por toda la explanada.

Marcial lo contempla impotente. No hay consuelo posible.

Hay un inmenso vacío.

Una rabia incontrolable.

Otra vez el sabor amargo de la adrenalina anega sus papilas. Siente que su demonio tiene algo que decir, dejar constancia de que la muerte de Sola hace del suelo que pisa un lugar peor.

No será él quien se lo impida.

Marcial regresa al 308. Mantiene la mirada fija en el cartel. Arranca el motor. Hay una parte del descampado que no está rodeada por bordillo y que los vecinos de la zona aprovechan, a veces, para aparcar cuando no hay otra alternativa más cercana. No es el caso. Dirige el Peugeot hacia allí.

Acelera.

Sigue acelerando.

La distancia con el cartel comienza a reducirse de manera preocupante.

Acelera un poco más.

El impacto va acompañado de un estruendo metálico que la madrugada magnifica. Marcial se baja del coche. Está un poco mareado, pero el *airbag* ha cumplido su función. Contempla con desconcierto que el soporte apenas se ha doblado. El cartel sigue en su sitio, aunque ahora mira hacia arriba.

No importa.

En realidad ya nada importa.

Sube al 308 y lo desincrusta del poste de hierro. Sale marcha atrás y con las luces pagadas para evitar que los vecinos que se asoman a las ventanas puedan reconocerlo.

## **Agradecimientos**

A mis padres, por poner la primera piedra.

A mis hermanos, por estar.

A mis suegros, por creer.

A mi primo Miguel Ángel y a Raquel, por ponerme los pies en el suelo.

A Rocío y a Mercedes, por prestarme sus conocimientos. Y su nombre.

A Julio César Cano y Pere Cervantes, por poner su talento al servicio de Marcial.

A Esther, Eva y Consuelo, por darme la oportunidad.

A mi mujer y mis hijos, por su sacrificio.

A Sola, por haberse cruzado en mi camino.

Y a ti, lector, por haber llegado hasta aquí. Sin vosotros nada de esto tendría sentido.